



Annotation

La especie literaria a que pertenece Héctor Servadac esta dada en el subtítulo de la novela: "Aventuras y viajes por el mundo solar". Servadac es un oficial que esta de servicio en una colonia francesa en África. Cuenta con un asistente, apodado Ben-Zuf, que de árabe nada tiene: es nativo del barrio de Montmartre y su más ardiente panegirista. Cierta día sobreviene un terremoto o algo parecido. Cuando Servadac y Ben-Zuf vuelven en si van notando curiosos fenómenos: el horizonte se ha reducido; el día dura seis horas; pesan mucho menos y el sol sale por el poniente. Van y vienen y se percatan de que es subsuelo es de una materia extraña y de que han desaparecido muchos lugares que les eran familiares. Encuentran a otras personas, entre ellas Abasilio Timaschef, con quien Servadac había concertado un duelo frente a lo sucedido. Topan con un judío que no quiere vender sus pertenencias; con unos ingleses que se niegan a colaborar. Pasan, en suma, por una serie de incidentes. Llegan Servadac y Timaschef a la conclusión de que un cometa chocó con la Tierra, que desprendió una parte de ella y que ellos viajan en ese nuevo asteroide. Pero reciben una comunicación de un sabio francés llamado Palmirano Roceta que esta escondido quién sabe dónde y quien les explica que navegan en el cometa , el cual se limito a llevarse una partículas de la tierra y de su atmósfera. Cuando encuentran a Palmirano, rodeado de catalejos y brújulas y mapas, les anuncia que el cometa chocara de nuevo con nuestro planeta. Los habitantes de Galia ese residuo terrestre que robó el invasor, construyen un globo y muy a tiempo se salvan.

PRIMERA PARTE

CAPÍTULO PRIMERO

CAMBIO DE TARJETAS

No, capitán, no cedo a usted la plaza.

—Lo siento, conde; pero por nada ni por nadie modifico mis pretensiones.

—¿De veras?

—Sí, señor.

—Tenga en cuenta, sin embargo, que soy el más antiguo en esa pretensión.

—La antigüedad no da ningún derecho en estos asuntos.

—Le obligaré a cederme el puesto, capitán.

—No lo creo, conde.

—Me parece que una estocada...

—Quizás un pistoletazo...

—Tome mi tarjeta.

—Allá va la mía.

Dichas estas palabras, los dos adversarios cambiaron sus tarjetas, en las que se leía:

Héctor Servadac, capitán del Estado Mayor en Mostaganem, en una; y Conde Basilio Timascheff, a bordo de la goleta Dobryna, en la otra.

Al separarse, preguntó el conde Timascheff:

—¿Dónde pueden verse nuestros testigos?

—Hoy a las dos, si a usted le parece bien —respondió Héctor—, en el Estado Mayor.

—¿En Mostaganem?

—En Mostaganem.

Y, dicho esto, el capitán Servadac y el conde Timascheff se saludaron con cortesía.

Al ir a separarse, el conde Timascheff hizo esta observación:

—Capitán, creo que debemos callar la verdadera causa de este duelo.

—También lo creo yo —respondió Servadac.

—No se pronunciará nombre alguno.

—Ninguno.

—¿Y el pretexto?

—¿El pretexto? Una discusión musical, señor conde.

—Perfectamente —respondió Timascheff—, yo habré defendido a Wagner, lo cual está en mis ideas.

—Y yo a Rossini, lo cual está también en las mías —replicó, sonriéndose,

el capitán Servadac.

Después, el conde Timascheff y el oficial de Estado Mayor se saludaron y se separaron definitivamente.

La escena que acabamos de relatar habíase desarrollado a las doce, aproximadamente, de la mañana, en el extreme de un pequeño cabo de la parte de la costa argelina, comprendida entre Túnez y Mostaganem y a tres kilómetros, poco más o menos, de la embocadura del Cheliff.

Aquel cabo dominaba el mar en una extensión de unos veinte metros, y las aguas azuladas del Mediterráneo iban a morir a sus pies, lamiendo las rocas de la playa enrojadas por el óxido de hierro.

Era el 31 de diciembre; el sol, cuyos rayos oblicuos doraban, de ordinario, todas las eminencias del litoral, estaba a la sazón velado por una densa cortina de nubes. Las espesas brumas que, desde hacía dos meses y por causas inexplicables, envolvían el globo terrestre, dificultando las comunicaciones, entre los diversos continentes, cubrían entonces el mar, con grave peligro para los navegantes.

El conde Basilio Timascheff, al separarse del oficial de Estado Mayor, dirigióse hacia un bote armado de cuatro remos, que en una de las pequeñas ensenadas de la costa le estaba aguardando. Luego que tomó asiento en él, la ligera embarcación se separó de la costa y se dirigió a una goleta de placer que lo esperaba a pocos cables de distancia.

El capitán Servadac dijo, por señas, que se acercara, a un soldado que a veinte pasos de él tenía de las riendas un magnífico caballo árabe, y el soldado se acercó sin pronunciar una palabra. El capitán Servadac montó inmediatamente y se dirigió hacia Mostaganem, seguido de su ordenanza, que llevaba un caballo no menos rápido que el del primero.

Eran las doce y media cuando ambos jinetes atravesaron el Cheliff por un puente que a la sazón estaba recién construido, y a la una y tres cuartos, los caballos, cubiertos de espuma, entraban a galope por la puerta de Máscara, una de las cinco abiertas en la ciudad.

En aquel año Mostaganem tenía quince mil habitantes, la quinta parte de los cuales eran franceses. Continuaba siendo una de las capitales de distrito de la provincia de Oran y capital de subdivisión militar, y en ella se fabricaban pastas alimenticias, tejidos preciosos, obras de espartería y objetos de tafilete.

De allí se exportaban a Francia granos, algodón, lanas, ganados, higos y aves; pero en aquella época hubiera sido inútil buscar vestigios del antiguo fondeadero, en el que apenas podían permanecer los buques durante los malos vientos del Oeste y del Noroeste. Mostaganem poseía ya un puerto muy abrigado, gracias al cual podía utilizar los productos del valle del Mina y del

bajo Cheliff.

Precisamente por la seguridad que ofrecía este puerto de refugio, la goleta Dobryna se había arriesgado a invernar en aquella costa, cuyas altas peñas no ofrecen abrigo alguno.

En efecto, allí veíase desde hacía dos meses flotar en la embarcación el pabellón ruso y en el tope de su palo mayor el gallardete del yate club de Francia, con su señal distintiva: M. C. W. T.

El capitán Servadac, al penetrar en el recinto de la ciudad, se dirigió al barrio militar de la Mámora, donde no tardó en encontrar a un comandante del segundo de tiradores y a un capitán del octavo de artillería, dos compañeros con quienes podía contar en absoluto.

Estos oficiales escucharon con atención el deseo que les expuso Héctor Servadac de que le sirvieran de testigos en el duelo que pensaba sostener con el conde Timascheff; pero no dejaron de sonreírse ligeramente cuando su amigo dio por verdadero pretexto del lance una simple discusión musical, sostenida por él y su adversario.

—Quizá podría arreglarse el asunto —observó el comandante del segundo de tiradores.

—No quiero que se intente siquiera —respondió Héctor Servadac.

—Unas simples concesiones —dijo el capitán del octavo de artillería.

—No se puede hacer concesión alguna entre Wagner y Rossini —respondió seriamente el oficial de Estado Mayor—. O uno u otro, y como Rossini es el ofendido en este asunto, porque ese loco de Wagner ha escrito de él cosas absurdas, deseo vengar a Rossini.

—Además —dijo el comandante—, una estocada no siempre es mortal.

—Especialmente cuando, como yo, se está resuelto a no recibirla —replicó el capitán Servadac

Oída esta respuesta, los dos oficiales viéronse obligados a dirigirse al Estado Mayor, donde esperaban encontrar a las dos en punto los testigos del conde Timascheff.

Agreguemos que el comandante del segundo de tiradores y el capitán del octavo de artillería, no creyeron que la razón alegada por su compañero fuera el motivo verdadero que le ponía las armas en la mano. Quizá lo sospecharan, pero no podían hacer sino aceptar el pretexto que les había dado el capitán Servadac.

Dos horas más tarde regresaron, después de haber conferenciado con los testigos del conde y arreglado las condiciones del duelo. El conde Timascheff, ayudante de campo del emperador de Rusia, como muchos rusos en el extranjero, había aceptado la espada, arma del soldado. Los dos adversarios debían batirse al día siguiente, primero de enero, a las nueve de la mañana, en la

playa, a tres kilómetros de la desembocadura del Cheliff.

—Hasta mañana, hora militar —dijo el comandante.

—Sí, rigurosamente militar —respondió Héctor Servadac.

Los dos oficiales estrecharon afectuosamente la mano de su amigo y regresaron al café de la Zulma para jugar a los cientos a 150 céntimos el juego.

Servadac se marchó enseguida de la ciudad.

Hacía quince días que no habitaba en su alojamiento de la plaza de Armas, porque, habiéndosele encargado que levantara un plano topográfico, habíase ido a vivir a un gurbí, situado en la costa de Mostaganem, a ocho kilómetros del Cheliff, donde sólo tenía por compañero un ordenanza. Esta situación no era muy divertida, y cualquier otro que no hubiera sido el capitán de Estado Mayor, habría considerado su destierro como un castigo.

Marchó, pues, al gurbí, haciendo mentalmente versos, a los que pretendía ajustar la música, ya pasada de moda, de lo que él llamaba un rondó. Este pretendido rondó, es inútil ocultarlo, estaba dedicado a una joven viuda con quien pretendía contraer matrimonio, y en él trataba de demostrar que, cuando se tiene la suerte de amar a una persona tan digna de respeto, es preciso amar con la mayor sencillez del mundo. Al capitán Servadac, que rimaba por el placer de rimar, no le importaba que fuese cierto, o no, lo que él afirmaba en sus versos.

—Sí, sí —iba murmurando, mientras su ordenanza trotaba silenciosamente a su lado—, un rondó no deja jamás de producir efecto, porque en la costa argelina se componen pocos, y el mío será bien recibido. Y el capitán poeta comenzó así: 1 Población de tiendas o chozas en Argel.

La verdad, aquel que ama

Honesta y sencillamente...

—Sí, sencillamente, es decir, honradamente y con el propósito de contraer matrimonio, y yo que me dirijo a usted... ¡Diablo, esto no es verso! Es difícil encontrar las consonantes. ¡Singular idea la que he tenido al empezar así mi rondó! ¡Hola, Ben-Zuf!

Ben-Zuf era el ordenanza del capitán Servadac.

—Mi capitán —respondió Ben-Zuf.

—¿Has hecho versos alguna vez?

—No, mi capitán, pero los he visto hacer.

—¿A quién?

—A un hombre que voceaba en una barraca de funámbulos una tarde en la fiesta de Montmartre.

—¿Y te acuerdas de ellos?

—No muy bien.

—Bueno, pues no los digas, porque se me acaban de ocurrir mis versos

tercero y cuarto.

La verdad, aquel que ama

Honesta y sencillamente, Lleva encendida una llama En su corazón ardiente.

Y a esta cuarteta quedaron reducidos los esfuerzos poéticos del capitán Servadac, quien, cuando a las seis de la tarde llegó al gurbí, no había podido componer aún más versos.

CAPÍTULO II

EN EL QUE SE RETRATA FÍSICA Y MORALMENTE AL CAPITÁN SERVADAC Y A SU ORDENANZA BEN-ZUF

En la fecha en que comienza la acción de esta novela, podía leerse en la hoja E de servicios del capitán Servadac, que se guardaba en el Ministerio de la Guerra, lo siguiente:

Servadac (Héctor). Nació el 19 de julio de 18..., en Saint-Trelody, cantón y distrito de Lesparre, departamento del Gironda.

Hacienda: 1.200 francos de renta.

Duración del servicio: catorce años, tres meses, cinco días.

Servicio de campaña: Escuela de Saint-Cyr; dos años. Escuela de aplicación: dos años. En el 87 de línea; dos años. En el 3. ° De tiradores: dos años. Argel; siete años. Campaña del Sudán; campaña del Japón.

Empleo: capitán de Estado Mayor en Mostaganem.

Condecoraciones: caballero de la Legión de Honor, en 13 de marzo de 18...»

Héctor Servadac tenía a la sazón treinta años de edad, era huérfano, no tenía familia alguna y su caudal era muy escaso. Ambicioso de gloria, si no de dinero, algo calavera, dotado de genio natural, siempre pronto al ataque como a la respuesta, corazón generoso, valor a toda prueba, protegido por el dios de las batallas, aunque jamás rehuía el peligro, y poco hablador para ser gascón, lactado durante veinte meses por una robusta viñadora del Medoc, era verdadero descendiente de los héroes que florecieron en las épocas de las proezas guerreras.

Tal era en su aspecto moral el capitán Servadac, joven encantador, predestinado por la naturaleza para realizar empresas extraordinarias y protegido desde la cuna por el hada de las aventuras y por la de la fortuna.

Físicamente, era también Héctor Servadac un gallardo joven; era alto, esbelto y gracioso, y tenía cabellera negra, naturalmente rizada, lindas manos, lindos pies, bigote elegantemente levantado, ojos azules y mirada franca.

Debemos convenir, sin embargo, en que el capitán Servadac no tenía más

ciencia de la que necesitaba, cosa que reconocía él mismo y que no tenía inconveniente en confesar. Rehuía el trabajo siempre que podía, porque era naturalmente tan perezoso militar como detestable poeta; pero como aprendía y se asimilaba todo con suma facilidad, había podido salir de la escuela con buena nota y entrar en el Estado Mayor. Además, dibujaba bien, montaba admirablemente a caballo, y el indomable saltador de las caballerizas de Saint-Cyr, el caballo sucesor del famoso tío Tomás, había encontrado en él un domador perfecto. Había sido citado con frecuencia en la orden del día y referíanse de él numerosos rasgos de valor.

En una ocasión conducía a la trinchera una compañía de cazadores a pie.

La cresta del parapeto, acribillada en cierto paraje por los disparos del cañón, había cedido y no ofrecía altura suficiente para cubrir a los soldados contra la metralla que silbaba bastante espesa en torno de ellos. Al ver que los soldados vacilaban, el capitán Servadac subióse al parapeto y, atravesándose sobre la brecha, la tapó completamente con su cuerpo, diciendo:

—¡Pasad ahora!

Y la compañía pasó, en medio de una granizada de balas, ninguna de las cuales tocó al oficial de Estado Mayor.

Desde que salió de la escuela de aplicación, exceptuando el tiempo ocupado en las dos campañas del Sudán y del Japón, estuvo siempre destacado en Argel.

A la sazón, desempeñaba el cargo de oficial de Estado Mayor en la subdivisión de Mostaganem, especialmente encargado de los trabajos topográficos en la parte del litoral comprendida entre Túnez y la desembocadura del Cheliff.

Habitaba un gurbí; pero como le agradaba vivir al aire libre con toda la libertad que un oficial puede tener, no se apresuraba a realizar las tareas de que estaba encargado.

Le convenía aquel género de vida semindependiente, tanto más cuanto que sus ocupaciones no le impedían tomar dos o tres veces por semana el tren para asistir a las recepciones del general en Orán, o a las fiestas del gobernador de Argel.

En una de éstas fue donde vio a la señora de L..., a quien estaba dedicado el famoso rondó, cuyos cuatro primeros versos acababa de componer. Dicha señora, viuda de un coronel, era joven, hermosa, muy reservada, algo altanera, y no advertía, o no quería advertir, las atenciones de que era objeto. El capitán Servadac no se había atrevido aún a declararle su amor; pero sabía que tenía rivales, uno de los cuales era el conde Timascheff. Esta rivalidad era la que iba a poner a los dos adversarios frente a frente con las armas en la mano, sin que la joven viuda lo sospechase y sin que su nombre, respetado por todos, hubiera sido

pronunciado una sola vez.

Con el capitán Servadac vivía en el gurbí su ordenanza Ben-Zuf, servidor adicto y fidelísimo que tenía el honor de cepillar al oficial, y que no habría vacilado en elegir entre las funciones de edecán del gobernador general de Argelia y las de asistente del capitán Servadac. El asistente no tenía ninguna ambición personal respecto de sí propio, pero la tenía grande respecto de su amo, y todas las mañanas miraba el uniforme para ver si durante la noche había aumentado el número de estrellas en la levita del capitán de Estado Mayor.

Ben-Zuf no era indígena de Argelia, como podría suponerse al oír su nombre, porque éste no era sino un apodo. Pero ¿por qué aquel asistente se llamaba Ben-Zuf, cuando su nombre propio era Lorenzo? ¿Por qué Ben, cuando era de París y aun de Montmartre? Los etimologistas más sabios no hubieran podido explicar semejante anomalía.

Ben-Zuf no solo era de Montmartre, sino originario del famoso cerro de este nombre, puesto que había nacido entre la torre de Solferino y el molino de la Galette, y cuando se ha tenido el honor de nacer en estas condiciones excepcionales, es muy natural que el cerro natal inspire una admiración sin límites y que no se vea cosa más magnífica en el mundo. Así, a los ojos del asistente, Montmartre era la única montaña verdadera que existía en el universo, y el barrio de aquel nombre la suma de todas las maravillas del globo.

Ben-Zuf había viajado, pero jamás había visto en parte alguna sino Montmartres, quizá mayores, pero sin duda alguna menos pintorescos. Montmartre tiene, efectivamente, una iglesia que iguala en mérito a la catedral de Burgos, canteras que no ceden en magnificencia a las del Pentélico, un estanque del que puede estar celoso el Mediterráneo, un molino, que lo mismo produce harina vulgar que famosas galletas, una torre de Solferino, que se mantiene más erguida que la de Pisa, un resto de los bosques que fueron completamente vírgenes antes de la invasión de los celtas y, en fin, una montaña, una verdadera montaña, a la que sólo los envidiosos se atreven a calificar de insignificante cerrillo.

Más fácil habría sido hacer a Ben-Zuf menudos pedazos que obligarle a confesar que aquella montaña no tenía cinco mil metros de altura sobre el nivel del mar.

¿Habría algún punto del globo que reuniese tantas maravillas?

—Ninguno —respondía Ben-Zuf a todo aquel a quien parecía su opinión un poco exagerada.

Esta manía era absolutamente inofensiva y Ben-Zuf no tenía más que un solo pensamiento: volver a Montmartre y esperar la muerte en aquel cerro donde había nacido. Por supuesto, sin separarse de su capitán.

Héctor Servadac, por consiguiente, no cesaba de oír a su asistente la relación de todas las bellezas acumuladas en el distrito decimoctavo de París, y a tal causa se debía que empezara a odiar el tal distrito.

Ben-Zuf, sin embargo, no desesperaba de convencer a su capitán de la conveniencia de no separarse de él nunca. Había cumplido el tiempo de servicio, había obtenido dos licencias y estaba a punto de abandonarlo a la edad de veintiocho años, siendo simple cazador a caballo de primera clase en el octavo regimiento, cuando ascendió a la categoría de ordenanza de Héctor Servadac.

Hizo una nueva campaña con su oficial; combatió a su lado en diversas circunstancias, y tal valentía demostró que fue propuesto para una cruz; pero no quiso aceptarla para no verse obligado a dejar de ser asistente de su capitán. Si Héctor Servadac salvó la vida a Ben-Zuf en el Japón, Ben-Zuf salvó la del capitán en el Sudán, y estas cosas no se olvidan nunca.

En suma, por todas las razones expuestas, Ben-Zuf servía al capitán de Estado Mayor con sus dos brazos bien templados, como se dice en metalurgia, una salud de hierro forjada bajo todos los climas, un vigor físico que le daba derecho a llamarse el baluarte de Montmartre, y con un corazón dispuesto a todos los sacrificios.

Ben-Zuf no era poeta como su capitán, pero podía pasar por una enciclopedia viva, por un depósito inagotable de todas las anécdotas militares.

Respecto a este punto nadie le aventajaba, pues su felicísima memoria le proporcionaba anécdotas por docenas.

El capitán Servadac, que sabía lo que valía su asistente, le apreciaba y le perdonaba sus manías, que el inalterable buen humor de Ben-Zuf hacía soportables; y en ocasiones sabía decirle aquellas cosas que unen más al servidor a su amo.

En una de las muchas veces que Ben-Zuf elogiaba las excelencias de Montmartre y del distrito decimoctavo de París, le dijo:

—Ben-Zuf, ¿sabes que si el cerro de Montmartre tuviese siquiera 4.705 metros más, sería tan alto como el Montblanc?

Al oír esto, los ojos de Ben-Zuf lanzaron chispas de júbilo, y desde entonces el cerro de Montmartre y el capitán Servadac fueron la misma cosa para él, pues por cualquiera de los dos habría dado la vida.

CAPÍTULO III

UN CHOQUE DESAGRADABLE INTERRUMPE LA INSPIRACIÓN POÉTICA DEL CAPITÁN SERVADAC

Un gurbí es una especie de cabaña construida de estacas y cubierta con un poco de paja, algo mayor que la tienda del árabe nómada y mucho que la habitación de cal y canto.

El gurbí que habitaba el capitán Servadac no era, pues, sino una choza que no habría bastado para las necesidades de sus huéspedes si no hubiera estado adherida a una antigua casa de piedra que servía de alojamiento a Ben-Zuf y a los dos caballos.

Aquella casa había sido ocupada antes por un destacamento de ingenieros y contenía todavía cierta cantidad de herramientas, como azadones, picos, palas, etc. Realmente, tenía pocas comodidades el gurbí; pero era una habitación provisional y ni el capitán ni el ordenanza eran exigentes en materia de alimentos y de habitación.

—Con alguna filosofía y un buen estómago —repetía con frecuencia Héctor Servadac—, se está bien dondequiera.

Pero la filosofía es como la moneda menuda de un gascón, la tiene siempre en la bolsa; y en cuanto al estómago, todas las aguas del Garona hubieran podido pasar por el del capitán sin ocasionarle la menor molestia.

En cuanto a Ben-Zuf, podría decirse, admitiendo la metempsicosis, que había sido avestruz en una existencia anterior, y que conservaba las vísceras fenomenales y los poderosos juegos gástricos que de igual modo digieren guijarros que pechugas de gallina.

Debemos advertir que los dos huéspedes del gurbí tenían provisiones para un mes; que una cisterna les suministraba agua potable en abundancia; que los graneros de la caballeriza estaban llenos de forraje, y que la parte de la llanura comprendida entre Túnez y Mostaganem, extraordinariamente fértil, podía rivalizar con las ricas llanuras de Hitidya. Abundaba en ella la caza y nadie impedía al oficial de Estado Mayor llevar su escopeta en las expediciones, a condición de que no olvidara sus instrumentos de trabajo.

El capitán Servadac, de regreso al gurbí, comió con extraordinario apetito, acaso porque el paseo se lo había aumentado; pero como Ben-Zuf sabía cocinar notablemente, el capitán de Estado Mayor encontraba siempre dispuestos a la

hora de comer alimentos succulentos y bien sazonados.

Después que hubo comido y mientras el asistente encerraba los reatos de la comida, en lo que él llamaba su armario abdominal, el capitán Servadac salió del gurbí y fuese a respirar al aire libre a la cresta de una peña, fumando su cigarro.

Hacía ya una hora que el sol había desaparecido detrás de las espesas nubes, bajo aquel horizonte que la llanura cortaba distintamente más allá del curso del Cheliff y la noche avanzaba a pasos acelerados. El cielo tenía entonces un aspecto singular que hubiera sorprendido a cualquier observador de los fenómenos cósmicos. Efectivamente, hacia el Norte, y aunque la oscuridad era lo suficientemente densa para limitar el alcance de la mirada en un radio de medio kilómetro, una especie de luz rojiza coloreaba las brumas superiores de la atmósfera. Nada indicaba la aparición de alguna aurora boreal, cuyas magnificencias no se manifiestan sino en las alturas del cielo más elevadas en latitud. Un meteorólogo habría vacilado mucho antes de decir qué fenómeno producía la soberbia iluminación que decoraba aquella última noche del año.

El capitán Servadac, que desde su salida de la escuela no había vuelto a abrir el libro que se titula Curso de cosmografía, no se preocupaba del estado de la esfera celeste y vagaba por las peñas de la playa, fumando, y acaso sin acordarse del duelo que al día siguiente debía sostener con el conde Timascheff. En todo caso, si pensaba en ello, no se enojaba contra el conde más de lo que convenía.

En realidad de verdad, ninguno de los dos adversarios aborrecía al otro, a pesar de ser rivales. Tratábase, sencillamente, de resolver el problema de la eliminación de una persona que estorbaba. Héctor Servadac, por consiguiente, estimaba al conde Timascheff como un perfecto caballero, y el conde consideraba del mismo modo al oficial.

A las ocho de la noche el capitán Servadac entró en el gurbí, cuya única habitación estaba amueblada con una cama, una mesita de trabajo y algunas maletas que servían de armarios. El ordenanza preparaba sus guisos en la cocina de la casa inmediata y no en el gurbí, y allí dormía con la cabeza apoyada en una buena almohada de corazón de encina, lo que no le impedía pasar doce horas seguidas entregado al sueño.

Servadac, que estaba desvelado, sentóse junto a la mesa, en la que estaban esparcidos los instrumentos de trabajo, y maquinalmente tomó un lápiz rojo y azul en una mano y en la otra el compás de reducción; después, comenzó a escribir líneas de diversos colores y longitud, que no se parecían en nada al dibujo severo de un plano topográfico.

Ben-Zuf, que no había recibido orden de ir a acostarse, tendióse en un rincón y trató de dormir, cosa nada fácil, dada la singular agitación del capitán.

En realidad de verdad, en aquellos momentos, Héctor Servadac no era el capitán de Estado Mayor, sino el poeta gascón, el que estaba sentado a la mesa de trabajo. El oficial francés esforzábese por completar el rondó famoso, invocando a las musas que tardaban en acudir a su llamamiento. Esta ocupación absorbía por completo todas sus facultades.

—¡Cascaras! —exclamó—. ¿Por qué he de elegir esta forma de cuartetos que me obliga a buscar consonantes y apresarlos como fugitivos que escapan del campo de batalla? Lucharé denodadamente para que no se diga que un oficial francés ha retrocedido ante unos cuantos consonantes. Una composición métrica es como un batallón. La primera compañía ha desfilado ya, es decir, el primer cuarteto. Ya veremos los demás.

Los consonantes, perseguidos a toda costa, debieron oír la llamada del capitán, porque una línea roja y otra azul quedaron poco después trazadas sobre el papel.

Valen poco las palabras aunque sean elocuentes.

—¿Qué diablos murmura mi capitán? —se preguntaba Ben-Zuf, volviéndose y revolviéndose—. Hace ya una hora que se agita como el quinto que vuelve después de haber disfrutado de licencia semestral.

Héctor Servadac paseábase por el gurbí, dominado por el furor de su inspiración poética.

—Seguramente está haciendo versos —dijo Ben-Zuf, incorporándose—. Vaya una ocupación molesta. No se puede dormir aquí.

Y exhaló un sordo gemido.

—¿Qué te duele, Ben-Zuf? —preguntó Héctor Servadac.

—Nada, mi capitán. Es una pesadilla.

—¡El diablo cargue contigo!

—Cuanto antes mejor —murmuró Ben-Zuf—, sobre todo si el diablo no compone versos.

—Este bruto me ha cortado la inspiración —dijo el capitán Servadac—. ¡Ben-Zuf!

—¡A la orden, mi capitán! —respondió el asistente levantándose, cuadrándose y haciendo el saludo de ordenanza.

—No te muevas, Ben-Zuf, porque ya se me ha ocurrido el segundo cuarteto de mi rondó.

Y apenas había concluido de decir esto, cuando capitán y asistente fueron precipitados boca abajo con una violencia espantosa.

CAPÍTULO IV

DONDE EL LECTOR PUEDE MULTIPLICAR HASTA EL INFINITO LAS EXCLAMACIONES E INTERROGACIONES

¿Por qué en aquel momento mismo habíase modificado el horizonte de tan extraña y súbita manera, que el marino de vista más perspicaz y ejercitada no hubiera podido encontrar la línea circular en que el cielo y el agua debían confundirse?

¿Por qué las olas del mar se levantaban entonces a una altura que los sabios no habían admitido jamás?

¿Por qué entre los crujidos del suelo, que se desgarraba, se produjo un espantoso estrépito, compuesto de ruidos diversos, como si la armazón del globo se dislocase violentamente, como si las aguas se entrechocaran a una profundidad inmensa, como si las corrientes de aire aspirado silbaran en una especie de tromba?

¿Por qué brilló tan pronto, a través del espacio, aquel resplandor extraordinario, más intenso que la luz de una aurora boreal, invadiendo el firmamento y eclipsando la luz de las estrellas de todas magnitudes?

¿Por qué la cuenca entera del Mediterráneo, que parecía haberse vaciado por un instante, volvió a llenarse de una agua furiosamente embravecida?

¿Por qué el disco de la luna pareció aumentarse desmesuradamente, como si el astro de la noche se hubiera aproximado de súbito a diez mil leguas de la tierra, en vez de encontrarse a noventa y seis mil?

¿Por qué, en fin, apareció en el firmamento un nuevo esferoide, enorme, flamígero, completamente desconocido por los cosmógrafos, para desaparecer pronto detrás de espesas capas de nubes?

¿Qué extraño fenómeno había ocasionado aquel cataclismo que trastornó de manera tan profunda la tierra, el mar, el cielo y todo el espacio?

¿Quién lo podría decir? ¿Quedaba siquiera sobre el globo terráqueo un solo hombre que respondiera a estas preguntas?

CAPÍTULO V

EN EL QUE SE TRATA DE LAS MODIFICACIONES INTRODUCIDAS EN EL ORDEN FÍSICO, Y CUYAS CAUSAS NO ES POSIBLE MENCIONAR

Esto no obstante, parecía que aquella parte del litoral argelino, limitado al Oeste por la orilla derecha del Cheliff, y al Norte por el Mediterráneo, no había experimentado ninguna modificación. Aunque la conmoción había sido violentísima en aquella fértil llanura, algo accidentada acá y allá, ni en la línea caprichosa de las rocas de la playa, ni en el mar, que se agitaba extraordinariamente, había nada que revelase la menor alteración en el aspecto físico. La casa de piedra, exceptuando algunas paredes, que se habían agrietado profundamente, manteníase en pie. El gurbí había sido derribado, como castillo de naipes al soplo de un niño, y sus dos habitantes habían quedado sin movimiento bajo la paja que cubría la techumbre.

Dos horas después de la catástrofe, el capitán Servadac recobró el conocimiento, pero tardó un buen rato en recordar lo que había pasado. Las primeras palabras que pronunció, y esto no puede sorprender a nadie, fueron las últimas de aquel famoso rondó, que de modo extraordinario había sido interrumpido.

Después de lo cual, agregó:

—Pero ¿qué ha ocurrido?

A esta pregunta, que se hizo a sí mismo, le era muy difícil responder.

Levantó el brazo, separó las pajas que cubrían su cuerpo, sacó la cabeza y miró en torno suyo.

—¡Se ha hundido el gurbí! —exclamó—. Seguramente ha pasado alguna tromba por el litoral.

Luego examinó su cuerpo y vio que no tenía ni siquiera un rasguño.

—¡Pardiez! ¿Y mi asistente? —exclamó.

Se levantó y gritó:

—¡Ben-Zuf!

A la voz del capitán Servadac, salió otra cabeza de entre la paja.

—¡Presente, mi capitán! —respondió Ben-Zuf.

Parecía que el ordenanza hubiese esperado aquella señal para presentarse

militarmente.

—¿Sabes lo qué ha pasado, Ben-Zuf? —preguntó el capitán.

—Según parece, mi capitán, vamos a hacer nuestra última etapa.

—¡Bah! No ha sido más que una tromba, Ben-Zuf, una pequeña tromba.

—Vaya por la tromba —respondió filosóficamente el ordenanza—. ¿No se le ha roto nada, mi capitán?

—Nada, Ben-Zuf.

Un momento después, ambos se habían puesto en pie, limpiaron de escombros el sitio que había ocupado el gurbí y encontraron sus instrumentos, efectos y utensilios, que casi no habían sufrido deterioro alguno. El oficial de Estado Mayor dijo:

—Veamos qué hora es.

—Las ocho por lo menos —respondió Ben-Zuf, mirando el sol, que estaba muy alto sobre el horizonte.

—¡Las ocho!

—Por lo menos, mi capitán.

—¿Pero es posible?

—Sí, es preciso emprender la marcha.

—¡Emprender la marcha!

—Sí, para asistir a la cita.

—¿Qué cita?

—Nuestro encuentro con el conde...

—¡Ah, diablo! —Exclamó el capitán—. Lo había olvidado.

Sacó el reloj, y dijo:

—Pero ¿estás loco, Ben-Zuf? Apenas son las dos.

—¿Las dos de la mañana, o las dos de la tarde? —inquirió Ben-Zuf, mirando al sol.

Héctor Servadac aproximóse el reloj al oído, y dijo:

—Está andando.

—Y el sol también —replicó el ordenanza.

—Efectivamente, a juzgar por su altura sobre el horizonte... ¡Ah! ¡Por todas las viñas de Medoc!

—¿Qué tiene usted, mi capitán?

—¿Serán las ocho de la tarde?

—¿De la tarde?

Sí. El sol está al Oeste e indudablemente se va a poner.

—No, mi capitán —respondió Ben-Zuf—. El sol se levanta con puntualidad, como un recluta al toque de diana. Véalo usted. Desde que empezamos a hablar hasta ahora ha subido ya bastante sobre el horizonte.

—¡Se levantará ahora el sol al Occidente! —Murmuró el capitán Servadac —.

Esto no es posible.

Sin embargo, el hecho no admitía duda. El astro radiante mostrábase sobre las aguas del Cheliff y recorría el horizonte occidental, sobre el que había trazado hasta aquel momento la segunda mitad de su arco diurno.

Héctor Servadac comprendió que un fenómeno, tan asombroso como inexplicable, había modificado, no la situación del sol en el mundo sideral, sino el movimiento de rotación de la tierra sobre su eje.

Héctor Servadac perdíase en conjeturas. ¿Podía lo imposible transformarse en realidad? Si hubiera tenido cerca de él a uno de los individuos de la sección de longitudes, le habría interrogado para adquirir algunos informes; pero veíase obligado a atenerse a su propio criterio.

—¡Diablo! —exclamó—. Esto es cosa de los astrónomos. Veremos, dentro de ocho días, lo que dicen los periódicos, que seguramente hablarán de este extraño suceso.

Después, sin detenerse más tiempo en la investigación de aquel extraño fenómeno, dijo a su asistente:

—En marcha; sea cualquiera la catástrofe ocurrida y aun cuando se hubiera trastornado toda la mecánica terrestre y celeste, tenemos que ser los primeros en llegar al terreno para dispensar al conde Timascheff el honor...

—De ensartarlo —respondió Ben-Zuf.

Si Héctor Servadac y su asistente se hubieran detenido a observar los cambios físicos que de tan súbita manera se habían operado en aquella noche del 31 de diciembre al 1° de enero, después de haber observado la modificación arriba dicha en el movimiento aparente del sol, habrían advertido, sin duda alguna, con estupor, la increíble modificación de las condiciones atmosféricas.

En efecto, sufrían cierta fatiga y tenían necesidad de respirar con mayor rapidez, como los que suben a la cumbre de las altas montañas, donde el aire ambiente es menos denso y está, por consiguiente, menos cargado de oxígeno. Además, su voz era más débil, como si estuvieran semi atacados de sordera, o el aire no transmitiera bien los sonidos.

Sin embargo, estas modificaciones físicas no impresionaron en aquel momento al capitán Servadac ni a Ben-Zuf, quienes se dirigieron hacia el Cheliff por el escabroso sendero de las rocas.

El tiempo, que estaba muy hermoso el día antes, había variado también mucho. El cielo, de color singular, que se cubrió pronto de nubes muy bajas, impedía reconocer el arco luminoso que el sol trazaba de un horizonte a otro.

Había en el aire amenazas de lluvia diluviana, si no de gran tempestad;

pero, por fortuna, aquellos vapores, a causa de su incompleta condensación, no llegaron a resolverse en agua.

El mar, por primera vez en aquella costa, parecía completamente desierto.

Sobre el fondo gris del cielo y del agua no se veía una sola vela ni se distinguía el humo de chimenea alguna. En cuanto al horizonte, o el capitán y su asistente padecían una ilusión óptica, o había disminuido de un modo extraordinario, lo mismo el del mar que el de la llanura a la otra parte del litoral. Su radio infinito había desaparecido, por decirlo así, como si el globo terráqueo hubiera acrecentado mucho su convexidad.

El capitán Servadac y Ben-Zuf, caminando de prisa y en silencio, no debían tardar en llegar al sitio de la cita, que no distaba más que cinco kilómetros del gurbí.

Ambos observaron que aquella mañana estaban fisiológicamente organizados de distinta manera, pues sin saber por qué, se sentían particularmente ligeros de cuerpo como si tuvieran alas en los pies. Si el asistente hubiera formulado su pensamiento, habría dicho que estaba hueco.

—Vamos más ligeros que el aire, a pesar de que nos hemos olvidado de almorzar —murmuró.

Este género de olvido no era muy frecuente en el bueno del soldado.

En aquel momento oyeron una especie de ladrido desagradable a la izquierda del sendero, e instantáneamente salió de una espesura de lentiscos un chacal de la fauna africana, animal que tiene un pelaje regularmente tachonado de manchas negras, con una raya, también negra, en la parte delantera de las piernas.

El chacal, durante la noche, cuando caza en bandadas, es peligroso; pero estando solo, no es más temible que un perro. Ben-Zuf no tenía miedo a aquel animal, pero no le gustaban los chacales, quizá porque en Montmartre no los había.

El chacal, después de haber salido de la espesura, recostóse al pie de una alta roca de diez metros de altura y desde allí miraba con manifiesta inquietud a los dos caminantes. Ben-Zuf hizo ademán de apuntarle, y al ver este movimiento el animal, se lanzó de un solo salto a la cúspide de la roca, dejando profundamente sorprendidos al capitán y al asistente.

—Excelente saltador —exclamó Ben-Zuf—. Se ha levantado a más de treinta pies de abajo arriba.

—Es verdad —asintió el capitán Servadac, pensativo—. No he visto jamás un salto semejante.

Ben-Zuf, entonces, cogió una piedra para arrojársela; pero el ordenanza notó que, aunque era muy gruesa, no pesaba más que una esponja petrificada.

—¡Diablo de chacal! —exclamó Ben-Zuf—. Esta piedra no le hará más daño que un bizcocho. Pero ¿por qué es tan ligera siendo tan gruesa?

Sin embargo, como no tenía a mano otra cosa, la lanzó vigorosamente.

La piedra no dio en el blanco; pero el acto de Ben-Zuf, que revelaba intenciones poco conciliadoras, fue suficiente para poner en fuga al prudente animal, que pasando por encima de los arbustos y de los árboles en una serie de saltos gigantescos, desapareció como si fuera un canguro de goma elástica.

La piedra, en vez de dar al chacal, describió una trayectoria muy extensa y cayó a más de quinientos pasos más allá de la roca, con gran sorpresa de Ben-Zuf. — ¡Vive Dios! —exclamó—. Alargo más que un obús de a cuatro.

Ben-Zuf encontrábase en aquellos momentos a pocos metros delante de su capitán, cerca de un foso lleno de agua, y de diez pies de anchura, que necesitaban atravesar. Empezó una carrera y saltó con el impulso de un gimnasta.

—¿Adonde vas, Ben-Zuf? ¿Qué te sucede? Te vas a descoyuntar, imbécil.

El capitán Servadac pronunció estas palabras, alarmado, al ver a su asistente a cuarenta pies sobre el suelo.

Luego, pensando en el peligro que Ben-Zuf podía correr al caer en tierra, lanzóse a su vez para atravesar el foso; pero el esfuerzo muscular que hizo lo levantó a una altura de treinta pies. Cruzó, subiendo, la línea de Ben-Zuf, que bajaba; y, obedeciendo a las leyes de la gravitación, cayó al suelo con celeridad creciente, pero sin mayor violencia que la que habría experimentado si se hubiera levantado a cuatro o cinco pies de altura.

—¡Hola! —Exclamó Ben-Zuf, riendo a mandíbula batiente—. Somos dos habilísimos saltarines, mi capitán.

Héctor Servadac, después de reflexionar algunos instantes, adelantóse hacia su asistente y, poniéndole la mano en el hombro, le dijo:

—Ben-Zuf, mírame bien y dime: ¿Estoy despierto o dormido? Despiértame, pellízcame hasta hacerme sangre, si es preciso, porque ambos estamos locos o soñamos.

—La verdad es, mi capitán —respondió Ben-Zuf—, que estas cosas no me han ocurrido jamás sino en sueños, cuando me parecía que era golondrina y que atravesaba el cerro de Montmartre con la misma facilidad con que habría podido saltar por encima de mi quepis. Esto no es natural, por lo que creo que ha debido ocurrirnos algo extraordinario. ¿Por ventura, se trata de una propiedad especial de la costa de Argelia?

Héctor Servadac encontrábase sumido en una especie de estupor.

—¡Es para enloquecer! —exclamó—. No dormimos, no soñamos y, sin embargo...

Pero ni el capitán ni el ordenanza eran capaces de detenerse ante aquel problema de tan difícil solución.

—¡En fin, suceda lo que quiera! —exclamó, resuelto a no sorprenderse ya de nada.

—Sí, mi capitán —respondió Ben-Zuf—, y ante todo terminemos de una vez nuestro asunto con el conde Timascheff.

Más allá de la zanja extendíase un prado de media hectárea de superficie, alfombrado de una hierba blanda, sobre la que formaban un cuadro delicioso varios árboles plantados hacía unos cincuenta años, encinas, palmeras, algarrobos, sicómoros y algunos cactus y áloes, dominados por dos o tres grandes eucaliptos.

Aquél era, precisamente, el lugar donde debía efectuarse el encuentro de los adversarios.

Héctor Servadac dirigió una rápida mirada a la pradera y, como en ella no viera a nadie, dijo:

—¡Pardiez! De todos modos, hemos sido los primeros en acudir a la cita.

—O los últimos —replicó Ben-Zuf.

—¿Cómo los últimos? No son las nueve aún —dijo el capitán, sacando su reloj, que había puesto en hora, mirando al sol, antes de salir del gurbí.

—Mi capitán, ¿ve usted ese disco blanquecino, a través de las nubes?

—Ya lo veo —dijo el capitán, mirando un disco completamente cubierto por la bruma, que en aquel momento se presentaba en el cenit.

—Pues ese disco —prosiguió Ben-Zuf— no puede ser más que el sol, u otro astro que haga sus veces.

—¡El sol en el cenit, en el mes de enero, y a los treinta y nueve grados de latitud Norte! —exclamó Héctor Servadac.

—Sí, mi capitán, y señala el mediodía, si no lo toma usted a mal. Hoy debía tener prisa, y apuesto mi quepis contra una cazuela de alcuzcuz, a que se pone antes de tres horas.

Héctor Servadac permaneció un rato inmóvil, con los brazos cruzados.

Después dio una vuelta alrededor, lo que le permitió examinar los diversos puntos del horizonte, y murmuró:

—¡Las leyes de la gravedad se han modificado, los puntos cardinales han cambiado por completo y la duración del día ha quedado reducida a la mitad!

Estas son cosas suficientemente graves para aplazar indefinidamente mi encuentro con el conde Timascheff. Aquí ha pasado algo, sin duda alguna, porque ni Ben-Zuf ni yo nos hemos vuelto locos.

Y el indiferente Ben-Zuf, a quien el fenómeno cósmico más extraordinario no le habría arrancado la más ligera interjección, miraba con tranquilidad al

oficial.

—¡Ben-Zuf! —dijo éste.

—Mi capitán.

—¿No ves a nadie?

—A nadie; el ruso se ha ausentado.

—Aun admitiendo que el ruso se haya ausentado, mis testigos han debido esperar, y, al no verme venir, habrán ido a buscarme al gurbí.

—Cierto, mi capitán.

—Cuando así no lo han hecho, es porque no han venido.

—¿Y por qué no han venido?

—Seguramente porque les ha sido imposible venir. En cuanto al conde Timascheff...

Y se interrumpió para acercarse a las rocas que dominaban el litoral, y ver si la goleta Dobryna estaba a pocos cables de allí. Podía suceder que el conde Timascheff acudiera por mar al lugar de la cita, como había hecho el día antes.

El mar estaba completamente desierto, y por primera vez el capitán Servadac observó que, aunque no se movía ninguna ráfaga de aire, encontrábase extraordinariamente agitado, como si el agua estuviera sometida a una prolongada ebullición junto a un fuego ardiente. Era indudable que la goleta no habría podido mantenerse con facilidad sobre aquellas oleadas anormales.

Además, y también por primera vez, advirtió, estupefacto, que el radio de aquella circunferencia, en que se confundían el cielo y el agua, había disminuido muchísimo.

Efectivamente, para el observador situado en la cima de aquellas peñas, la línea del horizonte debía estar a cuarenta kilómetros de distancia; pero, esto no obstante, la vista se detenía a los diez kilómetros a lo sumo, como si el volumen del esferoide terrestre hubiera disminuido de una manera considerable en pocas horas.

—Lo que sucede es muy extraño —dijo el oficial de Estado Mayor.

Entre tanto, Ben-Zuf, con ligereza extraordinaria, había trepado a la cima de un eucalipto y desde allí examinaba el continente, tanto en dirección a Túnez y a Mostaganem, como hacia la parte meridional. Después bajó de su punto de observación, asegurando que la llanura estaba absolutamente desierta.

—Al Cheliff —dijo Héctor Servadac—. Lleguemos hasta el río, y allí sabremos a qué atenernos.

A lo que Ben-Zuf respondió:

—Vamos al Cheliff.

Tres kilómetros, a lo sumo, separaban el prado del río que el capitán Servadac pensaba atravesar, a fin de marchar en seguida a Mostaganem; pero era

necesario apresurarse para llegar a la ciudad antes que el Sol desapareciera del horizonte. A través de la oscura capa de nubes, veíase que el Sol declinaba rapidísimamente y, por inexplicable singularidad, en vez de trazar la curva oblicua que exigía la latitud de Argelia en aquella época del año, caía perpendicular al horizonte.

Mientras caminaban, el capitán Servadac iba reflexionando en todas estas diversas singularidades. Si un fenómeno absolutamente inaudito había modificado el movimiento de rotación del globo, considerando el paso del Sol por el cenit, debía admitirse que la costa argelina había sido trasladada al otro lado del Ecuador y al hemisferio austral; pero parecía que la tierra, salvo en lo concerniente a su convexidad, no había sufrido ninguna transformación importante, a lo menos en aquella parte de África. El litoral continuaba siendo una sucesión de peñas, de playas y de rocas, rojas como si fueran ferruginosas, y, en cuanto alcanzaba la vista, la costa no había sufrido ninguna modificación hacia la izquierda, hacia el Sur o a lo menos hacia lo que el capitán Servadac continuaba llamando el Sur, aunque los dos puntos cardinales habían cambiado de posición.

A unas tres leguas de allí, se desarrollaban los primeros estribos de los montes Meryeyah, y la línea de sus cimas trazaba con toda claridad su acostumbrado perfil sobre el cielo.

En aquel momento rasgáronse las nubes, y los rayos oblicuos del Sol llegaron al suelo. Sin duda alguna, el astro diurno, que se había levantado al Oeste, iba a ponerse al Este.

—¡Diablo! —Exclamó el capitán Servadac—. Tengo curiosidad de saber lo que piensan de esto en Mostaganem. ¿Qué dirá el ministro de la Guerra cuando el telégrafo le comunique que la colonia de África está desorientada desde el punto de vista físico, mucho más que lo ha estado en tiempo alguno desde el punto de vista moral?

—La colonia de África —respondió Ben-Zuf— irá toda a la guardia de prevención.

—¿Cuando sepa que los puntos cardinales no están de acuerdo con los reglamentos militares?

—Los puntos cardinales serán enviados a las compañías disciplinarias.

—¿Cuando sepa que en el mes de enero los rayos del Sol nos hieren perpendicularmente...?

—¡Herir a un oficial! ¡Fusilado el Sol!

Ben-Zuf, como se ve, era sumamente severo en materia de disciplina.

Mientras tanto, capitán y ordenanza caminaban lo más de prisa posible.

Dotados de la extraordinaria ligereza específica que había llegado a ser su

esencia misma, y habituados ya a la menor compresión del aire, que hacía su respiración más fatigosa, corrían como liebres y saltaban como gamuzas. No iban ya por el sendero que serpenteaba por las peñas, y que por los muchos rodeos que hacía hubiera alargado su camino, sino que seguían la línea recta y, por consiguiente, más corta, a vuelo de pájaro, como se dice en el Antiguo Continente, a vuelo de abeja, como se dice en el Nuevo. Ningún obstáculo les detenía, porque los vallados, los arroyos, las cortinas de árboles y cualesquiera otras eminencias que les salían al paso, los salvaban saltando sobre ellos con pasmosa agilidad. Montmartre, en aquellas condiciones, hubiera sido atravesado de un solo salto por Ben-Zuf. Un solo temor tenían ambos, y era prolongar el camino siguiendo la vertical cuando deseaban acortarlo siguiendo la horizontal. Verdaderamente, apenas tocaban al suelo, que parecía ser para ellos un trampolín de ilimitada elasticidad.

Al fin, llegaron a orillas del Cheliff, y en pocos saltos el oficial y su asistente se encontraron a la orilla derecha; pero entonces se vieron obligados a detenerse: el puente había desaparecido.

—¡No hay puente! —Exclamó el capitán Servadac—. Aquí ha debido haber una inundación, un nuevo diluvio.

—¡Pse! —dijo Ben-Zuf.

Y, sin embargo, no faltaban motivos para admirarse.

Efectivamente, había desaparecido el Cheliff, de cuya orilla izquierda no quedaba señal alguna. La orilla derecha, que el día anterior se divisaba a través de la fértil llanura, habíase convertido en litoral. Hacia el Oeste, las aguas tumultuosas y bramadoras remplazaban el curso pacífico del río en cuanto la vista llegaba a ver. El río había sido sustituido por el mar, y allí concluía la comarca que el día antes había sido el territorio de Mostaganem.

Héctor Servadac, para convencerse por completo, aproximóse a la orilla oculta entre una espesura de adelfas, tomó agua con el cuenco de la mano y se la llevó a la boca.

—¡Salada! —exclamó—. El mar se ha tragado en pocas horas toda la parte occidental de Argelia.

—Entonces, mi capitán —dijo Ben-Zuf—, esto ha de durar más tiempo que una sencilla inundación.

—El mundo se ha transformado —respondió el oficial de Estado Mayor, moviendo la cabeza—, y este cataclismo puede tener consecuencias inexplicables. ¿Qué suerte habrán corrido mis amigos y mis compañeros?

Era la primera vez que Ben-Zuf veía a su capitán tan vivamente impresionado. Compuso, pues, su semblante con arreglo a las circunstancias, aunque no acertaba a comprender lo ocurrido, y hasta se habría conformado

filosóficamente con los acontecimientos, si no hubiera creído que tenía el deber de participar militarmente de las sensaciones de su capitán.

El nuevo litoral, formado por la antigua orilla derecha del Cheliff, extendíase de Norte a Sur, siguiendo una línea ligeramente circular, como si el cataclismo de que aquella parte de África acababa de ser teatro, no la hubiera modificado. Había quedado tal como figuraba en el plano hidrográfico, con sus grupos de grandes árboles, su orilla caprichosamente festoneada y la alfombra verde de sus praderas, pero donde estaba la orilla de un río había la orilla de un mar desconocido.

De pronto, el Sol, al llegar al horizonte del Este, cayó bruscamente como una bala en el mar, impidiendo a Héctor Servadac continuar observando los cambios que habían modificado profundamente el aspecto físico de la región. Si Argelia hubiera estado bajo los trópicos en el 21 de setiembre o en el 21 de marzo, cuando el Sol corta a la eclíptica, el paso del día a la noche no se habría verificado con mayor rapidez. Aquella tarde no hubo crepúsculo, y era probable que a la mañana siguiente no hubiese aurora. La oscuridad envolvió instantáneamente la Tierra, el mar y el cielo en su espeso manto de negruras.

CAPÍTULO VI

DONDE SE INVITA AL LECTOR A SEGUIR AL CAPITÁN SERVADAC EN LA PRIMERA EXCURSIÓN POR SUS NUEVOS DOMINIOS

Tantos y tan extraordinarios acontecimientos no aturdieron en absoluto al capitán Servadac, quien, menos indiferente que Ben-Zuf, deseaba saber la razón de las cosas, sin importarle nada en efecto cuando lograba conocer la causa. Para él, morir a consecuencia de un disparo de cañón no era nada si se sabía en virtud de qué leyes de balística y por qué trayectoria llegaba la bala a darle en el pecho. Y como ésta era su manera de considerar las cosas del mundo, después de haber examinado con suma atención las consecuencias del fenómeno que se había producido, sólo pensó en descubrir la causa.

—¡Diablo! —Exclamó al verse súbitamente envuelto en las sombras de la noche—. Será preciso ver esto cuando sea de día..., admitiendo que vuelva el día, porque quiero que me coma un lobo si sé adonde se ha marchado el Sol.

—Mi capitán —dijo entonces Ben-Zuf—, sin que esto sea mandarle a usted nada, ¿qué vamos a hacer ahora?

—Quedarnos aquí, y mañana, si hay mañana, volveremos al gurbí, después que hayamos reconocido la costa al Occidente y al Sur. Lo importante es saber dónde estamos y lo que ha pasado aquí, ya que no podemos saber lo que ha ocurrido allá. Así, pues, seguiremos la costa al Oeste y al Sur...

—Si hay costa —observó el ordenanza.

—Si hay Sur —respondió el capitán Servadac.

—Entonces, ¿podemos dormir?

—Sí, podemos.

Y con esta autorización, Ben-Zuf, a quien no habían conmovido tantos incidentes, introdujose en una cavidad de las rocas del litoral, se puso los puños en los ojos y durmió con la tranquilidad del ignorante, que a veces es mayor que la del justo.

El capitán Servadac recorrió la orilla del nuevo mar, abismado en profundos pensamientos y dirigiéndose a sí mismo un sinnúmero de preguntas que quedaban sin contestación.

Ante todo, ¿qué importancia tenía la catástrofe? ¿Había alcanzado sólo a una pequeña parte de África? ¿Se habían salvado Argel, Oran y Mostaganem?

Sus amigos, sus compañeros de la subdivisión militar, ¿se encontraban en

aquel momento en el fondo del mar con los habitantes de aquella costa, o el Mediterráneo, desviado de su cuenca por una conmoción cualquiera, no había invadido aquella parte del territorio argelino, sino por la desembocadura del Cheliff? Esto explicaría, en cierto modo, la desaparición del río; pero no explicaba de ninguna manera los demás fenómenos cósmicos.

Otra hipótesis. ¿Había sido transportado de pronto el litoral africano a la zona ecuatorial? Esto explicaría el nuevo arco diurno del crepúsculo; pero no podría explicar por qué el día era de seis horas en vez de doce, ni por qué el Sol salía por Occidente y se ponía por Oriente.

—Y, sin embargo, el hecho es indudable —se repetía el capitán Servadac— que el día ha sido hoy de seis horas y que los puntos cardinales se han cambiado, por lo menos en lo concerniente al Levante y al Poniente. En fin, veremos mañana cuando aparezca el Sol..., si aparece.

Servadac desconfiaba ya de todo.

En realidad de verdad, era enojoso que el cielo se mostrara cubierto de nubes y no ostentase su habitual manto de estrellas, porque, aunque Héctor Servadac era poco entendido en cosmografía, no dejaba de conocer las principales constelaciones y habría visto si la estrella Polar continuaba en su sitio o si, por lo contrario, la remplazaba alguna otra, lo que irrefutablemente hubiera probado que el globo terrestre giraba sobre un eje nuevo y quizás en sentido inverso, y habría explicado la causa de muchas cosas.

Pero, a juzgar por las apariencias, las nubes eran lo suficientemente densas para contener un diluvio de agua, y el observador, a pesar de estar dotado de ojos muy perspicaces, no logró descubrir ni una sola estrella. En cuanto a la Luna, no había que esperarla, porque era precisamente nueva en aquella época del mes y con el Sol había desaparecido debajo del horizonte.

Por consiguiente, no pudo menos de quedar profundamente sorprendido el capitán Servadac cuando, al cabo de hora y media de paseo, vio aparecer por encima del horizonte un gran resplandor, cuyos rayos atravesaban la cortina de nubes.

—¡La Luna! —Exclamó—; pero no, no puede ser el satélite de la Tierra. ¿Acaso la casta Diana haría de las suyas también y se levantaría por el Oeste? No, no es la Luna, su luz no es tan intensa, a no ser que se haya acercado muchísimo al globo terráqueo.

Efectivamente, fuese cualquiera aquel astro, la luz que emanaba era tan intensa que atravesó la pantalla de vapores y esparció una semi claridad por toda la campiña.

—¿Será el Sol? —Se preguntó el oficial—. Pero no hace cien minutos que se ha puesto hacia el Este. Y, si no es el Sol ni la Luna, ¿qué es? ¿Algún bólido

monstruoso? ¡Ah, diablos! ¿Esas condenadas nubes no se disiparán nunca?

Después, prosiguiendo en sus reflexiones, exclamó:

—Mejor habría sido que hubiese dedicado a aprender astronomía alguna parte del tiempo que he perdido neciamente. Quizás es sencillísimo el fenómeno que ahora me es imposible comprender.

De todos modos, el capitán continuó ignorando los misterios de aquel nuevo cielo. Los rayos luminosos de un disco de dimensiones gigantescas y de enorme resplandor iluminaron la parte superior de las nubes por espacio de una hora poco más o menos, y después, en vez de describir un arco, como todo astro fiel a las leyes de la mecánica celeste, y de bajar hacia el horizonte opuesto, el disco colosal se alejó, al menos aparentemente, siguiendo una línea perpendicular al plano del Ecuador y llevándose tras sí la semi claridad, suave a la vista, que impregnaba vagamente la atmósfera.

Todo volvió, pues, a quedar sumido en las tinieblas, incluso el cerebro del capitán Héctor Servadac, que no comprendía absolutamente nada de lo que pasaba. Las reglas más elementales de la mecánica se encontraban infringidas; la esfera celeste parecía un reloj, cuyo resorte principal se rompe súbitamente; los planetas no observaban ninguna de las leyes de la gravitación y nada hacía suponer que el Sol debía volver a presentarse en un horizonte cualquiera de este globo.

Sin embargo, tres horas después, el astro del día, sin que lo precediese la aurora, apareció hacia el Oeste, y la luz matinal tiñó de púrpura las nubes amontonadas; el día sucedió a la noche, y el capitán Servadac, consultando su reloj, comprobó que la noche había durado seis horas solamente.

Seis horas de sueño no eran suficientes para Ben-Zuf, pero fue preciso despertar al intrépido durmiente.

Héctor Servadac lo sacudió bruscamente, diciendo:

—Vamos, levántate, y en marcha.

—Hola, mi capitán —respondió Ben-Zuf, frotándose los ojos—. Me parece que he dormido menos que de ordinario, porque tengo aún mucho sueño.

—Has dormido toda la noche.

—Pero ¿ha pasado ya una noche entera?

—Una noche de seis horas, pero una noche entera, con la que será preciso que te contentes.

—Procuraré contentarme.

—En marcha, no hay tiempo que perder. Volvamos al gurbí por el camino más corto y veamos qué suerte han corrido nuestros caballos, y qué piensan.

—Piensan, sin duda —respondió el asistente—, que no les he dado pienso desde ayer. Así, pues, voy a dárselo y a limpiarlos con gran esmero, mi capitán.

—Bueno, bueno; pero despáchate y, cuando estén ensillados, haremos un reconocimiento del terreno. Necesitamos saber lo que ha quedado de Argelia.

—¿Y después?

—Luego, si no podemos llegar a Mostaganem por el Sur, iremos a Túnez por el Este.

El capitán Servadac y su ordenanza volvieron a emprender la marcha por el sendero de las rocas que conducía al gurbí. Como tenían gran apetito, recogieron por el camino los higos, dátiles y naranjas que pendían al alcance de su mano. En aquella parte del territorio, absolutamente desierto y convertido en un vasto vergel a beneficio de nuevas plantaciones, los guardas no podían denunciarlos.

Hacía hora y media que se habían separado de la playa que fue en otro tiempo orilla derecha del Cheliff, cuando llegaron al gurbí y encontraron a los caballos lo mismo que los habían dejado. Nadie había pasado por allí durante su ausencia, y la parte oriental del territorio parecía tan desierta como la occidental que acababan de recorrer.

Pronto fueron hechos los preparativos para la marcha.

Ben-Zuf llenó su morral con algunos panes de gaceta y cajas de conservas de carne; pero de la bebida no se preocuparon, porque los muchos y límpidos arroyos que atravesaban la llanura eran suficientes para proveerles de agua.

Estos antiguos afluentes de un río habíanse convertido en ríos que desaguaban en el Mediterráneo.

Céfiro, el caballo del capitán Servadac, y Galeta (recuerdo del molino de Montmartre), yegua de Ben-Zuf, fueron ensillados rápidamente y al punto salieron los jinetes, galopando hacia el Cheliff.

Los caballos, que en igual proporción que los hombres, experimentaban los efectos de las modificaciones físicas, no eran ya simples cuadrúpedos, sino verdaderos hipogrifos, cuyos pies apenas tocaban el suelo. Por fortuna, Héctor Servadac y Ben-Zuf eran buenos jinetes y, aflojando las riendas, excitaron, en vez de refrenar, a sus cabalgaduras.

Los ocho kilómetros que separaban el gurbí de la desembocadura del Cheliff fueron recorridos en veinte minutos, y, luego, a paso más moderado, comenzaron a bajar hacia el Sudeste, siguiendo la antigua orilla derecha del río.

Aquel litoral conservaba el aspecto que lo caracterizaba cuando era una simple orilla del Cheliff; pero toda la parte de la otra orilla había sido remplazada por el horizonte del mar. Era de suponer, por consiguiente, que, a lo menos hasta el límite trazado por este horizonte, toda aquella parte de la provincia de Oran, delante de Mostaganem, se había sumergido durante la noche del 31 de diciembre al 1. ° De enero.

El capitán Servadac conocía muy bien aquel territorio por haberlo

explorado y por haber hecho su triangulación, y podía orientarse con perfecta exactitud. Su objeto era, después de haberlo reconocido en la mayor extensión posible, escribir una memoria, que dirigiría...

¿Adonde, a quién y cuándo? No lo sabía.

Durante las cuatro horas que quedaban del día, los dos jinetes anduvieron unos 35 kilómetros desde la desembocadura del Cheliff, y cuando la noche los envolvió en sus sombras, acamparon cerca de un ligero recodo de lo que había sido río y en el que la víspera desaguaba el Mina, afluente de su orilla izquierda, a la sazón absorbido por el nuevo mar.

Tampoco habían encontrado alma viviente durante aquella excursión, lo que no dejaba de ser extraño.

Ben-Zuf organizó el campamento lo mejor que le fue posible; trabó los caballos para que pacieran a su gusto la hierba espesa que tapizaba las orillas; y la noche transcurrió sin incidente alguno digno de ser mencionado.

Al día siguiente, 2 de enero, es decir, en el momento en que debía haber comenzado la noche del 1 al 2 de enero, según el antiguo calendario terrestre, el capitán Servadac y su asistente montaron de nuevo a caballo y continuaron la exploración del litoral. Habiéndose emprendido la marcha al salir el Sol y no cesando de caminar durante las seis horas del día, recorrieron unos kilómetros.

El territorio estaba limitado como siempre por la antigua orilla derecha del río. Sólo a 20 kilómetros poco más o menos, del Mina, una parte importante de la orilla había desaparecido, y con ella habíase sumergido en el mar el pueblo de Surkelmittou con los ochocientos habitantes que contenía. ¿Quién sabe si no habían sufrido la misma suerte otras poblaciones más importantes de aquella parte de Argelia situadas al otro lado del Cheliff, como Mazagán, Mostaganem y Orleansville?

Servadac, después de haber contorneado la pequeña bahía, formada nuevamente por la ruptura de la orilla, encontró la margen del río frente al sitio que debía ocupar el pueblo mixto de AmmiMuza, el antiguo Khamis de los BeniUragh; pero no quedaba vestigio alguno de aquella capital de distrito, ni aun del pico de Mankura, que tenía 1.126 metros y delante del cual estaba el pueblo edificado.

Ambos exploradores acamparon aquella noche en un ángulo que por aquella parte terminaba bruscamente su antiguo dominio. Era casi el lugar en que debía encontrarse la importante población de Memounturroy, de la que no quedaba ya vestigio alguno.

—¡Y yo que había pensado cenar y dormir esta noche en Orleansville! — dijo el capitán Servadac, contemplando el oscuro mar que a la sazón se extendía ante él.

—Imposible, mi capitán —respondió Ben-Zuf—, a no ser que vayamos en barca.

—¿Sabes, Ben-Zuf, que vivimos por milagro?

—Cierto, mi capitán; y no es la primera vez. Ya verá usted cómo encontramos manera de atravesar este mar para pasar a Mostaganem.

—¡Hum! Si estamos en una península, como es de suponer, será más bien a Túnez adonde tengamos que ir en busca de noticias.

—O a darlas —se apresuró a responder Ben-Zuf.

Cuando, seis horas después, volvió a salir el Sol, el capitán Servadac examinó la nueva conformación del territorio.

Desde el punto en que había acampado durante la noche, el litoral seguía entonces la línea Sur Norte. No era ya una orilla natural como la del Cheliff, porque una nueva rotura limitaba la antigua llanura, y en el ángulo que formaba, faltaba, como se ha dicho, el pueblo de Memounturroy.

Además, Ben-Zuf subió a la cumbre de una colina situada algo más atrás y no pudo ver nada más allá del horizonte de mar. No había tierra alguna a la vista y, por consiguiente, no existía Orleansville, que debía encontrarse a diez kilómetros hacia el Sudoeste.

Capitán y asistente abandonaron, pues, el lugar en que habían acampado y siguieron la nueva playa entre terraplenes caídos, campos bruscamente cortados, árboles arrancados de raíz y que caían sobre las aguas, y entre los cuales veíanse algunos viejos olivos cuyo tronco, fantásticamente festoneado, parecía haber sido cortado con un hacha.

Los dos jinetes caminaban a la sazón con más lentitud, porque el litoral, festoneado de aberturas y de cabos, les obligaba a dar rodeos con frecuencia, de suerte que al ponerse el Sol, después de haber recorrido treinta y cinco kilómetros, sólo habían llegado al pie de las montañas del Meryeyah, que antes de la catástrofe terminaban por aquella parte la cadena del pequeño Atlas.

En aquel paraje la cadena se había roto violentamente, levantándose a pico sobre el litoral.

A la mañana siguiente atravesaron a caballo una de las gargantas de la montaña, subieron a pie a una de las cimas más altas y reconocieron al fin aquella estrecha porción del territorio argelino, de la que, según todas las apariencias, eran los únicos habitantes.

Desde la base del Meryeyah hasta las últimas playas del Mediterráneo y en una longitud de uno treinta kilómetros, desarrollábase una nueva costa; pero este territorio no estaba unido por istmo alguno con el de Túnez, que había desaparecido. No era, pues, una península, sino una isla la que los dos exploradores acababan de examinar, viéndose obligado el capitán Servadac,

desde las alturas que ocupaban, a reconocer, con gran sorpresa suya, que el mar le rodeaba por todas partes, y que en cuanto la vista abarcaba no había tierra alguna.

Aquella isla, de reciente formación en el suelo argelino, tenía la forma de un cuadrilátero irregular, casi un triángulo, cuyo perímetro podía descomponerse de este modo: 120 kilómetros en la antigua orilla derecha del Cheliff; 35 kilómetros del Sur al Norte, subiendo hasta la cadena del pequeño Atlas; 30 kilómetros desde allí, en línea oblicua, hasta el mar, y 100 kilómetros del antiguo litoral del Mediterráneo; total, 285 kilómetros.

—Perfectamente —dijo el oficial—. ¿Pero, puede saberse por qué?

—¡Bah! ¿Por qué no? Las cosas suceden porque tienen que suceder. Si el Padre Eterno lo ha querido, mi capitán, es necesario conformarnos con su santa voluntad.

Ambos descendieron a la llanura, volvieron a montar en sus caballos, que habían estado paciando tranquilamente, y aquel día llegaron al litoral del Mediterráneo sin encontrar el menor vestigio de la pequeña ciudad de Montenotte, que también había desaparecido como Túnez, de la que no se veía en el horizonte ni una sola casa.

Al día siguiente, 5 de enero, reconocieron la orilla de Mediterráneo, cuyo litoral no había sido respetado tan completamente como pensaba el oficial de Estado Mayor. Las poblaciones de CalatChimah, Agmis, Murabat y PointeBasse habían desaparecido. Los cabos no habían podido resistir el choque y habíanse desprendido del territorio. Por lo demás, los exploradores se cercioraron de que en su isla no había otros habitantes que ellos mismos, a pesar de que la fauna estaba representada por algunos rebaños de rumiantes que erraban por la llanura.

El capitán Servadac y su asistente habían empleado en recorrer el perímetro de la isla, cinco de los nuevos días o, lo que es lo mismo, dos días y medio de los antiguos. Hacía, pues, sesenta horas que habían salido del gurbí cuando entraron de nuevo en él.

—¿Qué le parece a usted de esto, mi capitán? —preguntó Ben-Zuf.

—¿Qué te parece a ti, Ben-Zuf?

—Que ya es usted gobernador general de Argelia.

—¡Una Argelia sin habitantes!

—Pues qué, ¿no soy yo nadie?

—Entonces, tú serás...

—La población, mi capitán, la población.

—¿Y mi rondó? —Dijo el capitán cuando se metió en el lecho—. No valía la pena trabajar tanto con la imaginación para hacerlo.

CAPÍTULO VII

EN EL QUE BEN-ZUF CREE DEBER QUEJARSE DE LA NEGLIGENCIA DEL GOBERNADOR GENERAL

No habían transcurrido diez minutos aun cuando el gobernador general y la población dormían ya profundamente en una de las habitaciones de la casa, porque el gurbí continuaba envuelto en sus ruinas. Esto no obstante, el sueño del oficial fue de poca duración: la idea de que, si había observado tantos efectos nuevos, sus primeras causas continuaban siéndole desconocidas, le desveló. Un esfuerzo de memoria le recordó ciertas leyes generales que creía haber olvidado, y se preguntó si aquellos fenómenos podrían ser efecto de un cambio en la inclinación del eje terrestre sobre la eclíptica. Semejante trastorno habría explicado el trastorno de los mares y quizás el de los puntos cardinales; pero no habría ocasionado la disminución de las horas del día ni la de la intensidad de la gravedad en la superficie del globo. Tuvo, pues, que renunciar a esta hipótesis, lo que le desagradó mucho, porque no tenía otra que hacer. Pero la serie de singularidades no había, sin duda, concluido, y posiblemente algún otro fenómeno le ayudaría a describir la causa de cuanto estaba viendo. Así lo esperaba, por lo menos.

Al día siguiente, lo primero de que se preocupó Ben-Zuf fue de preparar un buen almuerzo. Era preciso reparar las fuerzas, y él tenía un hambre como tres millones de argelinos. Aquél era el momento de disponer de una docena de huevos respetados por el cataclismo que había destrozado el país. Con un buen plato de alcuzcuz, que el asistente sabía preparar admirablemente, los huevos compondrían un excelente almuerzo. Tenía ya encendida la lumbre en la hornilla de la casa, y la cacerola de cobre brillaba como si acabase de salir de las manos del fabricante; el agua fresca esperaba en una gran alcarraza de barro permeable cuya evaporación transpiraba a la superficie, y tres minutos de inmersión en el agua hirviendo debían bastar, según Ben-Zuf, para poner los huevos en su punto.

El ordenanza encendió fuego en un momento, mientras, según su costumbre, entonaba una canción militar.

Mientras iba y venía, el capitán Servadac observaba con curiosidad los preparativos culinarios, anhelando saber si se presentaban nuevos fenómenos que pudieran sacarlo de la incertidumbre: ¿Funcionará el hornillo del mismo modo que siempre? El aire modificado, ¿le proporcionaría el necesario

contingente de oxígeno?

Sí; el hornillo se encendió, y el soplo algo fatigoso de Ben-Zuf hizo desprender una hermosa llama de los carbones. Así, pues, desde aquel punto de vista, nada había de extraordinario.

Ben-Zuf puso la cacerola sobre el hornillo, la llenó de agua y esperó que el líquido empezara a bullir para introducir los huevos, que parecían vacíos por lo poco que pesaban en su mano. El agua de la cacerola sólo tardó diez minutos en hervir.

—¡Diablo, cuánto calor tiene el fuego ahora! —exclamó Ben-Zuf.

—No; el fuego calienta lo mismo que siempre —respondió el capitán Servadac, después de haber reflexionado—; pero el agua hierve más pronto.

Y, apoderándose de un termómetro que estaba colgado en la pared de la casa, lo introdujo en el agua hirviendo.

El instrumento sólo marcó 66 grados.

—¡Bueno! —Exclamó el oficial—. Ahora el agua hierve a sesenta y seis grados en vez de cien.

—¿Qué sucede, mi capitán?

—Te aconsejo, Ben-Zuf, que dejes los huevos un buen cuarto de hora en la cacerola, tiempo que apenas bastará para que estén a punto.

—Se pondrán duros.

—No, amigo mío; a lo sumo, se habrán cocido lo bastante para colorear una migaja de pan.

Aquel fenómeno obedecía indudablemente a la disminución de altura en la capa atmosférica, lo que estaba de acuerdo con la disminución de densidad del aire ya advertida. El capitán Servadac había acertado en su cálculo. La columna de aire sobre la superficie del globo había disminuido en una tercera parte, y por eso el agua, sometida a menos presión, hervía a 66 grados.

Igual fenómeno se habría producido en la cima de una montaña de once mil metros de altura; y si el capitán Servadac hubiera poseído un barómetro, habría observado aquella disminución de la columna atmosférica. Esta misma circunstancia era la que había debilitado la voz de Ben-Zuf y la del capitán, avivado la aspiración y comprimido los vasos sanguíneos, cosas a las que ambos se habían acostumbrado ya.

—Y, sin embargo —dijo para sí el oficial—, es difícil admitir que nuestro campamento haya sido trasladado a semejante altura, porque está ahí el mar que baña las rocas.

Las consecuencias que Héctor Servadac había deducido de los fenómenos observados eran exactas, pero seguía desconociendo la causa que las había producido.

Mientras tanto los huevos, gracias a una inmersión más prolongada que de ordinario, quedaron en su punto, y lo mismo sucedió con el alcuzcuz. Ben-Zuf observó que en lo sucesivo necesitaba comenzar sus operaciones culinarias una hora más temprano para servir bien a su capitán.

Mientras éste comía con gran apetito, a pesar de los pensamientos que le agitaban, dijo Ben-Zuf:

—¿Y bien, mi capitán?

Ben-Zuf acostumbraba siempre emplear esta fórmula interrogativa antes de entrar en materia.

—Y bien, Ben-Zuf —respondió el oficial, que también solía dar esta respuesta a su asistente.

—¿Qué hacemos ahora?

—Esperar.

—¿Esperar?

—Sí, esperar que vengan en nuestra busca.

—¿Por mar?

—Por mar ha de ser, puesto que estamos acampados en una isla.

—Entonces, mi capitán, ¿cree usted que nuestros compañeros...?

—Creo, o a lo menos espero, que la catástrofe no haya trastornado sino algunos puntos de la costa argelina, y que, por consiguiente, nuestros compañeros se encuentran sanos y salvos.

—Sí, mi capitán, es bueno abrigar esta esperanza.

—Como seguramente el gobernador general querrá enterarse bien de lo ocurrido, habrá enviado de Argel un buque para explorar el litoral, y creo que no nos habrá olvidado. Observa, pues, el mar, Ben-Zuf, y cuando haya un buque a la vista le haremos señales.

—¿Y si no viene ninguno?

—Construiremos una embarcación, e iremos en busca de los que no han venido a buscarnos.

—Está bien, mi capitán; pero, ¿es usted marino?

—Todo el mundo es marino cuando se necesita —respondió el oficial de Estado Mayor, imperturbable.

Durante los días que siguieron, Ben-Zuf no cesó un instante de explorar el horizonte con un antejo de larga vista: pero no consiguió ver en el mar ninguna embarcación.

—¡Por vida de las cabilas! —exclamó—. Su excelencia el gobernador general nos ha olvidado.

El 6 de enero, la situación de los dos insulares continuaba siendo la misma.

Este 6 de enero era la fecha verdadera, es decir, la del calendario antes que

los días terrestres hubieran perdido doce horas de las veinticuatro. El capitán Servadac, para no confundirse, había preferido atenerse al antiguo método, y por eso, aunque el Sol había aparecido y desaparecido doce veces sobre el horizonte de la isla, no contaba sino seis días desde el primero de enero, principio del día del año civil. Su reloj le servía para anotar con toda exactitud las horas transcurridas con más seguridad que un reloj de péndulo, que, en las circunstancias en que se encontraba, le habría dado indicaciones falsas a consecuencia de la disminución de la atracción, y como el del capitán Servadac era bueno, marchaba regularmente aun después de la perturbación introducida en el orden físico de las cosas.

—¡Caray, mi capitán! —Dijo Ben-Zuf, que había leído algunas novelas—.

Usted va a convertirse en un Robinsón Crusoe, y yo soy casi un Viernes. ¿Acaso me he vuelto negro?

—No, Ben-Zuf —respondió el capitán—, todavía conservas tu hermoso color blanco..., algo oscuro.

—Un Viernes blanco —respondió Ben-Zuf— no conviene mucho a un Robinsón; pero lo prefiero así.

El 6 de enero, pues, Héctor Servadac, en vista de que no iba ningún barco a recogerlo, inventarió los recursos vegetales y animales de su posesión, a semejanza de todos los Robinsones.

La isla Gurbí, que tal era el nombre que le había dado, tenía tres mil leguas cuadradas de superficie, o sea trescientas mil hectáreas, y en ella había bueyes, vacas, cabras y carneros, cuyo cifra exacta no podía fijarse. Además, abundaba la caza, que no podía abandonar el territorio, y tampoco faltaban los cereales, cuyas cosechas debían ser recogidas tres meses después.

Así, pues, el alimento del gobernador, de la población y de los dos caballos, estaba completamente asegurado, lo mismo que el de los nuevos habitantes que llegaran a la isla, si alguno llegaba.

Del 6 al 13 de enero llovió con gran abundancia. El cielo estaba constantemente cubierto de espesas nubes que, a pesar de su condensación, no disminuían. También estallaron grandes tempestades, meteoros raros en aquella época del año; pero Héctor Servadac observó que la temperatura tenía tendencia a ascender. Aquel verano era extraordinariamente precoz, puesto que comenzaba en el mes de enero, cosa tanto más sorprendente cuanto que aquel aumento de temperatura era constante y progresivo, como si el globo terrestre se aproximara al Sol de modo continuo.

Como el calor, la luz iba siendo más intensa; y sin la pantalla de vapores que las nubes interponían entre el cielo y la superficie de la isla, la irradiación solar habría iluminado los objetos terrestres con viveza completamente inusitada.

Por lo demás, se comprende cuál sería la contrariedad de Héctor Servadac, por no poder observar el Sol, ni la Luna, ni las estrellas, en parte alguna de aquel firmamento que quizás hubiera respondido a sus interrogaciones, si la bruma se hubiera desvanecido.

Ben-Zuf pretendió varias veces calmar a su capitán, predicándole resignación; pero fue tan mal recibido que no se atrevió a insistir, por lo que se limitó a desempeñar exactamente sus funciones de vigía. A pesar de la lluvia, del viento y de la tempestad, permanecía constantemente de centinela en la cima de una roca, durmiendo muy pocas horas; pero inútilmente recorría con la vista aquel horizonte invariablemente desierto. Por lo demás, ¿qué buque habría podido navegar con aquel mal tiempo y aquellas borrascas? El mar levantaba sus olas a una altura inconcebible, y el huracán desencadenábase en él con incomparable furor. En el segundo período de la formación del globo, cuando las primeras aguas, volatilizadas por el fuego interior se elevaban en vapores por el espacio para caer de nuevo sobre la tierra, convertidos en torrentes, los fenómenos de la época diluviana no habían podido verificarse con tanta intensidad.

El diluvio cesó de pronto el día 13, siendo disipados por el viento los últimos celajes durante la noche del mismo día. Héctor Servadac, que hacía seis días permanecía recluido en la casa, la abandonó al ver que cesaba la lluvia y se calmaba el viento, corriendo a ponerse también de centinela sobre la alta peña.

¿Qué iba a leer en los astros? ¿Aquel gran disco, entrevisto un instante en la noche del 31 de diciembre al primero de enero, volvería a mostrarse? ¿Le sería revelado al fin el misterio de su destino?

El cielo resplandecía, las constelaciones brillaban con todo su resplandor y el firmamento se extendía ante las miradas como un inmenso mapa celeste, en el que se distinguían algunas nebulosas que en otro tiempo no habría podido ver ningún astrónomo sino con el auxilio de un telescopio.

Lo primero que hizo el oficial fue observar la estrella Polar, porque observar la Polar era su fuerte. Esta estrella estaba allí; pero, tan baja sobre el horizonte, que probablemente no servía ya de eje central a todo el sistema estelar. En otros tiempos, el eje de la Tierra, prolongado indefinidamente, no pasaba ya por el punto fijo que esta estrella ocupaba de ordinario en el espacio; y, en efecto, una hora después había cambiado de lugar y bajaba sobre el horizonte como si formara parte de alguna constelación zodiacal.

Necesitaba encontrar la estrella que la remplazase, o, lo que es lo mismo, faltaba averiguar por qué punto del cielo pasaba entonces el eje prolongado de la Tierra. Héctor Servadac dedicóse durante varias horas a esta observación. La nueva Polar debía permanecer inmóvil, como permanecía la antigua en medio de

las demás estrellas, que, en su movimiento aparente, verifican en torno suyo la revolución diurna.

No tardó en conocer que uno de aquellos astros, muy próximos al horizonte septentrional, estaba inmóvil y parecía estacionario entre todos. Era la estrella Vega de la Lira, la misma que, a causa de la precesión de los equinoccios, remplazará a la Polar dentro de doce mil años; pero como no habían transcurrido doce mil años en catorce días, forzosamente tenía que deducir de estos datos que el eje de la Tierra se había cambiado de repente.

—Pues, en este caso —observó el capitán— no sólo se habrá cambiado el eje, sino que será preciso admitir que el Mediterráneo se ha trasladado al Ecuador, pues que aquél pasa por un punto tan próximo al horizonte.

Y abismóse en profundas reflexiones, mientras que sus miradas iban desde la Osa Mayor, convertida en constelación zodiacal, y cuya cola era la única que salía de las aguas, hasta las nuevas estrellas del hemisferio austral, que veía por primera vez.

Un grito de Ben-Zuf le llamó a la realidad.

—¡La Luna! —exclamó el ordenanza.

—¡La Luna!

—Sí, la Luna —replicó Ben-Zuf, gozoso de volver a ver la compañera de las noches terrestres, como se dice poéticamente.

Y mostró al capitán un disco que se levantaba en el sitio opuesto a aquel que debía ocupar el Sol entonces.

¿Era, efectivamente, aquélla la Luna o algún otro planeta inferior, aumentado por la aproximación de la Tierra a él? Al capitán Servadac le habría sido difícil responder a esta pregunta. Tomó un antejo de gran alcance de que se servía de ordinario para sus operaciones geológicas y lo asestó a aquel nuevo astro.

—Sí, es la Luna —dijo—, que sin duda se ha alejado considerablemente de nosotros, por lo que habrá que calcular su distancia, no por millares, sino por millones de leguas.

Después de haber estado observándolo largo rato, creyó poder afirmar que aquel astro no era la Luna, porque no vio en el disco pálido los juegos de luz y de sombra que, en cierto modo, dan a la Luna la apariencia de un rostro humano.

No encontró señal de las llanuras o mares ni de la aureola de irradiaciones que se observan en torno del espléndido monte Tycho.

—No, no es la Luna —dijo.

—¿Por qué no es la Luna? —preguntó Ben-Zuf, que estaba entusiasmado con su descubrimiento.

—Porque ese astro tiene un pequeño satélite y la Luna no tiene ninguno.

Efectivamente, un punto luminoso como los que presentan los satélites de Júpiter en el foco de los instrumentos de mediana potencia, se mostraba con toda claridad en el campo del anteojo del capitán.

—¿Pues qué es entonces? —preguntó el capitán Servadac, golpeando el suelo con los pies—. No es Venus, ni es tampoco Mercurio, puesto que esos dos planetas no tienen satélites. Y, sin embargo, es un planeta, cuya órbita está contenida en la de la Tierra, puesto que acompaña al Sol en su movimiento aparente; pero si no es Venus ni Mercurio, no puede ser sino la Luna, y si es la Luna, ¿dónde ha robado el satélite que la acompaña?

CAPÍTULO VIII

DONDE SE TRATA DE VENUS Y DE MERCURIO, QUE AMENAZAN TROPEZAR CON LA TIERRA

De pronto, apareció el Sol, cuya intensa radiación hizo desaparecer todas las estrellas, impidiendo, además, hacer observaciones, por lo que fue preciso aplazarlas para las noches sucesivas, si el cielo lo permitía.

El capitán Servadac buscó inútilmente el disco cuyo resplandor había penetrado la espesa capa de nubes. Había desaparecido, ya a causa de su alejamiento o ya que los rodeos de su curso vagabundo lo hubieran puesto fuera del alcance de su vista.

El tiempo era magnífico. El viento se había calmado casi por completo después de haber saltado al antiguo Oeste; y el Sol se levantaba siempre sobre su nuevo horizonte, y desaparecía por el opuesto con admirable exactitud. Los días y las noches eran de seis horas justas, de donde podía deducirse que el Sol no se apartaba del nuevo ecuador, cuyo círculo pasaba por la isla Gurbí.

Al mismo tiempo, la temperatura aumentaba continuamente. El capitán Servadac interrogaba muchas veces al día el termómetro colgado en su cuarto, y que el 15 de enero marcaba 50 grados centígrados a la sombra.

Es innecesario decir que, aunque el gurbí no se había levantado de sus ruinas, el capitán Servadac y Ben-Zuf se habían instalado en el aposento principal de la casa para estar más cómodos. Aquellas paredes de piedra, que les habían abrigado contra las lluvias diluvianas de los primeros días, les preservaban también de los ardores del Sol. El calor era cada vez más insoportable, tanto más cuanto que ninguna nube templaba el ardor del Sol, y jamás había descendido al torrente de fuego sobre el Senegal ni sobre las partes ecuatoriales de África. Si aquella temperatura se mantenía, toda la vegetación de la isla se agostarían inevitablemente.

Ben-Zuf, fiel a sus principios, no quería mostrarse sorprendido de aquella temperatura anormal; pero el sudor que inundaba todo su cuerpo protestaba por él. No había querido, a pesar de las reconvenciones de su capitán, abandonar su puesto de centinela en la cima de la peña, donde se tostaba, mientras observaba aquel Mediterráneo tranquilo como un lago, pero siempre desierto. Necesariamente tenía la piel forrada y blindado el cráneo, pues, de otro modo, le habría sido imposible soportar impunemente los rayos perpendiculares del Sol de mediodía.

Un día, el capitán Servadac, que lo contemplaba, haciendo centinela, le preguntó:

—¿Has nacido, acaso, en el Gabón?

—No, mi capitán; pero he nacido en Montmartre, que es lo mismo.

Puesto que el valiente Ben-Zuf pretendía que hacía en su cerro favorito tanto calor como en las regiones intertropicales, no había discusión posible.

Necesariamente, aquella temperatura ultra canicular debía ejercer gran influencia en los productos del suelo de la isla Gurbí y, en efecto, la naturaleza sufrió las consecuencias de la modificación climática. En brevísimo plazo, la savia llevó la vida a las últimas ramas de los árboles; abriéronse los botones, desarrolláronse las hojas, se ostentaron las flores y aparecieron los frutos.

Los cereales crecieron, se desarrollaron y fructificaron con igual rapidez. Las espigas de trigo y de maíz brotaron y crecieron a la vista, y una hierba espesa alfombró las paredes, pudiéndose, a la vez, segar la hierba, recoger las mieses y vendimiar los frutos. Verano y otoño confundiéronse en una estación única.

Si el capitán Servadac hubiera conocido bien la cosmografía, habría reflexionado así:

Si se ha modificado la inclinación del eje terrestre, y si, como todo parece indicarlo, forma un ángulo recto con la eclíptica, en la Tierra ocurrirá lo que en Júpiter. No habrá ya estaciones en el globo, sino zonas invariables, para las que serán eternos el invierno, la primavera, el verano y el otoño.

Pero no hubiera agregado:

—Pero por vida de todos los vinos de Gascuña, ¿a qué causa puede obedecer semejante cambio?

Aquel verano precoz no dejó de ofrecer dificultades al capitán y al asistente.

Indudablemente, iban a faltar brazos para tantas tareas a la vez, que no podían efectuarse aunque se dedicara a ellas la población de la isla. Además, el calor extremado imposibilitaba el trabajo continuo; sin embargo, no había todavía peligro en la demora, porque en el Gurbí abundaban las provisiones y, puesto que el mar estaba en calma y el tiempo era magnífico, podía esperarse

que algún buque pasara pronto a la vista de la isla.

En efecto, aquella parte del Mediterráneo es muy visible, tanto para los buques del Estado que hacen el servicio de la costa, como para los de cabotaje de todas las naciones, cuyas relaciones son muy frecuentes con los menores puntos del litoral. Este razonamiento era exacto; pero, por una u otra causa, lo cierto era que no aparecía ningún buque en el mar y Ben-Zuf se hubiera tostado inútilmente sobre las rocas calcinadas de la playa si una especie de quitasol no le hubiera protegido.

En vano trataba el capitán Servadac de recordar sus estudios, haciendo cálculos para poner en claro la nueva situación en que se hallaba el esferoide terrestre, porque todos sus esfuerzos eran inútiles. Sin embargo, hubiera debido pensar que si el movimiento de rotación de la Tierra sobre su eje, había sufrido modificación, también se había modificado su movimiento de traslación alrededor del Sol y, por tanto, la duración del año no podía ser la misma, ya hubiera aumentado o disminuido.

Efectivamente, la Tierra se acercaba al astro radiante. Su órbita se había cambiado sin duda alguna, y no sólo concordaba aquella variación con el aumento progresivo de la temperatura, sino que otras observaciones permitirían al capitán Servadac cerciorarse de que el globo se acercaba a su centro de atracción.

El Sol presentaba entonces su disco con un diámetro doble del que ofreció a la simple vista, antes de los sucesos extraordinarios que sucedieron a la catástrofe. Los observadores que se hubieran encontrado en la superficie de Venus, es decir, a 25 millones de leguas de distancia, por término medio, lo habrían visto, como a la sazón se mostraba al capitán Servadac, con aquellas dimensiones aumentadas. Así, pues, la Tierra no debía estar apartada del Sol 39 millones de leguas, sino solamente 25; pero faltaba averiguar si esta distancia tenía aún que disminuir, en cuyo caso era de temer que, roto el equilibrio, el globo terrestre fuera arrastrado irresistiblemente hasta la superficie del Sol, lo que produciría su aniquilamiento completo.

Si los días, hermosos a la sazón, permitían observar el cielo, las noches, no menos bellas, mostraban al capitán Servadac el magnífico conjunto del mundo estelar. Allí estaban las estrellas y los planetas, coma letras de un inmenso alfabeto, que el capitán no sabía leer bien. Seguramente las estrellas no hubieran ofrecido algún cambio a sus ojos ni en sus dimensiones ni en sus distancias relativas, pues es sabido que el Sol, que se adelanta hacia la constelación de Hércules con una celeridad de 60 millones de leguas por año, no ha experimentado aún un cambio de posición apreciable: tan grande es la distancia a que se encuentran esos astros. Lo mismo ocurre a Arturo, que se mueve con

una celeridad de 22 leguas por segundo, o sea, con una rapidez tres veces mayor que la de la Tierra.

Pero si las estrellas no enseñaban nada a Servadac, no sucedía lo mismo con los planetas, a lo menos a aquellos cuya órbita es inferior a la de la Tierra.

Venus y Mercurio se encuentran en estas condiciones. El primero de estos planetas gravita a una distancia media de 27 millones de leguas del Sol y el segundo a 15 millones. Así, pues, la órbita de Venus envuelve a la de Mercurio y la órbita de la Tierra envuelve a las dos. El oficial francés, después de observar mucho y reflexionar profundamente, advirtió que la cantidad de calor y de la luz que entonces recibía la Tierra casi igualaba a la que Venus recibía del Sol, o sea, al doble de la que este astro enviaba a la Tierra antes de la catástrofe. De esto dedujo que la Tierra debía haberse acercado considerablemente al Sol, lo que se confirmó cuando volvió a observar aquella espléndida Venus que los más indiferentes admiran cuando durante los crepúsculos se desprende de entre los rayos del astro.

Fósforo o Lucifer, Héspero o Vesper como la llamaban los antiguos, estrella de la tarde, estrella de la mañana, estrella del pastor (porque jamás astro ninguno ha recibido tantos nombres, si se exceptúa la Luna), Venus, en fin, mostrábase a las miradas del capitán Servadac como un disco relativamente enorme. Era como una pequeña luna y se distinguían perfectamente sus fases a simple vista. Ya en plenilunio, ya en sus cuartos, creciente o menguante, todas sus partes se veían con perfecta claridad. Las desigualdades que se advertían en su curva mostraban que los rayos solares repartidos por su atmósfera penetraban en regiones en las que el Sol debía haberse puesto ya: prueba de que Venus poseía una atmósfera, puesto que los efectos de refracción producíanse en la superficie de su disco. Los puntos luminosos que se destacaban en su creciente no eran sino altísimas montañas a las que Schroeter ha asignado diez veces la altura del Montblanc, o sea la 144 parte del radio del planeta.

El capitán Servadac, por consiguiente, creyó en aquella época tener derecho a afirmar que Venus sólo distaba 2 millones de leguas de la Tierra, y así se lo dijo a Ben-Zuf.

—Pues es bastante, mi capitán —respondió el ordenanza—, estar separados por 2 millones de leguas.

—Sería algo, efectivamente, si se tratase de dos ejércitos en campaña —respondió el capitán Servadac—; pero, tratándose de dos planetas, es muy poco.

—¿Qué puede ocurrir?

—Que caigamos sobre Venus.

—¡Hola! ¿Y hay aire allí?

—Sí.

—¿Y agua?

—Sin duda alguna.

—En ese caso no hay inconveniente en que vayamos a ver a Venus.

—Pero el choque será espantoso, porque ambos planetas marchan en la actualidad en sentido inverso y, como sus masas son casi iguales, la colisión será terrible para los dos.

—Comprendo: como dos trenes que se encuentran —respondió Ben-Zuf con una tranquilidad que puso al capitán fuera de sí.

—Sí, dos trenes, animal —exclamó—, pero dos trenes que marchan con una rapidez mil veces mayor que la de los expresos, lo que ocasionaría la dislocación de uno de los planetas, o quizá de los dos, y veremos entonces lo que queda de tu montón de tierra de Montmartre.

No se podía inferir una mayor ofensa a Ben-Zuf, que crispó los puños y apretó los dientes; pero se contuvo y, después de algunos instantes que invirtió en digerir aquella frase de montón de tierra, dijo:

—Mi capitán, estoy siempre a sus órdenes; mande lo que guste, y si hay manera de impedir ese encuentro...

—¡No la hay, imbécil, y vete al diablo!

Al oír esto, Ben-Zuf bajó la cabeza, se apartó del oficial y no pronunció una palabra.

En los días sucesivos disminuyó notablemente la distancia que separaba a los dos astros, lo que evidenciaba que la Tierra seguía una nueva órbita que cortaba la de Venus.

Al mismo tiempo habíase acercado también mucho a Mercurio, planeta que, raras veces visible a simple vista, a no ser en sus mayores digresiones orientales u occidentales, se mostraba a la sazón en todo su esplendor. Sus fases, análogas a las fases lunares, su reverberación de los rayos del Sol, que le envía un calor y una luz siete veces mayor que al globo terrestre, sus zonas glacial y tórrida, casi por completo confundidas a causa de la inclinación considerable de su eje de rotación, sus bandas ecuatoriales y sus montañas de diecinueve kilómetros de altura hacían digno del más curioso examen a este disco, conocido por los antiguos con el nombre de Centelleante.

Pero el peligro no procedía aún de Mercurio, sino de Venus, que amenazaba chocar con la Tierra. Hacia el 18 de enero, la distancia que separaba a los dos astros era de un millón de leguas. La intensidad luminosa del planeta hacía que los objetos terrestres proyectaran sombras violentas. Se le veía girar sobre sí mismo en veintitrés horas y veintiún minutos, lo que demostraba que la duración de sus días no había variado. Se podían distinguir las nubes que rodeaban su disco a causa de los constantes vapores de que está cargada su atmósfera. Se

veían las siete manchas que, según ha supuesto Bianchini, son verdaderos mares que se comunican entre sí. Finalmente, el soberbio planeta era visible en medio del día, visibilidad que lisonjeó al capitán Servadac muchísimo menos que había lisonjeado al general Bonaparte, cuando en tiempo del Directorio vio a Venus en pleno día y dijo que era su estrella.

El 20 de enero, la distancia reglamentaria asignada a los dos astros por la mecánica celeste, había disminuido más aún.

—¿Qué ansiedad deben tener nuestros compañeros de África, nuestros amigos de Francia y todos los habitantes de todos los continentes? —se preguntaba a veces el capitán Servadac—. ¡Qué artículos deben de publicar los periódicos! ¡Qué muchedumbre debe acudir a las iglesias! Ahora sí que puede creerse en el fin del mundo, y no dudo en afirmar que jamás ha estado tan próximo. En estas circunstancias no me sorprende que no venga ningún buque a la isla para recogernos. ¿Acaso el gobernador general ni el ministro de la Guerra tienen tiempo ahora de pensar en nosotros? Antes de dos días la Tierra quedará rota en mil pedazos que irán a gravitar caprichosamente por el espacio.

Tan funesto augurio no debía confirmarse.

Por el contrario, desde aquel día ambos astros se fueron alejando poco a poco uno de otro; por fortuna los planos de las órbitas de Venus y de la Tierra no coincidían y, por consiguiente, la temida colisión no se efectuó.

Ben-Zuf exhaló un suspiro de confianza cuando su capitán le comunicó la buena nueva.

El 25 de enero, la distancia había aumentado lo bastante para que desapareciese todo temor desde este punto de vista.

—Esta aproximación —dijo el capitán Servadac— nos ha servido para demostrar que Venus no tiene Luna.

Efectivamente, los astrónomos Domingo Cassini, Short, Montaigne de Limoges, Montbarron y algunos otros han creído seriamente que Venus tenía un satélite.

—Y lo siento —añadió Héctor Servadac—, porque quizás hubiéramos podido, al paso, apoderarnos de esa Luna y tendríamos dos a nuestro servicio. ¡Pero vive Dios! ¿No podré explicarme nunca este desarreglo de la mecánica celeste?

—Mi capitán —dijo Ben-Zuf.

—¿Qué se te ocurre?

—¿No hay en París, al extremo del Luxemburgo, una casa cubierta con un gran casquete?

—¿El Observatorio?

—Sí, señor. ¿Y no están encargados de explicar todo esto los señores que

habitan allí?

—Esa es su misión.

—Entonces, seamos filósofos, mi capitán, y esperemos con paciencia sus explicaciones.

—Ben-Zuf, ¿sabes tú lo que es ser filósofo?

—Sí, porque soy soldado.

—¿Y qué es?

—Ser filósofo es aceptar con resignación los acontecimientos cuando no es posible hacer otra cosa, y nosotros nos encontramos en este caso.

Héctor Servadac no respondió; pero debe creerse que renunció, a lo menos provisionalmente, a explicar lo que para él era entonces inexplicable.

Además, se aproximaba un acontecimiento inesperado, cuyas consecuencias debían ser sumamente importantes.

El 27 de enero, Ben-Zuf, hacia las nueve de la mañana, entró con gran calma en la habitación del capitán, a quien dijo:

—Mi capitán.

—¿Qué hay? —preguntó el capitán Servadac.

—Un buque.

—Animal, ¡vienes a decirme eso con la misma tranquilidad que si me dijeras que está la sopa en la mesa!

—Puesto que somos filósofos... —respondió Ben-Zuf.

CAPÍTULO IX

EN EL QUE EL CAPITÁN SERVADAC HACE UNA SERIE DE PREGUNTAS QUE QUEDAN SIN RESPUESTA

Héctor Servadac precipitóse fuera del cuerpo de guardia y corrió con toda la ligereza de sus piernas a lo alto de las peñas.

El hecho era cierto: a menos de diez kilómetros de la costa había un buque a la vista; pero la nueva convexidad de la tierra, acortando el radio visual, no dejaba todavía ver otra cosa que el extremo de una arboladura que sobresalía de las olas.

Sin embargo, aunque el casco del buque no se veía aún, la parte visible del aparejo debía permitir reconocer la categoría del buque a que pertenecía. Era sin duda alguna una goleta, que se mostró por completo a las dos horas de haber sido señalada por Ben-Zuf.

El capitán Servadac, con el antejo en la mano, no cesó un momento de observarla.

—¡La Dobryna! —exclamó de pronto.

—¿La Dobryna? —dijo Ben-Zuf—. No puede ser la goleta del conde ruso, porque no se ve el humo de la chimenea.

—Navega a la vela —replicó el capitán Servadac—; pero es la goleta del conde Timascheff.

Era, efectivamente, la Dobryna, y si el conde iba a bordo, la mayor de las casualidades iba a ponerlo en presencia de su rival.

Creemos innecesario decir que el capitán Servadac no veía ya en el noble ruso otra cosa que uno de sus semejantes, y no un adversario, y que no pensó, ni siquiera momentáneamente, en el duelo proyectado ni en los motivos que lo habían hecho concertar. Las circunstancias habían variado tan por completo, que experimentó el más vivo deseo de volver a ver al conde Timascheff y hablar con él de los acontecimientos extraordinarios que habían ocurrido desde su separación.

La Dobryna, después de una ausencia de veintisiete días, habría podido recorrer las costas vecinas de Argel, llegar quizá hasta España, hasta Italia, hasta Francia, recorrer aquel Mediterráneo tan extrañamente modificado, y traer por lo tanto algunas noticias de todos estos países a la isla Gurbí. Héctor Servadac iba, pues, a saber, no sólo cuál era la importancia de la catástrofe, sino también la

causa que la había producido. Además, el conde Timascheff era un cumplido caballero, que con toda seguridad trasladaría a él y a Ben-Zuf a su patria.

—¿Pero, dónde va a anclar la goleta —preguntó entonces Ben-Zuf—, si la desembocadura del Cheliff ha desaparecido?

—No anclará —respondió el capitán—. El conde enviará a tierra una canoa para que nos embarquemos.

Aproximábase la Dobryna, pero, como por tener el viento contrario no podía navegar sino muy ceñido, lo hacía con suma lentitud. Sorprendía que no utilizase su máquina, porque sin duda los de a bordo debían estar impacientes por reconocer la nueva isla que se levantaba en el horizonte; pero quizá faltara carbón y la Dobryna se viera reducida a servirse solamente de su velamen, que, por otra parte, no llevaba enteramente desplegado. Por fortuna, aunque el cielo estaba surcado de ligeras nubes, el tiempo estaba hermoso, la brisa era manejable, la mar bella, y las olas no dificultaban el movimiento de la goleta.

Héctor Servadac no dudó que la Dobryna trataba de acercarse lo más posible al litoral.

El conde Timascheff debía de estar perplejo, porque donde creía encontrar el continente africano, sólo había una isla. ¡No podía temer, sin embargo, no encontrar ningún refugio en la nueva costa, y renunciar a recalar en ella! Quizá convendría buscar un puerto en el caso de que la goleta vacilase en acercarse, y, después de encontrarlo, indicárselo por señales.

Pronto comprendió el capitán que la Dobryna se dirigía hacia la antigua desembocadura del Cheliff, lo que le impulsó a tomar inmediatamente su partido. Céfiro y Galeta fueron ensillados, y con sus respectivos jinetes lanzáronse hacia la punta Oeste de la isla.

Veinte minutos después, apeáronse el oficial y su asistente, comenzando en seguida a explorar aquella parte del litoral.

Héctor Servadac no tardó en ver que a la vuelta de la punta, y abrigada por ella, abríase una pequeña ensenada que podía servir de refugio a un buque de mediana cabida. Aquella ensenada estaba cubierta de la parte del mar por grandes escollos, entre los que había un estrecho canal, donde las aguas debían estar tranquilas aun en los malos tiempos; pero, entonces, examinando atentamente las rocas, el capitán encontró con sorpresa las huellas de una marea altísima, claramente figuradas por largas bandas de algas.

—¡Hola! —exclamó—. ¡Hay ahora verdaderas mareas en el Mediterráneo!

Sin duda alguna, el flujo y reflujo de las aguas se había hecho sentir allí de un modo notable y a una gran altura. Esta era una nueva irregularidad que había que sumar a tantas otras, porque hasta entonces las mareas habían sido escasísimas en la cuenca mediterránea.

Esto no obstante, podía observarse que desde la más alta de aquellas mareas, producidas seguramente por la proximidad de aquel enorme disco observado en la noche del 31 de diciembre al primero de enero, el fenómeno había disminuido grandemente hasta hallarse a la sazón reducido a las modestas proporciones que lo caracterizaban antes de la catástrofe.

Después de esta observación, el capitán Servadac buscó el sitio donde debía estar la Dobryna.

La goleta encontrábase entonces a 2 ó 3 kilómetros del litoral. Las señales que le hicieron no podían menos de ser vistas y entendidas; y, efectivamente, la Dobryna modificó algo su dirección y comenzó a amainar sus velas altas, no tardando en quedarse con sus dos de gavia, la cangreja y el foque mayor, de manera que obedeciese bien a la mano del timonel. Al fin, dobló la punta de la isla, y entró atrevidamente en el canal que el oficial de Estado Mayor le indicaba con la mano. Pocos minutos después, el ancla de la goleta mordía el fondo de arena de la ensenada, se lanzaba el bote al mar y el conde Timascheff desembarcaba en la orilla.

El capitán Servadac se apresuró a salirle al encuentro.

—Señor conde —exclamó—, ante todo dígame usted, ¿Qué ha sucedido?

El conde Timascheff, hombre calmoso, cuya flema inalterable contrastaba singularmente con la viveza del oficial francés, inclinóse ligeramente, y con el acento particular de los rusos, dijo:

—Capitán, créame usted, estaba muy lejos de pensar que iba a tener el honor de volver a verlo aquí. Lo había dejado en un continente y lo encuentro en una isla...—Sin haber variado de lugar, señor conde.

—Lo sé, capitán, y le ruego encarecidamente que me perdone por haber faltado a la cita convenida, pero...

—Oh, señor conde —respondió con viveza el capitán Servadac—, ya hablaremos de eso en otra ocasión, si le place.

—Estaré siempre a su disposición.

—Y yo a la de usted. Pero ahora permítame que le repita la pregunta que antes le dirigí. ¿Qué ha sucedido?

—Iba a preguntarle lo mismo, capitán.

—¿Cómo!, ¿no sabe usted nada?

—Nada.

—¿Y no puede usted decirme qué cataclismo ha sido causa de que se haya convertido en isla esta parte del continente africano?

—No lo sé.

—¿Ni cuál ha sido la importancia de la catástrofe?

—Sé lo mismo que usted, capitán.

—Pero podrá usted decirme siquiera si en el litoral del Norte del Mediterráneo...

—¿Es éste el Mediterráneo? —preguntó el conde Timascheff, interrumpiendo al capitán con esta extraña pregunta.

—Mejor debe usted saberlo que yo, señor conde, puesto que acaba de recorrerlo.

—No lo he recorrido.

—¿No ha recalado usted en ningún punto del litoral?

—Ni un día, ni una hora, y no he visto tierra alguna.

El oficial de Estado Mayor miraba a su interlocutor con gran estupefacción.

—¿Pero, a lo menos, señor conde —dijo—, habrá usted observado que desde el primero de enero el Oriente se ha convertido en Poniente y viceversa?

—Sí, señor.

—Que el día tiene seis horas menos de duración.

—Efectivamente.

—¿Qué la intensidad de la gravedad ha decrecido también?

—Sin duda alguna.

—¿Qué hemos perdido nuestra luna?

—Por completo.

—¿Que hemos estado a punto de chocar con Venus?

—Es verdad.

—Y, por consiguiente, que los movimientos de traslación y de rotación del globo terrestre han sufrido gran modificación.

—Exactísimo.

—Señor conde —dijo el capitán Servadac—, dispense usted mi extrañeza; pero suponía que no tendría nada que decir a usted, y que, por lo contrario, sería usted quien me diera noticias.

—No tengo noticia alguna que darle, capitán —respondió el conde Timascheff—, si no es que en la noche del 31 de diciembre al primero de enero me dirigía por mar al sitio de nuestra cita cuando una ola enorme levantó mi goleta a una altura inconmensurable, y que por un fenómeno cósmico, cuya causa no hemos podido averiguar, trastornó por completo todos los elementos.

Desde entonces, hemos andado errantes, desamparados de nuestra máquina, que sufrió varias averías, y a merced de la terrible borrasca que se desencadenó y que ha durado varios días. Ha sido un verdadero milagro que la Dobryna haya podido resistir, lo que atribuyo a que, ocupando el centro de este vasto ciclón, la acción de los elementos no ha ejercido sobre ella todo su furor. No hemos visto tierra alguna, y esta isla es la primera que hemos encontrado.

—Entonces, señor conde —repuso el capitán Servadac—, es preciso que

nos hagamos nuevamente a la mar, explorar el Mediterráneo, y ver hasta dónde se han extendido los desastrosos efectos del cataclismo.

—Así opino también.

—¿Puedo esperar que me conceda usted pasaje a su bordo, señor conde?

—Sí, capitán, aunque sea para dar la vuelta al mundo, si es preciso para que nuestras investigaciones den resultado.

—Quizá nos baste dar la vuelta al Mediterráneo.

—¿Quién nos asegura —preguntó el conde Timascheff, moviendo la cabeza —que la vuelta al Mediterráneo no es la vuelta alrededor del mundo?

El capitán Servadac, sin responder, se abismó en profundas reflexiones.

Lo que acababa de decidirse era lo único que podía hacerse, esto es, reconocer, o mejor dicho, buscar lo que restaba del litoral africano, ir a Argel para adquirir noticias del resto del universo habitado y después, si el litoral meridional del Mediterráneo había desaparecido por completo, volver al Norte para entablar relaciones con las poblaciones ribereñas de Europa.

De todos modos, era necesario reparar las averías que la máquina de la Dobryna había experimentado. Habían reventado varios tubos del interior de la caldera y el agua se escapaba por las hornillas, por lo que precisaba recomponer aquellos tubos para calentarla. En cuanto a navegar a la vela era a la vez lento y difícil si la mar se alborotaba y el viento no era favorable. La Dobryna, construida para una larga campaña en las escalas de Levante, poseía carbón para dos meses y era preferible utilizar este combustible en una travesía rápida, sin perjuicio de reponerlo en el primer puerto donde se recalara.

No hubo, pues, vacilación respecto a este asunto.

Afortunadamente, las averías pudieron ser reparadas pronto, porque la goleta llevaba varios tubos de repuesto que remplazaron a los antiguos fuera de uso, y tres días después de su llegada a la isla Gurbí la caldera de la Dobryna encontrábase en estado de funcionar.

Mientras tanto, Héctor Servadac informó al conde ruso de las observaciones que había hecho en su estrecho dominio. Ambos recorrieron a caballo el perímetro del nuevo litoral, y, hecha esta exploración, sólo pensaron en ir a buscar fuera de él la causa de cuanto había ocurrido en aquella parte de África.

El 31 de enero la goleta estaba dispuesta para reanudar la marcha. En el mundo solar no había ocurrido ninguna modificación; pero los termómetros comenzaban a indicar una ligera depresión de la temperatura que había sido excesiva durante un mes. ¿Debía deducirse de esto que el movimiento de traslación del globo alrededor de' Sol se verificaba en una nueva órbita? Era imposible saberlo hasta que hubiesen transcurrido algunos días.

En cuanto al tiempo, manteníase imperturbablemente espléndido, a pesar de

que se acumulaban nuevos vapores en el aire, provocando cierta baja en la columna barométrica, pero éste no era motivo suficiente para retardar la marcha de la Dobryna.

Faltaba resolver si Ben-Zuf acompañaría o no a su capitán; pero una razón, entre otras muy graves, decidió a Héctor Servadac a dejarlo en la isla.

Efectivamente, los dos caballos no se podían embarcar en la goleta, que no estaba dispuesta para el caso, y Ben-Zuf no habría permitido jamás que le separasen de Céfiro y de Galeta, de Galeta sobre todo. Por lo demás, la vigilancia del nuevo dominio, la posibilidad de que alguien fuera a refugiarse en él, el cuidado de los rebaños, que no debían quedar por completo abandonados a sí mismos para el caso improbable de que llegaran a ser el único recurso de los supervivientes de la isla, etc., decidieron al asistente a quedarse y al capitán Servadac a consentirlo aunque con disgusto. Además, no era probable que el valiente soldado corriera peligro alguno quedándose. Cuando se conociera perfectamente el nuevo estado de cosas ocasionado por la catástrofe, la Dobryna volvería a recoger a Ben-Zuf para conducirlo adonde fuera preciso.

El 31 de enero, Ben-Zuf, algo conmovido, como él mismo confesó, e investido de todos los poderes de gobernador, despidióse del capitán Servadac, recomendándole que, si llegaba a pasar por Montmartre, viera si la montaña había sido separada de su lugar por algún fenómeno.

La Dobryna salió, pues, de la estrecha ensenada bajo la acción de su hélice, y poco después flotaba en alta mar.

CAPÍTULO X

DONDE, MIRANDO CON EL ANTEOJO Y CON LA SONDA EN LA MANO, SE PRETENDE ENCONTRAR VESTIGIOS DE LA PROVINCIA DE ARGEL

La Dobryna, goleta admirable y sólidamente construida en los arsenales de la isla de Wright, era una excelente embarcación de 200 toneladas, en la que sin peligro alguno habría podido hacerse un viaje de circunnavegación.

Colón y Magallanes no dispusieron jamás de buques tan grandes ni tan seguros cuando se aventuraron al través del Atlántico y del Pacífico. Además, la Dobryna llevaba en sus despensas víveres para muchos meses, lo que, en caso de necesidad, le permitiría dar la vuelta al Mediterráneo sin verse obligada a renovar las provisiones en el camino. Tampoco había sido necesario aumentar el lastre en la isla Gurbí, porque, aunque había disminuido mucho su peso, como el de todos los objetos materiales desde la catástrofe, también era menos pesada el agua que la sostenía. La relación entre los pesos era exactamente la misma, y la Dobryna, por lo tanto, tenía iguales condiciones de navegación que antes.

Como el conde Timascheff no era marino, la dirección, si no el mando de la goleta, pertenecía al teniente Procopio.

Era éste un hombre de treinta años, nacido en las tierras del conde, hijo de un siervo emancipado con anterioridad al famoso edicto del zar Alejandro, y que, por gratitud, tanto como por amistad, pertenecía en cuerpo y alma a su antiguo amo. Excelente marino, que había hecho el aprendizaje de su oficio a bordo de los buques del Estado y de los de comercio, tenía ya el despacho de teniente cuando pasó a servir en la Dobryna, buque en que navegaba el conde Timascheff la mayor parte del año, recorriendo el Mediterráneo durante el invierno, y los mares del Norte durante el verano.

El teniente Procopio era persona muy instruida aun en las cosas ajenas a su profesión, y hacía honor al conde Timascheff y a sí mismo por la instrucción que había adquirido, digna de quien lo había hecho educar. La Dobryna no podía estar en mejores manos; y su tripulación, compuesta del mecánico Tiglew, de los cuatro marineros Niegoch, Tolstoy, Etkef, Panofka y del cocinero Mochel, era excelente. Hijos de colonos del conde Timascheff, aquellos honrados muchachos continuaban en el mar las tradiciones de las grandes familias rusas, y no se

cuidaban de las alteraciones ocurridas en el orden físico, puesto que su antiguo amo participaba de sus destinos; pero el teniente Procopio estaba muy alarmado y estaba convencido de que al conde Timascheff le ocurría lo mismo.

La Dobryna puso rumbo al Este, impulsada por sus velas y su vapor, porque el viento era favorable y hubiera marchado ciertamente con una celeridad de 11 nudos por hora, si las altas olas no hubieran disminuido constantemente esta celeridad.

Efectivamente, aunque el viento que soplaba del Oeste (el nuevo Este desde la catástrofe) fuese una suave brisa, el mar estaba, si no muy duro, sometido a desniveles considerables, lo que obedecía a que las moléculas líquidas, menos pesadas a causa de la menor atracción de la masa terrestre, ascendían por efecto de la simple oscilación a enormes alturas. Arago, que decía que la elevación posible de las más altas olas eran de siete a ocho metros, hubiera quedado muy sorprendido viéndolas elevarse a 50 y 60 pies; y no eran de esas olas que revolotean después de chocar unas con otras, sino largas ondulaciones que imprimían a veces a la goleta diferencias de nivel de 20 metros. Al mismo tiempo la Dobryna, menos pesada desde que había decrecido la atracción, levantábase más fácilmente, por lo que, si el capitán Servadac hubiera estado sujeto a marearse, habríase puesto muy malo en tales circunstancias.

Sin embargo, como esta desnivelación, debida a un oleaje más prolongado, no se producía bruscamente, la goleta no se fatigaba más que si hubiera estado sometida a la acción de las olas ordinarias, tan enormes y tan duras, del Mediterráneo. El único daño que el nuevo estado de cosas ocasionaba era la disminución de la celeridad normal de la embarcación.

La Dobryna seguía, a dos o tres kilómetros de distancia, la línea que hubiera debido ocupar el litoral argelino; pero no encontró tierra alguna hacia el Sur.

Aunque el teniente Procopio no podía fijar con exactitud la situación de la goleta por la observación de los planetas, cuyas posiciones respectivas habían variado notablemente, y aunque no podía obtener la latitud y la longitud del sitio en que se encontraba el buque por el cálculo de la altura del Sol sobre el horizonte, puesto que el resultado de este cálculo no habría podido ser trasladado útilmente a las cartas trazadas antes del nuevo sistema cosmográfico, el rumbo de la Dobryna podía determinarse de una manera bastante aproximada. De una parte la apreciación del camino recorrido, obtenida por medio de la corredera, y de la otra la dirección exacta, indicada por la brújula, eran suficientes para esta pequeña navegación. Por fortuna la brújula no se había turbado ni alocado un solo instante.

Los fenómenos cósmicos no habían influido mucho ni poco en la aguja

imantada que marcaba siempre el Norte magnético en aquellos parajes a 23°, poco más o menos, del Norte del mundo. Por consiguiente, si el Este y el Oeste se habían sustituido mutuamente, levantándose el Sol por Occidente y poniéndose por Oriente, el Norte y el Sur habían conservado su posición en orden a los puntos cardinales, por lo que podía fiarse la tripulación de la Dobryna en las indicaciones de la brújula y de la corredera, a falta de sextante, del que a la sazón no podía hacerse uso. Durante el primer día de exploración, el teniente Procopio, más conocedor de estas materias que el oficial de Estado Mayor, le explicó estas diferentes particularidades, en presencia del conde Timascheff. El marino, como la mayor parte de los rusos, hablaba el francés correctamente y la conversación giró, como era natural, sobre los fenómenos cuya causa no adivinaba el teniente Procopio, como tampoco la había adivinado el capitán Servadac.

Hablando de la nueva órbita que trazaba el globo terrestre a través del mundo solar desde el 1.º de enero dijo el teniente Procopio:

—Es evidente que la Tierra no sigue ya su camino habitual alrededor del Sol, al que se ha aproximado muchísimo por efecto de una causa desconocida.

—De eso no cabe la menor duda —respondió el capitán Servadac—; pero lo que interesa ahora es saber si después de haber cortado la órbita de Venus, iremos o no a cortar la de Mercurio.

—Para caer en el Sol y aniquilarnos —añadió el conde Timascheff.

—No, señores —respondió el teniente Procopio—; se puede afirmar que a la Tierra no le amenaza ahora caída alguna. No se precipita hacia el sol, sino que sigue una nueva trayectoria alrededor de ese astro.

—¿Tiene fundamento esa hipótesis? —preguntó el conde Timascheff.

—Sí, señor —respondió el teniente Procopio—. Mi hipótesis se apoya en una razón convincente. En efecto, si el globo terrestre hubiera de caer, la catástrofe final ocurriría en breve tiempo, y a estas horas estaríamos ya muy próximos a su centro atractivo. Si fuésemos a caer en él, sería porque la celeridad tangencial que, combinada con la acción solar, hace circular los planetas siguiendo curvas elípticas, habría quedado súbitamente aniquilada, y en este caso la Tierra sólo tardaría sesenta y cuatro días y medio en caer en el Sol.

—¿Y de eso deduce usted...? —preguntó el capitán.

—Que no caeremos —respondió el teniente Procopio—. Efectivamente, ya hace más de un mes que se modificó la órbita de la Tierra, y el globo terrestre apenas ha pasado todavía de la de Venus. En ese tiempo no se ha acercado al Sol sino once millones de leguas de los treinta y ocho que mide el radio terrestre, y, por consiguiente, hay motivo para afirmar que no es una caída la que experimenta la Tierra, lo que es una circunstancia afortunada. Además, tengo

razones para creer que comenzamos a alejarnos del Sol, porque la temperatura ha disminuido considerablemente y el calor no es ahora mayor en la superficie de la isla Gurbí que lo sería en Argel, si Argel estuviera situado todavía en el paralelo 36.

—Deben ser exactas sus deducciones, teniente —respondió el capitán Servadac—. No; la Tierra no se precipita sobre el Sol, sino que gravita todavía en derredor de él

—Pero no es menos evidente —dijo el teniente Procopio— que el cataclismo, cuya causa desconocemos aún, ha trasladado bruscamente el Mediterráneo y el litoral africano a la zona ecuatorial.

—Si es que existe todavía un litoral africano —dijo el capitán Servadac.

—Y un Mediterráneo —añadió el conde Timascheff. Ambas cuestiones estaban, efectivamente, sin resolver.

En todo caso parecía cierto que en aquella época la Tierra iba alejándose poco a poco del Sol, y que no había que temer que cayera en la superficie de aquel astro.

Pero, ¿qué quedaba del continente africano, cuyos restos pretendía descubrir la goleta?

Veinticuatro horas después de su salida de la isla, la Dobryna había pasado sin duda alguna por los puntos que Túnez, Cherchell, Koleach, SidiFerruch hubieran debido ocupar en la costa argelina, a pesar de lo cual ninguna de estas ciudades había aparecido en el campo de los anteojos. El mar extendíase hasta lo infinito, allí donde el continente habría debido detener sus días.

El teniente Procopio no había podido equivocarse al dirigir la Dobryna.

Teniendo en cuenta las indicaciones de la brújula, la orientación persistente de los vientos, la celeridad de la goleta revelada por la corredera y el camino recorrido aquel día, 2 de febrero, podía deducirse que la goleta se encontraba a los 36°, 43' de latitud y a los 00, 44' de longitud, o lo que es lo mismo, en el sitio que hubiera debido ocupar la capital de Argelia.

A juzgar por las apariencias, Argel, como Túnez, Cherchell, Koleah, SidiFerruch, se habían abismado en las profundidades del globo.

El capitán Servadac, con el entrecejo arrugado, apretados los dientes y mirada feroz, contemplaba el inmenso mar que se extendía más allá del limitado horizonte, recordando todos los sucesos de su vida, y parecía que el corazón se le quería salir del pecho. En Argel, donde había vivido muchos años, veía a sus camaradas, a sus amigos, que ya no existían. Luego, trasladábase con el pensamiento a su país, a Francia, preguntándose si el espantoso cataclismo habría extendido hasta allí sus estragos. Por último, trataba de buscar en la profundidad de las aguas algunos vestigios de la capital sumergida.

—¡No! —exclamaba—. Semejante catástrofe es imposible. Una ciudad no desaparece jamás por completo; siempre quedan algunos vestigios de ella. Las altas cimas de los montes o de los monumentos sobresaldrían del agua, se verían los restos de la Alcazaba, del fuerte del Emperador, edificado a doscientos cincuenta metros de altura, y a no ser que toda África haya sido sepultada en las entrañas del globo, encontraremos sus vestigios.

¡Era, efectivamente, sorprendente que ni un solo resto de lo que había sido Argel flotara en la superficie del mar, ni uno solo de los árboles rotos cuyas ramas hubieran debido arrastrar las olas, ni una tabla de los buques anclados en la magnífica bahía de veinte kilómetros de anchura, que un mes antes estaba entre el cabo Metifú y la punta Pestade!

Pero si la mirada no encontraba sobre la superficie de las aguas lo que el deseo pretendía encontrar, podía interrogarse el fondo con la sonda y tratar de sacar algún resto de la ciudad tan singularmente desaparecida.

El conde Timascheff, anhelando desvanecer por completo las dudas del capitán Servadac, dio la orden de sondar. Untóse de sebo el plomo de la sonda y fue arrojada al fondo.

Con gran sorpresa de todos, y especialmente con extraordinaria admiración del teniente Procopio, la sonda indicó una costa de nivel casi constante, de cuatro o cinco brazas bajo la superficie del mar. La sonda fue paseada durante dos horas por un ancho espacio y jamás encontró las diferencias de nivel que hubiera debido ofrecer una ciudad como Argel, edificada en anfiteatro. ¿Era que la catástrofe había nivelado el sitio que ocupaba la capital argelina, después de sepultarla en el seno de las aguas?

Era cosa inverosímil.

El fondo del mar no se componía de rocas ni de cieno, ni de arena, ni de conchas, porque el plomo no llevó a la superficie otra cosa que una especie de polvo metálico de notables reflejos dorados, cuya naturaleza era imposible determinar. No era aquello lo que las sondas solían recoger en el fondo del mar Mediterráneo.

—Ya lo ve usted teniente —dijo Héctor Servadac—; nos encontramos más lejos de las costas argelinas que lo que usted supone.

—Si nos encontráramos más lejos —respondió el teniente Procopio, moviendo la cabeza—, no tendríamos cinco brazas de profundidad, sino doscientas o trescientas.

—¿Y entonces? —preguntó el conde Timascheff.

—No sé qué pensar.

—Señor conde —dijo el capitán Servadac—, se lo ruego encarecidamente, hagamos rumbo al Sur y veamos si podemos encontrar más lejos lo que

buscamos aquí inútilmente

El conde Timascheff conferenció con el teniente Procopio, y convinieron en que durante treinta y seis horas la Dobryna bajaría hacia el Sur.

Héctor Servadac dio las gracias al conde Timascheff y se ordenó al timonel que tomara el rumbo convenido.

Durante treinta y seis horas, es decir, hasta el 4 de febrero, se exploró con toda escrupulosidad aquel mar, no sólo echando la sonda en los parajes sospechosos, en todos los cuales se encontró un fondo igual, de cuatro y cinco brazas, sino rascando aquel fondo con dragas de hierro; pero las dragas no encontraron nunca una piedra labrada ni un resto de metal, ni un trozo de rama rota, ni uno de esos hidrofitos de que suele estar sembrado el suelo de los mares.

¿Qué fondo era, pues, el que había sustituido al antiguo del Mediterráneo?

La Dobryna llegó hasta el grado 36 de latitud y, examinando las tierras señaladas en las cartas de a bordo, se evidenció que navegaba donde antes había debido extenderse el Sahel, cerro que separa el mar de la rica llanura de la Mitidya, donde en otra época dominaba el punto culminante del Buzareah, a cuatrocientos metros de altura; pero aun después de la sumersión de las tierras inmediatas, aquel pico habría debido verse todavía como un islote sobre el océano.

La Dobryna, prosiguiendo la ruta, pasó del sitio en que debiera estar Duera, principal población del Sahel, pasó más allá de Bufarik, la ciudad de anchas calles sombreadas de plátanos, y más allá de Blidah, sin que se viera el fuerte que la dominaba y que estaba a más de cuatrocientos metros sobre el Quad-El-Kebir.

El teniente Procopio, temiendo arriesgarse más lejos por aquel mar completamente desconocido, solicitó autorización para volver al Norte o al Este; pero, a ruegos del capitán Servadac, la Dobryna bajó más hacia el Sur.

La exploración se prolongó hasta el sitio en que habían estado las montañas del Muzaia, las grutas legendarias frecuentadas en otro tiempo por las cabilas, aquellas montañas cubiertas de algarrobos, robles y encinas de toda especie, que servían de guarida a leones, hienas y chacales. Su cima más alta, que se elevaba seis semanas antes entre el Bu-Rumi y el Chifa, hubiera debido sobresalir mucho de las aguas, porque su altura pasaba de 1.600 metros... Pero no se vio nada en aquel sitio ni en el horizonte, en el que el cielo y el mar se confundían.

Fue necesario, por consiguiente, volver al Norte, y la Dobryna, virando en redondo, encontróse de nuevo en las aguas del antiguo Mediterráneo sin haber hallado el menor vestigio de lo que había sido en otro tiempo la provincia de Argel.

CAPÍTULO XI

DONDE EL CAPITÁN SERVADAC ENCUENTRA UN ISLOTE PERDONADO POR LA CATÁSTROFE Y QUE NO ES MÁS QUE UNA TUMBA

No podía dudarse de que una importante parte de la colonia de Argel había sido tragada repentinamente por las aguas; pero más que una simple desaparición de tierras en el fondo del mar, parecía que las entrañas del globo, entreabiertas para aniquilarla, se habían cerrado después sobre todo un territorio. Efectivamente, el terreno peñoso de la provincia habíase abismado sin dejar vestigio alguno, y un suelo nuevo, formado por una sustancia desconocida, había remplazado el fondo de arena sobre el que reposaba el mar.

Los exploradores de la Dobryna continuaban ignorando la causa que había producido aquel espantoso cataclismo, y sólo trataban de averiguar la extensión de aquellos desastres.

Después de discutir seria y largamente, se convino en que la goleta continuaría su marcha hacia el Este, siguiendo la línea trazada en otro tiempo por el continente africano sobre aquel mar cuyos límites eran a la sazón desconocidos. Se navegaba sin grandes dificultades, y era necesario aprovechar las ventajas que ofrecían entonces el tiempo favorable y el viento propicio.

Pero en todo aquel trayecto de la costa, que se extendía entre el cabo Metifú y la frontera de Túnez, no se encontró vestigio alguno: ni de la ciudad marítima de Dellys, edificada en anfiteatro, ni ninguna apariencia en el horizonte de aquella cadena del Jurjura cuyo punto culminante elevábase a 2.300 metros de altura, ni la ciudad de Bugía, ni las pendientes abruptas del Guraya, ni el monte Adrar, ni Didyela, ni las montañas de la Pequeña Kabilia, ni el Tritón de los antiguos, conjunto de siete cabos cuya cima más alta medía 1.100 metros, ni Collo, el antiguo puerto de Constantina, ni Stora, el puerto moderno de Philippeville, ni Bona, situada a orillas de su golfo de cuarenta kilómetros de abertura; no se veía nada, ni del cabo de Garda, ni del cabo Rosa, ni de los montañosos cerros de Edugh, ni de las dunas arenosas del litoral, ni de Mafrag, ni de Calle, famosa por la importancia de su industria de corales; y cuando la sonda fue lanzada por centésima vez al fondo no halló ni siquiera una muestra de los admirables zoófitos de las aguas mediterráneas.

El conde Timascheff en vista de este resultado, decidió seguir la latitud que cortaba en otro tiempo la costa tunecina hasta el cabo Blanco; es decir, hasta la

punta más septentrional de África, en cuyo paraje el mar, muy estrechado entre el continente africano y Sicilia, debía ofrecer alguna particularidad que conviniese observar.

La Dobryna siguió, pues, la dirección del paralelo 37, y el 7 de febrero atravesaba el 7° de longitud.

La razón que había inducido al conde Timascheff, de acuerdo con el capitán Servadac y el teniente Procopio, a continuar la exploración hacia el Este era la siguiente:

En aquella época, a pesar de haberse renunciado a la empresa durante algún tiempo, se hallaba ya creado un nuevo mar del Sahara, merced a la influencia francesa. Aquella gran obra, simple restauración de la vasta cuenca del Tritón en la que fue lanzado al agua el barco de los argonautas, había cambiado ventajosamente las condiciones climatológicas del país y monopolizado en beneficio de Francia todo el comercio entre Sudán y Europa.

Importaba, por lo tanto, observar qué influencia había tenido la resurrección de aquel antiguo mar en el nuevo orden de cosas.

En el grado 34 de latitud, a la altura del golfo de Gabes, un ancho canal daba entonces paso a las aguas del Mediterráneo que se abrían en la vasta depresión del suelo ocupado por las poblaciones de Kebir, Gharsa y otras. El istmo, de veintiséis kilómetros al Norte de Gabes, que existía en el sitio mismo en que la bahía de Tritón se unía en otra época al mar, había sido cortado, y las aguas habían entrado en el antiguo lecho, de donde por falta de alimento permanente habíanse escapado por evaporación en otro tiempo, bajo la acción del sol de Libia.

Ahora bien: ¿no habría sido este paraje en que se había practicado la sección donde se habría producido la fractura que había ocasionado la desaparición de una parte notable de África? La Dobryna, después de bajar hasta más allá de los 34° de latitud, ¿no encontraría la costa de Trípoli, que en tal caso habría impedido que se extendieran los desastres?

—Si cuando lleguemos allí —dijo el teniente Procopio—, vemos todavía el mar extenderse hasta lo infinito hacia el Sur, no nos quedará otro recurso que ir a preguntar a las playas europeas la solución de un problema cuya resolución no podemos hallar en estos parajes.

La Dobryna, sin escasear combustible, continuó, pues, a todo vapor su marcha hacia el cabo Blanco, sin encontrar el cabo Negro ni el cabo Serrat. Al llegar a la altura de Biserta, preciosa ciudad completamente oriental, no halló el lago que se extendía más allá de su gola, ni los marabús sombreados por palmeras magníficas. La sonda arrojada en el sitio que ocupaban aquellas aguas transparentes sólo encontró el mismo llano árido que servía de asiento a las olas

mediterráneas.

El cabo Blanco, o por mejor decir, el sitio en que estaba aquel cabo cinco semanas antes, fue doblado por la Dobryna el 7 de febrero. La goleta surcó con su quilla aguas que hubieran debido ser las de la bahía de Túnez; pero de aquel admirable golfo no quedaba ya el más insignificante vestigio, como tampoco de la ciudad, construida en forma de anfiteatro, ni del fuerte del Arsenal, ni de los dos puentes de BuKurnein. El cabo Bon, promontorio que formaba la punta más avanzada del África hacia Sicilia, habíase sumergido lo mismo que el continente, hundiéndose con él en las entrañas del globo.

Antes de los acontecimientos extraños que acababan de ocurrir, el fondo del Mediterráneo subía en aquellos parajes por una especie de pendiente áspera, dibujándose en forma de loma. La armazón terrestre se levantaba a modo de espina dorsal, cerrando el estrecho de Liba, sobre el que no quedaban más que unos diecisiete metros de agua. Por el contrario, de cada lado de loma la profundidad era de 170 metros. Según todas las probabilidades, en las épocas de formación geológica el cabo Bon había estado unido al cabo Furina, en el extremo de Sicilia, como sin duda alguna lo habían estado Ceuta y Gibraltar.

El teniente Procopio, experto marino que conocía perfectamente en todos sus pormenores el Mediterráneo, no podía ignorar esta particularidad, y aquélla era la ocasión de ver si se había modificado el fondo del mar entre África y Sicilia, o si la loma submarina del estrecho líbico existía todavía.

El conde Timascheff, el capitán Servadac y el teniente presenciaban la operación de sondeo.

A la voz de mando, el marinero situado en la mesa de guarnición de mesana, arrojó al agua la sonda.

—¿Cuántas brazas? —preguntó el teniente Procopio.

—Cinco —respondió el marinero.

—¿Y el fondo?

—Llano.

Se trataba entonces de reconocer la importancia de la depresión de cada lado de la cresta submarina. La Dobryna dirigióse sucesivamente a media milla a la derecha y a media milla a la izquierda, y se sondaron estos dos fondos.

¡Cinco brazas en todas partes: fondo siempre llano; costa inmutable! La cresta submarina entre el cabo Bon y el cabo Furina había desaparecido. Era evidente que el cataclismo había nivelado el fondo del Mediterráneo, formado ahora por un polvo metálico y de composición desconocida, según demostraban los sondeos. No existían aquellas esponjas, aquellas actinias, aquellas comatulas, ni aquellos cidipos hialinos, hidrofitos o conchas de que estaban tapizadas en otros tiempos las rocas submarinas.

La Dobryna, virando de babor, puso proa al Sur y prosiguió su viaje de exploración.

Entre las particularidades de aquella navegación es preciso consignar la de que el mar estaba siempre desierto. No se veía en su superficie un solo buque al que la tripulación de la goleta hubiera podido dirigirse para pedir noticias de Europa.

La Dobryna era, según todas las apariencias, el único barco que recorría aquellas aguas abandonadas; y todos los tripulantes, sintiendo el aislamiento en torno suyo, preguntábase si sería la goleta el único punto habitado del globo terrestre, nueva arca de Noé que encerrara los únicos supervivientes de la catástrofe, los únicos seres animados de la Tierra.

El 9 de febrero la Dobryna navegaba precisamente sobre la ciudad de Dido, la antigua Birsa, más destruida entonces que la Cartago púnica lo fue por Escipión Emiliano, y la Cartago romana lo fue más tarde por Hasan el Gazanida.

Aquella tarde, cuando el Sol desaparecía bajo el horizonte del Este, el capitán Servadac estaba apoyado en el coronamiento de la goleta, absorto en profundas reflexiones. Su mirada vagaba desde el cielo, en el que, al través de fugitivos vapores, parpadeaban algunas estrellas, hasta el mar, cuyas largas olas iban apaciguándose al mismo tiempo que la brisa.

De pronto, mientras contemplaba el horizonte meridional, por la popa de la goleta, sus ojos sintieron una especie de impresión luminosa, que le hizo suponer que era víctima de una ilusión de óptica, y miró con más atención.

Entonces vio realmente una luz lejana, y un marinero, a quien consultó, la vio también distintamente.

Inmediatamente se notificó este acontecimiento al conde Timascheff y al teniente Procopio.

—¿Será tierra? —preguntó el capitán Servadac.

—¿Será un buque con sus fuegos de posición? —dijo el conde Timascheff.

—Antes de una hora lo sabremos —contestó el capitán Servadac.

—Capitán, no lo sabremos hasta mañana —rectificó el teniente Procopio.

—¿No vas a poner la proa hacia esa luz? —le preguntó el conde Timascheff, muy sorprendido.

—No, señor; nos quedaremos al paio y esperaremos que amanezca, porque temo aventurarme durante la noche en parajes desconocidos.

El conde aprobó la prudencia del teniente Procopio, y la Dobryna, orientando sus velas de modo que avanzase poco a poco, dejó pasar la noche.

Aunque una noche de seis horas no es larga, para los impacientes exploradores tuvo la duración de un siglo.

El capitán Servadac, que no había dejado el puente, temía a cada instante

que la débil luz se extinguiera, pero sus temores no se confirmaron, porque la luz siguió brillando en la oscuridad, como brilla un fuego de segundo orden en el extremo límite del horizonte.

—¡Está siempre en el mismo sitio —observó el teniente Procopio—, de donde puede deducirse con gran probabilidad de acierto que es tierra lo que tenemos a la vista y no un buque!

Al salir el sol todos los anteojos de a bordo estaban enfocados al punto que había parecido luminoso durante la noche. Los primeros albos del día extinguieron la luz; pero en su lugar apareció a seis millas de la Dobryna una especie de roca de forma singular, que parecía un islote abandonado en medio de aquel mar desierto.

—Es una roca —dijo el conde Timascheff—, o, por mejor decir, es la cima de alguna montaña sumergida.

De todos modos, el reconocimiento de aquella roca, cualquiera que fuese, tenía suma importancia, porque formaba un arrecife peligroso del que debían desconfiar los buques en lo sucesivo. Se puso, pues, proa hacia el islote, y tres cuartos de hora después la Dobryna se encontraba a dos cables de distancia de él.

El islote era una especie de colina árida, desnuda, abrupta, que sólo sobresalía del mar unos cuarenta pies. Ninguna avanzada de peñas defendía sus inmediaciones, lo que inducía suponer que se había hundido poco a poco por la influencia del inexplicable fenómeno, hasta encontrar un nuevo punto de apoyo que la sostenía definitivamente a aquella altura sobre las olas.

—¡En este islote hay una habitación! —exclamó el capitán Servadac, que con el anteojo siempre ante su vista no cesaba de registrar las enormes anfractuosidades del peñasco—. Quizás algún superviviente.

Al oír esta hipótesis de Servadac, se apresuró el teniente Procopio a hacer un gesto negativo. El islote parecía estar absolutamente desierto, y, en efecto, el cañonazo que disparó la goleta no tuvo la virtud de hacer que se presentara ningún habitante de la costa. Sin embargo, en la parte superior del islote había una especie de edificio de piedra, que tenía en su conjunto cierta semejanza con un marabut árabe.

Inmediatamente se arrojó al agua el bote de la Dobryna, en el que se apresuraron a embarcar el capitán Servadac, el conde Timascheff y el teniente Procopio, con cuatro marineros que remaron vigorosamente.

Los exploradores no tardaron en tomar tierra y, sin perder un momento, subieron la cuesta empinada del islote que conducía al marabut.

Allí los detuvo un muro de circunvalación, incrustado de restos antiguos, como vasos, columnas y estatuas, dispuestos desordenadamente y sin tener en cuenta las exigencias del arte.

El conde Timascheff y sus dos compañeros, después de dar la vuelta al recinto, llegaron a una estrecha puerta que encontraron abierta y se apresuraron a entrar.

Una segunda puerta, abierta también, les dio acceso al interior del marabut.

Sus paredes estaban esculpidas según la usanza árabe; pero aquellos adornos no tenían valor alguno.

En el centro de la única sala del marabut había un sepulcro de gran sencillez y sobre él una enorme lámpara de plata, que contenía todavía varios litros de aceite, en el que estaba sumergida una larga mecha encendida.

La luz de esta lámpara era sin duda la que durante la noche había visto el capitán Servadac.

El marabut estaba deshabitado. El guarda si había habido alguno, lo había abandonado en el momento de la catástrofe; pero en él habían buscado refugio algunos cormoranes que, cuando los exploradores penetraron, remontaron el vuelo y se dirigieron Hacia el Sur.

En un ángulo del sepulcro había un antiguo libro de oraciones, escrito en lengua francesa. Estaba abierto en el ritual especial del aniversario del 25 de agosto.

El capitán Servadac comprendió enseguida de lo que se trataba. El punto del Mediterráneo que ocupaba el islote, el sepulcro, a la sazón aislado en medio del mar, la página en que el lector del libro se había detenido, todo le reveló el lugar en que se encontraba con sus compañeros.

—¡El sepulcro de San Luis, señores! —dijo.

Y allí era, efectivamente, donde el rey de Francia había ido a morir, y donde durante seis siglos manos francesas rodearon su tumba de un culto piadoso.

El capitán Servadac se inclinó ante el sepulcro venerado y sus dos compañeros le imitaron respetuosamente. Aquella lámpara, que ardía sobre la tumba de un santo, era quizás el único faro que iluminaba ya las olas del Mediterráneo; pero este faro iba pronto a extinguirse.

Los tres exploradores salieron del marabut, dejando la roca desierta. El bote los llevó nuevamente a bordo, y la Dobryna, reanudando la marcha hacia el Sur, no tardó en perder de vista el sepulcro del rey Luis IX, único punto de la provincia de Túnez que se había salvado de la inexplicable catástrofe.

CAPÍTULO XII

EN EL QUE EL TENIENTE PROCOPIO, DESPUÉS DE HACER CUANTO LE FUE POSIBLE COMO MARINO, SE PONE EN MANOS DE DIOS

Los cormoranes espantados, que habían remontado el vuelo desde el marabut, se habían dirigido al Sur, y aquella dirección indicaba quizá que en aquellos parajes existía alguna tierra poco lejana, suposición que llevó alguna esperanza al ánimo de los exploradores de la Dobryna.

Pocas horas después de haber abandonado el islote, la goleta navegaba por aquellas aguas nuevas, cuyas capas poco profundas cubrían a la sazón toda la península del Dakhu, que en otra época separaba la bahía de Túnez del golfo de H'Amamat.

A los dos días, y después de haber buscado inútilmente la costa del Sahel tunecino, llegó al paralelo treinta y cuatro, que en aquel paraje había debido atravesar el golfo de Gabes; pero allí no se encontró señal alguna del estuario a que seis semanas antes se unía el canal del mar de Sahara, y la superficie líquida se extendía hasta los últimos límites del horizonte al Oeste.

Esto no obstante, aquel día, 11 de febrero, el grito de: ¡tierra! resonó al fin en las barras de la goleta y se presentó a la vista una costa donde geográficamente no hubiera debido encontrarse.

Aquella costa no podía ser el litoral de Trípoli, que por lo general es bajo, arenoso, difícil de reconocer a gran distancia y, además, estaba situado dos grados más al Sur.

La nueva tierra, muy quebrada, extendíase gradualmente del Oeste al Este, cerrando todo el horizonte meridional. A la izquierda cortaba en dos partes el golfo de Gabes y no dejaba ver la isla de Dyerba que formaba su punta extrema.

Señalóse cuidadosamente aquella tierra en las cartas de a bordo y de ella dedujeron los marineros de la Dobryna que el mar del Sahara había sido ocupado en parte por la aparición de un nuevo continente.

—Por lo visto —observó el capitán Servadac— hemos surcado el Mediterráneo por los sitios en que antes se encontraba el continente y ahora encontramos el continente donde debía de estar el Mediterráneo.

—Y en estos Parajes —añadió el teniente Procopio— no hay ninguna de esas tartanas maltesas ni ninguno de esos jabeques levantinos que los frecuentan de ordinario.

—Ahora se trata —dijo el conde Timascheff— de resolver si hemos de seguir esta costa hacia el Este o hacia el Oeste.

—Hacia el Oeste, si usted lo permite, señor conde —se apresuró a responder el oficial francés—. Sepa yo por lo menos si al Otro lado del Cheliff ha respetado el cataclismo algo de la colonia argelina. Al mismo tiempo recogeremos al compañero que he dejado en la isla Gurbí y luego nos dirigiremos a Gibraltar, donde quizá podamos adquirir noticias de Europa.

—Capitán Servadac —respondió el conde Timascheff con el aire reservado que le era habitual—, la goleta está a disposición de usted. Procopio, da tus órdenes.

—Señor, tengo que hacerle una observación —dijo el teniente, después de reflexionar durante algunos instantes.

—Habla.

—El viento sopla del Oeste y tiende a refrescar —dijo Procopio—. Con sólo el vapor ganaremos terreno contra él, pero tendremos que luchar con grandes dificultades. Por el contrario, si marchamos hacia el Este con velas y máquinas, la goleta llegará en pocos días a la costa de Egipto, y allí, en Alejandría o en cualquier otro punto, adquiriremos las noticias que podríamos obtener en Gibraltar.

—¿Ha oído usted, capitán? —preguntó el conde Timascheff, volviéndose hacia Héctor Servadac.

Éste, aunque tenía vivos deseos de acercarse a la provincia de Oran y recoger a Ben-Zuf, encontró muy atinada la observación del teniente. La brisa del Oeste refrescaba y, luchando contra ella la Dobryna no podía avanzar con rapidez, mientras que con viento en popa llegaría pronto a la costa egipcia.

Se puso, pues, proa al Este. El viento amenazaba aumentar en violencia; pero, afortunadamente, las lar. gas olas corrían en la misma dirección que la goleta y no se elevaban mucho.

Hacía quince días que la temperatura disminuía de un modo singular, no subiendo por término medio de 15 a 20 grados sobre cero. Esta disminución, que era progresiva, debíase a una causa natural, esto es al alejamiento creciente del Sol sobre la nueva trayectoria del Globo. No había duda alguna respecta a este punto. La Tierra, después de haberse acercado a su centro de atracción hasta pasar por la órbita de Venus, alejábase de él gradualmente y estaba ya más distante que en otro tiempo lo estuvo en sus perigeos. Parecía que el 1. ° de febrero había vuelto a estar a 28 millones de leguas del Sol, como lo estaba en 1. ° de enero, y que desde entonces se había alejado todavía una tercera parte más. Esto era lo que se deducía no sólo del descenso de la temperatura sino también del aspecto del disco solar que subtendía un arco visiblemente reducido, de la

misma manera que se hubiera presentado a la vista de un observador situado en Marte. Podía, por consiguiente, deducirse que la Tierra llegaba a la órbita de este planeta, cuya constitución física se asemejaba muchísimo a la suya, y, por consecuencia, que la nueva órbita que estaba llamada a correr en el mundo solar tenía la forma de una elipse muy prolongada.

A estos fenómenos cósmicos no prestaban entonces atención los exploradores de la Dobryna, que ya habían dejado de preocuparse de los movimientos desordenados del globo en el espacio, y sólo daban importancia a las modificaciones ocurridas en su superficie, y cuya trascendencia no habían podido determinar aún.

La goleta seguía, pues, al nuevo cordón litoral, a dos millas de distancia, y, en realidad de verdad, todo buque empujado hacia aquella costa se habría perdido irremisiblemente si no hubiera podido remontarse a barlovento.

En efecto la línea del nuevo continente no ofrecía refugio alguno a los navegantes. Su base, batida con violencia por las largas olas, era completamente acantilada, levantándose hasta una altura que variaba entre 200 y 300 pies. En aquella base, lisa como el muro de una cortina, no había sitio alguno donde el pie pudiera encontrar apoyo, y en la cima se destacaban un bosque de flechas, de obeliscos y de pirámides, como si fuera una concreción enorme cuyas cristalizaciones medían más de mil pies de altura. Sin embargo, no era esto lo más extraño del aspecto de aquellas rocas gigantescas; lo que debía llamar extraordinariamente la atención de los exploradores de la Dobryna era que todo aquel conjunto parecía completamente nuevo. La acción atmosférica no había alterado aún la pureza de sus aristas, ni la limpieza de sus líneas, ni el color de su sustancia. Todo se perfilaba sobre el cielo con incomparable seguridad de dibujo. Las rocas que formaban aquel conjunto parecían pulimentadas y brillantes como si estuvieran recién salidas del molde de un fundidor. Su brillo metálico con reflejos dorados recordaba el de las piritas, como si aquella masa de rocas, que sin duda habían salido del mar por efecto de las fuerzas plutonianas, estuviera formada por un solo metal, semejante al que la sonda había extraído de entre las arenas submarinas.

Además, de ordinario y en cualquier parte del globo que se encuentren, las masas de rocas, aun las más áridas, están surcadas de filetes húmedos, a causa de la condensación de los vapores, que corren por su superficie según las sinuosidades de la pendiente, pues no hay peña, por desnuda que parezca, en la que no brote alguna de estas plantas lapidarias y no se albergue alguno de esos musgos poco exigentes; pero aquí no había nada, ni el más pequeño filete de cristal, ni el más insignificante verdor. Por esta causa no animaban las aves aquel áspero territorio; nada vivía en él, nada se movía en el orden vegetal, ni en el

orden animal.

A la tripulación de la Dobryna no podía, por lo tanto, sorprenderle que las aves marinas, los albatros, las garzotas y las palomas de roca buscaran refugio en la goleta. Los disparos de las armas de fuego no dispersaban a aquellos volátiles que estaban constantemente, posados sobre las vergas. Cuando se les arrojaban sobre el puente algunas migajas de galleta o desperdicios de alimentos, se arrojaban sobre ellos con voracidad, disputándose los furiosamente a picotazos. Al verlos tan hambrientos podía creerse que no había un solo punto de aquellos parajes que pudiera proporcionarles alimento; pero si lo había, no era aquel litoral, que estaba absolutamente desprovisto de plantas y de agua.

Tal era aquella costa extraordinaria, cuya línea seguía la Dobryna durante muchos días. Su perfil modificábase a veces, presentando en el espacio de muchos kilómetros una sola arista viva y clara, como si la mano de un hábil artífice la hubiera labrado. Luego, volvían a aparecer las grandes láminas prismáticas en el intrincado laberinto; pero en ninguna parte había al pie de la roca playa alguna de arena, ni de guijarros, ni ninguna línea de escollos, sembrados ordinariamente en las aguas poco profundas. Acá y allá abríase alguna estrecha abertura; pero no se veía una aguada en que los buques pudieran hacer provisiones; por todas partes se desarrollaban esas anchas radas descubiertas a los tres vientos de la brújula.

La Dobryna, después de seguir la costa por espacio de 400 kilómetros, se detuvo en un brusco recodo del litoral. El teniente Procopio, que no había dejado de señalar hora por hora sobre la carta la línea que formaba aquel nuevo continente, observó que las peñas corrían entonces del Sur al Norte. ¿Se encontraba, acaso, cerrado el Mediterráneo en aquel sitio, casi sobre el duodécimo meridiano? ¿Se extendía aquella barrera hasta las tierras de Italia y de Sicilia? Pronto se sabría, y si era así, la vasta cuenca cuyas aguas bañaban a Europa, Asia y África, se encontraría reducida a la mitad.

La goleta, sin dejar de explorar todos los puntos de aquella nueva costa, puso la proa al Norte y subió en línea recta hacia las tierras de Europa.

Siguiendo esta dirección durante algunos centenares de kilómetros debía dar vista en breve a Malta, la antigua isla que poseyeron sucesivamente los fenicios, los cartagineses, los romanos, los vándalos, los griegos, los árabes y los caballeros de Rodas, en el caso de que hubiera sido respetada por el cataclismo.

Pero no sucedió así, y el 14 de febrero la sonda arrojada al sitio que debía ocupar Malta sólo halló el mismo polvo metálico cubierto por las olas mediterráneas, y cuya naturaleza se seguía desconociendo.

—Los estragos del cataclismo se han extendido más allá del continente africano —observó el conde Timascheff.

—Sí —respondió el teniente Procopio—, y además es indudable que no podemos señalar el límite de esta espantosa catástrofe. ¿Cuáles son sus proyectos, señor? ¿A qué parte de Europa desea que dirijamos la Dobryna?

—A Sicilia, a Italia, a Francia —exclamó el capitán Servadac—, adonde podamos en fin saber...

—Si la Dobryna no lleva a bordo los únicos supervivientes del globo —interrumpió gravemente el conde Timascheff.

El capitán Servadac guardó silencio, porque tenía los mismos tristes presentimientos que el noble ruso. Entre tanto, se varió la dirección del buque y éste traspasó el punto en que se cruzaban el paralelo y el meridiano de la isla desaparecida.

La costa continuaba proyectándose del Sur al Norte, impidiendo la comunicación con el golfo de Sydra, la antigua Gran Sirte que en otro tiempo se había extendido hasta las tierras de Egipto. Se observó también que aun en los parajes del Norte no podía llegarse por mar a las playas de Grecia y los puertos del imperio otomano, siendo, por consiguiente, imposible ir por el archipiélago, los Dardanelos, el mar de Mármara, el Bósforo y el mar Negro a tocar en los confines meridionales de Rusia.

Aun cuando sus tripulantes hubieran tenido este proyecto, la goleta no podía seguir más que un solo camino, el del Oeste, a fin de llegar a la parte septentrional del Mediterráneo.

Y esto fue lo que se trató de hacer el día 16 de febrero; pero como si los elementos hubieran querido luchar contra la Dobryna, el viento y las olas reunieron sus esfuerzos para dificultarle la marcha, levantándose una furiosa tempestad que hizo difícilísimo el sostenerse en el mar a un buque de 200 toneladas solamente. Como el viento batía contra la costa, el peligro que corrieron los navegantes fue grandísimo.

El teniente Procopio se alarmó mucho. Había debido arriar todas las velas y calar los masteleros de gavia; pero entonces, reducido a la acción de la máquina, no pudo ganar espacio contra el mal tiempo. Las enormes olas levantaban la goleta hasta 100 pies de altura, sumergiéndola otro tanto en medio del abismo que se abría entre las aguas. La hélice giraba con frecuencia en el vacío, sin morder ya las capas líquidas y perdiendo todo su poder. Aunque la caldera de vapor, bien cargada, llegó a su tensión máxima, la Dobryna retrocedía a impulsos del huracán.

La costa, inabordable, no ofrecía puerto alguno en que refugiarse. El teniente Procopio iba a verse en la necesidad de poner la popa al viento; pero entonces, ¿qué sería de los naufragos en el caso de que pudieran hacer pie en aquellas peñas tan acantiladas? ¿Qué recursos debían esperar de aquella tierra de

aridez tan desesperante? Agotadas sus provisiones, ¿cómo las renovarían?

¿Podía creerse que hubiera en aquella masa inaccesible alguna parte del Antiguo Continente que se hubiese salvado?

La Dobryna luchaba contra la tempestad, maniobrando su tripulación valerosa y adicta con la mayor sangre fría. Ni uno de aquellos marineros, confiados en la habilidad de su jefe y en la solidez del buque, perdió el valor un instante. Pero la máquina, formada, amenazaba a veces dislocarse; por otra parte, la goleta no obedecía a su hélice, y no teniendo tela, porque no había sido posible establecer ni siquiera una trinquetilla, porque el viento la habría desgarrado, iba arrastrada irremisiblemente hacia la costa.

Toda la tripulación estaba sobre el puente, comprendiendo la situación desesperada en que la ponía la tempestad. La tierra se encontraba ya a cuatro millas a sotavento y la Dobryna derivaba hacia ella con tanta celeridad que no dejaba la menor esperanza de salvación.

—Señor —dijo el teniente Procopio al conde Timascheff—, las fuerzas humanas tienen sus límites y me es imposible resistir a esta deriva que nos arrastra.

—¿Has hecho cuanto un marino puede hacer? —preguntó el conde Timascheff, cuyo semblante permanecía impassible.

—Todo —respondió el teniente Procopio—, pero, esto no obstante, antes de una hora la goleta se estrellará contra la costa.

—Antes de una hora —dijo el conde Timascheff, de manera que todos le oyesen—, Dios puede salvarnos.

—No nos salvará si ese continente no se entreabre dando paso a la Dobryna.

—Estamos en manos de Dios Todopoderoso —fue la respuesta del conde Timascheff, descubriéndose la cabeza.

Héctor Servadac, el teniente y los marineros le imitaron religiosamente sin pronunciar una palabra.

Convencido el teniente Procopio de la imposibilidad de alejarse de tierra, adoptó las precauciones necesarias para chocar con la costa lo menos mal que fuera posible. Hizo subir al puente cajas de víveres y toneles de agua dulce que, atados a barricas vacías, pudieran sobrenadar después de la demolición del buque, con objeto de que los náufragos que sobrevivieran a la catástrofe encontraran algunos recursos durante los primeros días en el nuevo continente.

En suma, adoptó todas las medidas que un marino debía adoptar en tales circunstancias.

En realidad de verdad, no había esperanza alguna de salvación para la goleta, porque aquella inmensa muralla no presentaba una abertura ni una

embocadura en la cual un buque perdido pudiera refugiarse. La Dobryna no podía ponerse a barlovento sino por medio de un salto repentino que diera el viento, volviéndola a alta mar, o como el teniente Procopio había dicho, si Dios no hacía el milagro de entreabrir aquel litoral para darle paso.

Pero el viento continuaba soplando en la misma dirección.

Pocos momentos después, la goleta se encontraba a una milla de la costa.

El enorme peñasco iba aumentando poco a poco en tamaño y, por una ilusión de óptica, parecía que iba a precipitarse sobre la goleta para aplastarla.

Pronto estuvo la Dobryna a tres cables de distancia, y cuantos se encontraban a bordo creyeron que había llegado su última hora.

—Adiós, conde Timascheff —dijo el capitán Servadac, tendiendo la mano a su compañero.

—Adiós, capitán —respondió el conde señalando al cielo.

La Dobryna, levantada por olas monstruosas, iba a estrellarse contra la roca, cuando de repente se oyó una voz que decía:

—¡Vamos, pronto, muchachos, izad el foque mayor, izad el trinquete, barra a la derecha!

Era Procopio que de pie a proa de la Dobryna daba órdenes. Por inesperadas que éstas fuesen, la tripulación las ejecutó con gran rapidez mientras que el teniente, corriendo a popa, asió la rueda del timón.

¿Qué pretendía el teniente Procopio? Seguramente dirigir la goleta de manera que pudiera virar por avante.

—¡Atención! —volvió a gritar—. ¡Atención a las escotas!

En aquel momento resonó un grito... pero no fue de terror el que se escapó de todos los pechos.

Una abertura de las peñas, de 40 pies a lo sumo, acababa de presentarse entre dos muros cortados a pico. No era un paso, pero era un refugio. La Dobryna, maniobrando bajo la mano del teniente Procopio y empujada por el viento y el mar, precipitóse por aquella abertura... ¿Volvería a salir?

CAPÍTULO XIII

EN EL QUE SE TRATA DEL BRIGADIER MURPHY, DEL MAYOR OLIPHANT, DEL CABO PIM Y DE UN PROYECTIL QUE SE PIERDE MAS ALLÁ DEL HORIZONTE

Si usted me lo permite, voy a tomarle un alfil —dijo el brigadier Murphy, que, después de dos días de vacilaciones, se decidió al fin a hacer esta jugada, profunda y detenidamente meditada.

—Me es imposible impedirlo —respondió el mayor Oliphant absorto en la contemplación del tablero de ajedrez.

Esto ocurría en la mañana del 17 de febrero (antiguo calendario), pero pasó todo el día sin que el mayor Oliphant respondiese a la jugada del brigadier Murphy.

Hacía ya cuatro meses que había empezado esta partida de ajedrez y los dos adversarios no habían hecho hasta entonces más que veinte jugadas. Ambos eran de la escuela del ilustre Filidor, que pretende que nadie es fuerte en este juego si no sabe manejar bien los peones, a los que llama el alma del ajedrez.

Por esta razón, no se había movido ningún peón sin previas meditaciones profundas.

Y era que el brigadier Henage-Finch Murphy y el mayor sir John Temple Oliphant no dejaban nada a la casualidad y en ninguna circunstancia hacían nada sino después de reflexionar mucho.

El brigadier Murphy y el mayor Oliphant eran dos oficiales ilustres del ejército inglés, a quienes la suerte había reunido en una estación lejana y que en los ratos de ocio se distraían jugando al ajedrez. Ambos tenían cuarenta años de edad, ambos eran altos y rubios, ambos usaban largas patillas en cuyo ángulo inferior se perdían sus largos bigotes, ambos vestían siempre de uniforme, era flemáticos y se vanagloriaban de ser ingleses, enemigos por orgullo nacional de todo lo que no era inglés, y convencidos que el anglosajón está formado de un barro especial imposible hasta ahora de analizar químicamente. Parecían dos maniqués estos oficiales, pero maniqués de los que las aves se asustan y que defienden maravillosamente el campo confiado a su custodia. Están siempre como en su casa estos ingleses, aunque el destino los lleve a millares de leguas de su país, y son tan aptos para colonizar que colonizarían la Luna si pudieran

izar en ella el pabellón británico.

El cataclismo, que de manera tan absoluta había modificado parte del globo terráqueo, no produjo desmesurada extrañeza al mayor Oliphant ni al brigadier Murphy, dos tipos sumamente excepcionales. Habíanse encontrado de repente aislados con once hombres en el cuerpo de guardia que ocupaban; y de la enorme roca que servía de cuartel a muchos centenares de oficiales y de soldados el día antes, no había quedado más que un estrecho islote rodeado por el inmenso mar.

—¡Oh! —se limitó a exclamar el mayor—. Esto es una circunstancia particular.

—Particular en efecto —respondió simplemente el brigadier.

—Pero Inglaterra está ahí.

—Sin duda alguna.

—Y sus buques vendrán por nosotros.

—Vendrán.

—Permaneceremos, por consiguiente, en nuestro puesto.

Pero aunque lo hubieran pretendido, los dos oficiales y los once hombres no habrían podido dejar aquel puesto, porque un simple bote era el único medio de navegación de que disponían. De continentales que eran la víspera, habíanse convertido al día siguiente en insulares; y, por consiguiente, sus diez soldados y su criado Kirke esperaban pacientemente el momento en que llegara un buque para darles noticias de la madre patria.

El alimento estaba asegurado. Había en los subterráneos del islote provisiones suficientes para alimentar trece estómagos, aunque fueran estómagos ingleses, durante diez años por lo menos. Cuando hay carne de vaca salada, cerveza y aguardiente, all right, todo va bien, como ellos dicen.

Respecto a los fenómenos físicos que se habían producido, tales como el cambio de los puntos cardinales Este y Oeste, disminución de la intensidad de la gravedad en la superficie del globo y de la duración de los días y las noches, desviación del eje de rotación, proyección de una nueva órbita en el mundo solar, a los oficiales y a los hombres que con ellos estaban, después de haberlos observado, no les alarmó lo más mínimo. El brigadier y el mayor habían vuelto a colocar sobre el tablero las piezas derribadas por la sacudida y continuaban jugando flemáticamente su interminable partida. Quizá los alfiles, los caballos y los peones, más ligeros que antes, se mantenían peor que en otro tiempo sobre la superficie del tablero, especialmente los reyes y las reinas, cuyo mayor tamaño los exponía a caídas más frecuentes; pero, con alguna precaución, Oliphant y Murphy concluyeron por asegurar sólidamente su pequeño ejército de marfil.

Es cierto que los diez soldados aprisionados en el islote no se habían

preocupado mucho de los fenómenos cósmicos; pero uno de estos fenómenos fue causa de dos reclamaciones.

Efectivamente, tres días después de la catástrofe, el cabo Pim, interpretando los deseos de los soldados a quienes mandaba y en representación de ellos, solicitó una entrevista a los dos oficiales.

Concedida ésta, Pim, seguido de los nueve soldados entró en el pequeño departamento del brigadier Murphy.

Allí, con la mano en la gorra de cuartel inclinada sobre su oreja derecha y asegurada por medio del barboquejo, y bien abotonada su casaca encarnada, cuyos faldones flotaban sobre su pantalón verde, esperó que se le diera permiso para hablar.

Los oficiales suspendieron su partida de ajedrez.

—¿Qué desea el cabo Pim? —preguntó el brigadier Murphy levantando la cabeza con dignidad.

—Hacer una observación a mi brigadier respecto al pago de la tropa —respondió el cabo Pim—, y otra a mi mayor, relativa al rancho.

—Oigamos la primera observación —dijo Murphy con un movimiento aprobatorio de cabeza.

—Es respecto a la paga, mi brigadier —dijo el cabo Pim—. Ahora que los días han disminuido en una mitad, ¿va a disminuirse la paga en la misma proporción?

El brigadier Murphy, sorprendido, reflexionó unos instantes, y algunos movimientos de aprobación de su cabeza revelaron que le parecía bien la observación del cabo. Después, se volvió hacia el mayor Oliphant, cambió con él una mirada y dijo:

—Cabo Pim, como la paga está calculada por el intervalo del tiempo que transcurre entre dos salidas del Sol, cualquiera que sea la duración de este intervalo, se les pagará a ustedes lo mismo que antes. Inglaterra es bastante rica para pagar a sus soldados.

Era un modo de indicar que el Ejército y la gloria de Inglaterra se confundían en un mismo pensamiento.

—¡Hurra! —respondieron los diez hombres, pero con el mismo tono de voz que si hubieran dicho muchas gracias.

El cabo Pim volvióse entonces hacia el mayor Oliphant.

—Diga el cabo cuál es la segunda reclamación que tiene que hacer —dijo el mayor mirando a su subordinado.

—Es relativa al rancho, mi mayor —respondió el cabo Pim—. Puesto que los días sólo duran ahora seis horas, ¿tenemos derecho a las cuatro comidas de antes o sólo van a darnos dos?

Después de reflexionar un momento, el mayor hizo una señal de aprobación al brigadier Murphy como indicando que encontraba al cabo Pim sensato y lógico, y dijo:

—Cabo Pim los fenómenos físicos no pueden hacer modificar los reglamentos militares. Usted y la tropa comerán cuatro veces al día, o sea, cada hora y media. Inglaterra es bastante rica para conformarse con las leyes del universo cuando el reglamento lo exige —añadió inclinándose ligeramente hacia el brigadier Murphy, satisfecho de adaptar a un suceso nuevo la frase de su superior.

—¡Hurra! —volvieron a decir los diez soldados, con alguna mayor viveza que la vez anterior.

Después, dando media vuelta a la derecha y yendo el cabo Pim a la cabeza, salieron al paso regular del departamento de los oficiales, que reanudaron en seguida la partida de ajedrez interrumpida.

Los ingleses hacían bien en confiar en Inglaterra, porque esta nación no abandona jamás a los suyos; pero sin duda estaba muy ocupada en aquellos momentos y los socorros tan pacientemente esperados no llegaban nunca.

Quizás en el Norte de Europa se desconocía lo ocurrido en el Sur.

Sin embargo, desde la memorable noche del 31 de diciembre al 1.º de enero habían transcurrido ya cuarenta días de 24 horas, y en el horizonte no se había presentado aún ningún buque inglés. La parte de mar dominada por el islote, a pesar de ser una de las más frecuentadas del globo, continuaba invariablemente desierta. Los oficiales y los soldados no se inquietaban por ello ni, por consiguiente, mostraban el más ligero síntoma de desaliento. Todos continuaban haciendo el servicio con la misma regularidad que de ordinario. El brigadier y el mayor pasaban revista a la guarnición, y también regularmente todos se encontraban en perfecto estado de salud, observando un régimen de vida que les hacía engordar visiblemente, y si los dos oficiales resistían a las amenazas de obesidad era porque su grado les prohibía todo exceso de gordura que pudiera comprometer el uniforme.

En suma aquellos ingleses pasaban bien el tiempo en el islote. Los oficiales, cuyo carácter e inclinaciones eran iguales, estaban siempre de acuerdo en todo los puntos; pero, aun sin esto, no se habrían aburrido, porque un inglés sólo se aburre en su país para acomodarse a las exigencias de lo que llaman el cant.

Lamentaban sin duda la pérdida de los compañeros desaparecidos, pero con moderación enteramente británica. Averiguando por una parte que eran 1.899 hombres antes de la catástrofe, y, por otra, que después de la catástrofe no eran sino 13, una simple operación de resta les hizo saber que faltaban 1.886, lo que se mencionó en el orden del día.

Ya hemos dicho que el islote, resto de un monte enorme que se elevaba a 2.400 metros de altura sobre el nivel del mar, y que a la sazón estaba ocupado por trece ingleses, era el único punto sólido que había fuera de las aguas en aquellos parajes; pero esto no era completamente cierto, porque otro islote, casi semejante al primero, sobresalía hacia el Sur a unos veinte kilómetros de distancia. Era la cima de otro monte que formaba juego antiguamente con el ocupado por los ingleses. El mismo cataclismo había achicado a ambos a dos rocas apenas habitadas.

¿Existía algún superviviente de la catástrofe en aquel segundo islote, o se encontraba éste completamente desierto? Esta es la pregunta que se hicieron los oficiales ingleses, y es probable que entre dos jugadas de su partida de ajedrez trataran a fondo la cuestión. Parecióles también bastante importante para ser completamente dilucidada, porque un día, aprovechando el buen tiempo, se embarcaron en el bote, atravesaron el brazo de mar que separaba las dos islas y no volvieron sino al cabo de 36 horas.

¿Era un sentimiento de humanidad el que les había impulsado a explorar aquella roca? ¿O era otra causa?

Cualquiera que hubiera sido la razón que a ello les indujo, nada dijeron del resultado de su excursión, ni siquiera al cabo Pim. El islote, ¿estaba habitado?

El cabo no lo supo; pero, de todos modos, los dos oficiales que habían ido a reconocerlo, habían vuelto solos. Sin embargo, a pesar de su reserva, el cabo Pim creyó comprender que habían vuelto satisfechos.

Después de aquella exploración, el mayor Oliphant preparó un gran pliego firmado por el brigadier Murphy y sellado con el sello del regimiento 33 para enviarlo inmediatamente por el primer buque que se presentara a la vista de la isla. Aquel pliego llevaba la siguiente dirección: Almirante Fairfax

Primer Lord del Almirantazgo. REINO UNIDO.

Pero como ningún buque se había presentado, el 18 de febrero no se habían restablecido las comunicaciones entre el islote y el Gobierno de la metrópoli.

Aquel día, el brigadier Murphy, al despertarse, dirigió la palabra al mayor Oliphant, diciéndole:

—Hoy es día de fiesta para todo corazón verdaderamente inglés.

—Un gran día —respondió el mayor.

—Pienso —añadió el brigadier— que las circunstancias especiales en que nos encontramos no deben impedir a dos oficiales y once soldados del Reino Unido festejar el aniversario real.

—Soy de la misma opinión —respondió el mayor Oliphant.

—Sin duda S. M. no ha creído conveniente ponerse en comunicación con nosotros.

—Así debe ser, efectivamente.

—¿Beberemos una copita de Oporto, mayor Oliphant?

—Con mucho gusto, brigadier Murphy.

Este vino, que parece reservado especialmente para ser consumido por los ingleses, fue a perderse en esa embocadura británica a que los cockneys dan el nombre de saco de patatas, pero que podría también llamarse justamente la pérdida del vino de Oporto por analogía con la pérdida del Ródano.

—Y ahora —dijo el brigadier— cumplamos con el reglamento haciendo el saludo de ordenanza.

—En efecto, cumplamos con el reglamento —repitió el mayor.

Se llamó al cabo Pim, que se presentó con los labios húmedos del aguardiente matinal.

—Cabo Pim —le dijo el brigadier—, hoy es el día 18 de febrero, contando el tiempo como todo buen inglés debe contar, con arreglo al antiguo método del calendario británico.

—Sí, señor —respondió el cabo.

—Es por consiguiente, aniversario del natalicio de Su Majestad.

El cabo hizo el saludo militar.

—Cabo Pim —añadió el brigadier—, es preciso disparar los veintiún cañonazos de ordenanza.

—Estoy a las órdenes de su señoría.

—¡Ah, cabo! —añadió el brigadier—. Procure que los que sirven las piezas no pierdan los brazos al dispararlas.

—Se hará todo lo posible —respondió el cabo, que no quería comprometerse mucho.

Del gran número de cañones que guarnecían en otro tiempo el fuerte, sólo había quedado uno de calibre de 27 centímetros que se cargaba por la boca. Era una enorme máquina y aunque los saludos se hacen de ordinario con bocas de fuego de menores dimensiones, no había otro recurso que emplear aquella pieza que formaba toda la artillería del islote.

El cabo Pim, después de prevenir a su gente, pasó al reducto blindado en que se hallaba la pieza asomada a una tronera oblicua. Lleváronse los cartuchos necesarios para disparar los veintiún cañonazos de ordenanza, cañonazos que, como era natural, debían hacerse con pólvora sola.

El brigadier Murphy y el mayor Oliphant, vestidos con uniforme de gala y con el sombrero de plumas en la cabeza, asistieron a la operación.

Se cargó el cañón como preceptúa el Manual del artillero, y comenzaron las alegres detonaciones.

El cabo teniendo en cuenta las recomendaciones que se le habían hecho,

cuidó de que entre disparo y disparo se limpiara meticulosamente el oído del arma para impedir que, partiendo intempestivamente el tiro, se llevara los brazos de los artilleros, como ocurre muchas veces en los regocijos públicos.

Esta vez no ocurrió accidente alguno desagradable.

Conviene también advertir que en aquella ocasión las capas de aire, menos densas, se conmovieron menos estruendosamente bajo el impulso de los gases vomitados por el cañón y, por consiguiente, que las detonaciones no fueron tan ruidosas como lo habrían sido seis meses antes, lo que disgustó grandemente a los dos oficiales. No había ya aquellas sonoras repercusiones que los ecos de las cavidades de las rocas devolvían transformando el ruido seco de las descargas en un redoble de truenos. No había ya aquel zumbido majestuoso que la elasticidad del aire propagaba a gran distancia; y, por tanto, es fácil de comprender que en tales condiciones no quedara muy satisfecho el amor propio de los ingleses que festejan un aniversario real.

Se habían hecho ya veinte disparos y disponíanse los artilleros a cargar el cañón por última vez, cuando el brigadier Murphy ordenó:

—Ponga un proyectil; deseo conocer el nuevo alcance de esta pieza.

—Efectivamente hay que hacer ese experimento cuanto antes —añadió el mayor—. ¿Cabo, ha entendido usted?

—A la orden, mi mayor —respondió el cabo Pim.

Un artillero llevó en una carretilla un proyectil sólido, que pesaba doscientas libras y que el cañón enviaba en circunstancias normales a una distancia de ocho kilómetros.

Siguiendo con un anteojo la trayectoria de aquella bala podría verse fácilmente el punto del mar en que cayera y, por consiguiente, calcular el alcance aproximado de la enorme boca de fuego.

Cargóse el cañón, se apuntó con un ángulo de 42° para aumentar el desarrollo de la trayectoria y, a la voz del mayor, se hizo el disparo.

—¡Por San Jorge! —exclamó el brigadier.

—¡Por San Jorge! —repitió el mayor. Las dos exclamaciones habían sido lanzadas casi al mismo tiempo, y ambos oficiales se habían quedado con la boca abierta no atreviéndose a dar crédito a sus ojos.

Efectivamente, la vista no había podido seguir al proyectil sobre el que la atracción ejercía menos influencia de la que había ejercido en la superficie de la Tierra. Ni aun con los anteojos se le pudo ver caer en el mar, de donde fue necesario deducir que había ido a perderse mucho más allá del horizonte.

—¡Más de 12 kilómetros! —dijo el brigadier.

—¡Mucho más! Sí, ciertamente —dijo el mayor.

Pero ¿había sido ilusión? A la detonación del cañón inglés pareció

responder una débil detonación que venía de alta mar.

Los oficiales y los soldados escucharon con suma atención y oyeron otras tres detonaciones sucesivas en la misma dirección que la primera.

—Un buque —dijo el brigadier—; un buque, que seguramente es inglés.

Y, en efecto, no había transcurrido aún media hora cuando aparecieron los dos masteleros de un buque por cima del horizonte.

—Inglaterra viene a nosotros —dijo el brigadier Murphy en tono de un hombre a quien acaban de dar la razón los acontecimientos.

—Ha conocido el ruido de nuestro cañón —respondió el mayor Oliphant.

—¡Con tal que la bala no haya tocado a ese buque! —murmuró aparte el cabo Pim.

Otra media hora después divisóse el casco del buque y un largo rastro de humo negro que se extendía por el cielo reveló que era un vapor.

Pocos minutos después se vio que una goleta de vapor se acercaba al islote con la evidente intención de desembarcar gente.

A la distancia a que se encontraba, no se distinguía la nación a que pertenecía la bandera que flotaba en uno de sus palos.

Murphy y Oliphant, mirando con el antejo, no perdían de vista la goleta deseando saludar a sus colegas; pero, de repente, los dos anteojos bajaron como por un movimiento automático y simultáneo de los dos brazos, y los oficiales, estupefactos, miráronse uno a otro diciendo:

—¡El pabellón es ruso!

Y así era en realidad: el estandarte blanco sobre el que se extiende la cruz azul de Rusia ondeaba al aire en la cangreja de la goleta.

CAPÍTULO XIV

QUE EMPIEZA CON TIRANTEZ EN LAS RELACIONES INTERNACIONALES, Y TERMINA CON UN DESCUBRIMIENTO GEOGRÁFICO

La goleta se acercó con gran rapidez al islote, y los ingleses leyeron en el espejo de popa el nombre de Dobryna.

Las rocas formaban en la parte Sur una pequeña ensenada que no hubiera podido contener cuatro barcos pesqueros; pero en la que la goleta podía encontrar un surgidero suficiente y hasta seguro, si los vientos del Sur y del Oeste no refrescaban. Entró, pues, en la ensenada, arrojó el ancla y pocos momentos después acercóse a tierra un bote con cuatro remos, en el que iban el conde Timascheff y el capitán Servadac.

El brigadier Murphy y el mayor Oliphant, graves y erguidos, esperaban que llegasen los huéspedes.

Héctor Servadac, impetuoso como un buen francés, se apresuró a dirigirles la palabra.

—¡Hola, señores! —exclamó—. ¡Dios sea loado! Se han salvado ustedes como nosotros del desastre, y nos felicitamos de poder estrechar la mano de dos de nuestros semejantes.

Los oficiales ingleses, que no habían dado un solo paso, tampoco hicieron un solo gesto ni pronunciaron una palabra.

—Pero —añadió Héctor Servadac sin advertir la rigidez de los ingleses—, ¿tienen ustedes noticias de Francia, de Rusia, de Inglaterra, en fin, de Europa?

¿Cuál ha sido la extensión del fenómeno? ¿Están ustedes en comunicación con la madre patria? ¿Tienen ustedes...?

—¿A quién tenemos el honor de hablar? —preguntó el brigadier Murphy irguiéndose más para no perder una sola pulgada de su estatura.

—Es justo —dijo el capitán Servadac con un movimiento imperceptible de hombros—; todavía no hemos sido presentados unos a otros.

Después, volviéndose hacia su compañero, cuya reserva rusa igualaba a la frialdad británica de los oficiales, dijo:

—El señor conde Basilio Timascheff.

—El mayor sir John Temple Oliphant —respondió el brigadier presentando a su colega.

El ruso y el inglés se saludaron.

—El capitán de Estado Mayor, Héctor Servadac —dijo a su vez el conde Timascheff.

—El brigadier Henage Finch Murphy —respondió afectadamente el mayor Oliphant.

Los nuevos presentados se saludaron mutuamente.

Cumplidas con todo rigor las leyes de la etiqueta, ya podía entablarse conversación sin mengua para nadie.

Se supone que todo esto fue dicho en francés, lengua familiar a los ingleses y a los rusos, y resultado que los compatriotas del capitán Servadac han obtenido negándose obstinadamente a aprender el ruso y el inglés.

El brigadier Murphy hizo una seña con la mano a sus huéspedes y los condujo, precediéndoles y seguidos por el mayor Oliphant, a la habitación que su colega y él ocupaban.

Era una especie de casamata abierta en la roca, que no estaba exenta de comodidades. Tomaron todos asiento y se reanudó la conversación.

Héctor Servadac, a quien tanta ceremonia había puesto de mal humor, dejó hablar al conde Timascheff; y éste, comprendiendo que los ingleses daban por no dicho cuanto se había hablado antes de las presentaciones regulares, dijo:

—Seguramente, señores, saben ustedes que en la noche del 31 de diciembre al 1.º de enero ha habido un cataclismo cuya causa y cuya importancia todavía desconocemos, pero al ver lo que resta del territorio que ustedes ocupaban antes, es decir, al contemplar este islote, es indudable que también ustedes han sufrido los efectos de ese cataclismo.

Los oficiales ingleses, sin pronunciar una palabra, se inclinaron en señal de asentimiento con un mismo movimiento de cuerpo.

—Mi compañero, el capitán Servadac —añadió el conde—, encontré de igual modo en una posición muy crítica. Desempeñaba una misión como oficial de Estado Mayor en la costa de Argelia...

—¿Una colonia francesa según creo? —preguntó el mayor Oliphant entornando los ojos.

—Todo lo que hay de más francés —respondió con sequedad el capitán Servadac.

—Era hacia la desembocadura del Cheliff —continuó con parsimonia el conde Timascheff—. Allí, durante esa noche funesta, se transformó de pronto en isla una parte del continente africano, y el resto, según las apariencias, desapareció de la superficie del globo.

—¡Ah! —exclamó el brigadier Murphy, recibiendo la noticia con esa interjección.

—Pero usted, señor conde —preguntó el mayor Oliphant—, ¿dónde se

encontraba esa noche funesta?

—En el mar, señor mayor, a bordo de mi goleta, y estoy convencido de que sólo por un milagro no nos perdimos todos.

—Lo felicitamos a usted cordialmente, señor conde —respondió el brigadier Murphy.

El conde Timascheff prosiguió diciendo:

—La casualidad me llevó luego a la costa argelina, donde tuve el placer de encontrar en la nueva isla al capitán Servadac y a su ordenanza Ben-Zuf.

—¿Ben...? —dijo el mayor Oliphant. — ¡Zuf! —exclamó Héctor Servadac como hubiera podido decir ¡uf! para aliviar su pecho.

—El capitán Servadac —repuso el conde Timascheff—, con el deseo de adquirir noticias relativas a la extensión del desastre, se embarcó a bordo de la Dobryna y, haciendo rumbo hacia el antiguo Este, tratamos de reconocer lo que quedaba de la colonia argelina... No ha quedado nada.

El brigadier Murphy movió ligeramente los labios como queriendo indicar que una colonia, por lo mismo que era francesa, no podía ser muy sólida. Héctor Servadac sintió impulsos de levantarse y responderle, pero logró contenerse.

—Señores —dijo el conde Timascheff—, el desastre ha sido inmenso. En toda la parte oriental del Mediterráneo no hemos encontrado vestigio alguno de antiguos territorios ni de Argelia ni de Túnez, exceptuando una roca que sobresalía cerca de la antigua Cartago y que contenía el sepulcro del rey de Francia...

—¿Luis IX, verdad? —dijo el brigadier.

—¡Más conocido bajo el nombre de San Luis, caballero! —repuso el capitán Servadac, a quien el brigadier Murphy se dignó dirigir una semi sonrisa de aquiescencia.

Luego, el conde Timascheff refirió que la goleta había bajado al Sur hasta el golfo de Gabes; que el mar del Sahara había dejado de existir, cosa que a los dos ingleses pareció muy natural, por ser una creación francesa; que había aparecido una nueva costa de extraña forma frente al litoral de Trípoli y que subía hasta el Norte siguiendo el duodécimo meridiano hasta la altura de Malta, poco más o menos.

—Y esa isla inglesa —se apresuró a agregar el capitán Servadac—, Malta, con su ciudad, su gola, sus fuertes, sus soldados, sus oficiales y su gobernador, ha corrido la misma suerte que el territorio de Argel sepultándose en el abismo.

La frente de los dos ingleses se oscureció un momento; pero casi inmediatamente su rostro reflejó la duda. Los oficiales de Inglaterra no daban crédito a lo que acababa de decir el oficial francés.

—Ese hundimiento absoluto es inadmisibile —dijo el brigadier Murphy.

—¿Por qué? —preguntó el capitán Servadac.

—Porque Malta es una isla inglesa —se apresuró a responder el mayor Oliphant.

—Pues precisamente por ser inglesa ha desaparecido del mismo modo que si hubiera sido china —respondió el capitán Servadac.

—Ustedes han debido equivocarse en sus cálculos durante el viaje de la goleta.

—No, señores —dijo el conde Timascheff—, no nos hemos equivocado, y no hay más remedio que ceder a la evidencia. Inglaterra ha experimentado sin duda alguna grandes pérdidas en este desastre, pues no sólo ha desaparecido la isla de Malta, sino que un nuevo continente ha cerrado completamente el fondo del Mediterráneo. Sin un estrecho paso que rompa en un solo punto la línea de su litoral nos habría sido imposible llegar hasta aquí. Así, pues, por desgracia está averiguado que, si nada queda de Malta, tampoco queda sino muy poca cosa de las islas Jónicas que desde hace algunos años han entrado de nuevo bajo el protectorado inglés.

—Y no creo —añadió el capitán Servadac— que S. E. el alto comisario británico, jefe de ustedes, que residía en estas islas, pueda felicitarse del resultado de la catástrofe.

—¿El alto comisario nuestro jefe? —dijo el brigada Murphy como si no hubiera entendido lo que se le decía.

—Tampoco ustedes tienen grandes motivos de felicitación —agregó el capitán Servadac—, por lo que les queda de Corfú.

—¿Corfú? —preguntó el mayor Oliphant—. ¿El señor capitán ha dicho Corfú?

—Sí, Corfú —repitió Héctor Servadac.

Los dos ingleses, profundamente asombrados, guardaron silencio durante algunos instantes, preguntándose qué significaban las palabras del oficial francés; pero su sorpresa subió de punto cuando el conde Timascheff les preguntó si habían recibido noticias de Inglaterra, por los buques ingleses o por el cable submarino.

—No, señor conde, porque el cable se ha roto —respondió el brigadier Murphy.

—Entonces, señores, ¿están ustedes en comunicación con el continente por medio de los telégrafos italianos?

—¿Italianos? —dijo el mayor Oliphant—. Querrá usted decir seguramente los telégrafos españoles.

—Italianos o españoles —repuso el capitán Servadac—, no importa, señores, con tal que hayan ustedes recibido noticias de la metrópoli.

—No hemos recibido noticia alguna —respondió el brigadier Murphy—; pero estamos tranquilos porque no puede tardar...

—A no ser que haya desaparecido también la metrópoli —dijo seriamente el capitán Servadac.

—¡Que haya desaparecido la metrópoli!

—Sí, que no exista Inglaterra.

—¡Que no exista Inglaterra!

El brigadier Murphy y el mayor Oliphant habíanse levantado mecánicamente como impulsados por un resorte.

—Me parece —dijo el brigadier Murphy— que antes que Inglaterra debe haber desaparecido Francia.

—Francia debe ser más sólida porque está en el continente —respondió Servadac animándose.

—¿Más sólida que Inglaterra...?

—Inglaterra es sólo una isla, y una isla de contextura bastante dislocada que puede haber sido aniquilada por completo.

Avecinábase una violenta escena entre los oficiales ingleses y el francés; los primeros habíanse sulfurado y el capitán Servadac estaba decidido a sostener el choque. El conde Timascheff trató de apaciguar a aquellos adversarios a quienes una simple cuestión de nacionalidad irritaba, pero no lo consiguió.

—Señores —dijo el capitán Servadac—, me parece que esta discusión debe continuarse al aire libre, porque ustedes están aquí en su casa y si quieren salir fuera...

Héctor Servadac salió efectivamente de la habitación, seguido por el conde Timascheff y por los dos ingleses, yendo todos a reunirse sobre un terraplén que formaba la parte superior del islote, y que consideraba el capitán como terreno neutral.

—Señores —dijo éste dirigiéndose a los dos ingleses—, por pobre que haya quedado Francia, después de haber perdido la colonia de Argel, se encuentra en disposición de responder a todas las provocaciones, cualesquiera que éstas sean y vengan de donde vinieren. Por lo tanto, yo, oficial francés, tengo el honor de representarla en este islote con el mismo título que ustedes representan a Inglaterra.

—Perfectamente —respondió el brigadier Murphy.

—Y no puedo permitir...

—Ni yo —dijo el mayor Oliphant.

—Y puesto que nos hallamos en terreno neutral...

—¡Neutral! —exclamó el brigadier Murphy—. Ustedes están aquí en territorio inglés, caballero.

—¡Inglés!

—Eso es, en territorio cubierto por el pabellón británico.

Y el brigadier mostró el pabellón del Reino Unido que flotaba en la cima más alta del islote.

—¡Bah! —exclamó con ironía el capitán Servadac—. Porque han tenido ustedes el capricho de izar ese pabellón después de la catástrofe...

—Estaba allí antes del cataclismo.

—Pabellón de protectorado, y no de posesión, señores.

—¡De protectorado! —exclamaron los dos oficiales.

—¡Señores! —dijo Héctor Servadac golpeando el suelo con el pie—. Este islote es cuanto queda ya de un territorio, de una república representativa sobre la que Inglaterra no ha tenido jamás sino un derecho de protección.

—¡Una república! —replicó el brigadier Murphy abriendo desmesuradamente los ojos.

—Y aun así —continuó el capitán Servadac—, ese derecho, diez veces perdido y diez veces recuperado, que Inglaterra se ha arrogado sobre las islas Jónicas, era muy discutible.

—¡Las islas Jónicas! —exclamó el mayor Oliphant.

—Y aquí en Corfú...

—¡Corfú!

Al oír esto, los ingleses expresaron una sorpresa tan extremada que el conde Timascheff, que hasta entonces se había mantenido en una reserva muy prudente, aunque inclinado a defender la causa del oficial de Estado Mayor, creyó que debía intervenir en la discusión. Iba, pues, a dirigir la palabra al brigadier Murphy, cuando éste, tranquilizándose de pronto, dijo al capitán Servadac:

—Caballero, no debo dejar a ustedes durante más tiempo en un error cuya causa me es imposible adivinar. Aquí se encuentran ustedes en terreno inglés por derecho de conquista y de posesión desde 1704; derecho que nos fue confirmado por el tratado de Utrecht. Es verdad que Francia y España han tratado de disputárnoslo muchas veces: en 1727, en 1779, en 1782, pero sin obtener resultado alguno. Así, pues, ustedes se encuentran aquí en este islote, por pequeño que sea, tan en territorio inglés como si estuvieran en la plaza de Trafalgar en Londres.

—¿No estamos, pues, en Corfú, en la capital misma de las islas Jónicas? —preguntó el conde Timascheff profundamente sorprendido.

—No, señores, no —respondió el brigadier Murphy—. Están ustedes en Gibraltar.

¡Gibraltar! Esta palabra estalló como un rayo en los oídos del conde

Timascheff y del oficial de Estado Mayor, que creían encontrarse en Corfú, en el extremo oriental del Mediterráneo, y se encontraban en Gibraltar, en el extremo occidental, a pesar de que la Dobryna no había retrocedido nunca durante su viaje de exploración.

Era, pues, un acontecimiento nuevo, cuyas consecuencias se necesitaba deducir. El conde Timascheff se disponía a hacerlo, cuando llamaron su atención varios gritos.

Se volvió, y con gran asombro vio a la tripulación de la Dobryna luchando a brazo partido con los soldados ingleses.

¿Cuál era la causa del altercado? Sencillamente una disputa entre el marinero Panofka y el cabo Pim, a causa de que el proyectil lanzado por el cañón, después de haber roto una de las berlingas de la goleta, había hecho pedazos la pipa de Panofka, rozando a éste ligeramente la nariz.

Por lo tanto, mientras el conde Timascheff y el capitán Servadac apenas podían entenderse con los oficiales ingleses, la tripulación de la Dobryna estaba a punto de venir a las manos con la guarnición del islote.

Como era natural, Héctor Servadac tomó partido por Panofka, y el mayor Oliphant le dijo que Inglaterra no era responsable de sus proyectiles, que toda la culpa de lo ocurrido era del marinero ruso que se había puesto al paso de la bala de cañón y que si hubiera sido chato no le habría acontecido aquel lance.

Esto irritó al conde Timascheff, y después de haberse cruzado palabras descomedidas entre los oficiales ingleses y el ruso, éste ordenó a su tripulación que se embarcara inmediatamente.

—Nos volveremos a ver, señores —dijo el capitán Servadac a los dos ingleses.

—Cuando ustedes gusten —respondió el mayor Oliphant.

En realidad de verdad, aquel nuevo fenómeno que ponía a Gibraltar donde geográficamente hubiera debido encontrarse Corfú, no debía inspirar al conde Timascheff y al capitán Servadac más que un solo pensamiento: volver uno a Rusia y otro a Francia.

Por esta razón, la Dobryna aparejó enseguida y dos horas después ya no se veía desde su borda nada de lo que había quedado de Gibraltar.

CAPÍTULO XV

EN EL OUE SE DISCUTE PARA LLEGAR AL DESCUBRIMIENTO DE UNA VERDAD Y LOS DISCUTIDORES SE APROXIMAN QUIZAS A ELLA

El conde Timascheff, el capitán Héctor Servadac y el teniente Procopio pasaron las primeras horas de la navegación discutiendo las consecuencias del hecho nuevo e inesperado que acababa de revelarse. Si no debían deducir de esta discusión la verdad entera, iban por lo menos a averiguar algo del misterio de su extraña situación.

Efectivamente, sabían ya de un modo positivo que la Dobryna, partiendo de la isla Gurbí. es decir del primer grado de longitud occidental había sido detenida en el nuevo litoral en el grado 13 de longitud oriental, o lo que es lo mismo, que había recorrido 15°. Añadiendo a éstos la longitud de aquel estrecho que le había dado paso a través del continente desconocido, o sean 3 grados y medio aproximadamente, agregando la distancia que separaba el otro extremo de aquel estrecho de Gibraltar, o sean unos 4°, y la que separaba a Gibraltar de la isla Gurbí, esto es, 7°, se completaban 29°.

Por consiguiente, la Dobryna, partiendo de la isla Gurbí y volviendo a su punto de partida después de seguir evidentemente el mismo paralelo, o en otros términos, después de describir una circunferencia completa, habría recorrido aproximadamente 29°, esto es, 2.320 kilómetros en total contando 80 kilómetros por cada grado.

Y puesto que los navegantes de la Dobryna habían encontrado a Gibraltar en lugar de Corfú y de las islas Jónicas, debía deducirse, por consecuencia, que el resto del globo terrestre, o sea un total de 332°, había desaparecido en absoluto. Antes de la catástrofe, para ir de Malta a Gibraltar siguiendo la dirección de Oriente, se habría precisado atravesar la segunda mitad oriental del Mediterráneo, el canal de Suez, el mar Rojo, el océano Indico, la Sonda, el Pacífico y el Atlántico; pero en vez de este enorme trayecto, un nuevo estrecho de 60 kilómetros había sido suficiente para poner la goleta a 80 leguas de Gibraltar.

Tales fueron los cálculos que hizo el teniente Procopio, y, habida cuenta de los errores posibles, eran bastante aproximados para que sirvieran de base a un

conjunto de deducciones.

—Así, pues —dijo el capitán Servadac—, si la Dobryna ha vuelto a su punto de partida sin cambiar de rumbo, tenemos que deducir que la circunferencia del esferoide terrestre sólo tiene ya 2.320 kilómetros.

—Sí —respondió el teniente Procopio—, y esto reduce su diámetro a 140 kilómetros únicamente, o sea 16 veces menos que el que tenía antes de la catástrofe, pues que medía 12.792 kilómetros. No hay duda alguna de que acabamos de dar la vuelta a lo que queda del mundo.

—Esto explicaría muchos fenómenos singulares que hemos observado hasta ahora —dijo el conde Timascheff—. En un esferoide de estas dimensiones, la gravedad tenía necesariamente que ser menor, y hasta se comprende que el movimiento de rotación de la Tierra sobre su eje, se haya acelerado de manera que el intervalo de tiempo comprendido entre dos salidas del Sol sólo sea de doce horas. En cuanto a la nueva órbita que el esferoide describe alrededor del Sol...El conde Timascheff se detuvo por no saber cómo referir este fenómeno a su sistema nuevo.

—Y bien, señor conde —preguntó el capitán Servadac—; ¿en cuanto a esa nueva órbita...?

—¿Qué opinas tú, Procopio? —preguntó el conde Timascheff, dirigiéndose al teniente.

—Señor —respondió Procopio—, sólo hay una manera de explicar el cambio de órbita.

—¿Y es? —preguntó el capitán Servadac con viveza singular, como si presintiera lo que iba a responder el teniente.

—Es —dijo Procopio— admitir que de la Tierra se ha desprendido un fragmento que se ha llevado consigo parte de la atmósfera y que recorre ahora el mundo solar siguiendo una órbita que no es ya la órbita terrestre.

Después de esta plausible explicación, el conde Timascheff, el capitán Servadac y el teniente Procopio guardaron silencio durante algunos instantes.

Seguramente aterrados, reflexionaban respecto a las consecuencias incalculables del nuevo estado de cosas. Si era cierto que un enorme trozo se había desprendido del globo terráqueo, ¿adonde iban? ¿Qué valor había que atribuir a la excentricidad de la órbita elíptica que seguían a la sazón? ¿A qué distancia del Sol serían llevados, ni cuál podía ser la dirección de su revolución alrededor del centro atractivo? El nuevo esferoide, ¿iría, como los cometas, durante centenares de millones de leguas atravesando el espacio, o regresaría pronto a la fuente del calor y de la luz? Por último, ¿coincidía el plano de su órbita con el de la eclíptica y se podía esperar que algún día volviera a unirse al globo de que se había separado de una manera tan violenta?

El capitán Servadac fue el primero que puso fin a aquella situación, exclamando como a pesar suyo:

—¡Es imposible, por Cristo! La explicación de usted, teniente Procopio, aclara muchas cosas, pero no es admisible.

—¿Por qué no, capitán? —preguntó el teniente—. Me parece que responde, por el contrario, a todas las objeciones.

—No, por cierto; por lo menos hay una que la hipótesis de usted no explica.

—¿Cuál es? —preguntó Procopio.

—Veamos —dijo el capitán Servadac—; entendámonos. Usted sostiene que una parte del globo convertida ahora en un nuevo asteroide que nos lleva a través del espacio y que comprende parte de la cuenca del Mediterráneo, desde Gibraltar hasta Malta, vuela a través del mundo solar.

—Así lo creo.

—En ese caso, ¿qué explicación tiene la aparición de ese singular continente que cierra ahora este mar y la contextura especial de sus costas? Si fuéramos llevados por el mundo solar en un trozo del globo, este trozo conservaría su antigua armazón granítica o calcárea, y su superficie no estaría formada por esa concreción mineral cuya composición no hemos podido descubrir.

Era, efectivamente, seria la objeción que el capitán Servadac hacía a la teoría del teniente. Podía admitirse que se hubiera desprendido un fragmento del globo, llevándose consigo una parte de la atmósfera y de las aguas mediterráneas, y hasta que los movimientos de traslación y de rotación no fueran idénticos a los de la Tierra; pero ¿por qué en lugar de las playas fértiles que rodeaban el Mediterráneo al Sur, al Oeste y al Este se había levantado aquella abrupta muralla sin vestigios de vegetación, y cuya naturaleza era completamente desconocida?

El teniente Procopio, sin responder a esta objeción, limitóse a decir que el porvenir sin duda reservaba muchas soluciones que en aquel momento era imposible dar. De todos modos no renunciaba a admitir una teoría que explicaba tantas cosas inexplicables. En cuanto a la causa primera, no la adivinaba aún.

¿Era admisible que una expansión de las fuerzas centrales hubiese desprendido semejante porción del globo terrestre lanzándola al espacio? Esto era poco probable, y en un problema tan complejo había todavía muchas incógnitas que despejar.

—Después de todo —dijo el capitán Servadac, poniendo término a la discusión—, poco importa gravitar en el mundo solar sobre un nuevo astro, con tal que Francia grave también con nosotros.

—Francia y Rusia —añadió el conde Timascheff.

—Y Rusia también —asintió el oficial de Estado Mayor, apresurándose a admitir la legítima reclamación del conde.

Esto no obstante, si el esferoide en que estaban no era en realidad otra cosa que un trozo del globo terráqueo que se movía siguiendo una nueva órbita, y si este trozo tenía forma de esferoide, lo que le daba dimensiones muy reducidas, ¿no debía temerse que una parte de Francia y la mayor parte del imperio ruso se hubieran quedado en la antigua Tierra?

¿No era de temer que hubiera corrido la misma suerte Inglaterra, sobre todo cuando la falta de relaciones seis semanas entre Gibraltar y el Reino Unido parecía indicar que era imposible comunicarse por tierra, por mar, por correos y por telégrafo?

En efecto, si la isla Gurbí, como debía creerse, teniendo en cuenta la igualdad constante de sus días y de sus noches, ocupaba el ecuador del asteroide, los dos polos Norte y Sur debían encontrarse a una distancia de ella igual a la semicircunferencia calculada durante el viaje de la Dobryna, o lo que es lo mismo, a 1.160 kilómetros.

Si esto era cierto, el polo Ártico debía hallarse a 580 kilómetros al Norte de la isla Gurbí, y el polo Antártico a esta misma distancia al Sur. Ahora bien, cuando se fijaron estos dos puntos sobre la carta, se averiguó que el polo Norte no pasaba del litoral de Provenza, y que el polo Sur tocaba en el desierto africano a la altura del paralelo 29.

¿Estaba en lo cierto el teniente Procopio al persistir en este nuevo sistema?

¿Era verdad que una parte del globo terrestre se había disgregado de las demás?

Imposible resolver este problema, que únicamente el porvenir podía aclarar; pero quizá no fuese una temeridad admitir que el teniente Procopio, si no había descubierto la verdad, por lo menos había dado un paso hacia ella.

La Dobryna volvió a disfrutar de un tiempo magnífico al otro lado del estrecho que unía ambos extremos del Mediterráneo en los parajes de Gibraltar.

El viento le era también favorable, e impulsada al mismo tiempo por la brisa y por el vapor se remontó rápidamente hacia el Norte.

Hemos dicho el Norte y no el Este, porque el litoral español había desaparecido en absoluto, por lo menos en la parte comprendida en otro tiempo entre Gibraltar y Alicante. Ni Málaga, ni Almería, ni el cabo de Gata, ni el cabo de Palos, ni Cartagena ocupaban ya el lugar que les asignaban sus antiguas coordenadas geográficas. El mar había cubierto toda aquella parte de la península española, y la goleta viose obligada a avanzar hasta la altura de Sevilla para encontrar, no las playas andaluzas, sino unas peñas idénticas a las que había encontrado al otro lado de Malta.

A partir de aquel punto el mar mordía profundamente el nuevo continente, formando un ángulo agudo cuyo vértice habría debido ocupar Madrid. Después, la costa volvía a bajar al Sur para entrar a su vez en la antigua cuenca, alargándose como garra amenazadora más arriba de las Baleares.

Los exploradores, separándose algo de su rumbo para buscar algunos vestigios de este grupo de islas importantes, encontraron un objeto que les llamó profundamente la atención.

Eran las ocho de la mañana del 24 de febrero, cuando un marinero, situado a proa de la goleta, gritó:

—¡Una botella en el mar!

Era de esperar que esta botella contuviera algún documento precioso que se refiriese al nuevo estado de cosas.

Al oír el grito del marinero, el conde Timascheff, Héctor Servadac y el teniente, corrieron hacia el castillo de proa, y la goleta maniobró de manera que pudiera alcanzarse el objeto señalado, que no tardó en ser izado a bordo.

No era una botella, como se había creído, sino un estuche de cuero de los que sirven para guardar anteojos de mediana magnitud. La tapa estaba cuidadosamente cerrada con lacre y, si la sumersión de aquel estuche era reciente, sin duda alguna el agua no había penetrado todavía en él.

El teniente Procopio, en presencia del conde Timascheff y del oficial de Estado Mayor, lo examinó con sumo detenimiento. No tenía ninguna marca de fábrica, el lacre adherido a la tapa estaba intacto y conservaba la impresión de un sello en el que se leían estas dos iniciales:

P. R.

Roto el sello, fue abierto el estuche, del que el teniente extrajo un papel respetado por el agua del mar.

Era una hoja cuadrada y sencilla arrancada de una agenda de bolsillo, y que contenía estas palabras seguidas de puntos, de interrogación y de exclamación, en una letra torcida.

Galia???

Ab sole, el 15 de Feb., dist.: 59.000.000 1.?

Chemin parcouru de janv. a fev. : 32.000.000 1.

Va bene! All righ! Parfait!!!»

—¿Qué significa esto? —preguntó el conde Timascheff después de examinar la hoja de papel en todos sentidos.

—Lo ignoro —respondió el capitán Servadac—; pero lo cierto es que el

autor de este documento, quien quiera que sea, vivía todavía el 15 de febrero, puesto que el documento menciona esta fecha.

—Sin duda alguna —respondió el conde Timascheff.

El documento no tenía firma ni había en él indicación alguna que revelase su procedencia. Contenía palabras latinas, italianas, inglesas y francesas, estas últimas en mayor número que las otras.

—Esto no puede ser una broma —dijo el capitán Servadac—, y es evidente que este documento se refiere al nuevo orden cosmográfico cuyas consecuencias estamos sufriendo. El estuche en que venía encerrado ha pertenecido seguramente a algún observador que navega a bordo de un buque.

—No, capitán —respondió el teniente Procopio—. porque este observador habría encerrado entonces el documento en una botella, donde habría estado más resguardado de la humedad que en un estuche de cuero. Creo, por consiguiente, que algún hombre de ciencia que ha sobrevivido a la catástrofe en algún punto del litoral, deseando dar a conocer el resultado de sus observaciones, ha utilizado este estuche menos necesario quizá para él que una botella.

—De todos modos, ése es un detalle que interesa poco —dijo el conde Timascheff—. En este momento lo más importante es explicar el significado de este singular documento, en vez de tratar de adivinar quién es su autor.

Procedamos por orden. Ante todo, ¿qué significa esta palabra Galia?

—No conozco ningún planeta, grande ni pequeño, que se llame de este modo

—respondió el capitán Servadac.

—Capitán —dijo entonces el teniente Procopio—, antes de ir más lejos, permítame usted que le dirija una pregunta.

—Cuántas usted quiera, teniente.

—¿No opina usted que este documento justifica en cierto modo la hipótesis de que un fragmento del globo haya sido proyectado al espacio?

—Sí... quizá —respondió Héctor Servadac—, aunque queda en pie la objeción relativa a la materia de que se compone nuestro asteroide.

—Y en ese caso —añadió el conde Timascheff—, el sabio de que se trata habrá bautizado con el nombre de Galia al nuevo astro.

—Será, pues, un francés —observó el teniente Procopio.

—Es de suponer —respondió el capitán Servadac—. Observen ustedes que de las dieciocho palabras de que consta el documento, hay once francesas, tres latinas, dos italianas y dos inglesas. Esto demostraría también que el sabio de referencia, ignorando en qué manos iba a caer el documento, ha querido emplear palabras de diversas lenguas para aumentar las probabilidades de que se entienda.

—Admitamos que Galia es el nombre del nuevo asteroide que gravita en el espacio —dijo el conde Timascheff—, y prosigamos interpretando:

Ab solé, distancia el 15 de febrero cincuenta y nueve millones de leguas.

—Era sin duda la distancia que debía separar a Galia del Sol en aquella época —dijo el teniente Procopio—, cuando cortó la órbita de Marte.

—Bien —respondió el conde Timascheff—. Este primer punto del documento está de completa conformidad con nuestras observaciones.

—Exacto —asintió el teniente Procopio.

—Camino recorrido de enero a febrero —repuso el conde Timascheff prosiguiendo la lectura—: treinta y dos millones de leguas.

—Sin duda se refiere —dijo Héctor Servadac— al camino recorrido por Galia en su nueva órbita.

—En efecto —añadió el teniente Procopio—, y en virtud de las leyes de Kepler, la celeridad de Galia, esto es, el camino recorrido en tiempos iguales, ha debido disminuir de una manera progresiva. La temperatura más alta que hemos tenido fue la del 15 de enero y, por consiguiente, es probable que Galia estuviese entonces en su perihelio, esto es, a su distancia mínima del Sol y que marchara con doble velocidad de la Tierra que sólo es de 28.800 leguas por hora.

—Pero esto —respondió el capitán Servadac— no nos revela a qué distancia se alejará Galia del Sol durante su afelio ni lo que podemos esperar ni temer para lo futuro.

—No, capitán —repuso el teniente Procopio—; pero haciendo buenas observaciones en diversos puntos de la trayectoria de Galia se logrará determinar con exactitud sus elementos, con arreglo a las leyes de la gravitación universal...

—Y, por consiguiente, el camino que debe seguir por el mundo solar —agregó el capitán Servadac.

—En efecto —repuso el conde Timascheff—, si Galia es un asteroide, debe estar sometido como todos los demás cuerpos movibles a las leyes de la mecánica y el Sol rige su marcha como rige la de los planetas. Al separarse de la Tierra este fragmento de ella, ha caído en las redes invisibles de la atracción, fijándose su órbita de una manera inmutable.

—Suponiendo —observó el teniente Procopio— que algún astro perturbador no modifique esta órbita después. ¡Ah! Galia no es otra cosa que un cuerpo muy pequeño comparado con los demás del sistema solar, y sobre el que los planetas pueden ejercer una influencia irresistible.

—Lo cierto es —añadió el capitán Servadac—, que Galia puede desviarse

de su camino a consecuencia de algún mal encuentro; pero, señores, tengan ustedes en cuenta que estamos razonando como si se supiera de una manera evidente que nos hemos convertido en habitantes de Galia. ¿Quién nos dice que la Galia de que habla el documento no es otra cosa que el septuagésimo planeta recientemente descubierto?

—No —respondió el teniente Procopio—, eso no puede ser, porque los planetas telescópicos se mueven en una estrecha zona comprendida entre las órbitas de Marte y de Júpiter, y no se acercan jamás al Sol tanto como se ha acercado Galia en su perihelio. Este hecho es evidente, porque el documento está de acuerdo con nuestras propias hipótesis.

—Desgraciadamente —dijo el conde Timascheff— carecemos de instrumentos para hacer observaciones y no podremos calcular los elementos de nuestro asteroide.

—¿Quién sabe? —replicó el capitán Servadac—. Tarde o temprano se concluye por averiguar todo.

—Las últimas palabras del documento —dijo el conde Timascheff—. «Va bene, All right, Parfait», no significan nada...

—Si no es —añadió Héctor Servadac— que el autor del documento está satisfecho del nuevo estado de cosas y cree que todo va bien en el mejor de los mundos posibles.

CAPÍTULO XVI

EN EL QUE EL CAPITÁN SERVADAC TIENE EN LA MANO TODO LO QUE QUEDA DE UN VASTO CONTINENTE

Mientras tanto, la Dobryna había doblado el enorme promontorio que le cerraba el camino del Norte, y se dirigía hacia el sitio en que debía encontrarse el cabo de Creus.

Los exploradores pasaban el tiempo comentando día y noche aquellos extraordinarios sucesos. El nombre Galia se encontraba con frecuencia en sus labios e insensiblemente y casi sin darse ellos cuenta adquiría el valor de un nombre geográfico, esto es, el del asteroide que les llevaba por el mundo solar.

Estas discusiones no les hacían olvidar que estaban empeñados en el reconocimiento ya indispensable del litoral mediterráneo, y por eso la goleta continuaba rasando, lo más cerca posible, la nueva costa de aquel mar que, según todas las apariencias, era el único mar de Galia.

La costa superior del enorme promontorio extendíase hasta el sitio que habría debido ocupar Barcelona en el litoral español; pero aquel litoral, como la importante ciudad, habían desaparecido sumergiéndose sin duda bajo aquellas aguas cuya resaca batía las nuevas peñas algo más atrás. Después la peñas, siguiendo una curva hacia el Nordeste, se adelantaban sobre el mar, precisamente en el cabo de Creus.

Del cabo de Creus no había quedado nada.

Allí comenzaba la frontera francesa, y cuando el capitán Servadac vio que había sustituido un nuevo suelo al suelo de su país, sintió una profunda amargura que invadió todo su ser. Una barrera impenetrable levantábase delante del litoral francés, no dejando ver absolutamente nada. Erguida como un muro cortado a pico, de más de mil pies de altura, y sin ofrecer una sola rampa accesible, tan árida, tan abrupta, tan nueva como la que se había visto al otro extremo del Mediterráneo, se desarrollaba sobre el mismo paralelo en que habrían debido encontrarse las hermosas orillas de la Francia meridional.

A pesar de que la goleta se acercaba cuanto le era posible a aquella costa, nada se veía de lo que formaba en otro tiempo la margen marítima del departamento de los Pirineos Orientales, ni el cabo Bearn, ni PortVendres, ni la embocadura del Tech, ni el estanque de SaintNazaire, ni la embocadura del Tet, ni el estanque de Salces. En la frontera del departamento del Aude, en otro

tiempo tan pintorescamente cortada por lagos e islas, no se encontró un solo trozo del distrito de Narbona. Desde el cabo de Agde, en la frontera del Herault, hasta el golfo de AiguesMortes, no existía nada, ni de Séte, ni de Frontignan, ni de aquel arco en el distrito de Nimes bañado en otro tiempo por las aguas del Mediterráneo, ni de las llanuras de la Crau y de la Camargue, ni del caprichoso estuario de las Bocas del Ródano, Martigues y Marsella también habían desaparecido. Todos los lugares del continente europeo que habían llevado el nombre de Francia habían sido reducidos a la nada por la catástrofe, a juzgar por las apariencias.

Héctor Servadac, a pesar de hallarse preparado para todo, sintióse como aterrado en presencia de la realidad. No veía vestigio alguno de las playas cuyos sitios le habían sido tan familiares. Alguna vez, cuando una curva de la costa se desarrollaba hacia el Norte concebía esperanzas de encontrar un trozo del suelo francés que se hubiera librado del desastre; pero en toda la extensión de la curvatura, nada se presentaba de lo que había sido en otro tiempo la maravillosa costa de Provenza. Cuando el nuevo cuadro no limitaba las antiguas márgenes, eran las aguas de aquel extraño Mediterráneo las que lo cubrían todo, y el capitán Servadac preguntábase si sólo quedaría de su país la estrecha lengua del territorio argelino, aquella isla Gurbí a la que se vería precisado a volver.

—Sin embargo —repetía el conde Timascheff—, el continente de Galia no puede terminar en esta costa inaccesible, porque su polo boreal está más allá.

¿Qué hay detrás de esta muralla? Es necesario averiguarlo. De todos modos, si a pesar de todos los fenómenos de que somos testigos, nos encontramos aún en el globo terrestre, si es la Tierra la que nos lleva siguiendo una dirección nueva por el mundo planetario, si, en fin, Francia y Rusia están ahí con Europa entera, necesitamos averiguarlo. ¿No hemos de encontrar un paso, una playa en esta costa, donde podamos desembarcar? ¿No hay algún medio de escalar esta muralla inaccesible y contemplar durante un momento siquiera el país que su altura nos oculta?

La Dobryna continuaba rasando la alta muralla sin encontrar la más pequeña ensenada que pudiera servirle de refugio, ni un solo escollo donde la tripulación pudiera poner el pie. El litoral era invariablemente una peña lisa cortada a pico hasta la altura de doscientos o trescientos pies, y coronada por un extraño cruzamiento de láminas cristalizadas. No había la menor duda de que aquel nuevo festón practicado en el Mediterráneo tenía en todas partes la misma distancia de rocas y que aquel cuadro uniforme había salido de molde único.

La Dobryna, forzando sus máquinas, marchó con gran rapidez hacia el Este.

El tiempo se mantenía bueno; la atmósfera, ya singularmente enfriada, estaba menos propensa a saturarse de vapores. El azul del cielo sólo estaba

rayado por algunas nubes que formaban acá y allá cirros casi diáfanos. Durante el día, el disco del Sol proyectaba pálidos rayos que daban a los objetos un relieve siniestro. Durante la noche las estrellas brillaban con resplandor extraordinario, pero el fulgor de algunos planetas se debilitaba a causa de su alejamiento. Esto ocurría con Venus, con Marte y con aquel astro desconocido que, clasificado como planeta inferior, precedía al Sol, lo mismo a su salida que a su ocaso. Por lo contrario, el resplandor del enorme Júpiter y del soberbio Saturno se aumentaba, por lo mismo que Galia se iba acercando a ellos, y el teniente Procopio mostró a sus compañeros de viaje aquel Urano que antes no era visible sino con el auxilio de un anteojito, y que a la sazón se distinguía a simple vista.

Galia, en su gravitación, se alejaba, por consiguiente, de su centro atractivo, al través del mundo planetario.

El 24 de febrero la Dobryna, después de seguir la línea sinuosa que antes de la catástrofe formaba la frontera del departamento del Var, y de haber buscado inútilmente vestigios de las islas Hyères, de la península de SaintTropez, de las islas de Lerins, del golfo de Cannes y del golfo Juan, llegó a la altura del cabo Antibes.

Al llegar a aquel paraje los exploradores se sorprendieron satisfactoriamente al ver una estrecha quebradura que cortaba la enorme peña de arriba abajo, en cuya base, que estaba al nivel del mar, extendíase una pequeña playa, a la que podía llegar una canoa con facilidad.

—Gracias a Dios; podremos desembarcar —exclamó el capitán Servadac sin poder contenerse.

No eran necesarios grandes recursos oratorios para inducir al conde Timascheff a desembarcar en el nuevo continente. El teniente Procopio y él estaban tan deseosos de saltar a tierra como el capitán Servadac. Quizá subiendo por las vertientes de aquella cortadura, que de lejos parecía el lecho asperísimo de un torrente, se podría llegar a la cumbre de las peñas desde donde sería dable a la vista contemplar una gran extensión, que permitiría quizá descubrir, a falta del territorio francés, la naturaleza de aquella región extraña.

Eran las siete de la mañana cuando el conde, el capitán y el teniente desembarcaron en la playa.

Era la primera vez que encontraban restos del antiguo litoral. Estos restos eran piedras calcáreas de color amarillento como las que cubren de ordinario las playas provenzales; pero aquella estrecha playa, que sin duda era un trozo del antiguo globo, apenas medía algunos metros de superficie, y los exploradores, sin detenerse en ella se lanzaron hacia el barranco que deseaban atravesar.

Aquel barranco estaba seco, y hasta era fácil ver que ningún torrente había

precipitado en él sus aguas tumultuosas. Las rocas de su lecho, como las que formaban las pendientes de uno y otro lado, tenían la misma contextura laminar observada hasta entonces, como si hubieran estado sometidas a los efectos de la disgregación de los siglos. Quizás un geólogo habría podido determinar su verdadero sitio en la escala litológica; pero ni el conde Timascheff, ni el oficial de Estado Mayor, ni el teniente Procopio lograron averiguar su naturaleza.

Pero si en el torrente no había el menor vestigio de humedad antigua ni moderna, podía preverse que cuando las condiciones climatológicas variasen por completo, podría servir para desagüe de considerables masas líquidas.

Efectivamente, en las pendientes de muchos parajes veíanse ya algunas manchas de nieve, que eran tanto mayores y más espesas cuanto más elevados eran los peñascos. Probablemente estas crestas, y quizá todo el país al otro lado de la muralla, desaparecían bajo la blanca sábana de las nieves.

—Aquí tenemos —dijo el conde Timascheff— las primeras señales de agua dulce que hemos encontrado en la superficie de Galia.

—Sí —respondió el teniente Procopio—; y seguramente a mayor altura no sólo tendremos nieve sino hielo formado por la influencia del frío que aumenta sin cesar. Tengamos en cuenta que, si Galia tiene la forma esferoidal, nos encontramos muy cerca de sus regiones árticas que reciben en dirección muy oblicua los rayos solares. La noche no debe ser aquí completa jamás, como en los polos terrestres, porque el Sol no se separa del Ecuador, gracias a la débil inclinación del eje de rotación; pero el frío será excesivo, especialmente si Galia se aleja mucho del centro del calor.

—Teniente —preguntó el capitán Servadac—, ¿no podrá llegar el caso de que el frío sea tan intenso en la superficie de Galia que haga imposible la vida?

—No, capitán —respondió el teniente Procopio—; por mucho que nos alejemos del Sol, el frío no pasará nunca de los límites asignados a la temperatura de los espacios siderales, o lo que es lo mismo, de las regiones del cielo donde falta el aire en absoluto.

—¿Cuáles son esos límites?

—Unos 60 grados centígrados, según las teorías del sabio físico Fourier.

—¡Sesenta grados!, —respondió el conde Timascheff—; ¡60 grados bajo cero!

Esa es una temperatura que parecería insoportable hasta a los rusos.

—Tales fríos —dijo el teniente Procopio— han sido ya soportados por los navegantes ingleses en los mares del Polo y, si no estoy equivocado, en la isla Melville. Parry vio descender el termómetro a 56 grados centígrados bajo cero.

Los exploradores habíanse detenido un momento para descansar, porque, como ocurre a cuantos suben a grandes alturas, el aire cada vez más enrarecido,

hacía penosa la ascensión. Además, sin haber llegado todavía a la cima, sino únicamente a 600 ó 700 pies, advertían que la temperatura había descendido mucho. Afortunadamente, las estrías de la sustancia mineral que formaba el lecho del torrente, facilitaban la marcha, y hora y media después de haber dejado la estrecha playa, llegaron a la cresta de la muralla.

Aquella muralla dominaba el mar al Sur, y por el Norte toda la nueva región que descendía de un modo brusco.

El capitán Servadac exhaló un grito de asombro y de espanto.

Francia había desaparecido. Había sido sustituida por rocas, que se extendían hasta los últimos límites del horizonte, que estaban tapizadas de nieve o cubiertas de hielo confundiendo en una extraña uniformidad. Era una enorme aglomeración de materias cristalizadas bajo la forma de prismas hexagonales regulares. Galia parecía producto de una formación mineral única y desconocida. Si la cresta de la muralla que encuadraba al Mediterráneo, no tenía la misma uniformidad en sus rocas superiores, era porque un fenómeno cualquiera, quizás aquel a que se debía la presencia de las aguas del mar, había modificado su contextura en el momento del cataclismo.

De todos modos, en aquella parte meridional de Galia, no había vestigio alguno de tierra europea. En todas partes había sido remplazado el antiguo suelo por la nueva sustancia. Habían dejado de existir las quebradas campiñas de Provenza, los huertos de naranjos y limoneros cuyo humus rojizo se extendía sobre piedras secas, los olivares de hoja oscura, las grandes calles de árboles de diversas especies, de gigantescos entremezclados de áloes, las rocas oxidadas del litoral y las montañas que antes figuraban en segundo término con su oscura cortina de coníferas.

Nada había allí del antiguo reino vegetal, porque la menos exigente de las plantas polares, el mismo líquen de las nieves, no habría podido desarrollarse en aquel suelo pedregoso. Nada había tampoco del reino animal, porque ninguna ave, ni siquiera las de los países árticos, habría podido encontrar allí alimento para un día.

Era aquello el reino mineral único, cuya horrible aridez dominaba todo.

El capitán Servadac era presa de una emoción que parecía extraña a su carácter indolente. Inmóvil en la cima de una roca cubierta de hielo, contemplaba con ojos húmedos el nuevo territorio que se extendía ante su vista resistiéndose a creer que Francia hubiera estado allí jamás.

—¡No! —exclamaba—; ¡no! Sin duda alguna nos hemos engañado. No estamos en el paralelo que atraviesa los Alpes marítimos. El territorio cuyos vestigios buscamos, está más atrás. Seguramente, ha salido una muralla del seno de las olas; pero, al otro lado, veremos las tierras europeas. Conde Timascheff,

venga usted, atravesemos este territorio helado, y sigamos buscando.

Mientras decía esto, avanzó Héctor Servadac unos veinte pasos, en busca de un sendero practicable en medio de las láminas hexagonales de la muralla.

De pronto, se detuvo.

Acababa de tropezar bajo la nieve con un pedazo de piedra labrada, que por su forma y su color no parecía pertenecer al nuevo suelo.

Se inclinó para recogerlo. Era un fragmento de mármol amarillo, en el que podían leerse todavía algunas letras grabadas, y entre ellas: Vil

—¡Villa! —exclamó el capitán Servadac dejando caer el trozo de mármol que se hizo mil pedazos.

¿Qué quedaba ya de esta villa, sin duda alguna quinta suntuosa edificada casi al extremo del cabo de Antibes, en el sitio más pintoresco del mundo, de aquel magnífico cabo arrojado como un verde ramo entre el golfo Juan y el golfo de Niza, de aquel espléndido panorama coronado por los Alpes marítimos que se extendían desde las pintorescas montañas de Esterelle, pasando por delante de Eza, Mónaco, Roquebrune, Mentón y Vintimille, hasta la punta italiana de Bordighera? Ni siquiera aquel trozo de mármol que había sido reducida a polvo.

El capitán Servadac no dudaba ya de que el cabo de Antibes hubiera desaparecido en las entrañas de aquel nuevo continente. Abismóse en profundas reflexiones.

El conde acercóse a él diciéndole gravemente:

—Capitán, ¿conoce usted la divisa de la familia Hope?

—No, señor conde —respondió Héctor Servadac.

—Pues la divisa de esa familia es la siguiente: Orbe fracto, spes illaesa.

—Pues es completamente contraria a la frase desesperada del Dante.

—Sí, capitán; pero esa divisa debe ser ahora la nuestra.

CAPÍTULO XVII

QUE NO HAY INCONVENIENTE EN TITULAR: DEL MISMO A LOS MISMOS

El único recurso que quedaba a los navegantes de la Dobryna era volver a la isla Gurbí, que era, según todas las apariencias, la única parte del antiguo suelo que podía recibir y alimentar a los que, llevados por el nuevo astro, recorrían los espacios del mundo solar.

—Después de todo —se dijo el capitán Servadac—, ése es casi un pedazo de Francia.

Discutióse ampliamente este proyecto de volver a la isla Gurbí, y ya iba a ser aceptado, cuando el teniente Procopio advirtió que el nuevo perímetro del Mediterráneo no había sido reconocido todavía por completo.

—Nos falta explorar hacia el Norte —dijo—, desde el punto en que se encontraba antes el cabo de Antibes, hasta la entrada del estrecho que se abre sobre las aguas de Gibraltar, y hacia el Sur, desde el golfo de Gabes, hasta ese mismo estrecho. Hemos seguido al Sur el límite trazado por la antigua costa africana; pero no el que forma la nueva. ¿Quién sabe si se habrá librado de la catástrofe algún fértil oasis del desierto africano? Además, Italia, Sicilia, el archipiélago de las Baleares y las grandes islas del Mediterráneo pueden haber resistido y sería conveniente dirigirnos a ellas.

—Tus observaciones son justas, Procopio —respondió el conde Timascheff— y creo que efectivamente debemos completar el plano hidrográfico de este nuevo mar.

—Me adhiero a la opinión de usted —añadió el capitán Servadac—; pero ¿debemos completar ahora nuestra operación antes de volver a la isla Gurbí o dejarlo para más adelante?

—Opino —respondió el teniente Procopio— que debemos utilizar la Dobryna mientras podamos.

—¿Qué queréis decir, Procopio? —preguntó el conde Timascheff.

—Quiero decir que la temperatura desciende cada día más, que Galia sigue una curva que va alejándose del Sol y que pronto estará sometida a fríos excesivos. Cuando esto llegue, se helará el mar y será imposible la navegación; usted sabe cuáles son las dificultades de un viaje por los campos de hielo. ¿No es preferible continuar la exploración ahora que tenemos aguas libres?

—Dices bien, Procopio —respondió el conde Timascheff—. Busquemos lo

que resta del antiguo continente, si se ha librado de la catástrofe algún trozo de Europa y si han sobrevivido algunos desdichados, a quienes podamos prestar socorro. Importa saberlo antes de volver al sitio en que hemos de invernar.

¿Obraba el conde Timascheff impulsado por un sentimiento generoso al acordarse de sus semejantes en aquellas circunstancias? ¿Quién sabe? Pensar en sus semejantes era pensar en sí mismo. Entre los individuos a quienes Galia llevaba a través del espacio infinito no había ya ni podía haber diferencia de razas ni de nacionalidades. Eran los representantes de un mismo pueblo, o mejor dicho, de una misma familia, porque posiblemente eran muy pocos los sobrevivientes de la antigua Tierra; pero si alguno existía todavía, todos debían reunirse, unir sus esfuerzos para la salvación común, si no había esperanza alguna de volver al globo terrestre, tratar de reconstituir en el nuevo astro una nueva humanidad.

El 25 de febrero la goleta abandonó la pequeña ensenada en que había encontrado momentáneamente refugio y, siguiendo el litoral del Norte, se dirigió hacia el Este a toda máquina. El frío comenzaba a ser muy vivo, a causa, sobre todo, del viento. El termómetro marcaba dos grados bajo cero. Por fortuna, el mar no se hiela sino a una temperatura inferior a la del agua dulce, y no ponía obstáculos a la navegación de la Dobryna; pero urgía apresurarse.

Las noches eran hermosas, y las nubes sólo se formaban en las capas cada vez más frías de la atmósfera. Las constelaciones brillaban en el firmamento con pureza incomparable. Si el teniente Procopio, como marino, lamentaba que la Luna hubiera desaparecido para siempre del horizonte, un astrónomo, ocupado en escudriñar los misterios del mundo sideral, se habría felicitado por aquella oscuridad de las noches Galeanas que le permitía hacer observaciones.

Los exploradores de la Dobryna estaban privados de Luna; pero, en cambio, tenían multitud de astros que no dejaban de esparcir claridad. En aquella época una verdadera granizada de estrellas errantes surcó la atmósfera; estrellas en mucho mayor número que las que suelen verse en la Tierra durante los meses de agosto y noviembre. Sí, según Mr. Olmsted, en 1833 atravesaron el horizonte de Boston treinta y cuatro mil asteroides de esta especie, los exploradores de la Dobryna podían sin inexactitud multiplicar por diez este número.

Galia atravesaba a la sazón el anillo casi concéntrico a la órbita de la Tierra y exterior a ella. Los corpúsculos meteóricos parecían tomar por punto de partida la estrella Argol, una de las de la constelación de Perseo, inflamándose con tal intensidad que su extraordinaria celeridad hacía la maravillosa frotándose en la atmósfera de Galia. Un ramillete de fuegos artificiales, formado por millones de cohetes, obra maestra del más famoso polvorista, no habría podido compararse con las magnificencias de aquellos meteoros. Las rocas de la costa reflejaban los

corpúsculos en su superficie metálica como si estuvieran cubiertas de puntas de luz, y el mar deslumbraba la vista como si lo azotaran granizos incandescentes.

Aquel maravilloso espectáculo sólo duró veinticuatro horas, a causa de la extremada celeridad con que Galia iba alejándose del Sol.

El 26 de febrero detuvo a la Dobryna en su marcha hacia el Oeste una larga proyección del litoral, que la obligó a bajar hasta el extremo de la antigua Córcega, de la que no quedaba el menor vestigio. Allí un extenso mar completamente desierto había remplazado al estrecho de Bonifacio; pero el 27 se divisó hacia el Este un islote a pocas millas a sotavento de la goleta, islote cuya situación permitía creer, si su origen no era muy reciente, que pertenecía a la punta septentrional de Cerdeña.

La Dobryna acercóse a este islote; se lanzó el bote al mar, y a los pocos momentos el conde Timascheff y el capitán Servadac desembarcaban en un verde prado de una hectárea de superficie. Algunos grupos de mirtos y lentiscos, dominados por tres o cuatro olivos viejos, lo cortaban acá y allá. Parecía que allí no había ninguna criatura viviente.

Ya se disponían los exploradores a abandonarlo, cuando oyeron algunos balidos, y casi al mismo tiempo vieron saltar una cabra entre las rocas.

Era una de esas cabras domésticas, a las que con bastante propiedad se ha dado el nombre de vacas del pobre, una cabra de pelo negro, de cuernos pequeños y regularmente arqueados, y que, en vez de huir de los visitantes, como parecía natural, corrió hacia ellos, pareciendo invitarles con sus saltos y balidos a que la acompañasen.

—Esta cabra no está sola aquí —exclamó Héctor Servadac—. Vamos a seguirla.

Así lo hicieron en efecto, y a los pocos centenares de pasos el capitán Servadac y el conde Timascheff llegaron a una especie de terrado que un grupo de lentiscos medio ocultaba. Allí una niña de siete a ocho años, de rostro iluminado por grandes ojos negros, de cabeza sombreada por una larga cabellera castaña, linda como uno de los ángeles pintados por Murillo en sus Ascensiones, y no muy asustada, miraba a los viajeros al través de las ramas.

Después de algunos momentos, pareciéndole sin duda su aspecto tranquilizador, se levantó, les salió al encuentro y, tendiéndoles las manos con ademán de súbita confianza, les dijo con la dulzura propia de la lengua italiana que hablaba:

—¿No sois malos? ¿No me haréis daño? ¿Verdad que no debo tener miedo?

—No, no tengas miedo —respondió el conde en italiano—. Somos y queremos ser amigos tuyos.

Después, mirando detenidamente a la hermosa niña, le preguntó:

—¿Cómo te llamas, preciosa?

—Nina.

—¿Puedes decirnos dónde estamos?

—En Magdalena —respondió la niña—. Allí estaba yo cuando todo cambió de repente.

Magdalena era una isla situada cerca de Caprera, al Norte de Cerdeña, y que había desaparecido en la inmensa catástrofe.

Las respuestas, inteligentemente dadas, a las preguntas que dirigieron a Nina, informaron al conde Timascheff de que Nina estaba sola en el islote, que había perdido a sus padres, que guardaba un rebaño su cabra favorita, eran los únicos seres que se habían salvado todo se había hundido en torno de ella a excepción de aquel trozo de tierra; que ella y Marzy, su cabra favorita, eran los únicos seres que se habían salvado; que había tenido mucho miedo, pero que, tranquilizándose después, había dado gracias a Dios porque la tierra había dejado de moverse y se había arreglado para vivir con Marzy. Afortunadamente, no les habían faltado los víveres hasta entonces y había vivido con la esperanza de que fuese algún barco a recogerla. Puesto que el barco había llegado ya, se iría con sus nuevos amigos si querían llevar también la cabra.

—Ya hay un habitante más en Galia y el más lindo sin duda —dijo el capitán Servadac besando a la niña.

Media hora más tarde, Nina y Marzy estaban instaladas a bordo de la goleta, donde todos, como puede suponerse, les dispensaron una excelente acogida. El encuentro de aquella niña era un feliz agüero: los marineros rusos, gente religiosa, la consideraron como una especie de ángel bueno y alguno hubo que la examinó detenidamente para ver si tenía alas. Desde el primer día la llamaron la «virgencita».

La Dobryna no tardó en perder de vista a Magdalena y bajando hacia el Sudeste encontró el nuevo litoral, que se hallaba a cincuenta leguas más adentro de la antigua orilla italiana. Otro continente había remplazado, por lo tanto, a la península itálica de la que no quedaba ningún vestigio. Sin embargo, en el paralelo de Roma se abría un vasto golfo que se extendía hasta mucho más allá del sitio que hubiera debido ocupar la Ciudad Eterna. Después, la nueva costa no volvía a entrar en el antiguo mar sino a la altura de las Calabrias, prolongándose hasta el extremo mismo de la península italiana. Habían dejado de existir el faro de Mesina, Sicilia y hasta la cima del monte Etna que en otro tiempo se alzaba a tres mil trescientos cincuenta metros sobre el nivel del mar.

Sesenta leguas más al Sur, la Dobryna veía de nuevo la entrada del estrecho que de manera tan providencial le había salido al paso durante la tempestad y cuya parte oriental se abría sobre el antiguo estrecho de Gibraltar.

Desde este punto hasta el estrecho de Gabes los exploradores habían reconocido ya el nuevo perímetro del Mediterráneo. El teniente Procopio, avaro del tiempo, dirigióse en línea recta hacia el sitio en que debía encontrar las orillas no exploradas del continente.

Era el 3 de marzo.

Desde allí la costa, señalando el antiguo territorio de Túnez, atravesaba la provincia de Constantina a la altura del Oasis del Zibau, formando luego un ángulo brusco y bajando hasta el paralelo 32, donde volvía a levantarse para formar un golfo regular rodeado por la enorme concreción mineral. Después corría ciento cincuenta leguas al través del antiguo Sahara argelino, estrechándose al Sur de la isla Gurbí y proyectando una punta que habría podido servir de frontera natural a Marruecos, si Marruecos no hubiera desaparecido en la catástrofe.

Fue, por consiguiente, necesario subir al Norte hasta el extremo de aquella punta para doblarla; pero, al hacerlo, los exploradores presenciaron un fenómeno volcánico, visto por primera vez en la superficie de Galia.

Un monte ignívoro terminaba aquella punta, levantándose a una altura de tres mil pies. El volcán no estaba apagado porque el cráter aparecía coronado aún por una espesa nube de humo.

—¡Galia tiene un fuego interior! —exclamó el capitán Servadac, cuando el vigía de la Dobryna notificó la aparición del volcán.

—¿Y por qué no había de tenerlo? —preguntó el conde Timascheff—. Puesto que Galia es un fragmento del globo terrestre, ¿no puede nuestro asteroide haberse llevado parte del fuego central como se ha llevado otra de la atmósfera, de los mares y de los continentes?

—¡Y muy pequeña por cierto! —respondió el capitán Servadac—, pero suficiente después de todo para su población actual.

—A propósito, capitán —preguntó el conde Timascheff—; puesto que nuestro viaje de circunnavegación debe llevarnos nuevamente a las playas de Gibraltar, ¿cree que debemos notificar a los ingleses el nuevo estado de cosas y sus consecuencias?

—¿Para qué? —dijo el capitán Servadac—. Esos ingleses saben dónde se encuentra la isla de Gurbí y, si les conviene, pueden ir a ella. No son unos desgraciados que carecen de recursos. Por el contrario, tienen víveres para largo tiempo. Su islote sólo dista de nuestra isla ciento veinte leguas a lo sumo y, cuando se hiele el mar, pueden venir a unirse con nosotros si quieren. No tenemos que felicitarnos de la acogida que nos han hecho y si vienen en nuestra busca nos vengaremos...

—Sin duda, dispensándoles mejor acogida que la que ellos nos dispensaron

a nosotros —dijo el conde Timascheff.

—Indudablemente, señor conde —respondió el capitán Servadac—, porque, en realidad de verdad, ya no hay franceses, ni ingleses, ni rusos...

—¡Oh! —dijo el conde Timascheff moviendo la cabeza—. Un inglés es inglés siempre y en todas partes.

—¡Eh! —replicó Héctor Servadac—. Ese es su defecto y su virtud.

Y de este modo quedó acordada la conducta que debía observarse con la pequeña guarnición de Gibraltar. Además, aunque hubieran pretendido reanudar sus relaciones con los ingleses, no les habría sido posible en aquel momento, porque la Dobryna no hubiera podido ponerse a la vista del islote sin arriesgarse.

En efecto, la temperatura descendía continuamente. El teniente Procopio veía con inquietud que el mar amenazaba congelarse alrededor de la goleta y las carboneras se iban agotando poco a poco, a consecuencia de aquella marcha a todo vapor, por lo que no tardaría en faltar el carbón, si no se le economizaba. El teniente Procopio expuso estas dos razones, gravísimas sin duda alguna y, después de discutir brevemente, se resolvió interrumpir el viaje de circunnavegación a la altura de la Punta Volcánica. Más allá la costa bajaba hacia el Sur perdiéndose en un mar sin límites. Lanzar a la Dobryna, cuando se estaba a punto de faltar el combustible, al través de aquel océano, próximo a congelarse, habría sido una imprudencia cuyas consecuencias podían ser muy funestas. Por lo demás, probablemente en toda aquella parte de Galia que en otro tiempo ocupaba el desierto africano, no se encontraría otro suelo más que el observado hasta entonces; suelo que carecía de agua y tierra vegetal, y que el trabajo sería impotente para hacerlo productivo. Convenía, por lo tanto, suspender la exploración, sin perjuicio de continuarla en ocasión más oportuna.

Decidióse en vista de esto, aquel día, 5 de marzo, que la Dobryna sólo pondría ya la proa al Norte, para volver a la tierra de Gurbí, de la que no distaba sino veinte leguas.

—¡Mi pobre Ben-Zuf! —exclamó el capitán Servadac, que con frecuencia había recordado a su compañero durante aquel viaje de cinco semanas—. ¡Con tal que no le haya sucedido ninguna desgracia!

Durante la corta travesía de la Punta Volcánica a la isla Gurbí, la Dobryna volvió a tener noticias del misterioso sabio que, habiendo logrado calcular los elementos de Galia, seguía su marcha día por día en su nueva órbita.

Al salir el Sol viose sobre el mar un objeto flotante, del que la tripulación se apresuró a apoderarse. Era un barrilito de conservas que remplazaba a la botella tradicional, cerrado también herméticamente con un espeso tapón de lacre con las mismas iniciales que el ya pescado.

—¡Del mismo a los mismos! —dijo el capitán.

Abierto el barril con todo género de precauciones, extrájose de él un documento redactado en los siguientes términos;

Galia (?)

Ab sole, el 1.º de marzo dis. 78.000.000 leg. Camino recorrido de feb. a marzo: 53.000.000 leg. Va bene! All right! Nihil desperandum!

Enchanté!

—Ni dirección ni firma —exclamó el capitán Servadac—. Esto parece una broma.

—Sería una broma de la que se habrían hecho gran número de ejemplares —respondió el conde Timascheff—, porque dos veces hemos recogido un documento como éste, lo que demuestra que su autor ha debido sembrar los barriles y los estuches profusamente en el mar.

—¿Pero quién es este sabio insensato que no se acuerda de decirnos dónde vive?

—¡Dónde vive!

—Ese es el fondo del pozo en que ha caído el astrólogo —respondió el conde Timascheff, aludiendo a la fábula de La Fontaine.

—Posiblemente; pero, ¿dónde está el pozo? Esta pregunta del capitán Servadac debía quedar también sin respuesta. ¿El autor del documento residía en algún islote que no había sufrido los efectos del cataclismo, y que la Dobryna no había visto todavía? ¿Iba a bordo de un buque que surcaba aquel nuevo Mediterráneo, como lo surcaba la goleta? No se sabía ni era posible averiguarlo.

—En todo caso —observó el teniente Procopio—, si el documento es serio, y los números consignados en él parecen demostrarlo, motiva dos observaciones importantes. La primera es que la celeridad de traslación de Galia ha disminuido en 23 millones de leguas, porque el camino recorrido de enero a febrero fue de 82 millones, y de febrero a marzo de 59. La segunda observación es que la distancia de Galia al Sol, que el 15 de febrero era de 59 millones de leguas, en 1.º de marzo ha sido de 78, es decir, que ha aumentado 19 millones.

Por consiguiente, a medida que Galia se aleja del Sol, disminuye la celeridad de su movimiento de traslación, lo que está de perfecto acuerdo con las leyes de la mecánica celeste.

—¿Y qué deduces de eso, Procopio? —preguntó el conde Timascheff.

—Que seguimos, como ya he dicho, una órbita elíptica aunque no podemos calcular su excentricidad.

—Observo, además —añadió el conde Timascheff—, que el autor del

documento continúa empleando el nombre de Galia, en vista de lo cual propongo que lo adoptemos definitivamente para el nuevo astro en que estamos, y que llamemos a este mar el mar Galiano.

—Sí —dijo el teniente Procopio—; anoté este nombre cuando tracé nuestro nuevo mapa.

—Pues yo —agregó el capitán Servadac— haré una tercera observación, y es que ese honrado sabio se encuentra cada vez más satisfecho de la situación, y por consiguiente, suceda lo que suceda, repetiré con él siempre y en todas partes: ¡Nihil desperandum!

Pocas horas después, el vigía de la Dobryna anunciaba que la isla de Gurbí estaba próxima.

CAPÍTULO XVIII

ACOGIDA QUE SE DISPENSÓ AL GOBERNADOR GENERAL DE LA ÍSLA GURBÍ, Y ACONTECIMIENTOS OCURRIDOS DURANTE SU AUSENCIA

La Dobryna había salido de la isla el día 31 de enero, y regresaba a ella el 5 de marzo, a los treinta y cinco días de travesía, puesto que el año terrestre era bisiesto. A los treinta y cinco días correspondían setenta galianos, porque setenta veces había pasado el Sol por el meridiano de la isla.

Héctor Servadac, al aproximarse a aquel fragmento único del suelo argelino que se había librado de la catástrofe, se emocionó profundamente. Varios días durante la larga ausencia había preguntado si volvería a reunirse con su fiel Ben-Zuf, y no era de extrañar que abrigase estas ideas en medio de los numerosos fenómenos que habían modificado la superficie de la Galia. Sus temores no se realizaron. La isla se encontraba en el mismo sitio y, antes de llegar al puerto del Cheliff, Héctor Servadac vio que una nube de aspecto singular extendíase a cien pies por encima del suelo de su dominio.

Cuando la goleta estuvo a pocos cables de la costa, aquella nube adquirió el aspecto de una masa espesa que bajaba y subía automáticamente en la atmósfera. El capitán Servadac pudo comprobar entonces que no era una masa de vapores reducidos al estado vesicular, sino una aglomeración de aves, tan juntas unas a otras en el aire como los arenques en el agua. De esta enorme nube partían gritos atronadores, a los que respondían detonaciones frecuentes.

La Dobryna disparó un cañonazo al llegar, y fue a anclar en el pequeño puerto del Cheliff.

En el mismo momento acudió un hombre con el fusil en la mano, lanzándose de un salto sobre las primeras rocas.

Era Ben-Zuf.

Ben-Zuf quedó al principio inmóvil con los ojos fijos, a quince pasos, tanto como la conformación del hombre lo permite, según suelen decir los sargentos instructores, en la actitud del más profundo respeto; pero no fue posible al valiente soldado contenerse durante mucho tiempo, y precipitóse a recibir a su capitán, que acababa de desembarcar, besándole la mano con ternura.

Sin embargo, en vez de las frases de salutación y regocijo que suelen

pronunciar las personas que, queriéndose, han permanecido mucho tiempo sin verse, Ben-Zuf no hacía sino exclamar:

—¡Ah, miserables! ¡Ah, bandidos! ¡Ah, ha hecho usted bien en venir, mi capitán! ¡Ladrones, piratas, miserables beduinos!

—¿De quién estás hablado, Ben-Zuf? —preguntó Héctor Servadac, a quien aquellas exclamaciones extrañas le hicieron suponer que alguna bandada de ladrones árabes había invadido su dominio.

—De esos endiablados pájaros —respondió Ben-Zuf—. Ya hace un mes que estoy gastando pólvora contra ellos; pero cuantos más mato, más acuden. Si los dejáramos, pronto no quedaría un grano de trigo en la isla.

El conde Timascheff y el teniente Procopio, que acababan de desembarcar, observaron de igual modo que Servadac, que Ben-Zuf no exageraba. Los granos, que habían prosperado con gran rapidez a causa de los grandes calores de enero, cuando Galia pasaba por su perihelio, encontrábanse expuestos a las depredaciones de algunos millares de aves que amenazaban devorar también el resto de la cosecha; y conviene decir lo que quedaba de ésta, porque Ben-Zuf no había perdido el tiempo durante el viaje de la Dobryna y veíanse muchos haces de espigas ya segadas en la llanura.

Las aves eran todas las que Galia llevaba consigo al separarse del globo terrestre, y naturalmente habían buscado refugio en la isla Gurbí porque allí solamente encontraron campos, praderas y agua dulce, lo que demostraba que ninguna otra parte del asteroide podía proporcionarles alimento. En cambio, tenían que vivir a expensas de los habitantes de la isla, cosa que era necesario impedir a todo trance y por todos los medios posibles.

—Ya veremos lo que conviene hacer —dijo el capitán Servadac.

—A propósito, mi capitán —preguntó Ben-Zuf—, ¿qué ha sido de los compañeros de África?

—Los compañeros de África continúan en África —respondió Héctor Servadac.

—¡Me alegro mucho!

—Sólo que África ha dejado ya de existir —añadió el capitán Servadac.

—¡No existe África! ¿Pero, Francia?

—Francia está muy lejos de nosotros, Ben-Zuf.

—¿Y Montmartre?

Esta pregunta la había hecho el corazón. En pocas palabras explicó el capitán Servadac a su asistente lo ocurrido y cómo Montmartre, París, Francia, Europa y el globo terrestre estaban a más de ochenta millones de leguas de la isla Gurbí. Debía, por consiguiente, perderse toda esperanza de volver a parajes tan distantes.

—¡Bah! —exclamó Ben-Zuf—, ¡no volveré a ver a Montmartre! Tontería, mi capitán, tontería, salvo el respeto que le debo a usted.

Y Ben-Zuf movió la cabeza como hombre imposible de convencer.

—Está bien —respondió el capitán—, espera cuanto quieras, porque el hombre no debe desesperarse nunca. Esta es la divisa de nuestro corresponsal anónimo; pero instalémonos en la isla de Gurbí como si tuviéramos que permanecer aquí siempre.

Héctor Servadac, sin dejar de hablar, y seguido por el conde Timascheff y por el teniente Procopio, habíase dirigido al gurbí levantado ya por Ben-Zuf. El cuerpo de guardia se encontraba en buen estado y Galeta y Céfiro tenían buena cuadra. Allí en aquella modesta cabaña, Héctor Servadac ofreció hospitalidad a sus huéspedes, a la pequeña Nina y a su cabra. Mientras caminaban, el asistente había besado sonoramente a Nina y a Marzy, quienes devolvieron esta prueba de cariño de muy buena gana.

Después celebróse un consejo en el gurbí para resolver enseguida qué convenía hacer.

Lo más grave era el alojamiento para lo porvenir. ¿Cómo instalarse en la isla para hacer frente a los fríos terribles que tenían que hacer en Galia en su viaje por espacios interplanetarios durante un tiempo cuya duración no podía calcularse? Este tiempo dependía de la excentricidad que tuviera la órbita recorrida por el asteroide y quizá tuvieran que transcurrir muchos años antes de que volviese hacia el Sol.

El combustible no abundaba; no había carbón; los árboles eran pocos y no era de esperar que durante el período de aquellos fríos terribles prosperase ninguna planta. ¿Qué resolución adoptar? ¿Cómo atender a tan terrible eventualidad? Era necesario encontrar con urgencia una solución aceptable.

La alimentación de la colonia no ofrecía dificultades por el momento y nada había tampoco que temer por la bebida. Corrían varios arroyos a través de las llanuras y el agua llenaba las cisternas; además, el frío congelaría el mar y el hielo suministraría líquido potable en abundancia sin una sola molécula de sal.

En cuanto al alimento propiamente dicho, o lo que es lo mismo, a la sustancia azoada necesaria para la nutrición del hombre, estaba asegurado.

Además, los cereales estaban ya casi en disposición de ser encerrados en el granero, y los ganados diseminados por la isla constituían una abundantísima reserva. Con toda seguridad, durante el período de los fríos, el suelo quedaría improductivo y no podría renovarse la provisión de forrajes destinados al alimento de los animales domésticos. Había, por lo tanto, que adoptar alguna medida, y si se llegaba a calcular la duración del movimiento de traslación de Galia alrededor del centro atractivo, convendría limitar proporcionalmente al

período invernal el número de animales que habían de conservarse.

La población de Galia comprendía entonces, sin mencionar los trece ingleses de Gibraltar, de quienes por el momento no había que hacer caso, ocho rusos, dos franceses y una niña italiana; total, once habitantes a quienes tenía que alimentar la isla Gurbí.

Pero, después que Héctor Servadac mencionó esta cifra, Ben-Zuf dijo:

—No es eso, mi capitán, siento tener que contradecirle; pero no es esa la cuenta.

—¿Cómo que no es esta la cuenta? —No, señor; somos veintitrés habitantes.

—¿En la isla?

—En la isla.

—¿Quieres explicarte, Ben-Zuf? —No he tenido todavía tiempo de enterar a usted de lo ocurrido. Durante la ausencia de ustedes hemos tenido invitados.

—¡Invitados!

—Sí, sí; pero vamos al caso, vengan ustedes —añadió Ben-Zuf—, vengan también los señores rusos. Ya ven que los trabajos están muy adelantados, y mis dos brazos no podían haber hecho todo esto. —Efectivamente —asintió el teniente Procopio.

—Vengan ustedes, no está lejos, dos kilómetros; pero llevemos los fusiles.

—¿Para defendernos? —dijo el capitán Servadac.

—Sí; pero no contra los hombres —respondió Ben-Zuf—, sino contra las malditas aves.

El capitán Servadac, el conde Timascheff y el teniente Procopio, acuciados por la curiosidad, siguieron al asistente, dejando a la pequeña Nina y a su cabra en el gurbí.

Mientras caminaban hicieron fuego de fusilería bastante nutrido contra la nube de pájaros que se extendía por encima de sus cabezas. Había muchos millares de patos silvestres, de becadas, de alondras, de cuervos, de golondrinas y de otras especies de volátiles, que caían por docenas víctimas de los disparos.

No era aquella una caza, sino un exterminio de las aves merodeadoras.

Ben-Zuf, en vez de seguir la orilla septentrional de la isla, dirigióse en dirección oblicua a través de la llanura; y el capitán Servadac y sus compañeros, al cabo de diez minutos de marcha, gracias a su ligereza específica, habían recorrido los dos kilómetros anunciados por Ben-Zuf llegando cerca de una vasta espesura de sicómoros y eucaliptos, pintorescamente agrupados al pie de un montecillo, donde se detuvieron todos.

—¡Ah, bandidos, perdidos, beduinos! —exclamó Ben-Zuf, golpeando el suelo con los pies.

—¿Hablas de las aves? —preguntó el capitán Servadac.

—No, mi capitán, hablo de esos holgazanes que han vuelto a abandonar el trabajo. Mire usted.

Y, al decir esto, Ben-Zuf mostraba diversos instrumentos de trabajo como hoces y azadones, esparcidos por el suelo.

—Pero, Ben-Zuf. ¿quieres decirme de qué se trata? —preguntó el capitán Servadac que comenzaba a impacientarse.

—Chist, mi capitán, escuche usted —respondió Ben. Zuf—. No me había engañado.

Héctor Servadac y sus compañeros prestaron atención y oyeron una voz que cantaba con acompañamiento de guitarra mientras unas castañuelas llevaban perfectamente el compás.

—Esos son españoles —gritó el capitán Servadac. — ¿Qué quiere usted que sean? —respondió Ben-Zuf—. Esa gente está siempre alegre y castañetea hasta en la boca de un cañón.

—¿Pero cómo es que?

—Oiga usted: ahora le toca al viejo.

Otra voz, que estaba muy lejos de cantar, apostrofaba a los cantadores.

El capitán Servadac que, como gascón, comprendía bastante el español, oyó que cantaban lo siguiente:

El mayor placer del mundo
es tener una mujer,
caballo y un tabuco
y una copa de Jerez.

Mientras tanto, otra voz repetía con acritud:

— ¡Mi dinero, mi dinero; me habéis de pagar lo que me debéis, miserables majos!

Y el cantor proseguía:

En Triana me críe,
que me busquen en Triana
si me llegara a perder.

—¡Sí, me habéis de pagar, tunantes —repetía la voz, gritando para que se le oyera en medio del ruido de la guitarra y las castañuelas—; me tenéis que pagar

por el nombre del Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob!

—Ese diablo es judío —exclamó el capitán Servadac.

—Y lo que es peor, judío alemán —agregó Ben-Zuf. Pero en el momento en que los franceses y los rusos se disponían a penetrar en la espesura, detúvolos a un lado un espectáculo curioso.

Los españoles habían empezado a bailar un fandango y, como su peso había disminuido, lo mismo que el de todos los objetos situados en la superficie de Galia, al saltar subían por el aire a una altura de treinta o cuarenta pies.

Resultaba sumamente cómico ver a aquellos bailarines que aparecían y reaparecían por encima de los árboles. Eran cuatro mozos vigorosos que levantaban consigo a un anciano, que gritaba protestando de que lo subieran a aquellas alturas anormales. Véíaseles aparecer y desaparecer como a Sancho Panza cuando los alegres pañeros de Segovia le sometieron al manteamiento.

Héctor Servadac, el conde Timascheff, el teniente Procopio y Ben-Zuf penetraron en la espesura y llegaron a una plazoleta en donde dos hombres, uno de los cuales tocaba la guitarra y el otro las castañuelas, recostados en un árbol reíanse a carcajadas excitando a los bailarines.

Cuando aparecieron el capitán Servadac y sus compañeros, cesaron de sonar los instrumentos, y los danzantes con su víctima bajaron suavemente al suelo.

El judío, sofocado y fuera de sí, avanzó en seguida hacia el oficial de Estado Mayor y, hablándole en francés, aunque con un marcado acento alemán, dijo:

—¡Ah, señor gobernador general! Estos tunantes pretenden robarme mi hacienda; pero confío en que usted, en nombre del Eterno, me haga justicia.

Mientras el judío hablaba, el capitán Servadac miraba a Ben-Zuf como preguntándole qué significaba aquella denominación honorífica que se le daba, y el asistente, moviendo la cabeza, parecía decirle:

—Sí, mi capitán, usted es el gobernador general. Ya lo he dispuesto así.

Servadac indicó por señas al judío que callara, y éste, inclinando con humildad la cabeza, inclinó los brazos sobre el pecho.

Entonces pudo examinarlo detenidamente.

Era un hombre que representaba sesenta años de edad, aunque sólo tenía cincuenta: pequeño, flaco, de ojos vivos, pero de mirada falsa, nariz aguileña, barba rojiza, cabellera inculta, grandes pies, manos largas y dedos engarabitados o lo que es lo mismo, el tipo acabado del judío, del usurero de flexible espina y de corazón seco, roedor de escudos y sumamente avaro.

Semejante hombre debía atraer la plata como el imán atrae al hierro, y si aquel Shylock hubiera llegado a hacerse pagar por su deudor, seguramente

habría vendido la carne al por menor. Aunque era judío de origen, hacía pasar por mahometano en las provincias mahometanas cuando así le convenía, y se hubiera hecho pagano si el paganismo le hubiera proporcionado alguna ganancia. Se llamaba Isaac Hakhabut y era natural de Colonia, es decir, prusiano primero y después alemán; pero, según dijo al capitán Servadac, andaba la mayor parte del año vagando para comerciar. Su verdadera ocupación era el comercio de cabotaje en el Mediterráneo y su almacén una urca de doscientas toneladas, tienda flotante que transportaba por el litoral mil artículos diversos, desde fósforos hasta estampas de Francfort y de Epinay.

Isaac Hakhabut, en efecto, no tenía otro domicilio que su urca la Hansa, a bordo de la cual vivía porque no tenía mujer ni hijos. Un patrón y tres hombres formaban la tripulación de la urca y eran suficientes para la maniobra de aquel buque que hacía el cabotaje por las costas de Argel, de Túnez, de Egipto, de Turquía, de Grecia y en todas las islas de Levante, donde Isaac Hakhabut, siempre bien provisto de café, de azúcar, de arroz, de tabaco, telas, pólvora, etc., vendía, trocaba, traficaba, ganando en estas operaciones mucho dinero.

La Hansa hallábase en Ceuta, en el extremo de la punta de Marruecos, cuando ocurrió la catástrofe. El patrón y los tres hombres no se encontraban a bordo en la noche del 31 de diciembre al 1.º de enero, y, por consiguiente, desaparecieron como muchos de sus semejantes; pero el lector recordará que las últimas rocas de Ceuta, que daban frente a Gibraltar, habíanse librado del cataclismo, y con ellas se libraron también diez españoles que no sospechaban de modo alguno lo que acaba de suceder.

Estos españoles, desaprensivos andaluces, indolentes por naturaleza, holgazanes por afición, tan dispuestos a esgrimir la navaja como a tocar la guitarra, labradores de profesión, tenían por jefe a cierto individuo llamado Negrete, que era el más instruido de ellos, aunque su ilustración se reducía a haber recorrido un poco más la Tierra. Al verse solos y abandonados en las rocas de Ceuta, quedáronse muy perplejos; pero la Hansa estaba allí con su propietario y no eran hombres que tuvieran escrúpulos en posesionarse de ella para volver a su patria. Sin embargo, como ninguno era marinero y no podían quedarse eternamente en aquella roca, cuando se agotaron sus provisiones, obligaron a Hakhabut a recibirlos a su lado.

Entonces fue cuando Negrete recibió la visita de los dos oficiales ingleses de Gibraltar, visita que se ha mencionado ya. El judío ignoraba la conversación que habían sostenido los ingleses y los españoles; pero, después de esta conversación, fue cuando Negrete obligó a Hakhabut a desplegar la vela de su embarcación para transportarlo a él y a los suyos al lugar más inmediato de la costa marroquí. El judío, obligado a obedecer, pero habituado a sacar dinero de

todo, no emprendió la marcha hasta que los españoles accedieron a pagarle el pasaje, a pesar de estar completamente decididos a no desembolsar un real.

La Hansa hízose a la mar el 3 de febrero, y con los vientos reinantes del Oeste la maniobra fue fácil, puesto que todo se reducía a dejarse llevar viento en popa. Los marinos improvisados no tuvieron, pues, que hacer otra cosa que izar la vela para marchar, sin saberlo, hacia el único punto del globo en que podían refugiarse.

Por esta causa, Ben-Zuf vio una mañana aparecer en el horizonte un buque que en nada se parecía a la Dobryna, y que, impulsado por el viento, entró tranquilamente en el puerto del Cheliff y se detuvo en la antigua orilla derecha del río.

Ben-Zuf acabó de referir la historia del judío, agregando que el cargamento de la Hansa, muy completo a la sazón, sería muy útil a los habitantes de la isla.

Era sumamente penoso entenderse con Isaac Hakhabut; pero dadas las circunstancias, a nadie podía sorprender que se le decomisaran las mercancías en beneficio de la comunidad, puesto que el judío no podía venderlas.

En cuanto a las dificultades surgidas entre el propietario de la Hansa y los pasajeros, añadió Ben-Zuf que se había convenido someterlas a la resolución de su excelencia el gobernador general, que, según dijo Ben-Zuf, se encontraba entonces girando una visita de inspección.

Héctor Servadac rióse de buena gana al oír las explicaciones dadas por Ben-Zuf; pero prometió al judío Hakhabut que se le haría justicia, lo que puso término a sus continuas exclamaciones e invocaciones al Dios de Israel, de Abraham y de Jacob.

—Pero —dijo el conde Timascheff cuando el judío se hubo retirado—, ¿cómo ha de pagarle esa gente?

—¡Oh! Tienen dinero —respondió Ben-Zuf.

—¡Españoles con dinero! —dijo el conde Timascheff—. No puede creerse.

—Pues lo tienen —contestó Ben-Zuf—; lo he visto con mis propios ojos; y añadiré que es dinero inglés.

—¡Ah! —dijo el capitán Servadac, que recordó la historia de los oficiales ingleses de Ceuta—. En fin, no importa, más adelante arreglaremos esta cuestión. ¿Sabe usted, conde Timascheff, que Galia cuenta ya con varios ejemplares de las diversas poblaciones de nuestra vieja Europa?

—Efectivamente, capitán —respondió el conde Timascheff—; en este fragmento de nuestro antiguo globo hay franceses, rusos, italianos, españoles, ingleses y alemanes, aunque Alemania esté muy mal representada por este judío.

—No, señor; no lo creo así —respondió el capitán Servadac—, sino que, por el contrario, está representada con propiedad.

CAPÍTULO XIX

EL CAPITÁN SERVADAC ES RECONOCIDO GOBERNADOR GENERAL DE GALIA POR UNANIMIDAD DE VOTOS

Diez eran los españoles que habían llegado a bordo de la Hansa, incluyendo en este número un muchacho de doce años, llamado Pablo, salvado con ellos. Dispensaron una acogida respetuosa al que Ben-Zuf les había dicho que era gobernador general de la provincia, y, después de haber salido éste de la plazoleta, reanudaron su trabajo.

Mientras tanto, el capitán Servadac y sus compañeros, seguidos a distancia respetuosa por Isaac Hakhabut, encamináronse hacia la parte del litoral en que se encontraba la Hansa.

El estado de las cosas se conocía ya bien. Sólo quedaban de la antigua Tierra la isla Gurbí y cuatro islotes: Gibraltar, ocupado por los ingleses; Ceuta, abandonado por los españoles; Magdalena, donde había sido recogida la italiana, y la tumba de San Luis en la playa tunecina. En torno de estos puntos respetados por la catástrofe extendíase la mar Galiana que comprendía casi la mitad del antiguo Mediterráneo y estaba encerrada en un marco intraspasable de peñas y rocas de sustancia y de origen desconocidos.

Únicamente dos de estos puntos estaban habitados: la roca de Gibraltar, que ocupaban trece ingleses con provisiones para largos años todavía, y la isla Gurbí, en la que había veintidós habitantes, a quienes tenía que alimentar con sus solas producciones. Quizá existía, además, en algún islote ignorado algún sobreviviente de la antigua Tierra, el misterioso autor de las noticias recogidas durante el viaje de la Dobryna, y, por consiguiente, el nuevo asteroide poseía una población de treinta y seis almas.

Admitiendo que toda esta gente se reuniera alguna vez en la isla Gurbí, ésta, con sus trescientas cincuenta hectáreas de suelo fértil, actualmente cultivadas, bien cuidadas y bien labradas, debía producir lo suficiente para su manutención.

La cuestión reducíase, pues, a averiguar en qué época el susodicho suelo volvería a ser productivo; en otros términos: al cabo de cuánto tiempo Galia, libre de los fríos del espacio sideral, recobraría, aproximándose al Sol, su poder vegetativo.

Los habitantes tenían, por lo tanto, que resolver dos grandes problemas:

primero, ¿el astro seguía una curva que debiera llevarlos un día hacia el centro de luz, es decir, una curva elíptica? ¿Cuál era el valor de esta curva, o lo que es lo mismo, en qué tiempo Galia, después de haber pasado de su afelio, volvería hacia el Sol? Desgraciadamente en aquellas circunstancias los galianos, desprovistos de todo medio de observación, no podían resolver de una manera satisfactoria ninguno de estos problemas.

Necesitaban contar sólo con los recursos ya adquiridos; a saber, las provisiones de la Dobryna, azúcar, vino, aguardiente, conservas, etc., que podían durar dos meses y que el conde Timascheff entregaba generosamente en beneficio de todos; el importante cargamento de la Hansa, que el judío Hakhabut iba a verse obligado, tarde o temprano, de buena o de mala gana, a entregar al consumo general; y, por último, los productos vegetales y animales de la isla, que usados con la conveniente economía podrían asegurar a la población el alimento durante largos años.

El capitán Servadac, el conde Timascheff, el teniente Procopio y Ben-Zuf hablaban de estas cosas mientras se encaminaban hacia el mar, y el conde Timascheff, interrumpiendo de pronto la conversación general, dijo al capitán de Estado Mayor:

—Capitán, ha sido usted presentado a esta buena gente como gobernador de la isla, y creo que debe conservar este cargo. Es usted francés; nos encontramos en lo que queda de una colonia francesa; y, como toda reunión de hombres necesita un jefe, yo y los míos lo reconocemos a usted como tal.

—Señor conde —se apresuró a responder el capitán Servadac—, acepto de buen grado el nombramiento y con él toda la responsabilidad que me impone, aunque confío en que nos entenderemos perfectamente y que haremos cuanto esté de nuestra parte en interés común. Lo más difícil está ya hecho y espero que resolveremos todas las dificultades, si Dios ha dispuesto que vivamos siempre separados de nuestros semejantes.

Y, al decir esto, Héctor Servadac tendió la mano al conde Timascheff, que la tomó inclinando ligeramente la cabeza.

Era el primer apretón de manos que cambiaban aquellos dos hombres desde que se habían encontrado; pero ninguno de los dos hizo la menor alusión a la rivalidad pasada, ni debía hacerla jamás.

—Ante todo —dijo el capitán Servadac—, hay una cuestión importante que resolver. ¿Conviene informar a los españoles de la situación en que nos encontramos?

—No, señor gobernador —respondió en seguida Ben-Zuf—. Esa gente se desesperaría si se enterara de lo que ocurre y no habría medio de gobernarla.

—Además —añadió el teniente Procopio—, tengo entendido que son muy

ignorantes, y no comprenderían absolutamente nada de cuanto se les dijera desde el punto de vista cosmográfico.

—¡Bah! —contestó el capitán Servadac—. Aunque lo comprendieran, no les importaría mucho. Los españoles son demasiado fatalistas, como los orientales, y éstos no se impresionan demasiado. Una canción, una guitarra y un poco de baile y castañuelas, y estarán contentos. ¿Qué opina usted, conde Timascheff?

—Opino —respondió el conde Timascheff— que es preferible decir la verdad, como yo se la he dicho a mis compañeros de la Dobryna.

—Esa es también mi opinión —repuso el capitán Servadac—, y no creo que debamos ocultar la situación a los que tienen que participar de sus peligros. Por ignorantes que sean, y lo son probablemente esos españoles, no habrán dejado de advertir cierta modificación en los fenómenos físicos, como la menor duración de los días, el cambio en la marcha del Sol y la disminución de la gravedad. Por consiguiente, debemos decirles que vamos arrastrados por el espacio, lejos de la Tierra, de la que sólo queda esta isla.

—Convenido —asintió Ben-Zuf—, digámoslo todo; no ocultemos nada, porque me divertirá ver la cara que pone el judío cuando sepa que se encuentra a unos centenares de millones de leguas de nuestro antiguo globo, donde un usurero de su categoría ha debido dejar más de un deudor. ¡Que vaya ahora a buscarlos!

Isaac Hakhabut caminaba a cincuenta pasos de los interlocutores y, por consiguiente, no podía oír nada de lo que se decía. Iba medio encorvado, gimiendo e implorando al Dios de Israel; pero, de vez en cuando, sus dos ojillos vivos lanzaban chispas y sus labios se oprimían reduciendo su boca a una raya estrecha.

Él había también observado los nuevos fenómenos físicos, y con frecuencia había hablado de ellos con Ben-Zuf, a quien trataba de atraerse; pero éste profesaba una antipatía visible a aquel miserable descendiente de Abraham, y sólo había respondido con chanzonetas a sus instancias. Repetía que un judío como él podría enriquecerse con el nuevo sistema, porque en vez de vivir cien años, como vive todo hijo de Israel que se respeta, viviría doscientos por lo menos, y además, a causa de la disminución del peso de todas las cosas, el de sus años no le parecía demasiado grave. Agregaba que, si la Luna había volado, no debía importarle nada a un avaro de su condición, porque no era probable que hubiera hecho ningún préstamo sobre ella. Afirmábale que, si el Sol se ponía en la dirección por donde antes tenía costumbre de levantarse, debía ser porque le habían cambiado de sitio la cama. En fin, decíale mil cosas de esta índole y, cuando el judío estrechaba más sus preguntas, respondía invariablemente:

Espera al gobernador general, anciano, él lo sabe todo y te lo explicará.

—¿Y protegerá mis mercancías?

—¿Qué estás diciendo, Neftalí? Las confiscará antes que permitir que nadie las saquee.

Estas respuestas tan poco consoladoras habían hecho que el judío esperase con ansiedad la llegada del gobernador.

Héctor Servadac y sus compañeros llegaron al litoral, en cuyas aguas se encontraba la Hansa, insuficientemente guarecida por algunas rocas, pero muy expuesta en aquella situación a ir a dar sobre la costa y a deshacerse en pocos momentos si llegaba a soplar un viento algo fuerte del Oeste. No podía, por consiguiente, permanecer en aquel surgidero, y era absolutamente necesario conducirla a la embocadura del Cheliff, cerca de la goleta rusa, más o menos pronto.

Cuando el judío vio su urca, reanudó la serie de sus lamentaciones, con tanta profusión de gritos y ademanes, que el capitán Servadac viose obligado a hacerle callar. Luego, dejando al conde Timascheff y a Ben-Zuf en la orilla, embarcóse con el teniente Procopio en el bote de la Hansa y entraron en la tienda flotante.

La urca se conservaba en perfecto estado, y, por consiguiente, el cargamento no debía haber padecido nada, lo que se comprobó fácilmente. En la bodega de la Hansa había panes de azúcar por centenares, cajas de té, sacos de café, bocoyes de tabaco, pipas de aguardiente, toneles de vino, barriles de arenques secos, piezas de tela de seda y de algodón, trajes de lana, un surtido de botas para pies de todos los tamaños y de gorros para todas las cabezas, herramientas, enseres de casa, artículos de porcelana y de barro, resmas de papel, botellas de tinta, paquetes de fósforos, centenares de kilogramos de sal, de pimienta y otros condimentos, un depósito de quesos de Holanda y hasta una colección de almanaques franceses, todo lo cual ascendía a unos cien mil francos.

Precisamente pocos días antes de la catástrofe, el judío había renovado en Marsella su cargamento con la esperanza de venderlo desde Ceuta hasta la regencia de Trípoli, es decir, en todos los puntos en que Isaac Hakhabut, astuto y redomado, podía obtener ganancias fabulosas.

—¡Soberbio cargamento! Es una mina para nosotros —dijo el capitán Servadac.

—Si el propietario la deja explotar —respondió el teniente Procopio, moviendo la cabeza.

—Vamos, teniente, ¿qué puede hacer de estas riquezas el judío? Cuando sepa que no hay ni marroquíes, ni franceses, ni árabes a quienes imponer rescate, no le quedará otro recurso que entregarlas.

—En todo caso, pretenderá que le paguen sus mercancías.

—Pues bien, se las pagaremos, teniente, se las pagaremos en letras sobre nuestro antiguo mundo.

—Después de todo, capitán —dijo el teniente Procopio—, usted tiene derecho a hacer una requisa.

—No, teniente; precisamente porque este hombre es alemán, debo tratarlo con toda la cortesía francesa. Además, repito a usted que pronto nos necesitará a nosotros mucho más que nosotros a él. Cuando sepa que se encuentra en un nuevo globo y probablemente sin esperanzas de volver al antiguo, dará sus riquezas más baratas.

—De todos modos —respondió el teniente Procopio—, no podemos dejar esta urca aquí porque se perdería al primer golpe de viento; y, aun sin viento, no resistiría la presión de los hielos cuando el mar se congele, cosa que no puede tardar en ocurrir.

—Pues, entonces, teniente, usted y su tripulación la conducirán al puerto del Cheliff.

—Mañana mismo, capitán —respondió el teniente Procopio—, porque el tiempo urge.

Después de haber hecho el inventario de la Hansa, el capitán y el teniente desembarcaron y, previa una breve conferencia, se acordó que la pequeña colonia se reuniera en la casa del gurbí y que al pasar se recogiera a los españoles. Invitado Isaac Hakhabut a seguir al gobernador, obedeció, pero no sin dirigir una tímida mirada a su urca.

Una hora después, los veintidós habitantes de la isla encontrábanse reunidos en la gran sala del cuerpo de guardia, donde el joven Pablo hizo conocimiento con la pequeña Nina que pareció muy contenta de hallar un compañero de su edad.

Tomando la palabra el capitán Servadac, dijo de manera que pudiera comprenderlo el judío y los españoles, que les iba a informar de la grave situación en que se encontraban, agregando que contaba con su adhesión y su valor, tanto como con la disposición de todos para trabajar en interés común.

Los españoles escuchaban con toda tranquilidad, no podían responder, porque ignoraban lo que se esperaba de ellos. Sin embargo, Negrete hizo una observación al capitán Servadac.

—Señor gobernador —dijo—, mis compañeros y yo, antes de adquirir ningún compromiso, deseábamos saber en qué época podrá usted conducirnos a

España.

—¡Conducirlos a España, señor gobernador general! —exclamó el judío en correcto francés—. No, no sucederá eso mientras no me hayan pagado lo que me deben. Estos tunantes prometieron pagarme veinte reales por persona por traerlos a bordo de la Hansa, y por consiguiente me deben doscientos reales, porque son diez, pongo por testigo...

—¿Quieres callarte, Mardoqueo? —gritó Ben-Zuf.

—Será usted pagado —dijo el capitán Servadac.

—Así es de justicia —respondió Isaac Hakhabut—. A cada uno lo suyo, y si el señor ruso me quiere prestar dos o tres de sus marineros para conducir mi urca a Argel, les pagaré también..., sí..., les pagar..., si es que no me piden mucho.

—¡Argel! —exclamó de nuevo Ben-Zuf, que no podía contenerse—; sabe, pues...

—Ben-Zuf —dijo el capitán Servadac—, déjame dar a conocer a esta buena gente lo que ignoran.

Luego, hablando en español, dijo:

—Oigan ustedes, amigos míos. Un fenómeno, cuya causa desconocemos todavía, nos ha separado de España, de Italia, de Francia y, en una palabra, de toda Europa. De los demás continentes sólo queda esta isla en que nos encontramos. No estamos ya en la Tierra, sino, según todas las apariencias, en un fragmento del globo, que nos lleva por el espacio, y es imposible saber si volveremos a ver jamás nuestro antiguo mundo.

¿Comprendieron los españoles la explicación dada por el capitán Servadac?

Era, por lo menos, dudoso; pero, esto no obstante, Negrete le suplicó que repitiera lo que acababa de decir.

Héctor Servadac lo repitió de la manera más clara que pudo y, empleando imágenes familiares para aquellos españoles ignorantes, consiguió hacerles entender la situación tal como era. De todos modos, a consecuencia de una conversación que Negrete y sus compañeros tuvieron entre sí, todos aceptaron los acontecimientos con indiferencia absoluta.

El judío Hakhabut, después de haber oído al capitán Servadac limitóse a morderse los labios, como si pretendiera disimular la risa, pero no pronunció una sola palabra.

Héctor Servadac, volviéndose hacia él, le preguntó si, después de lo que acababa de oír, insistía en hacerse a la mar y en conducir su urca al puerto de Argel, del que no existía ya el menor vestigio.

Isaac Hakhabut se sonrió, pero procurando que no le vieran los españoles, y luego, hablando en ruso para que sólo lo entendieran el conde Timascheff y sus

hombres, dijo:

—Supongo que todo eso es una fábula y que el señor gobernador general ha querido reírse de esta gente ignorante.

El conde Timascheff volvió la espalda al judío, visiblemente disgustado.

Isaac Hakhabut, dirigiéndose entonces al capitán Servadac, le dijo en francés:

—Esos cuentos son buenos para los españoles, que con esto obedecerán; pero para mí no sirven.

Luego, acercándose a la pequeña Nina, agregó en italiano:

—¿Verdad que todo eso es una broma? —y salió de la casa encogiéndose de hombros.

—¡Hola! —dijo Ben-Zuf—. ¿Ese animal sabe todos los idiomas?

—Sí, Ben-Zuf —respondió el capitán Servadac—; pero hable en francés o en ruso, en español, en italiano o en alemán, no por eso dejará de ser un judío el que habla.

CAPÍTULO XX

DONDE SE PRETENDE PROBAR QUE MIRANDO BIEN SE ACABA SIEMPRE POR VER FUEGO EN EL HORIZONTE

El día siguiente, 6 de marzo, el capitán Servadac, sin preocuparse de lo que creyera o dejara de creer Isaac Hakhabut, ordenó que se condujera la Hansa al puerto del Cheliff. El judío no opuso reparo alguno porque el cambio de surgidero favorecía sus intereses; pero esperaba que, emborrachando secretamente a dos o tres marineros de la goleta, podría conseguir inducirlos a que le llevaran a Argel o a otro puerto de la costa.

Empezáronse a hacer los trabajos preparatorios para pasar el invierno, que estaba ya próximo, trabajos que facilitaba mucho la mayor fuerza muscular que los trabajadores podían desarrollar. Como éstos estaban ya habituados a aquellos fenómenos de la menor atracción, así como a la compresión del aire que había activado su respiración, no les sorprendía el poco cansancio que la faena les ocasionaba, aunque no dejaban de advertir la modificación que habían experimentado.

Los españoles, lo mismo que los rusos, emprendieron el trabajo con ardor, comenzando por adaptar a las necesidades de la pequeña colonia el cuerpo de guardia, que hasta que se dispusiera otra cosa debía servir de alojamiento común. Allí fueron a vivir los españoles, mientras que los rusos quedaron en su goleta y el judío a bordo de su urca; pero tanto los buques como la casa de piedra sólo eran habitaciones provisionales. Antes que llegara el invierno era necesario encontrar abrigo más seguro contra el frío de los espacios interplanetarios, pero abrigo cálido por sí mismo, puesto que la temperatura no podía elevarse en ellos artificialmente a causa de la falta de combustible. Los silos, especies de excavaciones profundas en el suelo, era lo único que ofrecería refugio suficiente a los habitantes de la isla Gurbí. Cuando una espesa capa de hielo, sustancia que es mala conductora del calor, cubriera por completo la superficie de Galia, podía esperarse que la temperatura interior de los silos se sostuviera en un grado soportable y allí el capitán Servadac y sus compañeros harían vida de trogloditas ya que no tenían mejor alojamiento que escoger.

Afortunadamente, no se encontraban en las mismas condiciones que los exploradores o los balleneros de los océanos polares, porque, por lo común, a éstos les falta tierra firme bajo los pies, viven en la superficie del mar helado y

no pueden buscar en sus profundidades refugio contra el frío. O se quedan en los buques, o construyen habitaciones de madera y de nieve y de todos modos están mal resguardados de los grandes descensos de la temperatura.

En Galia, por el contrario, el suelo era sólido, y aunque se construyera una habitación a centenares de pies bajo tierra, los galianos podían arrostrar en ella el frío más riguroso.

Los trabajos comenzaron en seguida. No faltaban en el gurbí palas, picos, azadones y otros útiles de diversa especie, y bajo la dirección del contraamaestre Ben-Zuf, los majos españoles y los marineros rusos emprendieron la obra.

Pero los trabajadores y el ingeniero Servadac, que los dirigía, no contaban con que iba a salirles al paso un obstáculo insuperable.

El sitio elegido para abrir el silo estaba situado a la derecha del cuerpo de guardia, donde el suelo formaba una ligera eminencia.

Durante el primer día hízose la excavación y la extracción de tierra sin dificultad alguna, pero cuando se llegó a una profundidad de ocho pies, los trabajadores chocaron contra una sustancia tan dura que las herramientas no pudieron romper.

Informados de lo que ocurría Héctor Servadac y el conde Timascheff, reconocieron en aquella sustancia la materia desconocida de que estaban compuestos el litoral del mar galiano y su subsuelo marino. Era indudable que aquella sustancia formaba la armazón de Galia. No había medio de penetrar más profundamente en las entrañas del globo porque la pólvora ordinaria no hubiera bastado para desunir aquella sustancia, más resistente que el granito; y seguramente habría sido preciso emplear la dinamita para hacerla estallar.

—¡Diablos! ¿Qué mineral es éste? —exclamó el capitán Servadac—. ¿Cómo un pedazo de nuestro antiguo globo puede haber formado esta materia a la que no sabemos de qué modo llamar?

—Es absolutamente inexplicable —respondió el conde Timascheff—; pero si no conseguimos abrir un silo en esta tierra estamos condenados a morir de frío muy pronto

Efectivamente, si los números que contenía el documento del sabio eran exactos y la distancia de Galia al Sol había aumentado progresivamente según las leyes de la mecánica, Galia debía encontrarse ya aproximadamente a cien millones de leguas del astro del día, distancia casi igual a tres veces la que lo separa de la Tierra cuando pasó por su afelio. Se comprende, pues, cuán debilitados debían estar el calor y la luz solar. Es verdad que, a causa de la disposición del eje de Galia que formaba un ángulo de noventa grados con el plano de su órbita, el Sol no se separaba jamás de su ecuador, lo que beneficiaba a la isla de Galia que estaba atravesada por el paralelo cero. En aquella zona el

verano era permanente, pero semejante situación no compensaba su alejamiento del Sol y la temperatura iba descendiendo continuamente, habiendo empezado ya a formarse hielo entre las rocas, con gran susto de Nina, por lo que era de suponer que el mar no tardaría mucho en congelarse enteramente.

Con fríos que en lo sucesivo podían pasar de los sesenta grados centígrados la muerte era inevitable si no se encontraba habitación conveniente.

El termómetro a la sazón manteníase en un término medio de seis grados bajo cero, y la estufa instalada en el cuerpo de guardia iba devorando la leña disponible, pero sólo producía un calor mediano. Como siempre no se podría contar con combustible, era preciso a todo trance encontrar otra habitación que estuviera al abrigo del descenso de temperatura, porque el mercurio y quizás el alcohol de los termómetros no tardarían mucho en helarse.

No podía tampoco pensarse en buscar refugio en la Dobryna y en la Hansa, porque ya hemos dicho que estos barcos no estaban en condiciones de luchar contra fríos tan vivos. ¿Quién sabe, por lo demás, la suerte que correrían estos buques cuando los hielos se acumularan a su alrededor en masas enormes?

Si el capitán Servadac, el conde Timascheff y el teniente Procopio hubieran sido hombres capaces de desanimarse, estas gravísimas contrariedades les habrían desanimado. ¿Quién hubiera podido imaginar que la extraña dureza del subsuelo iba a impedir que se abrieran silos?

Las circunstancias apremiaban cada día más. La disminución aparente del disco solar iba reduciéndose visiblemente a consecuencia de la distancia.

Cuando pasaba por el cenit, sus rayos perpendiculares emitían todavía cierto calor; pero, durante la noche, el frío era muy intenso.

El capitán Servadac y el conde Timascheff, cabalgando en Céfiro y Galeta, recorrieron por completo la isla en busca de algún retiro habitable y los dos caballos volaban por encima de los obstáculos como si tuviesen alas. ¡Empeño inútil! En diversos puntos se practicaron sondeos y siempre se encontró la dura armazón a pocos pies debajo de la superficie del suelo. Era necesario renunciar a la habitación subterránea.

A falta de un silo los galianos decidieron habilitar el cuerpo de guardia; defendiéndose todo lo posible contra los fríos exteriores. Se ordenó recoger toda la leña, seca o verde, que hubiera en la isla y derribar los árboles de que estaba cubierta la llanura y, como no había tiempo que perder, procedióse en seguida a practicar esta operación.

Y, sin embargo, el capitán Servadac y sus compañeros lo sabían perfectamente, aquélla era insuficiente. El combustible se agotaría pronto. El oficial de Estado Mayor, sumamente intranquilo, aunque sin manifestarlo, recorría la isla repitiendo:

—¡Una idea, una idea!

Un día dijo a Ben-Zuf:

—Pardiez, ¿no se te ocurre nada, Ben-Zuf?

—No, mi capitán —respondió el asistente, quien agregó—: ¡Si nos encontrásemos en Montmartre! Allí sí que hay hermosas canteras ya hechas.

—Imbécil —replicó el capitán Servadac—, si estuviéramos en Montmartre no necesitaría tus canteras.

Pero como Dios acude siempre en socorro de los hombres que en Él confían, y los galianos habían impetrado con fe su divina misericordia, hizo que la naturaleza proporcionara a los colonos el abrigo que necesitaban para luchar contra los fríos del espacio. Véase las circunstancias en que éstos lo descubrieron.

El 10 de marzo el teniente Procopio y el capitán Servadac, que habían salido a explorar la punta sudoeste de la isla, caminaban hablando de la terrible suerte que les reservaba el porvenir.

Discutían animosamente, sin llegar a ponerse de acuerdo, la mejor manera de combatir las inclemencias de la temperatura, y el uno persistía en buscar de todos modos la morada subterránea que no podía encontrarse, mientras que el otro se ingeniaba en imaginar un nuevo método de calefacción para la habitación que ya ocupaban.

El teniente Procopio era partidario de esta última combinación, y exponía sus motivos cuando de repente se detuvo en medio de un argumento. En aquel instante estaba vuelto hacia el Sur y el capitán Servadac vio que se pasaba la mano por los ojos como para aclarar la vista y mirar después de nuevo con suma atención.

—¡No, no me engaño! —exclamó—. Es un resplandor que hay allí abajo.

—¡Un resplandor!

—Sí, en esa dirección.

—Efectivamente —asintió el capitán Servadac que acababa de ver el punto señalado por el teniente.

No era posible dudar; un resplandor aparecía sobre el horizonte del Sur, mostrándose bajo la forma de un punto vivo, más luminoso cuanto más avanzaba la oscuridad.

—¿Será un buque? —preguntó el capitán Servadac.

—Si fuera un buque estaría incendiado —respondió el teniente Procopio—, porque de otro modo, no podría verse a esta distancia ni a esta altura.

—Además —añadió el capitán Servadac—, ese fuego permanece inmóvil y parece como si se estableciera una reverberación en las brumas de la noche.

Los observadores miraron con atención suma durante algunos instantes

más, y luego el oficial de Estado Mayor tuvo una repentina revelación.

—¡El volcán! —exclamó—. ¡Es el volcán cuya punta hemos doblado al volver con la Dobryna!

Y, como inspirado, agregó:

—Teniente Procopio, ésta es la habitación que buscamos. Allí la naturaleza ha hecho los gastos de calefacción, que nosotros utilizaremos en todas nuestras necesidades: la inagotable e hirviente lava que vierte la montaña. ¡Ah, teniente!

El cielo no nos abandona. Mañana estaremos en ese litoral y, si hay que bajar a buscar el calor a las entrañas de Galia, bajaremos.

Mientras el capitán Servadac, entusiasmado, se expresaba de esta forma, el teniente Procopio trataba de reunir sus recuerdos. Desde luego la existencia del volcán en aquella dirección parecióle fuera de duda, porque se acordaba de que a la vuelta de la Dobryna cuando marchaba a lo largo de la costa meridional del mar galiano, un alto promontorio le cerró el paso, obligándole a remontarse hasta la antigua latitud de Oran. Allí tuvo que doblar una alta montaña de rocas coronada por un penacho de humo. Sin duda alguna a este humo habían sucedido las llamas y la lava incandescente, y esto era lo que iluminaba entonces el horizonte meridional, reflejándose sobre las nubes.

—Tiene usted razón —dijo—. Sí, éste es el volcán y mañana mismo lo exploraremos.

Héctor Servadac y el teniente Procopio se apresuraron a volver al gurbí, donde dieron conocimiento al conde Timascheff de sus proyectos de expedición.

—Acompañaré a ustedes —respondió el conde— e iremos en la Dobryna.

—La goleta —dijo entonces el teniente Procopio— puede quedarse en el puerto del Cheliff, porque nuestra chalupa de vapor será suficiente con el buen tiempo que reina para hacer una travesía de ocho leguas a lo sumo.

—Haz lo que quieras, Procopio —contestó el conde.

La Dobryna, como muchas de las lujosas goletas de recreo, iba provista de una chalupa de vapor de gran celeridad, cuya hélice se ponía en movimiento por medio de una caldera del sistema «Oriolle» de gran potencia. El teniente Procopio, que desconocía la naturaleza de la tierra en que iba a desembarcar, hacía bien en preferir aquella ligera embarcación a la goleta, porque le permitiría reconocer sin peligro las menores aberturas del litoral.

A la mañana siguiente, 11 de marzo, la chalupa de vapor era cargada de carbón, del que quedaron todavía unas diez toneladas a bordo de la Dobryna.

Luego, entraron en ella el capitán, el conde y el teniente y abandonaron el puerto del Cheliff con gran sorpresa de Ben-Zuf, que ignoraba de lo que se trataba.

El asistente quedóse en la isla Gurbí con plenos poderes del gobernador

general, de lo que no estaba poco orgulloso.

Los treinta kilómetros que separaban la isla de la punta en que se encontraba el volcán fueron recorridos por la rápida embarcación en menos de tres horas. Entonces vieron los expedicionarios la cima del alto promontorio, cubierta de llamas; la erupción era considerable.

¿Habíase combinado recientemente el oxígeno de la atmósfera de Galia con las materias eruptivas de sus entrañas para producir aquella llama intensa, o, lo que era más probable, aquel volcán, como los de la Luna, era alimentado por un manantial de oxígeno que le era propio y peculiar?

La chalupa siguió la ruta a lo largo de la costa en busca de punto conveniente para desembarcar; después de media hora de exploración encontró al fin una especie de concha semicircular, donde las rocas formaban una pequeña bahía que podía servir con el tiempo de refugio a la goleta y a la urca, si las circunstancias permitían su traslación.

Amarrada la chalupa, los pasajeros desembarcaron en un lugar de la costa opuesto a las pendientes por donde se derramaba el torrente de lava que desembocaba en el mar; pero al acercarse, reconocieron con gran satisfacción que la temperatura se elevaba allí sensiblemente. Quizá las esperanzas del oficial de Estado Mayor se habían realizado; quizás habría en aquel momento alguna excavación habitable donde los habitantes de Galia podrían evitar el enorme peligro de que estuvieran amenazados.

Empezaron, pues, los expedicionarios a buscar, a registrar, a dar vueltas a los ángulos de la montaña, trepando por sus pendientes más ásperas, escalando las altas pendientes, saltando de una a otra roca como cabras, cuya ligereza específica poseían; pero no lograron encontrar más terreno que los prismas hexagonales de aquella sustancia que parecía ser el único mineral del asteroide.

Sus investigaciones no fueron inútiles.

Detrás de una gran cortina de rocas, cuya cima se elevaba como una gran pirámide hacia el cielo, presentóse a su vista una especie de galería estrecha o, por mejor decir, un túnel oscuro, abierto en el plano de la montaña, y el teniente Procopio y el capitán Servadac se apresuraron a penetrar por aquel orificio, situado a veinte metros sobre el nivel del mar.

Avanzando a rastras por aquella profunda oscuridad, tocando las paredes del negro túnel y sondando las depresiones del suelo, oyeron el ruido sordo del volcán que iba aumentando a medida que adelantaban, lo que les hizo comprender que la chimenea central no debía de estar lejos. Todo su temor consistía en ser de pronto detenidos en su exploración por una pared final que les fuera imposible atravesar.

Sin embargo, el capitán Servadac confiaba ciegamente en la protección de

Dios, y de esta confianza participaban el conde y el teniente Procopio.

—¡Vamos, vamos! —gritaba—. En las circunstancias excepcionales en que nos encontramos es necesario acudir a los medios excepcionales. El fuego está encendido: la chimenea no está lejos; la Naturaleza nos da el combustible gratis; no nos faltará, por consiguiente, calor.

Había una temperatura de quince grados sobre cero. Cuando los exploradores apoyaban las manos en las paredes de la sinuosa galería, un calor demasiado vivo les obligaba a retirarlas en seguida, como si la materia mineral de que el monte estaba formado tuviera el poder de conducir el calor del mismo modo que si fuera metálico.

—Bien lo ven ustedes —repetía Héctor Servadac—, hay un verdadero calorífero ahí dentro.

Por último, un resplandor enorme iluminó la galería y apareció ante ellos una vasta caverna resplandeciente de luz. Allí la temperatura era muy elevada, pero soportable aún.

¿A qué causa debía la luz y la temperatura aquella excavación abierta en el espesor de la roca? Sencillamente a un torrente de lava que, precipitándose dentro de una cuenca, iba a apagarse en el mar.

Aquel torrente asemejábase a las sabanas de agua del Niágara central, tendidas ante la célebre gruta de los Vientos, sin más diferencia que la de aquí no era una cortina líquida sino de llamas la que se desarrollaba delante de la vasta abertura de la caverna.

—¡Ah, cielo misericordioso! —exclamó el capitán Servadac—. No había pedido yo tanto.

CAPÍTULO XXI

LA GRATA SORPRESA QUE LA NATURALEZA PROPORCIONO UNA TARDE A LOS HABITANTES DE GALIA

Era, efectivamente, una maravillosa habitación bien caldeada y bien iluminada aquella caverna en la que podían acomodarse todos los habitantes de Galia. No solamente Héctor Servadac y sus súbditos, como decía Ben-Zuf, podrían alojarse allí con toda comodidad, sino también los dos caballos y gran número de animales domésticos. Para todos había allí abrigo contra el frío hasta el fin del invierno galiano, si éste tenía fin.

La enorme excavación, como luego se vio, no era en realidad de verdad sino el ensanche formado por unos veinte túneles que, después de ramificarse por el interior de las rocas, terminaban en aquel sitio. El aire cálido manteníase allí a una temperatura muy elevada, como si el calor pasara al través de los poros minerales del monte. Bajo aquellas bóvedas espesas, al abrigo de todas las intemperies de un clima polar, arrostrando los fríos del espacio por muy intensos que fueran, todos los seres animados del nuevo astro debían encontrar refugio seguro mientras el volcán estuviera en actividad.

El conde Timascheff recordó a sus compañeros que no se había visto ningún otro monte ignívoro durante el viaje de la Dobryna por el perímetro del nuevo mar; y, por consiguiente, si aquella sola boca servía de vomitorio a los fuegos interiores de Galia, la erupción podía seguramente durar varios siglos.

Era, pues, necesario apresurarse, porque no había tiempo que perder. Había que volver a la isla Gurbí y mudarse prontamente, mientras que la Dobryna pudiera navegar, trasladando con toda rapidez al nuevo domicilio hombres y animales, almacenando cereales y forrajes e instalándose de un modo definitivo en la Tierra Caliente, nombre que se dio a aquella parte volcánica del promontorio, y que por cierto estaba bien justificado.

La chalupa volvió el mismo día a la isla Gurbí, y a la mañana siguiente dióse principio a los trabajos.

Tratábase de hacer los preparativos necesarios para un largo invierno y prevenir todas las contingencias que pudieran ocurrir. El invierno podía ser largo, interminable quizá y mucho más amenazador que los seis meses de noche y de hielo que arrostraban los navegantes de los mares árticos. ¿Quién podía con seguridad predecir el momento en que Galia podría verse libre de sus lazos de

hielo? ¿Quién se atrevía a asegurar que iba a seguir en su movimiento de traslación una curva completamente abierta o que su órbita elíptica había de volverla alguna vez hacia el Sol?

El capitán Servadac, informó a sus compañeros del feliz descubrimiento que acababa de hacer y el nombre de Tierra Caliente fue acogido con indescriptible entusiasmo por Nina y por los españoles, que prorrumpieron con exclamaciones de delirante alegría. La Providencia, que hace tan bien todas las cosas, fue bendecida con gratitud, como debía serlo.

Durante los tres días siguientes, la Dobryna hizo tres viajes, y, cargada hasta los topes, transportó primero la cosecha del forraje y cereales que fue depositada en las profundas galerías que se destinaron para almacén. El 15 de marzo, los animales domésticos, bueyes, vacas, carneros y cerdos en número de unos cincuenta, cuyas especies se querían conservar, quedaron instalados en los establos de la roca. Los demás, que no deberían tardar en ser muertos por el frío, fueron degollados, y sus carnes se guardaron, en la confianza de que sería fácil conservarlas bajo aquel clima riguroso. Los galianos tendrían, por consiguiente, allí una enorme reserva; porvenir tranquilizador, a lo menos para la población actual de Galia.

En cuanto a las bebidas, era fácil resolver la cuestión. Había que contentarse con agua dulce; pero ésta no podía faltar ni durante el verano, gracias a los arroyos y cisternas de la isla Gurbí, ni durante el invierno, porque el frío se encargaba de producirla por la congelación del agua del mar.

Mientras se efectuaban estos trabajos en la isla, el capitán Servadac, el conde Timascheff y el teniente Procopio ocupábanse en amueblar las habitaciones de Tierra Caliente, con cuanta rapidez les era posible, porque ya el hielo iba haciéndose resistente aun en pleno día a los rayos perpendiculares del Sol. Convenía utilizar el mar mientras estuviera libre, para efectuar los transportes, en vez de hacer la travesía sobre su superficie solidificada, lo que sería más penoso.

Con gran discreción se amueblaron las diversas excavaciones abiertas en el seno de las rocas. Nuevas exploraciones habían facilitado el descubrimiento de nuevas galerías. El monte parecía una vasta colmena en donde abundaban los alvéolos. Las abejas, es decir, los colonos encontrarían en ella fácilmente alojamiento cómodo y aquella disposición fue causa de que se diera a las habitaciones, en honor de la niña, el nombre de la Colmena de Nina.

Al principio, el capitán Servadac y sus compañeros se cuidaron de poner los medios posibles para utilizar en las necesidades cotidianas aquel calor volcánico que la Naturaleza les prodigaba gratuitamente, a cuyo fin abrieron a los filetes de lava incandescente nuevas salidas, dirigiéndolos hasta los sitios donde debían ser

empleados. Con este propósito, la cocina de la goleta, instalada en una excavación conveniente apropiada al caso, fue calentada por medio de lava, y Mochel, el cocinero, se acostumbró en breve a aquel nuevo género de hogar.

—¡Hein —decía Ben-Zuf—, qué progreso, si en el antiguo mundo cada casa tuviera por calefacción un pequeño volcán que no costase un céntimo!

La gran caverna, esto es, la excavación principal hacia la cual irradiaban las galerías de la montaña, destinóse a sala común y fue decorada con los principales muebles del gurbí y de la Dobryna. Las velas de la goleta, desprovistas de sus vergas y llevadas a la Colmena de Nina, se utilizaron en diversos usos. La biblioteca de a bordo, bien provista de libros franceses y rusos, fue instalada en la sala principal. Mesas, lámparas y sillas completaban el mueblaje, y las paredes fueron adornadas con los mapas de la Dobryna.

La cortina de fuego que cubría la entrada interior de la principal excavación, la calentaba y la iluminaba al mismo tiempo. Aquella catarata de lavas precipitábase en una pequeña concha rodeada de arrecifes que aparentemente no tenían ninguna comunicación con el mar. Era, sin duda alguna, la abertura de un precipicio muy profundo, cuyas aguas se mantendrían verosímilmente en estado líquido a causa de las materias eruptivas, aunque el frío congelase todo el mar de Galia.

Otra excavación, situada en la pared izquierda de la sala común, fue dedicada a gabinete especial del capitán Servadac y del conde Timascheff. El teniente Procopio y Ben-Zuf ocupaban juntos otro departamento abierto en la roca a la derecha; y detrás de éste fue abierta otra pequeña excavación que se convirtió en aposento de Nina. En cuanto a los marineros rusos y a los españoles, instalaron sus camas en las galerías que salían a la sala principal, perfectamente habitables a causa del calor que la chimenea central les comunicaba. El todo constituía la Colmena de Nina.

La pequeña colonia de este modo instalada podía esperar sin temor el largo y riguroso invierno que iba a secuestrarla en las entrañas de la Tierra Caliente, donde podrían soportar impunemente la temperatura que, en el caso de que Galia se hubiese elevado hasta la órbita de Júpiter, no sería sino la vigesimoquinta parte de la temperatura terrestre.

¿Qué habría sido, mientras tanto, de Isaac Hakhabut que se había negado a abandonar la isla Gurbí?

Isaac Hakhabut, incrédulo, sordo y ciego ante todas las pruebas acumuladas por humanidad ante su vista para vencer su desconfianza, se obstinó en permanecer a bordo de su urca para vigilar sus mercancías, como un avaro sus tesoros, murmurando, gimiendo y mirando, aunque en vano, al horizonte por si se presentaba algún buque a la vista, de la isla Gurbí. Nadie de la Colmena de

Nina se cuidaba de él y aun todos se felicitaban por tenerlo lejos. El judío había declarado con toda seriedad que no daría sus géneros sino a cambio de moneda corriente; y el capitán Servadac había prohibido que se le tomara nada por la fuerza y que se le comprara tampoco nada. Proponíase ver si aquel hombre obstinado cedía ante la necesidad y ante la realidad que no podían tardar en convencerle.

Era evidente que Isaac Hakhabut no admitía de modo alguno la situación terrible que los demás individuos de la pequeña colonia habían aceptado, aunque admitiendo que un cataclismo hubiera modificado alguna parte y que tarde o temprano tendrían medios de dejar la isla Gurbí e ir a proseguir su comercio por el litoral del Mediterráneo.

Desconfiado de todo y de todos imaginábase que se había urdido contra él alguna trama para despojarle de su hacienda; y, como no quería ser engañado, rechazaba la hipótesis del enorme trozo desprendido de la Tierra y lanzado al espacio. Como todo demostraba la existencia de un nuevo astro que peregrinaba por el mundo solar, y habitado únicamente por los ingleses de la isla de Gibraltar y por los colonos de la isla Gurbí, aunque Isaac Hakhabut pasease por la línea del horizonte su antiguo catalejo recompuesto con un tubo de chimenea, no veía aparecer ningún buque ni acudir ningún traficante a comprarle las mercancías de la Hansa.

Sin embargo, conocía los proyectos que los demás colonos trataban de llevar a la práctica para arrostrar las inclemencias del invierno y, al principio, según su invariable costumbre, se negó a creer en ellos; pero cuando vio a la Dobryna efectuar frecuentes viajes al Sur, cargado con las cosechas y con los animales domésticos, no tuvo más remedio que admitir que el capitán Servadac y sus compañeros se disponían a abandonar la isla Gurbí.

¿Qué sería, pues, de aquel desdichado Hakhabut, si era cierto cuanto hasta entonces se había obstinado en no creer? ¿Era cierto que no estaba ya en el Mediterráneo sino en el mar de Galia? ¿No volvería a ver jamás su patria alemana? ¿No volvería a traficar con aquellos tontos de Trípoli y de Túnez? Si tal cosa ocurría, quedaba completamente arruinado.

Entonces se le vio dejar con más frecuencia su urca y unirse a los diversos grupos de rusos y españoles que no cesaban de zaherirle.

Nuevamente intentó atraerse a Ben-Zuf, ofreciéndole tabaco, pero el asistente rechazó sus ofertas obedeciendo la consigna.

—¡No, viejo Zabulón —le decía—, no tomo ni un solo polvo; es la consigna; te comerás tu cargamento, de él vivirás, te lo fumarás y todo lo consumirás solo, Sardanápolo!

Isaac Hakhabut, convencido, al fin, de que nada obtendría por parte de los

subordinados, decidió acudir al jefe, y un día preguntó al capitán Servadac si todo aquello era cierto, creyendo que un oficial francés no engañaría a un pobre hombre como él.

—Sí, sí; todo es cierto —respondió Héctor Servadac, molesto por tanta obstinación—, y usted sólo dispone del tiempo preciso para refugiarse en la Colmena de Nina.

—Protéjanme el Eterno y Mahoma —murmuró el judío, haciendo esta doble invocación, como verdadero renegado que era.

—¿Quiere usted que se le lleve la Hansa al nuevo fondeadero de Tierra Caliente? —le preguntó el capitán Servadac.

—Quisiera ir a Argel —respondió Isaac Hakhabut.

—Vuelvo a repetirle que Argel no existe.

—¡Dios de Israel! ¿Es posible?

—Por última vez, ¿quiere usted venir con su urca a Tierra Caliente, donde vamos a invernar?

—¡Misericordia! ¡He perdido mi hacienda!

—¿No quiere usted? En ese caso nos llevaremos la Hansa contra su voluntad a lugar seguro.

—¿Contra mi voluntad, señor gobernador?

—Sí, porque, por la estúpida obstinación de usted, no voy a dejar perder sin provecho para nadie ese precioso cargamento.

—¡Pero eso es mi ruina!

—Con más seguridad lo sería si le dejáramos a usted hacer su voluntad —respondió Héctor Servadac encogiéndose de hombros—. Y ahora váyase usted al diablo.

Isaac Hakhabut regresó a su urca levantando los brazos al cielo y haciendo numerosas protestas contra la increíble rapacidad de los hombres de la mala raza.

Los trabajos de la isla Gurbí quedaron terminados el 20 de marzo, sin que faltara otra cosa que emprender la marcha. El termómetro había bajado por término medio a ocho grados bajo cero. El agua de la cisterna se había congelado por completo, y por todo ello se convino en que a la mañana siguiente todos se embarcarían en la Dobryna y abandonarían la isla para refugiarse en la Colmena de Nina, conduciendo también la Hansa a pesar de las protestas de su propietario. El teniente Procopio había declarado que si la Hansa se quedaba anclada en el puerto del Cheliff la presión de los hielos la haría pedazos irremisiblemente. En la ensenada de Tierra Caliente podría estar mejor protegida y en seguridad, y, en último caso, si se perdía, se salvaría el cargamento.

Por esta razón, pocos momentos después de haber levado el ancla la goleta,

la Hansa aparejó también a pesar de los gritos y lamentaciones de Isaac Hakhabut. Por orden del teniente Procopio, embarcáronse en ella cuatro marineros y, desplegada la vela mayor, el barco tienda, como decía Ben-Zuf, dejó la isla Gurbí y se dirigió hacia el Sur.

No es posible dar idea de las protestas que hizo, de las exclamaciones que lanzó ni de los juramentos que formuló el judío, como tampoco de la insistencia con que repitió que todo aquello se hacía contra su voluntad, que él no necesitaba a nadie y que no había pedido auxilio alguno. Lloraba, se lamentaba, gemía, a lo menos aparentemente, porque no podían sus ojillos grises dejar de lanzar ciertos relámpagos a través de las falsas lágrimas. Tres horas después, cuando vio su urca bien amarrada en la ensenada de Tierra Caliente y se encontró en seguridad con su hacienda, el que se hubiera acercado a él habría advertido un aspecto de satisfacción marcado en su semblante, y prestando atención le hubiera oído murmurar estas palabras:

—¡Gratis, Dios de Israel! ¡Imbéciles! ¡Me han traído aquí de balde!

Estas palabras retrataban al hombre. ¡Gratis! ¡Le habían hecho un servicio gratuito!

La isla de Gurbí había sido ya definitivamente abandonada por los hombres.

No quedaba nada de aquel último resto de una colonia francesa, exceptuando los animales de pelo y de pluma que se habían librado de la matanza y que pronto debían morir de frío. Las aves, después de buscar en vano algún otro continente más propicio, habían vuelto a la isla, lo que probaba de manera irrefutable que no existía en ninguna otra parte tierra que pudiera alimentarlas.

Aquel día el capitán Servadac y sus compañeros se posesionaron solemnemente de su nuevo domicilio. El arreglo interior de la Colmena de Nina agradó a todos y se felicitaron de hallarse instalados con tanta comodidad. Sólo Isaac Hakhabut no participó de la satisfacción común, negándose a penetrar en las galerías de la montaña y quedándose a bordo de su urca.

—Quizá tema que le hagan pagar el alquiler —dijo Ben-Zuf—; pero pronto se verá obligado ese viejo zorrabo a salir de su madriguera, porque el frío le echará fuera.

Por la noche se hizo una buena comida, cuyos manjares fueron aderezados al calor del fuego volcánico, reuniéndose en torno de la mesa toda la colonia en la sala principal. Con los vinos franceses que suministró la bodega de la Dobryna se pronunciaron muchos brindis en honor del gobernador general y de su consejo de administración, tomando en ellos Ben-Zuf una buena parte. Los españoles se distinguieron por su viveza y alegría. Uno tomó su guitarra, otro sus castañuelas, y todos saltaron en corro. Ben-Zuf entonó también la célebre canción del Zuavo,

tan conocida en el ejército francés, pero cuyos encantos no pueden ser apreciados sino por los que la han oído ejecutar por un músico como el asistente del capitán Servadac.

Luego, se organizó un baile, el primero que se había dado en Galia, y los marineros rusos ejecutaron algunas danzas de su país, que fueron del agrado del público, aun después de los maravillosos bailes de los españoles. Ben-Zuf ejecutó a su vez un paso muy conocido en el Elíseo-Montmartre con tanta elegancia como vigor, y que valió al inimitable coreógrafo las entusiastas felicitaciones de Negrete.

Aquella fiesta de inauguración terminó a las nueve. Todos necesitaban tomar el aire, porque a consecuencia del baile y la temperatura habíase aumentado el calor en la gran sala.

Ben-Zuf, precedido por sus amigos, pasó a la galería principal que daba al litoral de Tierra Caliente. El capitán Servadac, el conde Timascheff y el teniente Procopio, que les seguían con paso moderado, oyeron gritos que les hicieron apresurar la marcha. No eran exclamaciones de terror sino de júbilo y regocijo, que estallaban como fuego graneado en aquella atmósfera pura y seca.

El capitán Servadac y sus compañeros, al llegar al orificio de la galería, vieron a toda la colonia formando grupo sobre las rocas.

Ben-Zuf, con la mano dirigida hacia el cielo, encontrábase en actitud extática.

—¡Ah, señor gobernador general! ¡Ah, excelentísimo señor! —gritaba con alegría imposible de describir.

—¿Qué sucede, Ben-Zuf? —preguntó el capitán Servadac.

—¡La Luna! —respondió el ordenanza.

Y, efectivamente, la Luna, saliendo de las brumas de la noche, aparecía por primera vez en el horizonte de Galia.

CAPÍTULO XXII

PEQUEÑA EXPERIENCIA, BASTANTE CURIOSA, DE FÍSICA RECREATIVA

¡La Luna! ¿Si era el satélite de la Tierra, por qué había desaparecido?. Y si aparecía, ¿de dónde venía? Hasta entonces ningún satélite había acompañado a Galia en su movimiento de traslación alrededor del Sol. ¿La caprichosa Diana acababa, pues, de abandonar la Tierra para pasar al servicio del nuevo astro?

—No, no puede ser —dijo el teniente Procopio—. La Tierra se encuentra a una distancia de muchos millones de leguas de nosotros, y la Luna continúa gravitando en torno suyo.

—¿Qué sabemos? —observó Héctor Servadac—. ¿No es posible que haya caído la Luna en el centro de atracción de Galia convirtiéndose en su satélite?

—Habría aparecido ya en su horizonte —dijo el conde Timascheff— y no habríamos pasado tres meses sin verla.

—¡Todo lo que ocurre es extraño! —repuso el capitán Servadac.

—Señor Servadac —dijo el teniente Procopio—, la hipótesis de que la atracción de Galia haya sido suficientemente poderosa para arrebatarnos su satélite a la Tierra, es inadmisiblemente en absoluto.

—Está bien, teniente —repuso el capitán Servadac—. ¿Pero quién le asegura que el mismo fenómeno que nos ha separado del globo terrestre no ha desviado también a la Luna? Errante desde entonces por el mundo solar, puede haber vuelto a su esfera de atracción...

—No, capitán, no —dijo el teniente Procopio—, por una razón que no tiene réplica.

—¿Y cuál es esa razón?

—Que, como la masa de Galia es evidentemente inferior a la del satélite terrestre, Galia sería la Luna y no la Luna satélite de Galia.

—Le concedo eso, teniente —repuso Héctor Servadac—. ¿Pero qué prueba tenemos de que nosotros no seamos Luna y que, lanzado el satélite terrestre por una órbita nueva, no lo acompañemos en su viaje por el mundo interplanetario?

—¿Desea que refute esa nueva hipótesis? —preguntó el teniente Procopio.

—No —respondió sonriéndose el capitán Servadac—, porque en realidad de verdad si nuestro asteroide no fuese sino un sub satélite, no emplearía tres meses en dar media vuelta a la Luna, y habríamos visto a ésta diversas veces desde la catástrofe.

Mientras discutían el capitán Servadac y el teniente Procopio, el satélite de Galia, cualquiera que fuese, subía con suma rapidez por el horizonte, confirmando el último argumento del capitán Servadac. Se le pudo observar, por consiguiente, con atención; se hizo uso de los anteojos, y se adquirió la evidencia de que no era aquélla la antigua Febea de las noches terrestres.

Efectivamente, aunque en apariencia aquel satélite estaba más próximo a Galia que la Luna a la Tierra, era mucho más pequeño y no mostraba sino una décima parte de la superficie del satélite terrestre. Era como una reducción de la Luna que reflejaba débilmente la luz del Sol y no podía extinguirse el fulgor de las estrellas de octava magnitud. Había aparecido por el Oeste, precisamente en oposición con el Sol, y debía estar llena en aquel momento. Era imposible confundirla con la Luna; el capitán Servadac viose obligado a reconocer que no se veían en ella mares ni llanuras, ni cráteres, ni montañas, ni ninguno de esos detalles que con tanta claridad se dibujaban en las cartas selenográficas. No era por lo tanto, el suave rostro de la hermana de Apolo, que, fresca y joven según unos, vieja y arrugada según otros, contempla con impasibilidad desde hace tantos siglos a los mortales sublunares.

Era una Luna especial y, como observó el conde Timascheff, según todas las probabilidades, un asteroide que Galia había capturado al atravesar la zona de los planetas telescópicos. ¿Se trataba, acaso, de uno de los ciento sesenta y nueve pequeños planetas inscritos en los catálogos en aquella época o de algún otro que los astrónomos no conocían aún? Quizás este problema pudiera ser resuelto más adelante. Hay algunos asteroides, de dimensiones muy reducidas, que dan la vuelta en veinticuatro horas; pero su masa es muy inferior a la de Galia, cuyo poder atractivo habrá podido apreciarse perfectamente en uno de esos microcosmos.

Durante la primera noche pasada en la Colmena de Nina no ocurrió incidente alguno, y al siguiente día se organizó definitivamente la vida común.

Su excelencia el gobernador, como decía enfáticamente Ben-Zuf, no quería que los habitantes de Galia permanecieran ociosos, porque la ociosidad es madre de todos los vicios y suele tener malas consecuencias. Se distribuyeron con el mayor cuidado las ocupaciones diarias, y no faltaba trabajo.

El cuidado de los animales domésticos constituía ya una ocupación bastante grande. La preparación de las conservas alimenticias, la pesca, mientras el mar estaba libre, el arreglo de las galerías, que fue preciso ensanchar en varios sitios para hacerlas más practicables, mil detalles, en fin, que se renovaban incesantemente, no dejaron los brazos ociosos ni un momento.

Conviene agregar que reinaba completa inteligencia entre los individuos de la pequeña colonia. Rusos y españoles estaban perfectamente unidos y

comenzaban a emplear algunas palabras de la lengua francesa, que era el idioma oficial de Galia. Pablo y Nina eran discípulos del capitán Servadac que los instruía, y Ben-Zuf se había encargado de divertirlos. El asistente les enseñaba no sólo el francés sino hasta el parisiense, que es una lengua más distinguida aún, y luego les prometía conducirlos un día a una ciudad edificada al pie de una montaña, como la que no había otra en el mundo, y de la que hacía pomposas descripciones. Ya se habrá adivinado de qué ciudad y de qué montaña hablaba el entusiasta profesor.

También quedó arreglada en aquella época una cuestión de etiqueta.

Ben-Zuf había presentado a su capitán como gobernador general de la colonia; pero no satisfecho con este título, le llamaba Monseñor a cada momento. Esto irritó los nervios a Héctor Servadac, quien prohibió a su ordenanza que le diera este título honorífico.

—Sin embargo, Monseñor —replicó Ben-Zuf.

—¿Quieres callarte, animal?

—Sí, Monseñor.

Al fin, el capitán Servadac, deseando hacerse obedecer, dijo un día a Ben-Zuf: — ¿Quieres dejar de llamarme Monseñor?

—Como V. E. guste, Monseñor —respondió Ben-Zuf.

—¿Sabes lo que haces llamándome así?

—No, Monseñor.

—¿Ignoras el significado de esa palabra que empleas sin comprenderla?

—Es un título honorífico, Monseñor.

—Estás equivocado. La palabra Monseñor significa camarada en latín, y por consiguiente faltas al respeto que debes a tu superior cuando me llamas camarada.

Después de esta lección, Ben-Zuf no volvió a llamar Monseñor a su capitán.

Los fríos excesivos no se habían presentado todavía en la última quincena de marzo y, por consiguiente, Héctor Servadac y sus compañeros no habían tenido necesidad de secuestrarse en el interior de la Colmena de Nina.

Se organizaron algunas expediciones por el litoral y la superficie del nuevo continente, que fueron explorados hasta seis kilómetros en derredor de Tierra Caliente. Como siempre, los exploradores encontraron en todas partes del horrible desierto cubierto de rocas sin vestigio alguno de vegetación. Algunos filetes de agua congelada, pequeñas manchas de nieve procedente de los vapores condensados en la atmósfera revelaban la aparición del elemento líquido en la superficie. ¡Pero cuántos siglos tenían que pasar antes que un arroyo abriera su cauce en aquel suelo pedregoso y dirigiera sus aguas al mar! En cuanto a la concreción homogénea a que los galianos habían dado el nombre de Tierra

Caliente, ¿era un continente o una isla? ¿Se extendía o no hasta el polo austral?

No se sabía, y una expedición a través de aquellas cristalizaciones metálicas era considerada como imposible.

Esto no obstante, el capitán Servadac y el conde Timascheff se formaron una idea general del país, observándolo un día desde la cima del volcán.

Encontrábase éste en el extremo del promontorio de la Tierra Caliente y medía 900 a 1.000 metros sobre el nivel del mar. Era un peñasco enorme bastante regularmente formado que tenía la figura de un cono truncado. En la truncadura abríase el estrecho cráter por el que ascendían las materias eruptivas, coronándolo constantemente de un inmenso penacho de vapores.

Si aquel volcán hubiera estado en la antigua Tierra habría sido tan difícil como penoso el subir a él. Sus laderas eran muy ásperas, sus declives muy resbaladizos y no se le habría podido visitar sin los esfuerzos de los ascensionistas más resueltos. Semejante expedición habría exigido un dispendio grande de fuerzas y de trabajo.

Aquí, por el contrario, gracias a la gran disminución de la gravedad y al aumento del poder muscular que había sido su consecuencia, Héctor Servadac y el conde Timascheff realizaron verdaderos prodigios de flexibilidad y de vigor.

Una gamuza no se habría lanzado con más agilidad de una roca a otra y un ave no hubiera subido con mayor ligereza por aquellas estrechas aristas que costeaban el abismo. Una hora escasa tardaron en subir los tres mil pies que separaban el suelo de la cima de la montaña, y, cuando llegaron a las orillas del cráter, no estaban más fatigados que si hubieran andado kilómetro y medio en línea horizontal. Decididamente, si la habitabilidad de Galia ofrecía ciertos inconvenientes, en cambio tenía algunas ventajas.

Desde la cumbre de la montaña pudieron los dos exploradores reconocer con el anteojo que el aspecto del asteroide era en todas partes el mismo que ya habían observado. Al Norte, se extendía el inmenso mar galiano, unido como un espejo, porque no había viento, como si los fríos superiores de la atmósfera hubieran solidificado los gases del aire. Un pequeño punto que apenas sobresalía entre la bruma señalaba el sitio ocupado por la isla de Gurbí. Al Este y al Oeste desarrollábase la llanura líquida, desierto como siempre. Hacia el Sur, más allá de los límites del horizonte, perdíase Tierra Caliente. Este extremo del continente formaba en apariencia un vasto triángulo cuyo vértice era el volcán cuya base no podía verse. Desde aquella altura que hubiera debido nivelar todas las asperezas, el suelo de aquel territorio desconocido parecía impracticable. Los millones de láminas hexagonales de que estaba erizado lo hacían absolutamente impropio para la marcha de un hombre a pie.

—Un globo o alas —dijo el capitán Servadac— necesitaríamos para

explorar este nuevo territorio. ¡Cascaras! Nos encontramos en un globo que es un verdadero productor químico, tan curioso por lo menos como los que están detrás de los cristales de los museos.

—Observe usted, capitán, cuan manifiesta es a nuestra vista la convexidad de Galia y, por consiguiente, cuan corta es relativamente, teniendo en cuenta la distancia que nos separa del horizonte.

—Sí, conde Timascheff —respondió Héctor Servadac—. Es más grande el efecto que el que yo había observado ya desde lo alto de la peñas de la isla Para un observador situado a mil metros de altura en nuestra antigua Tierra, el horizonte se cerraría a una distancia mucho mayor.

—Galia es un globo sumamente pequeño comparado con el esferoide terrestre —repuso el conde Timascheff.

—De todos modos, es más que suficiente para la población que lo habita.

Observará usted, además, que su parte fértil está reducida hoy a las trescientas hectáreas cultivadas de la isla Gurbí.

—Parte fértil durante dos o tres meses de verano y quién sabe si improductiva durante millares de años.

—¿Qué le hemos de hacer? —repuso sonriéndose el capitán Servadac—. No nos consultaron antes de embarcarnos en Galia y el mejor partido que podemos adoptar es tomar la cosa filosóficamente.

—No sólo filosóficamente, capitán, sino como seres agradecidos a Dios cuya mano ha encendido las lavas de este volcán. Sin él estaríamos condenados a perecer de frío.

—Confío firmemente, conde Timascheff, en que este fuego no se extinguirá antes del fin...

—¿Qué fin, capitán?

—El que Dios quiera. Él y sólo Él lo sabe.

El capitán Servadac y el conde Timascheff, después de dirigir una mirada al continente y al mar, resolvieron bajar al pie de la montaña; pero antes quisieron observar el cráter del volcán. Desde luego, observaron que la erupción se verificaba con una tranquilidad bastante singular, sin acompañamiento de aquel estrépito desordenado, de aquellos truenos ensordecedores que por lo común señalan las proyecciones de materias volcánicas. Aquella calma relativa sorprendió a los exploradores. Ni el hervor de las lavas se oía siquiera. Aquellas sustancias líquidas, puestas en estado incandescente, se levantaban en el cráter por un movimiento continuo, derramándose con tranquilidad como el exceso de un pacífico lago que se escapa por su desagadero. Permítasenos esta comparación: el cráter no parecía una caldera sometida a un fuego ardiente y de la que se escapa el agua con violencia, sino una cavidad llena hasta los bordes

que se derrama sin esfuerzo y casi en silencio.

No había, por consiguiente, otras materias eruptivas que la lava; no había piedras fuliginosas que coronaban la cima del monte; no había cenizas mezcladas con el humo, lo que explicaba por qué en la base de la montaña no se veían esas piedras pómez, ni esas obsidianas y otros minerales de origen plutónico que cubren el suelo de las inmediaciones de los volcanes. No había allí tampoco un solo trozo errático, porque no se había formado aún ningún depósito de hielo.

Esta particularidad, como hizo observar el capitán Servadac, presagiaba buena suerte, permitiendo creer en la infinita continuación de la erupción volcánica. La violencia en el orden moral como en el orden físico excluye la duración. Las tempestades más terribles, como la cólera más excesiva, no se prolongan jamás. Allí, la lava, agua de fuego, corría con tanta regularidad y se derramaba con tanta calma, que la fuente de que manaba debía de ser inagotable. En presencia de las cataratas del Niágara, cuyas aguas superiores se deslizan con tanta mansedumbre sobre su lecho, no se teme que puedan detenerse jamás en su curso. En la cima de aquel volcán, el fuego era el mismo y la razón se hubiera negado a admitir que aquellas lavas cesaran algún día de desbordarse de su cráter.

Efectivamente, estando ya instalada en Tierra Caliente toda la colonia, después de haber verificado la mudanza, pareció conveniente apresurar la solidificación de la mar Galiana, con el propósito de facilitar las comunicaciones con la isla por el hielo y de que los cazadores tuvieran un campo de caza más vasto. A este fin, aquel día el capitán Servadac, el conde Timascheff y el teniente Procopio reunieron toda la población sobre una roca que dominaba el mar, al extremo mismo del promontorio.

El mar estaba todavía líquido a pesar del gran descenso de la temperatura.

Esto era debido a su absoluta inmovilidad, porque ni la más leve ráfaga de aire turbaba su superficie, y sabido es que en semejantes condiciones el agua puede soportar cierto número de grados bajo cero sin congelarse; pero un simple choque basta para que se verifique la congelación de pronto.

La pequeña Nina y su amigo Pablo concurren, como todos, a la cita.

—Hermosa —dijo el capitán Servadac—, ¿sabrás arrojar un trozo de hielo al mar?

—Sí —respondió la niña—; pero mi amigo Pablo lo arrojaría mucho más lejos que yo.

—Haz tú la prueba —repuso Héctor Servadac, poniendo en la mano de Nina un pequeño fragmento de hielo.

Y luego agregó:

—Mira bien, Pablo, y verás como nuestra pequeña Nina es un hada.

Nina balanceó dos o tres veces el brazo y arrojó el pedazo de hielo, que cayó en el agua tranquila.

En seguida se oyó un inmenso chirrido, que se prolongó hasta más allá de los límites del horizonte.

El mar de Galia se había solidificado en toda su superficie.

CAPÍTULO XXIII

UN SUCESO DE ALTA IMPORTANCIA QUE CONMOVIÓ A TODA LA COLONIA GALIANA

El 23 de marzo, tres horas después de la puesta del Sol, hizo la diosa Febea su aparición sobre el horizonte opuesto y los galianos pudieron ver que entraba en su último período.

No había necesitado, por consiguiente, el satélite de Galia, más que cuatro días para pasar de sicigia a cuadratura, lo que le asignaba un período de visibilidad de una semana y lunaciones de quince a dieciséis días. Es decir, para Galia los meses lunares habían disminuido en la mitad de los días solares.

A los tres días, el 26, la Luna entraba en conjunción con el Sol, desapareciendo en su irradiación.

—¿Volverá? —dijo Ben-Zuf, que por haber sido el primero que había visto el satélite estaba muy interesado en el asunto.

Realmente, después de tantos fenómenos cósmicos cuya causa desconocían aún los galianos, la observación del honrado Ben-Zuf no era completamente ociosa. El 26, el tiempo era muy puro, la atmósfera muy seca y el termómetro descendió a doce grados centígrados.

¿A qué distancia se encontraba Galia entonces del Sol? ¿Cuántos millones de leguas había recorrido en su órbita desde la fecha indicada en el último documento encontrado en el mar? Ninguno de los habitantes de Tierra Caliente lo habría podido decir. La disminución aparente del disco solar no servía de base a un cálculo, ni aun aproximado. Era lamentable que el sabio anónimo no hubiera comunicado nuevas noticias a los colonos, indicándoles el resultado de sus últimas observaciones. El capitán Servadac sentía que aquella correspondencia singular con uno de sus compatriotas, porque seguía creyendo que era francés, se hubiera interrumpido.

—Sin embargo —dijo a sus compañeros—, posiblemente nuestro astrónomo ha continuado escribiéndonos por medio de estuches o barriles, pero ninguno de ellos ha llegado a la isla Gurbí ni a Tierra Caliente. Ahora ya he perdido toda esperanza de recibir la menor carta de este hombre original, porque el mar está completamente solidificado.

En efecto, el mar, como ya se ha dicho, estaba por completo congelado y el paso del estado líquido al sólido se había verificado con un tiempo magnífico y cuando no alteraba las aguas el menor soplo de aire. La superficie solidificada

estaba, por consiguiente, unida como la de un lago del club de patinadores, sin que hubiera en ella la más pequeña eminencia ni la más leve hendidura. Era hielo puro sin una erosión, sin un solo defecto, que se extendía más allá de los límites del horizonte.

¡Cuan diferente era el aspecto del mar galiano del que suelen presentar los mares polares en la proximidad de los bancos de hielo! En éstos, todos son bloques helados, grandes témpanos acumulados unos sobre otros y expuestos a las caprichosas roturas de equilibrio. Los campos de hielo no son, en realidad de verdad, sino una aglomeración de témpanos irregularmente ajustados, y que el frío mantiene en las posiciones más estafalarias, montañas de base frágil que dominan los mástiles de los barcos balleneros.

Nada es estable en los océanos Árticos o Antárticos, nada es inmutable, porque, como los bancos de hielo no están fundidos en bronce, un golpe de viento, una modificación de la temperatura produce cambios de efecto mágico.

Aquella es una sucesión de fantásticas decoraciones, y, por el contrario, en Galia el mar tenía mayor fijeza aún que en la época en que ofrecía una superficie sensible a la brisa. La inmensa llanura blanca, más unida que los desiertos del Sahara o las estepas de Rusia, debía sin duda permanecer de la misma manera durante largo tiempo. En las aguas aprisionadas del mar, la corteza' que se iba espesando con la subida de los fríos debía conservar su rigidez hasta el deshielo..., si el deshielo llegaba algún día.

Los rusos, que estaban habituados a los fenómenos de congelación de los mares del Norte que tiene el aspecto de un campo irregularmente cristalizado, sorprendíanse al ver el mar galiano llano como un lago, pero les complacía mucho aquel campo de hielo donde se podía patinar maravillosamente.

La Dobryna poseía un surtido de patines que fueron puestos a disposición de los aficionados, que no tardaron en presentarse. Los rusos dieron lecciones a los españoles y, al poco tiempo, en los hermosos días y en medio del frío vivo, pero soportable en ausencia del viento, no hubo galiano que no se ejercitara en describir con los patines las curvas más elegantes. La pequeña Nina y el joven Pablo hicieron maravillas y fueron entusiastamente aplaudidos y felicitados por su destreza. El capitán Servadac, diestro en todo ejercicio de gimnástica, igualó pronto a su profesor, el conde Timascheff; y el mismo Ben-Zuf hacía prodigios, porque más de una vez había patinado en el inmenso estanque de la plaza de Montmartre..., un mar que... Sí, un mar.

Estos ejercicios, muy higiénicos por sí mismos, llegaron también a ser una útil distracción para los habitantes de Tierra Caliente y, hasta en caso de necesidad, podía ser un medio de rápida locomoción. Efectivamente, el teniente Procopio, uno de los mejores patinadores de Galia, recorrió más de una vez el

trayecto de Tierra Caliente a la isla Gurbí, es decir, de unos 40 kilómetros, en el espacio de dos horas. Después de todo, el patín no es sino un carril movible fijo en el pie del viajero.

La temperatura descendía progresivamente y el termómetro marcaba ya, por término medio, 15 ó 16 grados bajo cero. Al mismo tiempo que el calor, disminuía también la luz, como si el disco solar estuviera indefinidamente cubierto por la Luna durante un eclipse parcial. Una especie de media tinta esparcíase por todos los objetos, impresionando tristemente las miradas y apocando el ánimo.

Esto producía una especie de tristeza moral, contra la que convenía provocar la reacción. ¿Cómo aquellos desterrados del globo terrestre no habían de pensar en la soledad que les rodeaba, cuando antes estaban tan íntimamente unidos al movimiento humano? No podían olvidar que la Tierra gravitaba ya a millones de leguas de Galia, alejándose de ellos cada día más.

¿Podían esperar verla de nuevo cuando aquel trozo desprendido de ella iba penetrando cada vez más en los espacios interplanetarios? No había indicio alguno que revelase que había de abandonar algún día los espacios sometidos al poder del astro radiante para correr el mundo sideral y moverse en el centro de atracción de otro Sol.

El conde Timascheff, el capitán Servadac y el teniente Procopio, eran evidentemente los únicos de la colonia Galiana que podían pensar en tal eventualidad. Sin embargo, sus compañeros, sin conocer tan profundamente los secretos ni las amenazas del porvenir, sufrían inconscientemente los efectos de una situación que no tenía precedentes en los anales del mundo. Se necesitaba distraerlos, instruyéndolos, ocupándolos o divirtiéndolos, y el ejercicio de los patines fue una diversión feliz en medio de los monótonos trabajos del día. Al decir que todos los habitantes de Tierra Caliente tomaron parte, más o menos activa, en aquel saludable ejercicio, no hemos dicho la verdad, porque Isaac Hakhabut no tomó parte alguna en ellos.

A pesar de lo riguroso de la temperatura, el judío no se había presentado a la colonia desde su llegada de la isla Gurbí, y como el capitán Servadac había prohibido terminantemente que nadie fuera a visitarle, nadie se había presentado en su urca; pero una pequeña columna de humo que se escapaba por el tubo del camarote, revelaba que el propietario continuaba a bordo de la Hansa. Sin duda le apesadumbraba mucho el quemar su combustible, por poco que fuera, cuando podía aprovechar gratuitamente el calor volcánico de la Colmena de Nina; pero prefería aquel aumento de gasto a verse obligado a abandonar la Hansa para tomar parte en la vida común. ¿Quién habría vigilado su precioso cargamento si se encontraba él ausente?

La urca y la goleta habían quedado sólidamente ancladas de modo que pudieran soportar una larga internada, a cuyo efecto había puesto en práctica el teniente Procopio, su larga práctica y sus vastos conocimientos marinos.

Fuertemente sujetas en la bahía y encerradas en su caparazón de hielo, permanecían inmóviles. Habíase tenido, además, la precaución que toman todos los que internan en los mares Árticos, de cortar el hielo en bisel debajo de la quilla, para que la masa endurecida de las aguas se reuniera allí y no ejerciera su poderosa presión contra los costados de las dos embarcaciones, poniéndolas en riesgo de romperse.

Si el nivel del hielo se levantaba, la goleta y la urca se levantarían también; pero probablemente volverían a su línea conveniente de flotación cuando el deshielo llegase.

El mar galiano encontrábase, como se ha dicho, congelado en toda su extensión, y el teniente Procopio, en su última visita a la isla Gurbí, había observado que el campo de hielo se extendía hasta perderse de vista por el Norte, el Este y el Oeste.

El único punto de aquel vasto mar que había resistido al fenómeno de la solidificación era la especie de estanque de la caverna central, en donde se derramaba el torrente de lavas incandescentes, porque el agua permanecía en ella completamente libre entre las rocas, y los témpanos de hielo que tendían a formarse bajo la acción del frío, eran devorados en seguida por el fuego. El agua silbaba volatilizándose al contacto de las lavas, y un hervidero continuo mantenía sus moléculas en ebullición permanente. Aquella pequeña parte de mar siempre líquida, habría debido permitir a los pescadores el ejercicio de su arte con buen éxito; pero, como decía Ben-Zuf, «los peces estaban demasiado cocidos y no mordían el anzuelo».

En los primeros días de abril cambió el tiempo, cubriéndose el cielo de nubes, sin que se elevara la temperatura, debido a que el descenso de la columna termométrica no dependía del estado particular de la atmósfera ni de los vapores más o menos densos de que estaba saturada, porque no ocurría en Galia lo mismo que en los países polares del globo, que están necesariamente sometidos a la influencia atmosférica y a cuyos inviernos imprime cierta intermitencia el influjo de los vientos que saltan de un punto de la brújula al otro. El frío del nuevo esferoide no podía ocasionar variaciones termométricas de importancia porque era debido únicamente a su alejamiento del Sol, y seguiría aumentando hasta que llegara al límite señalado por Fourier a la temperatura del espacio.

Lo que hubo en aquella época fue una verdadera tempestad sin lluvia ni nieve, pero durante la cual se desencadenó el viento con violencia incomparable, produciendo efectos muy extraños al precipitarse al través de la sabana de fuego

que cerraba exteriormente la entrada de la sala común.

Hubo necesidad de adoptar ciertas precauciones para librarse de las lavas que el viento empujaba al interior; pero no era de temer que las apagase, porque el huracán, saturándolas de oxígeno, activaba, por el contrario, su incandescencia como si fuera un potentísimo ventilador. Su violencia era tal que a veces la cortina líquida se abría por un instante, y una corriente fría penetraba en la gran sala; pero casi inmediatamente volvía a cerrarse la abertura, ocasionando un beneficio aquella renovación del aire interior.

El 4 de abril, la Luna, nuevamente recobrada por Galia, había comenzado a destacarse de la irradiación solar bajo la forma de un semicírculo delgado, reapareciendo al cabo de ocho días de ausencia, como había hecho prever la observación de su revolución. Los temores, más o menos justificados, que se habían tenido de que no reapareciese, no se confirmaron, con gran satisfacción de Ben-Zuf. El nuevo satélite parecía decidido a prestar con toda regularidad su servicio quincenal alrededor de Galia.

Los lectores recordarán que, a causa de la desaparición de toda otra tierra cultivada, las aves que poblaban la atmósfera de Galia habían ido todas a refugiarse a la isla Gurbí, en cuyo suelo cultivado habían encontrado alimento suficiente durante la estación propicia, y de todos los puntos del asteroide habían acudido por millares a la isla.

Pero cuando llegaron los grandes fríos, los campos se habían cubierto completamente de nieve, y la nieve, transformada en seguida en hielo compacto, imposibilitaba a los picos más sólidos penetrar hasta el suelo. En su virtud, la población volátil emigró en masa, yendo a refugiarse en Tierra Caliente.

Aquel continente no tenía realmente ningún alimento que ofrecerles; pero estaba habitado, y las aves, en vez de evitar la presencia del hombre, la buscaban con afán. Los desperdicios que se arrojaban diariamente fuera de las galerías, eran devorados al punto por las aves; pero esto no era suficiente para alimentar aquellos millares de individuos de toda especie. Por esta causa, algunos centenares de volátiles, impulsados por el hambre, se aventuraron a penetrar en el estrecho túnel, estableciendo su domicilio en el interior de la Colmena de Nina.

Como la invasión fue formidable y la situación era insostenible, los habitantes de Tierra Caliente viéronse obligados a cazar los pájaros invasores, llegando a ser la caza una de las ocupaciones diarias de la pequeña colonia. El número de aves era tan considerable, estaban tan hambrientas y eran, por consiguiente, tan rapaces, que arrebatan los restos de carne o las migajas de pan hasta de las manos de los que comían en la gran sala. Éstos las perseguían a pedradas, a palos y hasta a tiros; pero sólo después de una serie de combates

encarnizados lograron aminorar el número de aquellos huéspedes incómodos, de los que se guardaron algunas parejas para la renovación de la especie.

Ben-Zuf, director supremo de esta caza, se movía y gritaba de un modo extraordinario, con gran regocijo de los demás individuos de la colonia que disfrutaban oyendo las invectivas soldadescas que dirigía a los desdichados volátiles. Durante algunos días se celebraron opíparos banquetes con la carne de las aves que se distinguían por sus cualidades comestibles, como patos silvestres, perdices, chochas, codornices, etcétera, y es de suponer que los cazadores las persiguieron con preferencia.

Al fin, comenzó a restablecerse el orden en la Colmena de Nina, porque sólo se libró de la encarnizada persecución un centenar de intrusos que buscaron refugio en los agujeros de la roca, de donde no era fácil desalojarles. Aquellos intrusos llegaron a considerarse como inquilinos de la habitación y no permitieron que se introdujeran en ella otros. Hubo, por consiguiente, una especie de tregua entre los partidos que luchaban por la independencia de su domicilio, y, por una transacción táctica, se dejó a aquellos huéspedes que guardaran la habitación. Y, en efecto, la guardaban de tal manera que el desdichado volátil que se extraviaba por las galerías sin derecho ni privilegio de inquilinato era expulsado o muerto inmediatamente por sus despiadados compañeros.

Un día, el 15 de abril, oyéronse gritos hacia la entrada de la galería principal.

Era Nina que pedía socorro.

Pablo reconoció la voz de la italiana y, adelantándose a Ben-Zuf, apresuróse a llegar en auxilio de su amiguita.

—¡Ven, ven! —gritaba Nina—. Quieren matarla.

Pablo, precipitándose, vio media docena de gaviotas revoloteando en torno de la niña. Armado de un palo lanzóse a la pelea, consiguiendo ahuyentar a las rapaces aves marinas, aun a costa de algunos picotazos.

—¿Qué te sucede, Nina? —preguntó.

—Mira, Pablo —respondió la niña mostrándole un ave que tenía estrechada contra su pecho.

Ben-Zuf, que llegó en aquel momento, la cogió de las manos de la niña y exclamó:

—¡Es una paloma!

Era, efectivamente, una paloma, un hermoso ejemplar de la especie de palomas viajeras, que tenía las alas ligeramente festoneadas y truncadas hacia su extremo.

—¡Ah! —exclamó de pronto Ben-Zuf—. ¡Por todos los santos de

Montmartre, esta paloma trae un saco colgado del cuello!

Pocos momentos después la paloma se encontraba en poder del capitán Servadac, y sus compañeros, reunidos alrededor de la gran sala, la contemplaban con avidez.

—¡Aquí tenemos noticias de nuestro sabio! —dijo el capitán Servadac—.

Como no está libre el mar, emplea las aves como correos para que traigan sus cartas. ¡Si siquiera firmara esta vez y diera las señas de su habitación...!

El saquito que llevaba la paloma había sido en parte desgarrado durante la lucha contra las gaviotas. Se abrió inmediatamente y encontróse en él una nota redactada con mucho laconismo, que decía así:

Galia.

Camino recorrido desde 1. ° de marzo a 1. ° de abril: 39.700.000 leguas.

Distancia del Sol, 110.000 000 de leguas.

Al paso, se ha apoderado de Nerina.

Van a faltar víveres y...

El resto de la nota, que las gaviotas habían desgarrado a picotazos, era ilegible.

—¡Ah, maldita casualidad! —exclamó el capitán Servadac—. La firma estaba aquí sin duda alguna, como también la fecha y el lugar de la noticia. Está escrita en francés y es seguramente francés el autor. ¡Y no poder socorrer a este desgraciado!

El conde Timascheff y el teniente Procopio volvieron al sitio del combate, con la esperanza de encontrar algún pedazo arrancado al escrito y en él la firma o algún indicio que los pusiera sobre la pista; pero sus investigaciones fueron inútiles.

—¿No sabremos jamás en qué lugar se encuentra este último superviviente de la Tierra? —exclamó el capitán Servadac.

—¡Ah! —dijo de pronto Nina—. Mira, Zuf, mira.

Y mostró a Ben-Zuf la paloma que tenía en la mano.

En el ala izquierda del ave veíase con toda claridad la impresión de un sello húmedo, en el que se leía una sola palabra que expresaba lo que más interesaba saber: Formentera.

CAPÍTULO XXIV

EL CAPITÁN SERVADAC Y EL TENIENTE PROCOPIO ENCUENTRAN LA CLAVE DEL ENIGMA COSMOGRÁFICO

¡Formentera! —exclamaron casi al unísono el conde Timascheff y el capitán Servadac.

Era el nombre de una isla del grupo de las Baleares situado en el Mediterráneo. Esto indicaba con claridad y exactitud el punto que ocupaba entonces el autor de los documentos. ¿Pero qué hacía allí aquel francés? Si estaba, ¿vivía todavía?

No podía dudarse que era Formentera de donde había lanzado las noticias indicando las posiciones del fragmento del globo terrestre a que llamaba Galia.

De todos modos, el documento llevado por la paloma demostraba que el día 1. ° de abril, o, lo que es lo mismo, quince días antes, estaba todavía en su puesto; pero aquel despacho se diferenciaba de los documentos anteriores que en el último no había el menor indicio de satisfacción. Ya no decía *va bene*, ni *all right*, ni *nihil desperandum*. Además, el despacho, únicamente redactado en francés, contenía un llamamiento supremo, una petición de socorro, puesto que anunciaba que iban a faltar los víveres.

El capitán Servadac hizo en pocas palabras estas observaciones y después agregó:

—Amigos míos, debemos ir en seguida a socorrer a ese desgraciado.

—O a esos desgraciados —añadió el conde Timascheff—. Capitán, estoy dispuesto a ir con usted.

—Es evidente —dijo entonces el teniente Procopio— que la Dobryna ha pasado cerca de Formentera cuando exploramos el sitio de las antiguas Baleares, y, por consiguiente, si no hemos visto tierra alguna es porque, en Formentera como Gibraltar, lo mismo que en Ceuta, sólo queda un pequeño islote de todo aquel archipiélago.

—Por pequeño que sea ese islote, lo encontraremos —respondió el capitán Servadac—. Teniente Procopio, ¿que distancia hay de aquí a Formentera?

—Ciento veinte leguas aproximadamente, capitán; y ahora tengo que preguntar a usted cómo piensa hacer este viaje.

—Me veré precisado a ir a pie —respondió Héctor Servadac—, puesto que el mar no está libre. Iremos patinando; ¿no es verdad, conde Timascheff?

—Marcharemos, capitán —dijo el conde ruso, que jamás era indiferente ni irresoluto para las obras de caridad.

—Señor —se apresuró a decir el teniente Procopio—; quisiera hacerle una observación, no para que dejara de cumplir un deber, sino por lo contrario, para que pueda cumplirlo con más seguridad.

—Habla, Procopio.

—El capitán Servadac y usted van a emprender la marcha; pero el frío es excesivo, el termómetro señala 22 grados bajo cero y reina un fuerte viento del Sur que hace insostenible esta temperatura. Admitiendo que puedan andar veinte leguas durante el día, necesitarán seis días para llegar a Formentera.

Además, hay que llevar víveres, no sólo para ustedes dos, sino también para aquel o aquellos a quienes van a socorrer.

—Llevaremos el saco a la espalda como los soldados —respondió el capitán Servadac que no quería ver lo imposible, sino sólo lo difícil de semejante viaje.

—Está bien —respondió con frialdad el teniente Procopio—; pero necesitarán ustedes descansar con frecuencia durante el camino; y, como el campo de hielo está unido y compacto, no tendrán el recurso de abrir una gruta a semejanza de los esquimales.

—Correremos día y noche, teniente Procopio —respondió Héctor Servadac —, y en vez de seis días, llegaremos en tres o quizás en dos a Formentera.

—Es posible; admito que puedan ustedes llegar en dos días, lo que es sumamente difícil; pero, ¿que harán ustedes de los que se encuentren en el islote medio muertos de frío y de hambre? Si los traen consigo, sólo traerán cadáveres a Tierra Caliente.

Las palabras del teniente Procopio impresionaron profundamente a los oyentes. La imposibilidad de un viaje emprendido en semejantes condiciones, mostróse clara a los ojos de todos. Evidentemente, el capitán Servadac y el conde Timascheff, sin abrigo en aquel inmenso campo de hielo, podían caer para siempre si se levantaba algún viento impetuoso que los envolviera en torbellinos de nieve.

Héctor Servadac, arrastrado por un vivo sentimiento de generosidad y por el deseo de cumplir un deber, quería rechazar la evidencia y se obstinaba contra la fría razón del teniente Procopio. Además, su fiel Ben-Zuf no dejaba de sostenerle, declarándose dispuesto a que le firmaran su pasaporte con el de su capitán si el conde Timascheff vacilaba en emprender la marcha.

—¿Qué dice usted conde? —preguntó Servadac.

—Haré lo que usted haga, capitán.

—No podemos abandonar a nuestros semejantes sin víveres y,

posiblemente, también sin abrigo.

—No podemos —asintió el conde Timascheff.

Luego dirigiéndose a Procopio, le dijo:

—Si no hay otro medio de llegar a Formentera que el que tú rechazas, lo emplearemos a pesar de todo, confiando en la ayuda de Dios.

El teniente, absorto en su pensamiento, guardó silencio.

—¡Ah, si tuviéramos siquiera un trineo! —exclamó Ben-Zuf.

—Un trineo no es difícil de construir —dijo el conde Timascheff—; ¿pero dónde hay perros o renos que tiren de él?

—Tenemos dos caballos que podremos herrar para que anden sobre el hielo

—dijo Ben-Zuf.

—No podrían soportar esta temperatura excesiva y sucumbirían en mitad del camino —respondió el conde.

—No importa —dijo el capitán Servadac—; no hay que vacilar; construyamos el trineo.

—Ya está construido —dijo el teniente Procopio.

—En ese caso, enganchemos...

—No, capitán. Tenemos un motor más seguro y más rápido que los caballos, que no podrían soportar las fatigas del viaje.

—¿Y es? —preguntó el conde Timascheff.

—El viento —respondió el teniente Procopio.

El viento era efectivamente un gran motor que los americanos utilizan para los trineos de vela. Estos trineos rivalizan actualmente con los trenes expresos de los ferrocarriles en las vastas praderas de la Unión, habiéndose obtenido una celeridad de cincuenta metros por segundo, o, lo que es lo mismo, de ciento ochenta kilómetros por hora. Ahora bien, el viento, a la sazón, soplabá del Sur con gran fuerza y podía imprimir a esta clase de vehículos una celeridad de doce a quince leguas por hora. Podríase, por consiguiente, entre las dos salidas del sol sobre el horizonte de Galia, llegar a las Baleares o al islote del archipiélago respetado por el inmenso desastre.

El motor estaba en disposición de funcionar; pero Procopio había agregado que también el trineo lo estaba. Efectivamente, el yu-yu de la Dobryna, de unos doce pies de largo y que podía contener de cinco a seis personas, era un verdadero trineo. Bastaba añadirle dos zapatas de hierro, que sosteniendo sus costados formarían dos patines sobre los que pudiera deslizarse, operación que el mecánico de la goleta ejecutaría en pocas horas. En aquel campo de hielo tan bien unido, y en el que no había obstáculo alguno, ni una sola eminencia, ni una sola grieta, la ligera embarcación, impulsada por la vela y corriendo viento en popa, se deslizaría con incomparable velocidad. Además, el yu-yu podía cubrirse

de una especie de techo de tablas forrado de tela fuerte, para que sirviera de abrigo a los que lo dirigiesen a la ida y a los que volvieran después con ellos. Provistos de pieles, de alimentos, de cordiales y de una hornilla portátil alimentada con alcohol, podían llegar al islote en favorables condiciones, y conducir a Tierra Caliente a los que sobrevivieran en Formentera.

No podía imaginarse nada mejor ni más práctico. Sin embargo, algo se podía objetar.

El viento era bueno para ir al Norte; pero cuando fuera necesario volver al Sur...

—No importa —exclamó el capitán Servadac—. Ahora sólo debemos pensar en llegar. Cuando estemos allí, pensaremos en el regreso.

Además, si el yu-yu no corría como una embarcación sostenida contra la deriva por el timón, podría quizá sortear el viento en cierta medida. Sus zapatas de hierro, al morder la superficie helada, le asegurarían la marcha en la dirección conveniente.

Era, por tanto, posible, si el viento no variaba de dirección cuando los viajeros regresaran, que pudiera, en cierto modo dar bordadas y adelantarse hacia el Sur. Esto se vería después.

El mecánico de la Dobryna, ayudado por algunos marineros, emprendió en seguida la obra, y al oscurecer del mismo día el yu-yu, provisto de una doble armadura de hierro encorvada hacia proa, protegido por un ligero techo en forma de toldo, con una especie de espadilla metálica que debía sostenerlo en lo posible contra las guñadas, y lleno de provisiones, utensilios y mantas, se encontraba ya dispuesto para partir.

Entonces el teniente Procopio solicitó que se le dejara remplazar al conde Timascheff, puesto que el yu-yu no debía llevar más que dos pasajeros para el caso en que hubiera que trasladar varias personas, y la maniobra de la vela, lo mismo que la dirección exigían la mano y la pericia de un marino.

Esto no obstante, el conde Timascheff insistió en su deseo de acompañar al capitán Servadac; pero éste le rogó muy encarecidamente que lo remplazara al lado de sus compañeros, y viose obligado a ceder. El viaje era peligroso y los pasajeros del yu-yu iban a verse expuestos a mil peligros, pues una tempestad algo violenta era suficiente para que el frágil vehículo no resistiera. Si el capitán Servadac no debía volver, únicamente el conde Timascheff podía ser el jefe de la pequeña colonia... Consintió, pues, en quedarse.

El capitán Servadac no hubiera cedido su sitio a nadie, porque sin duda alguna era un francés el que pedía socorro y amparo, y al oficial francés correspondía llevárselos.

El 16 de abril, al salir el Sol, el capitán Servadac y el teniente Procopio

embarcáronse en el yu-yu, después de despedirse de sus compañeros, cuya emoción fue grande al verlos dispuestos a lanzarse sobre la inmensa llanura blanca, con un frío que pasaba de 25 grados centígrados. Ben-Zuf estaba profundamente conmovido; los marineros rusos y los españoles estrecharon todos las manos del capitán y del teniente; y el conde Timascheff abrazó al valeroso oficial y a su fiel Procopio. Un beso de la pequeña Nina, cuyos grandes ojos apenas podían contener las lágrimas, puso término a aquella tierna escena de despedida. Después, se desplegó la vela, y el yu-yu, impulsado como por un ala inmensa, se perdió rápidamente más allá del horizonte.

El velamen del yu-yu componíase de una cangreja y un foque. Este fue atravesado de modo que recibiera el viento en popa; la velocidad del vehículo fue, pues, considerable, y los pasajeros la calcularon en doce leguas por hora.

Una abertura hecha en la parte anterior del toldo permitía al teniente Procopio pasar por ella la cabeza envuelta en la capucha del capotón, sin exponerla mucho al frío, y por medio de la brújula dirigirse en línea recta a Formentera.

La marcha del yu-yu era velocísima, a pesar de lo cual no experimentaba el más ligero estremecimiento, ni aun los que suelen experimentar los trenes en los caminos de hierro mejor construidos. Menos pesado en la superficie de Galia que lo hubiera sido en la Tierra, deslizábase por el hielo sin balance ni cabeceo, y diez veces más de prisa que lo hubiera hecho en su elemento natural. El capitán Servadac y el teniente Procopio creían a veces que eran llevados por el aire, como si un globo aerostático los paseara por encima del campo de hielo.

Sin embargo, no era así; la capa superior se pulverizaba bajo la armadura metálica del yu-yu, dejando detrás de sí una nube de polvo nevado.

Entonces, pudieron ver fácilmente que el aspecto de aquel mar helado no era en todas partes el mismo. Ni un ser viviente animaba aquella vasta soledad; cuyo aspecto era sumamente triste; pero de aquella escena se desprendía una especie de poesía que impresionaba a los dos viajeros, a cada uno según su carácter; el teniente Procopio como hombre de ciencia; el capitán Servadac como artista dispuesto a recibir todas las emociones nuevas. Al ponerse el Sol, cuando sus rayos, hiriendo oblicuamente el yu-yu, proyectaron hacia su izquierda la sombra desmesurada de sus velas, y cuando la noche remplazó de pronto al día, acercáronse uno a otro movidos por una atracción involuntaria, y se estrecharon las manos en silencio.

La noche fue muy oscura, porque la Luna era nueva desde la víspera; pero las constelaciones brillaban esplendorosamente en el cielo oscurecido. A falta de brújula, el teniente Procopio habría podido guiarse con toda seguridad por la nueva Polar, que brillaba cerca del horizonte. Compréndese que cualquiera que

fuese la distancia que separase entonces a Galia del Sol era muy insignificante respecto a la inconmensurable de las estrellas. En cuanto a esta distancia, era ya grandísima y la última noticia recibida del sabio anónimo lo decía con claridad.

En esto pensaba el teniente Procopio, mientras el capitán Servadac, abismado en otra serie de ideas, no pensaba sino en el compañero o compañeros a quienes iba a socorrer.

La celeridad de Galia en su órbita había disminuido en 20.000 000 de leguas desde el 1. ° de marzo al 1." de abril, de conformidad con la segunda ley de Kepler; pero su distancia del Sol habíase acrecentado en 32.000.000 de leguas.

Se encontraba, por lo tanto, en medio de la zona recorrida por los planetas telescópicos que circulan entre las órbitas de Marte y de Júpiter, como lo demostraba, además, la captación de aquel satélite, que, según el desconocido sabio era Nerina, uno de los últimos asteroides descubiertos. Galia, por consiguiente, continuaba alejándose de su centro atractivo, según una ley perfectamente determinada.

¿No podía abrigarse la esperanza de que el autor de los documentos llegara a calcular aquella órbita y a fijar con exactitud matemática la época en que Galia había de estar en su afelio, si seguía una órbita elíptica? Aquel punto determinaría entonces su distancia mayor al Sol, y, a partir de aquel instante, tendería a aproximarse cada vez más al astro luminoso. Entonces se conocería con precisión la duración del año solar y el número de los día galianos.

En todos estos alarmantes problemas iba pensando el teniente Procopio cuando lo sorprendió bruscamente la vuelta del Sol. El capitán Servadac y él celebraron consejo, y, calculando que habían recorrido 100 leguas en línea recta desde su partida, resolvieron disminuir la celeridad del yu-yu. Al efecto, se acortaron las velas y, a pesar del frío excesivo, los exploradores examinaron la llanura blanca con mayor escrupulosidad.

Estaba desierta en absoluto y no se levantaba una sola roca que alterara su majestuosa uniformidad.

—¿Habremos pasado quizás al Oeste de Formentera? —preguntó el capitán Servadac, después de haber consultado el mapa.

—Es probable —respondió el teniente Procopio—, porque, lo mismo que habría hecho en el mar, me he atenido al viento de la isla. Ahora nos dejaremos llevar.

—Manos a la obra, teniente —repuso el capitán Servadac— y no perdamos tiempo.

El teniente maniobró para poner la proa al Nordeste, mientras que Héctor Servadac, arrostrando el viento frío, permanecía de pie a proa contemplando el

mar en todas direcciones.

No buscaba en el mar una humareda que descubriera el retiro del sabio desgraciado, a quien era muy probable que faltasen el combustible y los víveres, sino la cima de un islote que sobresaliera en el campo de hielo sobre la línea del horizonte.

De pronto su vista se animó y, tendiendo la mano hacia un punto del espacio, dijo:

—¡Allí, allí!

Y mostró al teniente una especie de construcción de madera que sobresalía sobre la línea circular trazada por el cielo y el mar helado.

El teniente Procopio tomó su catalejo y, después de mirar, repuso:

—Sí, sí; esa es una armazón que ha servido para alguna operación geodésica.

Ya no era posible dudar. Se dio la vela al viento y el yu-yu, que estaba a seis kilómetros del punto señalado, marchó hacia él con celeridad prodigiosa.

El capitán Servadac y el teniente Procopio, dominados por la emoción, no habrían podido pronunciar una sola palabra, si hubiesen pretendido hablar. La construcción que habían visto iba aumentando de tamaño a medida que se acercaban y a los pocos instantes descubrieron un conjunto de rocas bajas dominadas por ella y cuya aglomeración formaba una especie de mancha sobre la blanca alfombra del campo de hielo.

Como había sospechado el capitán Servadac, no salía humo del islote y con aquel frío tan intenso no era posible hacerse ilusiones; era seguramente una tumba adonde se encaminaba el yu-yu.

Diez minutos después, y un kilómetro antes de llegar, el teniente Procopio cerró la cangreja, creyendo que el ímpetu del yu-yu bastaría para acercarlo a las rocas.

La viva emoción que oprimía el pecho de Héctor Servadac se acrecentó.

En la cima de la construcción ondeaba al viento un pedazo de estambre azul... Era cuanto quedaba de la bandera de Francia.

El yu-yu chocó, al fin, contra las primeras rocas. El islote sólo tenía medio kilómetro de circunferencia, siendo él el único vestigio que existía de Formentera y del archipiélago de las Baleares.

Junto a la construcción alzábase una miserable cabaña de madera, que tenía cerradas las ventanas.

El capitán Servadac y el teniente Procopio lanzáronse con la rapidez del rayo sobre las rocas y, trepando por las piedras resbaladizas, llegaron a la cabaña.

Héctor Servadac golpeó la puerta que estaba atrancada por la parte interior.

Llamó, pero no obtuvo respuesta alguna.

—¡Aquí, teniente! —exclamó.

Y ambos, apoyando vigorosamente los hombros, hicieron saltar la puerta que estaba medio carcomida.

La cabaña tenía un solo aposento y en él reinaban la oscuridad más completa y el silencio más absoluto.

O el último habitante la había abandonado, o estaba allí muerto.

Abriéronse las ventanas y entró la luz.

En el hogar frío de la chimenea no había sino la ceniza de un fuego apagado.

En un rincón había una cama y sobre ella un cuerpo tendido.

El capitán se acercó y exhaló un grito de angustia.

—¡Muerto de frío y hambre!

El teniente Procopio inclinóse sobre el cuerpo de aquel infortunado.

—¡Vive! —exclamó.

Y, abriendo un frasco que llevaba consigo, lleno de un enérgico cordial, introdujo, aunque no sin algún trabajo, algunas gotas entre los labios del moribundo.

A los pocos momentos oyóse un leve suspiro, al que siguió esta palabra pronunciada con voz débil.

—¿Galia?

—Sí, Galia —respondió Héctor Servadac—, y es...

—Es mi cometa, el que he descubierto yo, mi cometa.

Dichas estas palabras, el moribundo cayó nuevamente en un gran sopor, mientras el capitán Servadac se decía a sí mismo:

—¡Yo conozco a este hombre! ¿Dónde le he visto?

Como era de todo punto imposible cuidarlo y salvarlo de la muerte en aquella cabaña, donde no había recurso alguno. Héctor Servadac y el teniente Procopio adoptaron en seguida la resolución de conducirlo a Tierra Caliente, y en pocos instantes el moribundo, sus instrumentos de física y de astronomía, sus vestidos, sus papeles, sus libros y hasta una puerta vieja que le servía de encerado para sus cálculos, fueron trasladados al yu-yu.

El viento, que por fortuna había cambiado de dirección, era casi favorable, y, para aprovecharlo, puso el teniente Procopio la vela en situación conveniente, y la única roca que quedaba de las islas Baleares fue abandonada por los expedicionarios.

Treinta y seis horas después, es decir, el día 19 de abril, fue depositado en la sala grande de la Colmena de Nina el cuerpo del sabio, que no había abierto los ojos ni pronunciado una sola palabra.

El capitán Servadac y el teniente Procopio fueron recibidos con aclamaciones de júbilo por sus compañeros, que habían esperado con impaciencia, no exenta de cierta zozobra, su regreso.

SEGUNDA PARTE

CAPÍTULO PRIMERO

EN EL QUE SE PRESENTA SIN CEREMONIA EL TRIGÉSIMO SEXTO HABITANTE DEL ESFEROIDE GALIANO

Se había presentado, al fin, en Tierra Caliente el habitante número treinta y seis de Galia.

—Es mi cometa, el que he descubierto yo; mi cometa —habían sido las únicas palabras que había pronunciado y, por cierto, no con mucha claridad

¿Qué había querido decir con esto? ¿Que la proyección de un enorme fragmento de la Tierra, al espacio, se debía al choque de un cometa con el globo terrestre? ¿A cuál de los dos asteroides había dado el nombre de Galia el sabio astrónomo, recogido casi moribundo en Formentera? ¿Al cometa que había chocado con la Tierra o al fragmento desprendido de ésta y lanzado al través del mundo solar?

Esto no podía resolverlo sino el mismo sabio que con tanta energía reclamaba la propiedad de Galia.

De todos modos, no podía dudarse que el moribundo era el autor de las noticias recogidas durante el viaje de exploración de la Dobryna, el astrónomo que había redactado el documento llevado a Tierra Caliente por la paloma mensajera.

Únicamente él había podido arrojar estuches y barriles al mar y dar libertad al ave cuyo instinto debía dirigirla al único territorio habitable y habitado del nuevo astro.

Aquel sabio, porque indudablemente era un sabio, conocía, por consiguiente, alguno de los elementos de Galia; había podido medir su alejamiento progresivo del Sol, y calcular la disminución de su celeridad tangencial; pero, y eso era lo que tenía más importancia, ¿había calculado la naturaleza de su órbita y reconocido si era una hipérbola, una parábola o una elipse la que seguía el asteroide? ¿Había determinado esta condición por medio de la observación sucesiva de tres posiciones de Galia? ¿Sabía, por último, si el nuevo astro estaba en las condiciones requeridas para volver a la Tierra, y cuánto tiempo había de tardar en dar esta vuelta?

Tales eran las preguntas que el conde Timascheff se hizo a sí mismo y las que sometió a la consideración del capitán Servadac y el teniente Procopio, que tampoco pudieron responderle.

Estas varias hipótesis las habían formulado y discutido al hacer su viaje de regreso, pero sin poder resolverlas. Por desgracia, el hombre que, según todas las probabilidades, poseía la solución del problema, estaba reducido a tal estado, que era de temer que sólo hubieran llevado un cadáver a Tierra Caliente. Si era así habría que renunciar a toda esperanza de conocer el porvenir reservado al mundo galiano.

Necesitábase, por consiguiente, en primer término, reanimar el cuerpo del astrónomo que no daba ninguna señal de vida. La farmacia de la Dobryna estaba bien provista, y en nada podía utilizarse mejor que en obtener aquel importante resultado; y eso fue lo que se hizo después de la siguiente observación de Ben-Zuf:

—A la obra, mi capitán, nadie puede calcular lo dura que tienen la piel estos sabios.

Comenzóse, pues, a tratar al moribundo, dándole friegas tan vigorosas que hubieran deteriorado a un vivo, y haciéndole ingerir cordiales tan confortantes que hubieran resucitado a un muerto.

Ben-Zuf, relevado por Negrete, habíase encargado del medicamento exterior, y, sin duda, aquellos dos robustos practicantes cumplieron a conciencia su deber de dar friegas.

Héctor Servadac preguntábase en vano quién era aquel francés recogido en el islote de Formentera y en qué circunstancia lo había visto antes.

Y, sin embargo, habría debido reconocerlo, porque el sabio que reposaba en la gran sala de la Colmena de Nina no era otro que el antiguo profesor de física de Héctor Servadac en el Liceo Carlomagno.

Se llamaba Palmirano Roseta y era un verdadero sabio, muy versado en todas las ciencias matemáticas. Héctor Servadac, después de cursar el primer año de matemáticas elementales, había salido del Liceo Carlomagno para ingresar en la escuela de Saint-Cyr y desde entonces el profesor y él no se habían visto, o, por mejor decir, habíanse creído olvidados uno de otro.

El discípulo, como se sabe, jamás había sido excesivamente aplicado al estudio; pero, en cambio, había hecho muchas diabluras al infeliz Palmirano Roseta juntamente con algunos otros alumnos indisciplinados de su misma condición.

Unos alumnos echaban granos de sal al agua destilada del laboratorio, lo que producía las reacciones químicas más inesperadas. Otros quitaban una gota de mercurio del tubo del barómetro momentos antes que el profesor lo consultara; éstos introducían insectos vivos entre el ocular y el objetivo de los anteojos; aquéllos destruían el aislamiento de la máquina eléctrica para que no produjese una sola chispa; los otros, en fin, agujereaban la plancha que sostenía

la campana de la máquina neumática para hacer sudar a chorros a Palmirano Roseta cuando pretendía extraer el aire de ella. Tales eran las diversiones favoritas del alumno Servadac y de sus revoltosos compañeros.

Aquellos juegos y diabluras tenían tanto más atractivo para los alumnos cuanto que el profesor de quien se trata era un gruñón de primer orden, cuyos accesos de cólera regocijaban a los grandes del Liceo Carlomagno, poniéndolos del mejor humor del mundo.

Dos años después de la salida de Héctor Servadac del Liceo, Palmirano Roseta, que tenía más vocación a la cosmografía que a la física, abandonó el profesorado para dedicarse especialmente a los estudios astronómicos. Intentó entrar en el Observatorio; pero su carácter huraño, tan conocido por los hombres científicos, le mantuvo obstinadamente cerradas las puertas de aquel templo. Como poseía algún capital, dedicóse a la astronomía por su propia cuenta, sin título oficial, proporcionándose el gran placer de criticar los sistemas de los demás astrónomos.

A él se debió el descubrimiento de tres de los últimos planetas telescópicos y el cálculo de los elementos del cometa número 325 del catálogo; pero, como hemos dicho, el profesor Roseta y el alumno Servadac no habían vuelto a verse jamás hasta el encuentro casual del islote de Formentera.

Como habían transcurrido doce años, nada de particular tenía que Servadac no hubiese conocido, sobre todo en el estado en que se encontraba, a su antiguo profesor Palmirano Roseta.

Cuando Ben-Zuf y Negrete sacaron al sabio de entre las pieles que lo envolvían desde la cabeza a los pies, encontráronse con un hombrecillo de cinco pies y dos pulgadas, enflaquecido, sin duda, pero naturalmente flaco y calvo, con un hermoso cráneo prominente que semejava el extremo de un huevo de avestruz. Su rostro no tenía barba, pero conocíase que no había sido afeitado desde hacía una semana; la nariz era larga y algo arqueada y sobre ella cabalgaban un par de formidables anteojos, de esos que, en algunos miopes, puede decirse que forman parte integrante del individuo.

Aquel hombrecillo debía de ser sumamente nervioso, y hasta se le habría podido comparar con una de esas devanaderas de Rhumkorff, cuyo hilo arrollado hubiera sido un nervio de muchos hectómetros de largo y en el que la corriente nerviosa remplazara a la corriente eléctrica con la misma intensidad.

En resumen, en la devanadera Roseta la nerviosidad estaba acumulada en una gran tensión, como la electricidad lo está en la devanadera Rhumkorff.

De todos modos, por nervioso que fuera el profesor, era un deber humanitario hacer todos los esfuerzos posibles para salvarle la vida; en un mundo que sólo tenía treinta y cinco habitantes, el número treinta y seis no debía

ser desdeñado.

Cuando al moribundo se le despojó en parte de sus vestiduras, pudo comprobarse que su corazón palpitaba todavía, aunque débilmente; pero, en fin, palpitaba, y por consiguiente era posible que recobrará el conocimiento, gracias a los cuidados que le prodigaban.

Ben-Zuf frotaba sin cesar aquel cuerpo, seco como un sarmiento viejo, hasta hacer temer que se incendiara, y como si hubiera limpiado su sable para una parada, mientras propinaba su vigoroso medicamento, cantaba coplas soldadescas.

Gracias a Dios, a los veinte minutos de frotación no interrumpida, escapóse un suspiro de los labios del moribundo, al que siguió el segundo y, luego el tercero. Su boca, herméticamente cerrada hasta aquel momento, se abrió; se entornaron sus ojos, se volvieron a cerrar y, al fin, se abrieron por completo; pero si' que el sabio supiera todavía el sitio ni las circunstancias en que se encontraba. Pronunció algunas palabras ininteligibles; tendió su mano derecha, la levantó, la llevó a la frente, como si buscara algún objeto y, luego, se contrajeron sus facciones, se enrojeció su cara, como si hubiera vuelto a la vida agitada por un exceso de locura, y exclamó:

—¡Mis anteojos! ¿Dónde están mis anteojos?

Ben-Zuf buscó los anteojos y tuvo la fortuna de encontrarlos. Eran unos anteojos monumentales, armados de oculares de telescopio a guisa de cristales.

Durante las friegas habíanse desprendido de las sienes del profesor, a las que parecían fijados, como si un tornillo atravesara su cabeza de una sien a otra Roseta se los ajustó sobre la nariz, de pico de águila, que era su asiento natural, y exhaló entonces un nuevo suspiro que terminó por un ¡hum! que a todos pareció de buen agüero.

El capitán Servadac habíase inclinado sobre el rostro de Palmirano Roseta a quien miraba muy atentamente. El profesor abrió en aquel momento los ojos por completo, miró al través del espeso cristal de sus anteojos, y con voz irritada exclamó:

—¡Alumno Servadac, quinientas líneas para mañana!

Este fue el saludo que Palmirano Roseta dirigió al capitán Servadac; pero, cuando oyó este extraño principio de conversación, sin duda alguna provocado por el recuerdo súbito de antiguos resentimientos, el oficial francés, aunque creía soñar, conoció a su antiguo profesor de física del Liceo Carlomagno.

—¡Señor Palmirano Roseta! —exclamó—. ¡Mi antiguo profesor, aquí mismo... en carne y hueso!

—En hueso solamente —respondió Ben-Zuf.

—¡Diablo! ¡El encuentro es singular! —añadió el capitán Servadac

estupefacto.

Mientras tanto, Palmirano Roseta había caído de nuevo en una especie de somnolencia que se creyó prudente respetar.

—Tranquilícese usted, mi capitán —dijo Ben-Zuf—; vivirá, respondo de ello; estos hombrecillos son todo nervios. Yo los he visto más secos que éste y que habían venido de más lejos.

—¿Pues de dónde habían venido, Ben-Zuf?

—De Egipto, mi capitán, en una caja muy pintarrajeada.

—Eran momias, ¡imbécil!

—Lo que usted quiera, mi capitán.

Como el profesor se había dormido, se le condujo a un lecho bien caliente, aplazándose hasta que se despertara las urgentes preguntas relativas a su cometa que se le deseaba hacer.

Durante todo aquel día el capitán Servadac, el conde Timascheff y el teniente Procopio, que representaban la Academia de Ciencias de la pequeña colonia, en vez de esperar pacientemente al día siguiente, se entretuvieron en discutir las más inverosímiles hipótesis. ¿Qué cometa era aquel a que Palmirano Roseta había impuesto el nombre de Galia? ¿Se aplicaba este nombre a un fragmento desprendido del globo? ¿Los cálculos de distancia y de celeridad expuestos en los breves documentos del profesor, se referían al cometa Galia o al soberbio esferoide que conducía al capitán Servadac y a sus treinta y cinco compañeros por el espacio? ¿No eran galianos los supervivientes de la humanidad terrestre?

Si, efectivamente, no eran galianos, el conjunto de deducciones laboriosas cuyo resultado era la hipótesis de la producción de un esferoide arrancado de las entrañas de la Tierra, y que ocasionaba los nuevos fenómenos cósmicos quedaba destruido.

—De todos modos —exclamó al fin el capitán Servadac—, ahí está el profesor Roseta que nos dirá la verdad, porque seguramente la dirá.

Al hablar de Palmirano Roseta, el capitán Servadac lo dio a conocer a sus compañeros como un hombre de mal genio con quien era muy difícil mantener amistosas relaciones; un ente original, absolutamente incorregible; muy terco y gruñón, pero, como todas las personas gruñonas, buen hombre en el fondo. Lo mejor sería siempre dejar que pasara su mal humor, como se deja pasar una tempestad poniéndose al abrigo de ella.

Cuando el capitán Servadac hubo concluido su pequeña digresión biográfica, el conde Timascheff hizo uso de la palabra diciendo:

—Crea usted, capitán, que haremos cuanto nos sea posible para vivir en buena armonía con el profesor Palmirano Roseta, quien nos prestará un gran

servicio comunicándonos el resultado de sus observaciones. Pero sólo podrá hacerlo en un caso.

—¿Cuál? —preguntó Héctor Servadac.

—En el caso —respondió el conde Timascheff— de que sea, en efecto, el autor de los documentos que hemos recogido.

—¿Lo pone usted en duda?

—No, capitán. Todas las probabilidades estarían contra mí, y no he dicho esto sino para agotar la serie de las hipótesis desfavorables.

—¿Quién podía haber redactado esas diversas noticias sino mi antiguo profesor? —observó el capitán Servadac.

—Algún otro astrónomo abandonado quizás en otra parte de esta tierra.

—No puede ser —respondió el teniente Procopio—, porque los documentos son los únicos que nos han dado a conocer el nombre de Galia, y este nombre ha sido el primero que han pronunciado los labios del profesor Roseta.

A esta observación no había nada que oponer, y no podía dudarse que el solitario de Formentera fuese el autor de las noticias adquiridas.

Oportunamente se sabría qué hacía en aquella isla.

Además, no solamente la puerta en que hacía sus cálculos, sino también sus papeles, habían sido llevados con él, y no era indiscreto consultarlos mientras dormía.

Y así se hizo efectivamente.

La letra y los números habían sido escritos evidentemente por la misma mano que los documentos. La puerta estaba todavía cubierta de signos algebraicos trazados con yeso, que fueron cuidadosamente respetados. En cuanto a los papeles eran casi todos cuartillas llenas de hipérbolas, curvas abiertas cuyas dos ramas son infinitas y se apartan cada vez más unas de otras; las parábolas, curvas caracterizadas por la forma reentrante, pero cuyas ramas se alejan de igual modo hasta lo infinito; y, por último, las elipses, curvas siempre cerradas por mucho que se prolonguen.

El teniente Procopio observó que estas diversas curvas se referían precisamente a las órbitas cometarias que podían ser parabólicas, hiperbólicas o elípticas, lo que quería decir en los dos primeros casos, que los cometas observados desde la Tierra no habían de volver jamás a presentarse en el horizonte terrestre, y en el tercero que reaparecerían en él periódicamente después de más o menos tiempo.

A juzgar por la sola inspección de los papeles y de la puerta, era evidente que el profesor se había dedicado a hacer cálculos de elementos cometarios; pero era imposible prejuzgar nada acerca de las diversas curvas sucesivamente trazadas por él, porque los astrónomos para empezar a hacer cálculos, atribuyen

a los cometas una órbita parabólica.

El resultado de todas estas deducciones fue que Palmirano Roseta, durante su estancia en Formentera, había calculado, total o parcialmente, los elementos de un cometa nuevo cuyo nombre no figuraba en el catálogo.

¿Había efectuado este cálculo antes o después del cataclismo de 1.º de enero? Sólo él podía decirlo.

—Es preciso esperar —dijo el conde Timascheff.

—Esperaremos, pero con impaciencia —respondió el capitán Servadac que estaba muy inquieto—. Daría un mes de mi vida por cada hora de sueño del profesor Roseta.

—Quizás hiciera usted un mal negocio, capitán —repuso el teniente Procopio.

—¡Eh! ¿Por saber el porvenir reservado a nuestro asteroide...?

—No quiero quitar a usted las ilusiones, capitán —respondió el teniente Procopio—; pero de que el profesor sepa mucho respecto al cometa Galia, no se deduce que pueda darnos noticias acerca del fragmento que nos lleva por el espacio. La aparición del cometa en el horizonte terrestre, ¿se relaciona siquiera con la proyección de un trozo del globo al espacio?

—Sí, diablo —exclamó el capitán Servadac—, evidentemente se relaciona. Es claro como la luz del día que...

—¿Cómo? —preguntó el conde Timascheff como si aguardara la respuesta que iba a dar su interlocutor.

—Que la Tierra ha chocado con un cometa, y que a ese choque se debe el haber sido proyectada al espacio la parte en que estamos.

Al oír esta hipótesis afirmativa, expuesta por el capitán Servadac, el conde Timascheff y el teniente Procopio miráronse durante algunos instantes.

Por improbable que fuera el encuentro de la Tierra con un cometa, no era imposible, y un choque de esta naturaleza podía ser la explicación del fenómeno inexplicable, la clave del enigma cuyos efectos eran tan extraordinarios.

—Quizá tenga usted razón, capitán —respondió el teniente Procopio, después de haber examinado la cuestión desde este nuevo punto de vista—. Puede admitirse que se produzca un choque de tal naturaleza y que se desprenda un fragmento considerable de la Tierra, en cuyo caso el enorme disco que vimos durante la noche inmediata a la catástrofe sería el cometa, desviado de su órbita normal, pero cuya celeridad era tanta que la Tierra no ha podido retenerlo en su centro de atracción.

—No se explica de otro modo la presencia de este astro desconocido —respondió el capitán Servadac.

—Esa —dijo entonces el conde Timascheff— es una nueva hipótesis,

bastante plausible por cierto, y que está de acuerdo con nuestras observaciones y con las del profesor Roseta. En tal caso, el nombre de Galia, dado por este profesor, sería el del astro errante cuyo choque hemos sufrido.

—Sin duda alguna, conde Timascheff.

—Muy bien, capitán; pero hay una cosa inexplicable.

—¿Cuál?

—Que ese sabio se haya preocupado más del cometa que del trozo de Tierra que lo lleva a él y a nosotros por el espacio.

—¡Ah, conde Timascheff! —respondió el capitán Servadac—. Usted sabe que esos fanáticos de la ciencia son personas muy originales y que el que tenemos aquí es el más original de todos.

—Es muy posible —observó el teniente Procopio— que el cálculo de los elementos de Galia haya sido hecho antes de que se verificase el choque. El profesor ha podido ver venir el cometa y observarlo antes de la catástrofe.

La observación del teniente Procopio era atinada; pero de todos modos la hipótesis del capitán fue aceptada en principio. Todo quedaba reducido, según esta hipótesis, a que un cometa, cortando la eclíptica, había chocado con la Tierra durante la noche del 31 de diciembre al 1.º de enero, separando del globo terrestre un enorme fragmento que había sido proyectado a los espacios interplanetarios.

Si la Academia de Ciencias de Galia no había descubierto por completo todavía la verdad, debía faltarle muy poco.

El problema sólo podía ser resuelto completamente por Palmirano Roseta.

CAPÍTULO II

DONDE SE ENSEÑA AL LECTOR LO QUE SEGURAMENTE HA ADIVINADO YA

Así concluyó el día 19 de abril.

A Mientras los jefes discutían, los colonos se ocupaban de sus deberes habituales. La introducción inesperada del profesor en la escena de Galia, no era cosa que pudiera llamarles mucho la atención. Los españoles, indolentes por naturaleza, y los rusos, confiados en su amo, cuidábanse poco de los efectos y de las causas, no interesándose saber más si Galia debía volver a la Tierra o si se verían obligados a vivir en ella, o, lo que es lo mismo, morir en el nuevo asteroide. Por esta razón no perdieron una hora de sueño aquella noche y descansaron como filósofos a quienes nada puede conmover.

Ben-Zuf, convertido en enfermero, permaneció constantemente a la cabecera del lecho del profesor Roseta, pues penetrado de la importancia de sus deberes se había empeñado en ponerle bueno. Su honor estaba comprometido en ello y lo cuidaba como una madre podía cuidar a su hijo. A la menor ocasión le administraba una porción de gotas de un poderoso cordial; contaba sus suspiros y escuchaba ávidamente las palabras que se escapaban de sus labios.

La verdad nos obliga a decir que el nombre de Galia era pronunciado con frecuencia por Palmirano Roseta durante su intranquilo sueño, unas veces con inquietud y otras con cólera. El profesor soñaba sin duda que pretendían robarle su cometa, que le disputaban el descubrimiento de Galia y la prioridad de sus observaciones y de sus cálculos. Palmirano Roseta era un hombre que reñía hasta en sueños.

Pero, a pesar de haber prestado suma atención el enfermero, no pudo sorprender en aquellas palabras incoherentes nada que contribuyera a resolver el gran problema.

El profesor durmió toda la noche, y sus suspiros, ligeros al principio, no tardaron en convertirse en ronquidos sonoros del mejor agüero.

Cuando el Sol apareció en el horizonte occidental de Galia, Palmirano Roseta descansaba todavía y Ben-Zuf creyó conveniente respetar su sueño.

Además, un incidente nuevo reclamaba en aquel momento la atención del ordenanza.

Resonaron varios golpes descargados en la gruesa puerta que cerraba el orificio de la galería principal de la Colmena de Nina. Aquella puerta servía, si

no para evitar las visitas inoportunas, para resguardarse contra el frío exterior.

Ben-Zuf pensó dejar momentáneamente la cabecera del enfermo; pero, después de haber reflexionado, díjose que habría oído mal, que no era portero y que otros menos ocupados que él podrían abrir la puerta.

Todos dormían aun profundamente en la Colmena de Nina; pero el ruido se repitió. Sin duda lo producía un ser animado con un instrumento contundente.

—¡Rayos y centellas! Esto es demasiado —dijo Ben-Zuf—. ¿Quién dará esos golpes?

Y se dirigió a la galería principal.

Al llegar a la puerta preguntó con voz que nada tenía de conciliadora:

—¿Quién llama?

—Yo —le respondieron con mansedumbre.

—¿Quién es usted?

—Isaac Hakhabut.

—¿Y qué quieres a estas horas, viejo Astaroth?

—Que me permita usted entrar, señor Ben-Zuf.

—¿Qué buscas aquí? ¿Tienes que vender alguna mercancía?

—Ya sabe usted que no me las pagan.

—Pues vete al diablo.

—Señor Ben-Zuf —añadió el judío con acento humilde de súplica—, deseo hablar a su excelencia el gobernador general.

—Está durmiendo.

—Esperaré a que despierte.

—Pues espera ahí mismo, Abimelech.

Ben-Zuf iba a volver al lado del enfermo sin más ceremonias, cuando llegó el capitán Servadac que acababa de despertarse.

—¿Qué sucede, Ben-Zuf?

—Nada o casi nada; ese perro de Hakhabut que pretende hablar con usted a estas horas, mi capitán.

—Pues abre la puerta —ordenó Héctor Servadac—, y sabremos qué le trae aquí.—Su interés seguramente.

—Abre.

Ben-Zuf obedeció.

Hakhabut, envuelto en su vieja hopalanda, precipitóse en seguida en la galería.

El capitán Servadac volvió a la sala central, adonde lo siguió el judío aplicándole los calificativos más honoríficos.

—¿Qué quiere usted? —preguntó el capitán Servadac contemplando al judío.

—¡Ah, señor gobernador! —exclamó éste—. ¿No ha sabido usted nada nuevo en estas últimas horas?

—¿Son noticias lo que viene usted a buscar?

—Sí, señor gobernador, y espero que no se negará usted a dármelas.

—No le diré a usted nada, señor Isaac, porque nada sé.

—Sin embargo, ha llegado ayer una persona a Tierra Caliente.

—¡Ah! ¿Sabe usted eso?

—Sí, señor gobernador. Desde mi pobre urca he visto que el yu-yu partía para un gran viaje y luego lo he visto volver y me ha parecido que desembarcaban con precaución...

¿Qué?

—¿No es cierto, señor gobernador, que han recogido ustedes a un extranjero?

—¿Lo conoce usted?

—No, señor gobernador; pero, en fin, yo quisiera... desearía...

¿Qué?

—Hablar a ese extranjero, porque quizá venga...

—¿De dónde?

—De las costas septentrionales del Mediterráneo y es lícito suponer que traiga...

—¿Qué ha de traer?

—Noticias de Europa —dijo el judío mirando con avidez al capitán Servadac.

Aquel mentecato, al cabo de tres meses y medio de estancia en Galia, se obstinaba en no dar crédito a cuanto le habían dicho sobre su situación. Sin duda, le era más difícil que a cualquier otro desprenderse moralmente de las cosas de la Tierra, aunque materialmente estaba ya desprendiéndose de ellas. Si se había visto obligado con gran sentimiento suyo a convenir en la ya aparición de fenómenos anormales, como la disminución de las horas del día y de la noche y la variación de los puntos cardinales con relación a la salida y puesta del Sol, todo esto, según él ocurría en la Tierra. Aquel mar era el mismo Mediterráneo; si parte de África había desaparecido a causa de un cataclismo, Europa seguía existiendo por entero a pocos centenares de leguas hacia el Norte. Sus habitantes vivían aún en ella como antes y él podía continuar su tráfico, comprando y vendiendo, en una palabra, comerciando con ellos. La Hansa haría el cabotaje del litoral europeo a falta del litoral africano, y no perdería quizás en el cambio. Por eso Isaac Hakhabut se había apresurado a ir a la Colmena de Nina para informarse de las noticias que hubiese de Europa.

Pretender desengañar a aquel judío y sacarlo de su obstinación habría sido

trabajo inútil, y el capitán Servadac no lo intentó siquiera. No le interesaba tampoco reanudar sus relaciones con aquel renegado que le repugnaba y se limitó, al oír su súplica a encogerse de hombros.

—Entonces, ¿no me he engañado? —dijo el judío animándose—. ¿Ha llegado ayer un forastero?

—Sí —respondió Ben-Zuf.

—¿Vivo?

—Así lo esperamos.

—¿Y puedo saber, señor Ben-Zuf, de qué punto de Europa ha venido ese viajero?

—De las islas Baleares —respondió Ben-Zuf, que quería saber qué era lo que se proponía Isaac Hakhabut.

—¡Las islas Baleares! —exclamó el judío—. Magnífico punto del Mediterráneo para comerciar. Allí he realizado muy buenos negocios en otro tiempo. La Hansa era muy conocida en el archipiélago. —Demasiado conocida.

—Esas islas se encuentran a menos de veinticinco leguas de la costa de España, y es imposible que el viajero no haya traído noticias de Europa.

—Sí, Manasés, y tú oirás tales cosas que han de alegrarte.

—¿De veras, señor Ben-Zuf? —De veras.

—No tendría inconveniente —repuso el judío vacilando—, no ciertamente, aunque soy pobre... no tendría inconveniente en dar algunos reales por hablar con él...

—Creo que sí le hablarás.

—Los daría en seguida... con la condición de hablarle ahora mismo.

—¡Qué lástima! —respondió Ben-Zuf—. Desgraciadamente se encuentra muy fatigado y ahora está durmiendo.

—Pero se le puede despertar.

—Hakhabut —dijo entonces el capitán Servadac—, si se atreve usted a despertar a alguien, haré que lo pongan a usted inmediatamente en la puerta.

—Señor gobernador —respondió el judío con la mayor humildad posible—, quisiera, sin embargo, saber...

—Ya lo sabrá usted —replicó el capitán Servadac—, y hasta deseo que se encuentre presente cuando nuestro nuevo compañero nos dé noticias de Europa...

—Y yo también, Ezequiel —añadió Ben-Zuf—, porque me agrada mucho ver la cara que pones al oírlas.

Isaac Hakhabut no tuvo necesidad de esperar mucho tiempo, porque en aquel mismo instante empezó a llamar Palmirano Roseta con impaciencia.

Al oírlo, corrieron todos al lecho del profesor; el capitán Servadac, el conde Timascheff, el teniente Procopio y Ben-Zuf cuya mano vigorosa apenas podía

contener al judío Hakhabut.

El profesor sólo estaba medio despierto y, según todas las probabilidades, continuaba bajo la influencia de un sueño, porque gritaba:

—¡Eh, José! ¡El diablo cargue con ese animal! ¿Vendrás, al fin, José?

José era seguramente el criado de Palmirano Roseta; pero le era imposible acudir al llamamiento por la sencilla razón de que se encontraba en el antiguo mundo. El choque de Galia con la Tierra había separado bruscamente y quizá para siempre al amo y al criado.

Aquél iba despertándose poco a poco; pero sin cesar de dar gritos.

—¡José, endiablado José! ¿Dónde has puesto mi puerta?

—Su puerta está bien guardada —dijo entonces Ben-Zuf.

Palmirano Roseta abrió los ojos, mirando con fijeza al ordenanza y arrugó el entrecejo.

—¿Eres tú, José? —preguntó.

—Para servir a usted, señor Palmirano —respondió imperturbablemente Ben-Zuf.

—Pues —dijo el profesor—, tráeme el café inmediatamente.

—Un café —gritó Ben-Zuf, dirigiéndose a la cocina.

Mientras tanto, el capitán Servadac había ayudado a Palmirano Roseta a sentarse sobre la cama.

—Querido profesor, ¿ha conocido usted a su antiguo discípulo del colegio Carlomagno? —le dijo.

—Sí, Servadac —respondió Palmirano Roseta—, y espero que te hayas corregido en los doce años que hace que no nos vemos.

—Por completo —contestó sonriendo el capitán.

—Muy bien, muy bien —añadió Palmirano Roseta—; pero venga mi café; sin café no tengo claras las ideas y hoy las necesito más que nunca.

Afortunadamente, presentóse Ben-Zuf en aquel momento, llevando el brebaje apetecido: una enorme taza de café bien caliente.

Palmirano Roseta lo bebió, se levantó, entró en la sala común, miró distraídamente a todos lados y tomó asiento en un sillón, el mejor de los que habían sacado de la Dobryna.

Luego, a pesar de que su aire continuaba siendo adusto, dijo en tono de satisfacción que recordaba las frases: all right, los va bene y los nihil desperandum, de las noticias:

—Y ahora, señores, ¿qué me dicen ustedes de Galia?

El capitán Servadac, en primer lugar iba a preguntar qué significaba el nombre de Galia, cuando se le adelantó Isaac Hakhabut.

Al ver al judío el profesor volvió a fruncir el ceño y, con el acento de una

persona a quien no se le guardan las consideraciones debidas, preguntó rechazando a Hakhabut con la mano:

—¿Quién es este mamarracho?

—No haga usted caso —respondió Ben-Zuf.

Pero no era fácil contener al judío ni impedir que hablase, y volvió de nuevo a la carga, sin consideración a las personas presentes.

—Señor —dijo—, en el nombre del Dios de Abraham, de Israel y de Jacob, le suplico encarecidamente que nos dé noticias de Europa.

Palmirano Roseta dio un salto sobre el sillón en que estaba sentado, como si hubiera sido movido por un resorte.

—¡Noticias de Europa! —exclamó—. ¿Quiere usted tener noticias de Europa?

—Sí... sí —respondió el judío agarrándose con ambas manos al sillón del profesor, para resistir mejor los empujones de Ben-Zuf.

—¿Y para qué? —preguntó Palmirano Roseta.

—Para volver a ella.

—¡Para volver a ella! ¿A cuántos estamos hoy? —preguntó el profesor, dirigiéndose a su antiguo discípulo.

—A 20 de abril —respondió el capitán Servadac.

—Entonces, hoy 20 de abril —dijo Palmirano Roseta, cuya frente parecía iluminada por una aureola—, hoy Europa se encuentra a ciento veintitrés millones de leguas de nosotros.

Isaac Hakhabut dejóse caer como si acabaran de arrancarle el corazón.

—¿Qué es esto? —preguntó Palmirano Roseta—.

¿No saben ustedes nada?

—Voy a decirle todo lo que sabemos —respondió el capitán Servadac.

Y, en pocas palabras, informó al profesor de la situación. Refirió cuanto había ocurrido desde la noche del 31 de diciembre; que la Dobryna había realizado un viaje de exploración; que había descubierto lo que quedaba del antiguo continente, esto es, algunos puntos de Túnez, de Cerdeña, de Gibraltar y de Formentera; que había recogido los tres documentos anónimos, y, por último, que habían abandonado la isla Gurbí para ir a Tierra Caliente e instalarse en la Colmena de Nina.

Palmirano Roseta escuchó esta explicación, pero con algunos gestos de impaciencia, y, cuando el capitán hubo concluido, dijo:

—Señores, ¿dónde creen ustedes que se encuentran ahora?

—En un nuevo asteroide que gravita por el mundo solar —respondió el capitán Servadac.

—Bueno; ¿y ustedes creen que este nuevo asteroide es...?

—Un enorme fragmento arrancado del globo terrestre.

—¡Arrancado! ¡Ah, arrancado, efectivamente, un fragmento del globo! ¿Y por quién y para qué?

—Por el choque de un cometa, al que ha dado usted el nombre de Galia, querido profesor.

—Pues no, señores —dijo Palmirano Roseta levantándose—, es algo mejor que eso.

—¿Mejor que eso? —dijo el teniente Procopio.

—Sí —repuso el profesor—, sí. Es verdad que un cometa desconocido chocó con la Tierra en la noche del 31 de diciembre al 1.º de enero, a las dos horas, cuarenta y siete minutos, treinta y cinco segundos; pero la rozó únicamente, por decirlo así, llevándose algunas partículas que ustedes han encontrado durante su viaje de exploración.

—En ese caso —preguntó el capitán Servadac—, ¿dónde estamos?

—En el astro al que he dado el nombre de Galia —respondió orgullosamente Palmirano Roseta—. ¡Están ustedes en mi cometa!

CAPÍTULO III

VARIACIONES SOBRE EL CONOCIDO TEMA DE LOS COMETAS DEL MUNDO SOLAR Y DE OTROS

Siempre que el profesor Palmirano Roseta daba lección de cometografía, definía los cometas de la manera siguiente, de acuerdo con los mejores astrónomos :

Los cometas son astros compuestos de un punto central, llamado núcleo; de una nebulosidad, a que se da el nombre de cabellera, y de un rastro luminoso que se llama cola. Estos astros no son visibles para los habitantes de la Tierra, sino en una parte de su curso, a causa de la grande excentricidad de la órbita que describen alrededor del Sol.

Palmirano Roseta agregaba siempre que su definición era rigurosamente exacta, pero teniendo en cuenta que los tales astros podían carecer de núcleo, de cola o de cabellera sin que por eso dejaran de ser cometas.

También solía agregar que, según Arago, un astro, para merecer el hermoso nombre de cometa, debía, primero estar dotado de movimiento propio; segundo, describir una elipse muy prolongada y, por consiguiente, alejarse tanto que llegara a ser invisible desde el Sol y desde la Tierra.

La primera condición diferenciaba al astro de toda estrella, y la segunda lo diferenciaba de los planetas. No perteneciendo, pues, a la clase de los meteoros y no siendo tampoco planeta ni estrella, necesariamente tenía que ser cometa.

Al explicar el profesor Palmirano Roseta estas lecciones en su cátedra, no podía sospechar que algún día había de ser llevado por un cometa a través del mundo solar. Había tenido siempre por estos astros, cabelludos o no, especial predilección. ¿Presentía lo que le reservaba el porvenir? Probablemente, y, acaso, por esta razón se había especializado en el estudio y conocimiento de la cometografía. Lo que debía sentir particularmente en Formentera después del choque fue sin duda no tener auditorio, porque en otro caso se habría apresurado a empezar una lección respecto de los cometas, tratando el tema en el orden siguiente :

1.º ¿Qué número de cometas existen en el espacio?

2.º ¿Qué son cometas periódicos?

3.º ¿Qué probabilidades hay de que choquen la Tierra y un cometa cualquiera?

4.º ¿Cuáles serían las consecuencias del choque en el caso de que el cometa tuviera núcleo y en el caso de que no lo tuviese?

Palmirano Roseta, después de haber respondido a estas cuatro preguntas, habría satisfecho la curiosidad de sus discípulos más exigentes.

Esto es lo que el autor, en sustitución del profesor, se propone hacer en este capítulo. Respondiendo a la primera pregunta relativa al número de los cometas en el espacio, Kepler ha dicho que son tan numerosos en el cielo como los peces en el agua.

Arago calcula en diecisiete millones el número de los astros que peregrinan en los límites del mundo solar.

Lambert dice que hay quinientos millones desde aquí a Saturno solamente, es decir, en una extensión de trescientos sesenta y cuatro millones de leguas.

Otros cálculos elevan este número a setenta y cuatro mil billones.

Lo cierto es que se desconoce en absoluto el número de estos astros cabelludos, porque nadie los ha contado ni los contará jamás, pero son muchísimos. Para continuar y ampliar la comparación imaginada por Kepler, agregaremos que un pescador situado en la superficie del Sol no podría lanzar sus anzuelos al espacio sin prender en ellos algún cometa.

Además, existen en el universo otros muchos cometas que se han escapado de la influencia del Sol, y hay algunos tan vagabundos y desarreglados que salen caprichosamente del centro de atracción que les corresponde, para entrar en otro. Cambian de mundo solar con facilidad deplorable; los unos, apareciendo en el horizonte terrestre que antes no los había visto, y los otros, desapareciendo sin que vuelva a vérselos más. Ateniéndonos a los cometas que pertenecen, efectivamente, al mundo solar, ¿tienen órbitas fijas invariables y, por consiguiente, no pueden chocar unos con otros ni con la Tierra? No; estas órbitas están a merced de influencias extrañas; de elípticas pueden convertirse en parabólicas o hiperbólicas, y, hablando sólo de Júpiter, este astro es el mayor desorganizador de órbitas que existe. Según las observaciones de los astrónomos, parece que está interpuesto siempre en el camino que suelen seguir los cometas, sobre los que ejerce una influencia que puede serles funesta, y cuyo poder atractivo eclipsa.

Tal es, en sus rasgos principales, el mundo cometario, que consta de millones de astros.

Respecto a la segunda cuestión, relativa a los cometas periódicos y no periódicos, investigando los anales astronómicos, encontraremos de quinientos a seiscientos cometas que han sido observados detenidamente en diferentes

épocas; pero de este número sólo hay unos cuarenta, cuyos períodos de revolución se conocen con exactitud.

Estos cuarenta astros se dividen en cometas periódicos y no periódicos, los primeros de los cuales vuelven a aparecer en el horizonte terrestre después de un intervalo más o menos largo, pero casi regular. Los segundos, cuya vuelta no puede determinarse por anticipado, se alejan del Sol a distancias realmente inconmensurables.

Entre los cometas periódicos hay diez cuya periodicidad es de corta duración y cuyos movimientos están calculados con precisión suma. Son los cometas de Halley, de Encke, de Gambart, de Faye, de Brörsen, de Arrest, de Tuttle, de Winecke, de Vico y de Tempel.

Para ilustrar al lector que no esté muy versado en esta materia, expondremos con suma brevedad la historia de estos cometas, rogando, a los que ya la sepan, que nos perdonen la digresión.

El cometa de Halley es el que desde más antiguo se conoce. Se supone que fue visto en el año 134 y en el año 52, antes de Jesucristo, y después en los años 400, 855, 930, 1005, 1230, 1305, 1380, 1456, 1531, 1607, 1682, 1759, 1835 y 1910. Se mueve de Oriente a Occidente, o, lo que es lo mismo, en sentido inverso del movimiento de los planetas alrededor del Sol. Los intervalos que separan sus apariciones son de setenta y cinco y setenta y seis años, según sufran mayor o menor alteración en su revolución, por la vecindad de Júpiter y de Saturno, retrasos que llegan a seiscientos días.

El ilustre Herschel, instalado en el cabo de Buena Esperanza, al aparecer este cometa en 1835, y en mejores condiciones que los astrónomos del hemisferio boreal, siguió su marcha hasta fin de marzo de 1836, época en que su distancia de la Tierra lo hizo invisible. En su perihelio pasa a veintidós millones de leguas del Sol, o sea a una distancia menor que la de Venus, lo que había ocurrido también a Galia, y en su afelio se aleja a mil trescientos millones de leguas, esto es, más allá de la órbita de Neptuno.

El cometa de Encke completa su revolución en un período más corto que los demás, porque, por término medio, sólo es de mil doscientos cinco días, menos de tres años y medio. Se mueve de Occidente a Oriente; fue descubierto el 26 de noviembre de 1818, y, según el cálculo de sus elementos, se identificaba con el cometa observado en 1805. Como lo habían predicho los astrónomos, volvió a vérselo en 1822, 1825, 1829, 1832, 1835, 1838, 1845, 1848, 1852; etc., y jamás ha dejado de mostrarse sobre el horizonte terrestre en épocas determinadas. Su órbita está contenida dentro de la de Júpiter; no se separa, por consiguiente, del Sol más de ciento cincuenta y seis millones de leguas, y se aproxima a él hasta trece millones, esto es, más que Mercurio. Se ha observado

que el mayor diámetro de la órbita elíptica de este cometa disminuye progresivamente, siendo, por lo tanto, su distancia media al Sol cada vez más pequeña. Es probable que el cometa de Encke caiga al fin en el astro radiante, a no ser que antes de que esto ocurra sea volatilizado por el calor del Sol.

El cometa de Gambart o de Biela se vio en 1772, 1789, 1795 y 1805; pero hasta el 28 de febrero de 1826 no se determinaron sus elementos. Su movimiento es directo, y efectúa su revolución en dos mil cuatrocientos diez días, unos siete años aproximadamente. Durante su perihelio pasa a treinta y dos millones setecientas diez mil leguas del Sol, esto es, un poco más próximo que la Tierra; y, durante su afelio, se aleja a doscientos treinta y cinco millones trescientas setenta mil leguas, o sea más allá de la órbita de Júpiter. En 1836 prodújose un curioso fenómeno en este cometa, y consistió en reaparecer en dos trozos sobre el horizonte terrestre. Seguramente lo había dividido en el camino la acción de alguna fuerza interior. Ambos fragmentos viajaban entonces juntos a setenta mil leguas uno de otro; pero en 1852 esta distancia era de quinientas mil leguas.

El cometa de Faye, visto por primera vez el 22 de noviembre de 1843, ejecuta su revolución en sentido directo y, calculados los elementos de su órbita, se predijo que volvería a aparecer en 1850 y 1851, al cabo de siete años y medio, o sea de dos mil setecientos dieciocho días.

La predicción se confirmó y el astro reapareció en la época anunciada como en las anteriores, después de pasar a sesenta y cuatro millones seiscientas cincuenta mil leguas del Sol, o sea más lejos que Marte, y alejarse doscientos veintiséis millones quinientas sesenta mil leguas, esto es, más que Júpiter.

El cometa Brörsen, descubierto el 26 de febrero de 1846, tiene movimiento directo y efectúa su revolución alrededor del Sol en cinco años y medio, o sea dos mil cuarenta y dos días. Su distancia en el perihelio es de veinticuatro millones seiscientas catorce mil leguas, y su distancia en el afelio de doscientas dieciséis millones de leguas.

El cometa de Arrest efectúa su revolución en poco más de dos años y medio, pasó en 1862 a poco más de once millones de leguas de Júpiter; el de Tuttle, en trece años y dos tercios; el de Winecke, en cinco años y medio; el de Tempel, en tiempo casi igual, y el de Vico, según parece, se ha extraviado en los espacios celestes; pero ninguno de estos astros ha sido observado completamente como los cinco cometas antes citados.

En cuanto a los principales cometas de largos periodos, cuarenta han sido estudiados con más o menos precisión. El cometa de 1556, llamado de Carlos V, que era esperado por los astrónomos hacia 1860, no ha reaparecido.

El cometa de 1680, estudiado por Newton y que, según Wkiston, ocasionó el diluvio acercándose demasiado a la Tierra, fue visto en el año 619 y en el 43,

antes de Jesucristo, y, después, en 531 y en 1106. Su revolución en este caso sería de 675 años y créese que en su perihelio se aproxima tanto al Sol que recibe un calor veintiocho mil veces mayor que el que recibe la Tierra o lo que es lo mismo, dos mil veces la temperatura del hierro en fusión.

El cometa de 1586 puede compararse por la viveza de su brillo con una estrella de primera magnitud.

El de 1744 tenía varias colas, como un gran bajá girando alrededor del Gran Turco.

El de 1812, que dio su nombre al año de su aparición, lo recubría un anillo de ciento setenta y una leguas de diámetro, una nebulosidad de cuatrocientos cincuenta mil leguas y una cola de cuarenta y cinco millones de leguas.

El de 1843, del que se creyó que era el mismo que el de 1668, 1494 y 1317, fue observado por Cassini, pero los astrónomos discrepan en la apreciación del tiempo que tarda en efectuar su revolución. Pasa a doce mil leguas del Sol con una celeridad de quince mil leguas por segundo. El calor que recibe durante su perihelio es igual al que pudieran enviar a la Tierra cuarenta y siete mil soles como el nuestro. Su cola era visible en pleno día; tanto acrecentaba su densidad aquella espantosa temperatura.

El cometa de Donati, cuyo esplendoroso brillo distinguíase extraordinariamente entre las constelaciones boreales, tiene una masa que se calcula en la septuagésima parte de la Tierra.

El cometa de 1862, sembrado de puntos luminosos, semeja, en su aspecto, una concha fantástica.

Por último, el cometa de 1864, que tarda en efectuar su revolución, la friolera de dos mil ochocientos siglos, se pierde, por decirlo así, en el espacio infinito.

Acerca de las probabilidades de que la Tierra choque con un cometa cualquiera, diremos que si se trazan en el papel las órbitas planetarias y las órbitas cometarias, se verá que se entrecruzan en muchos puntos; pero en el espacio no ocurre lo mismo.

Los planos en que están cruzadas esas órbitas están iluminados bajo ángulos diferentes en relación a la eclíptica que es el plano de la órbita terrestre.

Esto no obstante, dado el grandísimo número de cometas que giran en el espacio, ¿no puede ocurrir que uno de ellos choque con la Tierra?

A esto puede contestarse lo siguiente:

La Tierra no sale jamás del plano de la eclíptica y la órbita que describe alrededor del Sol está comprendida por completo en este plano.

¿Qué es necesario para que la Tierra choque con un cometa?

Tres circunstancias importantes, que son:

- 1.a Que el cometa encuentre a la Tierra en el plano de la eclíptica.
- 2.a Que el punto que el cometa atravesase en aquel momento preciso sea el mismo punto de la curva descrita por la Tierra.
- 3.a Que la distancia que separe el centro de los dos astros sea inferior a la suma de sus radios.

¿Pueden darse al mismo tiempo estas tres circunstancias y, por consiguiente, producirse el choque?

Cuando se formulaba esta interrogación a Arago, respondía:

—El cálculo de las probabilidades determina el medio de evaluar las de semejante encuentro, enseñando que, a la aparición de un cometa desconocido, hay doscientos ochenta millones de probabilidades contra una de que no choque con el globo terrestre.

Laplace, que no rechazaba la posibilidad de semejante encuentro, ha descrito las consecuencias de tal hecho en su notabilísima obra Exposición del sistema del mundo.

¿Son estas probabilidades suficientemente tranquilizadoras? Respóndase cada cual a sí mismo, según sea su temperamento. Hay que advertir, además, que el cálculo del ilustre astrónomo se basa en dos elementos que pueden experimentar infinitas variaciones. Exige, en efecto: 1.º Que el cometa en su perihelio se encuentre más cerca del Sol que de la Tierra. 2.º Que el diámetro de este cometa sea igual a la cuarta parte del diámetro de la Tierra.

En este cálculo no se trata aún sino del encuentro del núcleo cometario con el globo terrestre, pues para enumerar las probabilidades de un encuentro con la nebulosidad se necesitaría multiplicarlas por diez, en cuyo caso tendremos doscientas ochenta y un millones contra diez o veintiocho millones cien mil contra uno.

Ateniéndose a los términos del primer problema, agrega Arago:

Admitiendo momentáneamente que el cometa que choca con la Tierra aniquila toda la especie humana, el peligro de muerte que correría cada individuo a la aparición de un cometa desconocido sería exactamente el mismo que corriera si sólo hubiera una bola blanca en una urna que contuviera doscientos ochenta y un millones de bolas negras y que su condenación a muerte fuera la consecuencia inevitable de que saliera la bola blanca a la primera mano.

Resulta, por consiguiente, de todo esto que no es imposible que choque la Tierra con un cometa; pero, ¿ha chocado alguna vez? No, responden los astrónomos, porque "Desde que la Tierra gira alrededor de un eje

variable, no ha tenido encuentro alguno con ningún cometa".

Efectivamente, a consecuencia de este choque instantáneamente un nuevo eje de rotación remplazaría al eje principal y las latitudes terrestres se encontrarían sometidas a continuas variaciones. La observación no ha señalado esas variaciones y la constancia de las latitudes terrestres demuestra que nuestro globo, desde su origen, no ha experimentado el choque de un cometa.

Es cierto que no ha habido choque en lo pasado; pero, ¿ha podido haberlo?

La aparición del cometa de Gambart, en 1832, aterrorizó a todo el mundo.

Por una extraña coincidencia cosmográfica, la órbita de este cometa casi corta la de la Tierra, y el 29 de octubre, antes de medianoche, el cometa debía pasar muy cerca de uno de los puntos de la órbita terrestre. ¿Estaría allí la Tierra en aquel momento? Si estaba, tenía que haber encuentro, porque, según las observaciones de Olbers, la longitud del radio del cometa era igual a cinco radios terrestres y, por lo tanto, una parte de la órbita terrestre se sumergiría en la nebulosidad.

Afortunadamente, la Tierra no llegó a este punto de la eclíptica hasta un mes después, el 30 de noviembre, y, como tiene una celeridad de traslación de seiscientos setenta y cuatro mil leguas por día, cuando pasó por aquel punto, el cometa se encontraba ya a más de veinte millones de leguas de nuestro planeta.

Perfectamente; pero si la Tierra hubiera llegado a aquel punto de su órbita un mes antes o el cometa un mes después, se habrían encontrado. ¿Puede ocurrir esto? Sin duda alguna, porque, si no se admite que una perturbación cualquiera modifique la marcha del asteroide terrestre, en cambio nadie negará que la marcha de un cometa puede retardarse, porque estos astros están sometidos a grandes y terribles influencias en su trayecto.

Por consiguiente, si no ha habido choque en los tiempos pasados, es indudable que puede haberlo en los futuros.

Además, el cometa de Gambart en 1805 había ya pasado diez veces más cerca de la Tierra, es decir, a dos millones de leguas solamente; pero como se desconocía el caso, no se asustó nadie. No ocurrió lo mismo con el cometa de 1843, porque entonces se temió que el globo terrestre quedara completamente sumergido en su cola, viciándose la atmósfera.

¿Cuáles podrían ser los efectos de una colisión posible? A esta pregunta se puede responder que serían diferentes, según tuviera, o no, núcleo el cometa que chocase con la Tierra.

Efectivamente, alguno de estos astros vagabundos tienen núcleo y otros no, como tienen hueso ciertas frutas y otras carecen de él.

Cuando carecen de núcleo, los cometas están formados de una materia tan tenue que, a través de su masa, pueden verse las estrellas de décima magnitud.

De aquí proceden los cambios de forma que experimentan con frecuencia esos astros y la dificultad de conocerlos. La misma materia sutil entra en la composición de su cola, que es una especie de evaporación del cometa bajo su influencia del calor solar. La prueba es que esta cola comienza a desarrollarse como una larga pluma o como un gran abanico, cuando los cometas se encuentran a treinta millones de leguas del Sol o menos, esto es, a una distancia inferior a la que separa al Sol de la Tierra. También ocurre frecuentemente que ciertos cometas, formados por una materia más densa, más resistente y más refractaria a la acción de la alta temperatura, no tienen ningún apéndice de este género.

Si el encuentro se efectuara entre el esferoide terrestre y un cometa carente de núcleo, no habría choque en la verdadera acepción de la palabra.

El astrónomo Fraye afirma que, probablemente, la tela de araña opondría más resistencia a la bala de un fusil que cualquier nebulosidad cometaria a la Tierra, y, por consiguiente, si la materia que compone la cola o la cabellera no es insalubre, nada hay que temer. Lo único que podría temerse sería que los vapores de los apéndices fueran incandescentes, en cuyo caso lo quemaría todo en la superficie del globo; o que impregnara la atmósfera de elementos gaseosos impropios para la vida. Sin embargo, parece difícil que esto último ocurra, porque, según Babinet, la atmósfera terrestre, por tenue que sea en sus límites superiores, tiene una densidad muy considerable comparada con la de las nebulosidades o apéndices cometarios y no permitiría que éstos penetrasen en ella. Tan tenues son los tales vapores, que Newton ha dicho que si un cometa sin núcleo y de un radio de trescientos setenta y cinco millones de leguas pudiera condensarse tanto como la atmósfera terrestre, cabría en un dedal de veinticinco milímetros de diámetro.

—Así, pues, en el caso de que la Tierra choque con cometas de simple nebulosidad, nada tenemos que temer los habitantes. ¿Pero qué ocurriría si el astro cabelludo tuviera un núcleo duro?

En primer término hay que saber si existen esos núcleos. Nosotros creemos que deben existir en todos aquellos casos en que el cometa haya llegado a un grado de concentración suficiente para pasar del estado gaseoso al sólido.

Y, si esto es así, cuando el cometa se interpone entre una estrella y la Tierra, el observador situado en el globo terrestre no ve la estrella.

Parece que cuatrocientos ochenta años antes de Jesucristo, en tiempo de Jerjes, según Anaxágoras, un cometa eclipsó al Sol, y pocos días antes de la muerte de Augusto Dion, hubo otro eclipse de este género, eclipse que no podía

ser debido a la interposición de la Luna, porque la Luna se encontraba aquel día en oposición.

Digamos, sin embargo, que los cometógrafos rechazan estos dos testimonios y quizá con razón; pero dos observaciones más modernas no permiten poner en duda la existencia de núcleos cometarios. Los cometas de 1774 y 1828 eclipsaron las estrellas de octava magnitud, y, según observaciones directas, se admite también que los cometas de 1402, 1532 y 1744 tienen núcleos duros. En cuanto al cometa de 1843 el hecho es evidente puesto que se le podía ver en pleno día cerca del Sol y sin auxilio de instrumento alguno.

Y no sólo es cierto que existen muchos núcleos duros en ciertos cometas, sino que además han sido medidos y se conocen los diámetros verdaderos de los de 1798 y 1805 (Gambart), que son de mil cien y mil doscientas leguas, y los del cometa de 1845 que tiene tres mil doscientas leguas. Este último debe tener, por consiguiente, un núcleo más grueso que el globo terrestre, de manera que en caso de un encuentro, el cometa llevaría la mejor parte.

Las nebulosidades más notables que se han medido oscilan entre siete mil doscientas y cuatrocientas cincuenta mil leguas.

Para poner término a esta digresión de carácter científico, diremos con Arago que existen o pueden existir: cometas sin núcleo cometas cuyo núcleo es quizá diáfano y cometas más brillantes que los planetas, que tienen núcleo probablemente sólido y opaco.

Y ahora, antes de investigar cuáles serían las consecuencias de un choque de la Tierra con uno de estos astros, conviene advertir que, aun en el caso de que no chocasen directamente, podrían producirse los fenómenos más graves.

El paso de un cometa de masa muy considerable, a corta distancia, no dejaría de ser peligroso. Con masa inferior nada habría que temer, y, por esto, el cometa de 1770 que se acercó a la Tierra a seiscientas mil leguas, no modificó ni en un segundo la duración del año terrestre, mientras que la acción de la Tierra sobre el cometa hizo que éste empleara dos días más en efectuar su revolución.

Pero si las masas de ambos cuerpos fueran iguales y el cometa pasara sólo a cincuenta mil leguas de la Tierra, aumentaría la duración del año terrestre en dieciséis horas y cinco minutos, y cambiaría en dos grados la oblicuidad de la eclíptica. Probablemente, al pasar, se apoderaría también de la Luna.

En resumen, ¿cuáles podrían ser las consecuencias de un choque?

Las siguientes: Si el cometa no hacía más que rozar el globo terrestre, dejaría en él parte de su masa, o arrancaría alguna parte del globo (y éste fue el caso de Galia); pero si el choque era algo más fuerte, se adhería a la Tierra formando en su superficie un continente nuevo.

En todos estos casos, la Tierra perdería instantáneamente su celeridad

tangencial de traslación, y todos los seres, árboles y casas, serían lanzados al espacio por la rapidez de ocho leguas por segundo que poseerían antes del choque. Los mares lanzaríanse fuera de sus cuencas naturales, aniquilándolo todo. Las partes centrales del globo que permanecen aún en estado líquido, rasgarían la cubierta que las contiene y se escaparían al exterior. Variando el eje de la Tierra, un nuevo ecuador sustituiría al antiguo, y, por último, la celeridad del globo podría quedar absolutamente suprimida, y, no estando modificada la fuerza atractiva del Sol por ninguna otra, la Tierra caería sobre él en línea recta, siendo absorbida al cabo de setenta y cuatro días y medio.

Además, si es cierta la teoría de Tyndall de que el calor es una forma del movimiento interrumpido, suspendida de pronto la celeridad del globo, esta fuerza se convertiría mecánicamente en calor, y la Tierra, bajo la acción de una temperatura de millones de grados, se volatilizaría en pocos segundos.

En conclusión, existen doscientos ochenta y un millones de probabilidades contra una de que la Tierra no choque con ningún cometa.

—Sin duda —dijo después Palmirano Roseta— hemos sacado la bola blanca.

CAPÍTULO IV

LA SATISFACCIÓN DE PALMIRANO ROSETA DA MUCHO QUE PENSAR

El cometa! —fueron las últimas palabras que había pronunciado el profesor. Luego miró a sus oyentes, arrugando el entrecejo como si alguno de ellos hubiera pensado en disputarle sus derechos de propiedad sobre Galia. Quizá se preguntaba con qué derecho se habían instalado en su domicilio los intrusos que le rodeaban.

El capitán Servadac, el conde Timascheff y el teniente Procopio guardaban silencio. Sabían, al fin, la verdad a la que se habían aproximado tanto, como el lector recordará si tiene presentes las hipótesis sucesivamente admitidas después de maduras discusiones; al principio, cambio del eje de rotación de la Tierra y modificación de los dos puntos cardinales; luego, fragmento desprendido del esferoide terrestre y lanzado al espacio; y, por último, cometa desconocido que, después de rozar la Tierra, había desprendido de ella algunas partículas llevándolas consigo al mundo sideral.

Lo pasado ya se conocía; lo presente estaba viéndose. ¿Cómo sería lo porvenir? ¿Lo había presentido aquel sabio original? Héctor Servadac y sus compañeros no se atrevían a preguntárselo.

Palmirano Roseta, con el tono y los ademanes de profesor, parecía esperar que los oyentes, congregados en la sala común, le fueran presentados.

Héctor Servadac, para no herir la susceptibilidad del malhumorado astrónomo, procedió a este requisito.

—El señor conde Timascheff —dijo presentando a su compañero.

—Bien venido, señor conde —respondió Palmirano Roseta, con la amabilidad de un amo de casa, poseído de su importancia.

—Señor profesor —dijo el conde Timascheff—, no he venido a este cometa por voluntad propia; pero no por eso agradezco menos la generosa hospitalidad con que usted me recibe

Héctor Servadac, para quien no pasó inadvertida la ironía de la respuesta, se sonrió diciendo:

—El teniente Procopio, comandante de la goleta Dobryna, en la que hemos dado la vuelta al mundo galiano.

—¿La vuelta? —exclamó vivamente el profesor.

—La vuelta exacta —respondió el capitán Servadac. Después agregó:

—Ben-Zuf, mi ordenanza...

—Edecán del gobernador general de Galia —se apresuró a rectificar Ben-Zuf, que no quería que le disputaran su empleo ni el de su capitán.

Y uno tras otro fueron igualmente presentados los marineros rusos, los españoles, el joven Pablo y la pequeña Nina, a quienes el profesor miró por debajo de sus formidables anteojos como hombre a quien no agradan los niños.

Isaac Hakhabut se presentó él mismo diciendo:

—Señor astrónomo, una pregunta, una sola, pero que tiene para mí suma importancia: ¿cuándo podremos volver a la Tierra?

—¡Eh! —respondió el profesor—. ¿Quién habla de volver cuando no hemos hecho más que salir de ella?

Terminadas las presentaciones oficiales, Héctor Servadac rogó a Palmirano Roseta que les refiera su historia, y el profesor, sorprendido quizás en un momento de buen humor, se prestó a ello.

He aquí, en resumen, lo que dijo: Deseando comprobar el Gobierno francés la medida del arco levantado sobre el meridiano de París, nombró para ello una comisión científica, de la que, a causa de su carácter insociable, fue excluido Palmirano Roseta. Furioso el profesor por este desaire, resolvió trabajar por su cuenta, v, pretendiendo que las primeras operaciones geodésicas contenían muchas inexactitudes, decidió medir nuevamente la red que había unido a Formentera con el litoral español por un triángulo, uno de cuyos lados era de cuarenta leguas. Tratábase pues, de ejecutar la misma operación que Arago y Biot habían practicado antes que él con notable exactitud.

»Con este propósito salió de París, se trasladó a las Baleares, instaló su observatorio en la cima más alta de la isla de Formentera y se dispuso a vivir como ermitaño con su criado José, mientras uno de sus antiguos ayudantes, a quien había llevado consigo, se ocupaba en colocar en uno de los montes de la costa de España un reverbero que pudiera verse con los anteojos desde Formentera. Algunos libros, instrumentos de observación y víveres para dos meses, componían todo su material, además del antejo astronómico, de) que Palmirano Roseta no se separaba y que parecía formar parte de su persona.

»El antiguo profesor del Colegio Carlomagno tenía la pasión de contemplar las profundidades del cielo, con la esperanza de hacer algún descubrimiento que inmortalizara su nombre. Esta era su principal manía.

»El trabajo de Palmirano Roseta exigía, ante todo, gran paciencia, pero ésta era una virtud que él poseía en el más alto grado. Tenía que observar todas las noches el fanal que su ayudante encendía en el litoral del continente español, a fin de fijar el vértice de su triángulo, y no había olvidado que en estas condiciones habían transcurrido sesenta y un días antes que Arago y Biot

hubieran logrado este objeto. Por desgracia, como hemos dicho, una espesa niebla, de extraordinaria intensidad, envolvía aquella parte de Europa y casi todo el globo. Precisamente en aquellos parajes de las islas Baleares, desgarróse varias veces la niebla, y Palmirano Roseta vigilaba por esto mismo con el mayor cuidado, lo que no era obstáculo para que mirase interrogativamente el firmamento, porque a la sazón se ocupaba en revisar con gran cuidado la carta de la parte del cielo en que brillaba la constelación de Géminis.

»Esta constelación, a simple vista, presenta a lo sumo seis estrellas; pero mirada por un telescopio de veintisiete centímetros de abertura, pueden verse en ella más de seis mil. Como Palmirano Roseta carecía de un reflector de tanta potencia, se servía de un antejo astronómico.

»Sin embargo, cierto día, examinando las profundidades celestes en la constelación de Géminis, creyó distinguir un punto brillante, no señalado en ninguna carta. Era, sin duda, una estrella, que no estaba incluida en el catálogo; pero observándola con atención durante algunas noches, vio que el astro cambiaba rápidamente de sitio, con relación a las otras estrellas fijas. ¿Era un nuevo planeta que Dios le enviaba? ¿Había hecho él al fin un descubrimiento?

«Redoblada su atención, convencióse de que aquel astro era un cometa, a juzgar por la celeridad con que se movía. Poco tiempo después logró ver la nebulosidad y más tarde la cola, que se desarrolló cuando el cometa estuvo a treinta millones de leguas del Sol.

»Desde aquel momento no volvió a pensar Palmirano Roseta en el gran triángulo, y, aunque su ayudante encendía todas las noches el fanal en la península ibérica, no miraba ya en aquella dirección. Toda su atención estaba reconcentrada en el nuevo astro cabelludo, que deseaba estudiar y bautizar con algún nombre. Vivía únicamente en aquel rincón del cielo circunscrito por la constelación de Géminis.

»Para calcular los elementos de un cometa, se comienza siempre por suponerle una órbita parabólica. Es la mejor manera de proceder, porque los cometas se muestran generalmente en las inmediaciones de su perihelio o, lo que es lo mismo, en su más corta distancia del Sol, que ocupa uno de los focos de la órbita. Ahora bien, entre la elipse y la parábola, que tienen un foco común, la diferencia no es sensible en esta parte de las curvas, porque parábola no es sino una elipse de eje infinito.

«Palmirano Roseta fundamentó sus cálculos en la hipótesis de una curva parabólica, y estuvo acertado al hacerlo así, porque de igual manera que para determinar un círculo es necesario conocer tres puntos de su circunferencia, para determinar los elementos de un cometa se precisa observar sucesivamente tres posiciones diferentes. Entonces hay posibilidad de trazar el camino que el astro

ha de seguir en el espacio y establecer lo que se llama sus efemérides.

»Palmirano Roseta no se limitó a observar tres posiciones, sino que, utilizando una abertura excepcional que hizo la niebla en su cenit, fijó diez, veinte, treinta en ascensión recta y en declinación, logrando obtener con toda exactitud los cinco elementos del nuevo cometa, que avanzaba con espeluznante rapidez, es decir:

»1.º La inclinación de la órbita cometaria sobre la eclíptica, o, lo que es lo mismo, sobre el plano que contiene la curva de traslación de la Tierra alrededor del Sol. El ángulo que por lo general forman estos planos entre sí, es bastante considerable, lo que, como se sabe, disminuye las probabilidades de un encuentro; pero, en el caso de que se trata, los dos planos coincidían.

»2.º La fijación del nudo ascendente del cometa, esto es, longitud sobre la eclíptica, o sea el punto en que la órbita terrestre era cortada por el astro cabelludo.

»Obtenidos estos dos primeros elementos, quedaba fijada la posición del plano de la órbita cometaria en el espacio.

»3.º La dirección del eje mayor de la órbita, que fue obtenida mediante el cálculo de la longitud del perihelio del cometa y, por consiguiente, de la situación de la curva parabólica en el plano ya determinado.

»4.º La distancia perihélica del cometa, o, lo que es lo mismo, la distancia que lo separa del Sol al pasar por su punto más próximo, cálculo que en último resultado le dio con toda exactitud la forma de la órbita parabólica, puesto que tenía necesariamente el Sol en su foco.

»5.º Por último, la dirección del movimiento del cometa, movimiento que resultó retrógrado con relación al de los planetas, esto es, que se movía de Oriente a Occidente.

«Conocidos estos cinco elementos, determinó la fecha en que el cometa había de pasar por su perihelio y con grande regocijo adquirió la convicción de que era un cometa desconocido y le dio el nombre de Galio., aunque después de vacilar entre Palmira y Roseta, y empezó a redactar su informe.

«¿Había apreciado el profesor la posibilidad de que Galia chocara con la Tierra?

»Sí, y no sólo la posibilidad sino también la certeza.

«Decir que el alma del profesor se inundó de júbilo al adquirir esta certeza sería quedarnos a gran distancia de la verdad. Fue un verdadero delirio astronómico el que experimentó.

»—Sí —se dijo a sí mismo—, la Tierra chocará con el cometa en la noche del 31 de diciembre al 1.º de enero, y el choque será terrible, puesto que los dos astros marchan en sentido inverso.

«Cualquier otro se habría asustado y abandonado inmediatamente Formentera; pero Palmirano Roseta no solamente no abandonó la isla sino que no reveló a nadie su descubrimiento. Los periódicos le habían informado de que espesas brumas imposibilitaban toda clase de observaciones en ambos continentes; y, como ningún observatorio había señalado el nuevo cometa, creyó fundadamente que sólo él lo había descubierto en el espacio.

«Y así fue en realidad, circunstancia que evitó al resto de los habitantes de la Tierra el inmenso pánico que seguramente se habría apoderado de ellos si hubieran presentado el peligro que les amenazaba.

«Palmirano Roseta, por consiguiente, fue el único que supo que tenían que chocar la Tierra y el cometa que el cielo de las Baleares le había dejado ver, mientras que en todos los demás puntos del globo fue inadvertido por los astrónomos.

«Quedóse, pues, en Formentera para esperar allí que el astro cabelludo chocara con la tierra, lo que, según sus cálculos, debía ocurrir en el Sur de Argel, espectáculo curioso que él deseaba presenciar.

«Prodújose, en efecto, el choque, y Palmirano Roseta quedó instantáneamente separado de su criado José, de manera que, cuando volvió en sí, después de un largo desmayo, encontróse solo en un islote que era cuanto quedaba del archipiélago de las Baleares.»

Esta fue la historia que refirió el profesor, lanzando muchas interjecciones y arrugando frecuentemente el entrecejo, a pesar de la actitud complaciente de su auditorio. Por último, dijo:

—Ha habido modificaciones importantes: variación de los puntos cardinales, disminución de la fuerza de gravedad y otras, pero, al advertirlas, no he pensado como ustedes que me encontraba aún en el esferoide terrestre. ¡No! La Tierra continúa gravitando por el espacio acompañada de su Luna, que no la ha abandonado, y sigue su órbita normal sin que el choque la haya trastornado. No ha sufrido más que un leve rozamiento por parte del cometa y sólo ha perdido algunas partes insignificantes que son las que ustedes han encontrado. Todo ha pasado, pues, de la mejor manera posible y no tenemos de qué quejarnos, porque podríamos haber sido aplastados en el choque del cometa o éste haber quedado incrustado en la Tierra, en cuyo caso no tendríamos la suerte de peregrinar ahora a través del mundo solar.

Palmirano Roseta decía esto con júbilo tan manifiesto que no era posible tratar de contradecirle. Sólo el torpe Ben-Zuf se atrevió a emitir la opinión de que si el cometa en vez de chocar con un punto de África hubiera chocado con la montaña de Montmartre, esta montaña habría seguramente resistido, y entonces...

—¡Montmartre! —exclamó Palmirano Roseta—. El cerro de Montmartre habría quedado reducido a polvo como un hormiguero que es.

—¡Hormiguero! —exclamó a su vez Ben-Zuf herido en lo más vivo—. Mi montaña hubiera cogido al vuelo a este cometilla y se lo habría puesto por gorro como un quepis.

Héctor Servadac, para poner término a aquella inoportuna discusión, mandó callar a Ben-Zuf, explicando al profesor las ideas singulares que tenía el soldado respecto a la solidez del cerro de Montmartre.

Terminó este incidente por orden superior; pero el ordenanza no perdonó jamás a Palmirano Roseta el tono despreciativo con que había hablado del lugar de su nacimiento.

Palmirano Roseta después del choque de la Tierra con el cometa, había continuado haciendo observaciones astronómicas. ¿Y cuáles eran los resultados en lo relativo al porvenir del cometa? Esto era lo que importaba saber.

El teniente Procopio, con toda la prudencia y precaución que exigía el temperamento gruñón del profesor, preguntó al profesor si había calculado qué camino seguía Galia por el espacio y cuánto tardaría en efectuar su revolución alrededor del Sol.

—Sí, señor —dijo Palmirano Roseta—; había determinado el camino de mi cometa antes del choque; pero he tenido que comenzar de nuevo mis cálculos.

—¿Y por qué, señor profesor? —preguntó el teniente Procopio, asombrado de la respuesta.

—Porque si la órbita terrestre no ha sido modificada por el encuentro no ha ocurrido lo mismo a la órbita Galiana.

—¿Ha sufrido algún cambio a causa del choque?

—Me atrevo a afirmarlo categóricamente —respondió Palmirano Roseta—, porque las observaciones que he hecho después de la colisión son de gran exactitud.

—¿Y no ha obtenido usted los elementos de la nueva órbita? —se apresuró a preguntar el teniente Procopio.

—Sí —respondió resueltamente Palmirano Roseta.

—¿Entonces sabe usted...?

—Diré a usted lo que sé: Sé que Galia ha chocado con la Tierra pasando en su nudo ascendente a las dos, cuarenta y siete minutos y cinco segundos y seis décimas de la mañana, en la noche del 31 de diciembre al 1.º de enero; que el 10 de enero cortó la órbita de Venus; que pasó por su perihelio el 15 de enero; que cortó nuevamente la órbita de Venus; que atravesó su nudo descendente en 1.º de febrero; que cruzó el 13 la órbita de Marte; que entró en la zona de los planetas telescópicos el 10 de marzo; que se apoderó de Nerina que se ha convertido en

su satélite...

—Conocemos todas estas circunstancias, querido profesor —dijo Héctor Servadac—, porque hemos tenido la suerte de recoger las noticias que usted envió, porque creemos que eran de usted los documentos que hemos hallado, aunque carecían de firma y no expresaban lugar de origen.

—¡Eh! ¡Quién podía dudar que las noticias eran mías —exclamó con soberbia el profesor—, puesto que las he arrojado por centenares al mar! ¿Quién podía dudar que fueran de Palmirano Roseta?

—¡Imposible! —respondió con gravedad el conde Timascheff.

El astrónomo no había respondido a la pregunta que se le había hecho relativa al porvenir de Galia, y aún parecía que deseaba evitar el responder directamente. El teniente Procopio disponíase a repetir su pregunta más categóricamente cuando Héctor Servadac, creyendo que era preferible no estrechar demasiado a aquel ente original, le dijo:

—Y dígame usted, querido profesor, ¿quiere explicarme cómo nos hemos salvado después de un choque tan formidable?

—Eso es muy claro.

—¿Y cree usted que, exceptuando la pérdida de algunas leguas cuadradas de territorio, la Tierra no ha sufrido otros perjuicios y que su eje de rotación no ha variado de pronto?

—Así lo creo, capitán Servadac —respondió Palmirano Roseta—, y le explicaré las razones que tengo para opinar de este modo. La Tierra marchaba en aquel momento con una celeridad de veintiocho mil ochocientas leguas cuadradas, y Galia con una celeridad de cincuenta y siete mil leguas, o, lo que es lo mismo, como si un tren que corriera a una velocidad de ochenta y seis mil leguas, se precipitara contra un obstáculo. Lo que ha debido ser el choque, ustedes pueden juzgarlo. El cometa, cuyo núcleo está compuesto de una sustancia muy dura, ha hecho lo que haría una bala disparada de cerca al través de un cristal; ha atravesado la Tierra sin romperla ni rasgarla.

—Es cierto —respondió Héctor Servadac—; las cosas han ocurrido de esa manera sin duda alguna.

—Sí, así han ocurrido —repuso el profesor en tono afirmativo—, y tanto más, cuanto que el globo terrestre sólo ha sido tocado en sentido oblicuo. Si Galia hubiera caído de un modo normal sobre él, habría penetrado profundamente en su masa, ocasionando graves desastres y habría aplastado el cerro de Montmartre si ese cerro se hubiera encontrado a su paso.

—¡Señor profesor! —exclamó Ben-Zuf directamente atacado sin que hubiera mediado provocación.

—¡Silencio, Ben-Zuf! —ordenó el capitán Servadac.

En aquel momento Isaac Hakhabut, convencido quizá de la realidad de los hechos, aproximóse a Palmirano Roseta y, en tono que revelaba gran inquietud, le preguntó:

—Señor profesor, ¿volveremos a la Tierra? En caso afirmativo, ¿cuándo volveremos?

—¿Tiene usted mucha prisa? —preguntó Palmirano Roseta.

—La pregunta que este judío ha dirigido a usted, señor profesor —dijo el teniente Procopio—, deseo yo formularla más científicamente.

—Pues fórmúlela.

—¿Dice usted que se ha modificado la antigua órbita de Galia?

—Sin duda alguna.

—La nueva órbita, la nueva curva que sigue el cometa, ¿es hiperbólica?

Porque esto lo llevaría a distancias infinitas por el mundo sideral sin esperanza de vuelta.

—No —respondió Palmirano Roseta.

—¿Es, entonces, elíptica?

—Elíptica.

—¿Y coincide todavía su plano con el de la órbita terrestre?

—En absoluto.

—Galia, ¿es, pues, un cometa periódico?

—Sí, y de corto período, porque sólo emplea dos años en efectuar su revolución alrededor del Sol, teniendo en cuenta las perturbaciones que puedan causarle Júpiter, Saturno y Marte.

—En ese caso —exclamó el teniente Procopio—, según todas las probabilidades, dos años después del choque, el cometa volverá a encontrar a la Tierra en el punto mismo en que la ha encontrado ya.

—Es de temer que ocurra eso.

—¿De temer? —exclamó el capitán Servadac.

—Sí, señores —respondió Roseta golpeando el suelo con los pies—; es de temer, porque nos encontramos bien donde estamos, y no hace falta alguna que Galia vuelva jamás a la Tierra.

CAPÍTULO V

EL CAPITÁN SERVADAC ES BASTANTE MALTRATADO POR EL PROFESOR PALMIRANO ROSETA

Todo estaba ya perfectamente aclarado, el profesor Palmirano Roseta había despejado la incógnita, y aquellos investigadores no necesitaban hacer otras investigaciones ni formular nuevas hipótesis para saber a qué atenerse. Recorrían, sobre un cometa, el mundo solar. Después del choque era la Tierra que huía por el espacio lo que el capitán Servadac había entrevisto detrás de la espesa capa de nubes. Era el globo terrestre el que había ocasionado la importante y única marea cuya influencia había sufrido el mar de Galia.

Menos mal que el cometa tenía que volver a la Tierra, si era cierto lo que el profesor acababa de afirmar. Sin embargo, ¿eran sus cálculos tan precisos que permitían asegurar matemáticamente la vuelta? ¿No era lógico que los galianos tuvieran algunas dudas respecto a este particular?

Los días siguientes empleáronse en la instalación del recién llegado.

Afortunadamente, era una persona poco exigente en lo relativo a las cosas de la vida y que se conformaba con todo. Viviendo día y noche en el cielo, entre las estrellas, vigilando la marcha de los astros vagabundos por el espacio, las cuestiones de alojamiento y alimentación, excepción hecha del café, le interesaban poco. Ni siquiera se había dado cuenta de la actividad y del ingenio que los colonos habían desplegado para arreglar la Colmena de Nina.

El capitán Servadac deseaba ofrecer la mejor habitación de todas a su antiguo profesor; pero éste, a quien no interesaba la vida común, se negó resueltamente a ocuparla. Lo que necesitaba era una especie de observatorio, bien orientado y bastante aislado, donde pudiera entregarse tranquilamente a las tareas astronómicas.

Héctor Servadac y el teniente Procopio se ocuparon pues, en buscarle el alojamiento que deseaba, teniendo la fortuna de encontrar en las laderas de la peña volcánica, a unos cien pies de elevación sobre la gruta central, una especie de gabinete que, a pesar de sus reducidas dimensiones, bastaba para contener al observador y sus instrumentos. Colocáronse, pues, en él una cama, algunas sillas, una mesa, un sillón y un armario, además del famoso telescopio que quedó instalado de modo que pudiera ser manejado con facilidad. Derivar un simple filete de lava bastó para caldear este observatorio.

Allí se retiró el profesor, que comía los alimentos que le llevaban a una hora fija, y se pasaba el día haciendo cálculos y la noche contemplando el cielo, sin mezclarse para nada en la vida común. Era, después de todo, lo mejor que podía hacerse dada su originalidad, dejarle vivir a su modo.

El frío había aumentado considerablemente, y la columna termométrica señalaba, por término medio, treinta grados centígrados bajo cero, bajando lenta pero progresivamente, baja que debía continuar hasta que llegara al extremo límite de los fríos del espacio. Cuando Galia se acercara de nuevo al Sol, siguiendo su trayectoria elíptica, la temperatura volvería a subir.

Si la columna mercurial no oscilaba en el tubo del termómetro, debíase a que ningún soplo de viento alteraba la atmósfera Galiana. Los colonos estaban en condiciones climáticas especiales; ni una molécula de aire se movía; y todo líquido o fluido en la superficie del cometa, parecía helado. No había, pues, tempestades ni lluvias ni vapores en el cenit ni en el horizonte, ni nieblas húmedas, ni aun las brumas secas que suelen invadir las regiones polares del esferoide terrestre. El cielo tenía una serenidad invariable, inalterable, impregnándose de día completamente de los rayos estelares sin que unos calentasen más que los otros.

Sin embargo, esta excesiva temperatura era perfectamente soportable al aire libre, porque lo que no pueden soportar impunemente los que invernan en los países árticos, lo que deseca sus pulmones y los imposibilita para el desempeño de las funciones vitales es el movimiento violento del aire frío, el viento agudo, las brumas insanas y los terribles huracanes de nieve. Estas son las causas de las enfermedades que consumen a los navegantes polares. En cambio, durante los períodos de calma, cuando la atmósfera está serena, aunque estén en la isla de Melville como Parry, o más allá del 81° de latitud como Kane o más lejos aún de los sitios adonde llegaron el valeroso Hall y los exploradores del Polaris, arrostran los fríos por intensos que sean y, estando bien vestidos y bien alimentados, soportan relativamente bien la más baja temperatura, como la han soportado en ausencia de todo viento, aun cuando el alcohol de los termómetros haya descendido a sesenta grados bajo cero.

Los colonos de Tierra Caliente encontrábanse, pues, en las mejores condiciones para arrostrar los fríos del espacio, porque no carecían de pieles, de las que llevaba la goleta, ni de vestidos bien preparados para el frío, el alimento era abundante y sano y la calma de la atmósfera permitía ir y venir impunemente, a pesar de la baja temperatura.

Además, el gobernador general de Galia procuraba que todos los colonos estuvieran bien abrigados y abundantemente alimentados. Prescribiéronse ejercicios higiénicos que se ejecutaban diariamente y nadie podía dejar de

cumplir este programa de la vida común, ni aun el joven Pablo ni la pequeña Nina. Estos dos graciosos chiquillos semejaban pequeños esquimales con su indumentaria de pieles, cuando patinaban juntos en el litoral de Tierra Caliente.

Pablo acompañaba a su compañera en sus juegos, sosteniéndola cuando se fatigaba demasiado. Cosas propias de la edad de ambos.

El judío, después de su presentación poco satisfactoria a Palmirano Roseta, había vuelto sumamente desconsolado a su urca. Los detalles tan precisos que había dado el profesor habían operado un cambio en sus ideas, y ya no dudaba; veíase llevado por el espacio en un cometa vagabundo a millones de leguas del globo terrestre en que había llevado a término tan buenos negocios.

El trigésimo sexto habitante de Galia, a pesar de que su situación estaba tan fuera de la previsión humana, no modificó su idiosincrasia ni su carácter.

Parecía que, entrando en cuentas consigo mismo, hubiera debido mirar con mejores sentimientos a los semejantes que Dios había puesto a su lado y no considerarlos como materia utilizable para su provecho y negocio.

Si Isaac Hakhabut hubiera variado, no habría sido el modelo acabado de lo que puede llegar a ser un hombre que sólo piensa en sí mismo. Por lo contrario, endurecido su corazón cada vez más, sólo pensó en los medios de aprovechar la nueva situación para acrecentar su fortuna. Conocía bien al capitán Servadac y tenía la seguridad de que no había de perjudicarlo; sabía que su hacienda estaba bajo la salvaguardia del oficial francés, y que, a no ser en caso de fuerza mayor, nada se intentaría contra él. Este caso de fuerza mayor no era de temer y el judío pensaba explotar la situación de la manera que vamos a decir: Las probabilidades de volver a la Tierra, por pocas que fuesen, merecían ser tenidas en cuenta; en la pequeña colonia no faltaban el oro y la plata de Inglaterra o de Rusia, y como estos metales no tenían valor alguno en Galia, trataba de absorber poco a poco toda la riqueza monetaria de los colonos.

El interés de Isaac Hakhabut era, pues, vender sus mercancías antes de volver a la Tierra, porque, no habiendo competencia, podría ponerles el precio que creyera más conveniente; pero era preciso esperar a que, a causa de las necesidades de la colonia, la demanda fuera muy superior a la oferta. De esta manera el alza era segura y el lucro no menos cierto. Debía, pues, vender, pero no enseguida, sino cuando pudiera vender mejor.

Tales eran las reflexiones que se hacía Isaac Hakhabut en su estrecho camarote de la Hansa, cuyo aislamiento libraba a los colonos de ver su triste figura, de lo que se alegraban mucho.

Durante aquel mes de abril Galia recorrió treinta y nueve millones de leguas, y, acabado el mes, se encontraba a ciento diez millones de leguas del Sol.

El profesor había dibujado con completa exactitud la órbita elíptica del

cometa, comprendiendo sus efemérides. La curva que había trazado tenía veinticuatro divisiones desiguales, en representación de los veinticuatro meses del año galiano, que indicaban el camino que mensualmente recorría. Los doce primeros segmentos marcados en la curva iban acortándose cada vez más hasta el punto del afelio, según una de las tres leyes de Kepler; y, pasado este punto, iban alargándose a medida que se aproximaban al perihelio.

El profesor mostró el 12 de mayo su trabajo al capitán Servadac, al conde Timascheff y al teniente Procopio, quienes lo examinaron con interés fácil de comprender. Toda la trayectoria de Galia desarrollábase a sus ojos, permitiéndoles ver que se extendía algo más allá de la órbita de Júpiter. El camino recorrido cada mes y las distancias al Sol estaban expuestos en números, con suma claridad, y, si Palmirano Roseta no había incurrido en algún error, si Galia efectuaba exactamente en dos años su revolución, tenía que encontrar a la Tierra en el punto mismo que la había encontrado al rozarla por primera vez, puesto que en el mismo espacio de tiempo se habrían verificado matemáticamente dos revoluciones terrestres. Pero ¿cuáles serían las consecuencias del nuevo choque? Los colonos no querían ni aun pensar en ello.

De todos modos, si se abrigaba alguna duda respecto a la exactitud de los cálculos hechos por el profesor Palmirano Roseta, era preciso guardarse bien de manifestarla.

—Según esto —dijo Héctor Servadac—, durante el mes de mayo, Galia sólo recorrerá treinta millones cuatrocientas mil leguas y pasará a ciento treinta y nueve millones del Sol.

—Precisamente —respondió el profesor.

—Hemos salido, por lo tanto, de la zona de los planetas telescópicos —añadió el conde Timascheff.

—Usted mismo puede verlo —replicó Palmirano Roseta—, puesto que he trazado la zona de esos planetas.

—¿Y el cometa estará en su afelio —preguntó Héctor Servadac— precisamente un año después de haber pasado por su perihelio?

—Sí, señores.

—¿El 15 de enero próximo?

—Con toda seguridad el 15 de enero... ¡Ah! Pero no —exclamó el profesor—.

¿Por qué dice usted el 15 de enero, capitán Servadac?

—Porque del 15 de enero al 15 de enero va un año, o, lo que es lo mismo, doce meses...

—Sí, doce meses terrestres —respondió el profesor—; pero no doce meses galianos.

El teniente Procopio al oír esto, no pudo menos de sonreírse.

—¿Se ríe usted? —preguntó con manifiesto mal humor Palmirano Roseta

—.

¿A qué se debe esa sonrisa?

—Sencillamente, señor profesor, porque veo que pretende usted reformar el calendario, terrestre.

—No pretendo otra cosa que ser lógico.

—Seamos lógicos, querido profesor —exclamó el capitán Servadac—; seamos lógicos.

—¿Se admite —preguntó Palmirano Roseta, en tono bastante seco— que Galia ha de volver a su perihelio, dos años después de haber pasado por él?

—Se admite.

—Este período de tiempo, necesario para efectuar una revolución completa alrededor del Sol, ¿constituye el año galiano?

—Sin duda alguna.

—¿Debe dividirse este año en doce meses como cualquier otro?

—¿Por qué no, si usted lo quiere así, querido profesor?

—No suceden las cosas porque yo quiera.

—En ese caso, sí; de doce meses —dijo Servadac.

—¿Cuántos días han de tener esos doce meses?

—Sesenta días cada uno, puesto que han disminuido en la mitad.

—Capitán Servadac —dijo el profesor con gravedad—, reflexione usted lo que dice.

—Me parece que está de acuerdo con su sistema —respondió Héctor Servadac.

—No, señor.

—Explíquenos usted, entonces...

—Es sencillísimo —replicó Palmirano Roseta, encogiéndose de hombros desdeñosamente—. Cada mes galiano, ¿no comprende dos meses terrestres?

—Evidentemente, puesto que el año galiano debe durar dos años.

—Dos meses, ¿no tiene sesenta días en la Tierra?

—Sí, señor, sesenta días.

—Y, ¿por consiguiente? —preguntó el conde Timascheff, dirigiéndose a Palmirano Roseta.

—Por consiguiente, si dos meses tienen sesenta días terrestres, tendrán ciento veinte días galianos, porque el día sólo dura en la superficie de Galia doce horas. ¿No es esto?

—Perfectamente, comprendido, profesor —respondió el conde Timascheff—; pero ¿no teme usted que ese nuevo calendario sufra alguna alteración?

—No, señores; no puede alterarse —respondió el profesor—. Desde el 1.º de enero no cuento de otra manera.

—Entonces —dijo el capitán Servadac—, nuestros meses tiene ahora, por lo menos, ciento veinte días.

—¿Qué mal hay en eso?

—Ninguno, mí querido profesor. Así es que en vez de estar en mayo estaremos en marzo.

—En marzo, señores, en el día doscientos sesenta y seis del año galiano, que corresponde al ciento treinta y tres del año terrestre. Hoy es, por lo tanto, el doce de marzo galiano, y cuando hayan transcurrido otros sesenta días galianos...

—Estaremos a 72 de marzo —exclamó Héctor Servadac—. ¡Bravo! Seamos lógicos.

Palmirano Roseta pareció preguntarse si su antiguo discípulo se burlaba de él; pero, como era ya una hora bastante avanzada, los tres visitantes salieron del observatorio.

El profesor había, por consiguiente, fundado el calendario galiano; pero conviene advertir que era el único que lo utilizaba y que nadie lo entendía cuando hablaba del 47 de abril o del 118 de mayo.

Había empezado el mes de junio (según el antiguo calendario), durante el cual Galia debía recorrer veintisiete millones quinientas mil leguas solamente y alejarse ciento cincuenta y cinco mil millones de leguas del Sol. La temperatura continuaba decreciendo, pero la atmósfera mantenía tan pura y tranquila como antes. En Galia se efectuaban todas las operaciones con una regularidad sumamente monótona y para alterarla se necesitaba nada menos que la personalidad, ruidosa, nerviosa, caprichosa y malhumorada de Palmirano Roseta, quien, cuando se dignaba interrumpir sus observaciones y bajar a la sala común, provocaba siempre alguna escena nueva.

Discutíase, casi invariablemente, el encuentro que debía verificarse entre Galia y la Tierra, encuentro que, cualesquiera que fueran sus riesgos, el capitán Servadac y sus compañeros deseaban que se produjera, lo que desquiciaba los nervios del profesor, que no quería oír hablar de la vuelta a la Tierra y continuaba estudiando a Galia, como si tuviera que permanecer en ella siempre.

Un día, el 27 de junio, entró Palmirano Roseta como una tromba en la sala común, donde se encontraban a la sazón el capitán Servadac, el teniente Procopio, el conde Timascheff y Ben-Zuf.

—Teniente Procopio —dijo el profesor—, responda usted sin ambages ni subterfugios a la pregunta que voy a dirigirle.

—Señor profesor, no acostumbro... —replicó el teniente Procopio.

—Perfectamente —repuso Palmirano Roseta, que parecía tratar al teniente

como un profesor a su discípulo—. Responda usted a esta pregunta: ¿Ha dado usted, sí o no, la vuelta a Galia con su goleta, siguiendo su ecuador, o, en otros términos, siguiendo uno de los círculos máximos?

—Sí, señor —respondió el teniente, a quien el conde Timascheff había indicado, por señas, que respondiera al gruñón Roseta.

—Está bien —dijo este último—. Y durante ese viaje de exploración, ¿no ha calculado el camino recorrido por la Dobryna?

—Aproximadamente —respondió Procopio—, por medio de la corredera y de la brújula; pero no por la altura del Sol, o de las estrellas, porque no se podía hacer este cálculo.

—Y ¿qué ha deducido usted de ello?

—Que la circunferencia de Galia mide dos mil trescientos kilómetros aproximadamente, lo que da setecientos noventa y dos kilómetros.

—Sí... —dijo Palmirano Roseta, hablando consigo mismo—, ese diámetro sería dieciséis veces menor que el de la Tierra, que es de doce mil setecientos noventa y dos kilómetros.

El capitán Servadac y sus compañeros contemplaban al profesor sin adivinar qué se proponía.

—Entonces —agregó Palmirano Roseta—, para completar mis estudios de Galia necesito averiguar cuál es su superficie, su volumen, su masa, su densidad y su fuerza de gravedad.

—En lo que se refiere a la superficie y el volumen —respondió el teniente Procopio—, conociendo el diámetro de Galia, es una operación facilísima.

—¿Acaso he dicho yo que sea difícil? —replicó el profesor—. Esa clase de cálculos los hacía yo cuando estaba en la infancia.

—¡Oh, no! —dijo Ben-Zuf, que aprovechaba todas las ocasiones para molestar al profesor, para vengarse de él por el poco respeto con que había hablado de Montmartre.

—Servadac —dijo Palmirano Roseta, después de mirar un instante a Ben-Zuf—, tome usted la pluma, y, puesto que conoce la circunferencia de un círculo máximo de Galia, dígame cuál es su superficie.

—En seguida, señor Roseta —respondió Héctor Servadac, decidido a portarse como un buen discípulo—. Hemos dicho que hay que multiplicar 2.323 kilómetros, circunferencia de Galia, por 740 que tiene el diámetro.

—Sí, y hágalo usted pronto —dijo imperativamente el profesor—. Ya debía estar eso hecho. ¿En fin?

—Obtengo —respondió Héctor Servadac— un producto de un millón setecientos diecinueve mil veinte kilómetros cuadrados, que es lo que representa la superficie de Galia.

—O, lo que es lo mismo, una superficie doscientas noventa y siete veces menor que la de la Tierra, que tiene quinientos diez millones de kilómetros cuadrados.

—¡Bah! —exclamó Ben-Zuf, alargando los labios con gesto despectivo—. ¡Vaya un cometa pequeño!

Palmirano Roseta lo miró de un modo que habría atemorizado a cualquiera que no fuese aquel vivo ordenanza.

—En este caso —preguntó el profesor, animándose—, ¿cuál es el volumen de Galia?

—¿El volumen? —respondió Servadac, titubeando.

—Señor Servadac, ¿no sabe usted calcular el volumen de una esfera conociendo su superficie?

—Sí, señor Roseta; pero quiere usted todo tan de prisa que no me da tiempo para respirar.

—Cuando se hacen cálculos matemáticos no se respira, señor mío, no se respira.

Los interlocutores de Palmirano Roseta hacían grandes esfuerzos para contenerse.

—¿Acabaremos? —preguntó el profesor—. El volumen de una esfera...

—Es igual al producto de la superficie —respondió Héctor Servadac titubeando— multiplicado...

—Por la tercera parte del radio, señor mío —interrumpió Palmirano Roseta—, por la tercera parte del radio. ¿Ha concluido ya?

—Estoy concluyendo. La tercera parte del radio de Galia es de 123, 3, 3, 3, 3.

—Tres, tres, tres —repitió Ben-Zuf pronunciando cada sílaba con diferente tono.

—¡Silencio! —ordenó el profesor muy irritado—. Contétese usted con las cifras enteras y no haga caso de las demás.

—No hago caso —respondió Héctor Servadac.

—¿Y qué resulta?

—El producto de 1.719.020 por 123 con 33 es doscientos once millones cuatrocientos treinta y nueve mil cuatrocientos sesenta kilómetros cúbicos.

—Ese es por lo tanto, el volumen de mi cometa —exclamó el profesor—, y no es un volumen insignificante.

—Sin duda —observó el teniente Procopio—; pero ese volumen es cinco mil ciento setenta veces menor que el volumen de la Tierra, el cual tiene, en números redondos...

—Un billón ochenta y dos mil ochocientos cuarenta y un millones de

kilómetros cúbicos, lo sé perfectamente —respondió Palmirano Roseta.

—Y, por consiguiente —añadió el teniente Procopio—, el volumen de Galia es también muy inferior al de la Luna, que es cuarenta y nueve veces menor que el de la Tierra.

—¿Y quién habla de eso? —preguntó el profesor, herido en su amor propio.

—Por consiguiente —prosiguió despiadadamente el teniente Procopio—, Galia, vista desde la Tierra, parece una estrella de séptima magnitud, o, lo que es lo mismo, sólo visible con el telescopio.

—¡Vaya un cometa! —exclamó Ben-Zuf—. ¿En un astro de esa especie estamos?

—¡Silencio! —ordenó Palmirano Roseta completamente fuera de sí.

—El famoso cometa es una avellana, un garbanzo, un grano de mostaza — continuó diciendo el vengativo Ben-Zuf.

—¿Quieres callarte, Ben-Zuf? —dijo el capitán Servadac.

—Una cabeza de alfiler, nada.

—¡Rayos y truenos! ¿Te callarás?

Ben-Zuf comprendió que el capitán iba a enfadarse y salió de la sala, despertando con sus formidables carcajadas los ecos de las rocas volcánicas.

Ya era tiempo de que callara. Palmirano Roseta estaba a punto de estallar, y necesitó algún tiempo de calma para reponerse. No quería que atacaran a su cometa, como Ben-Zuf no quería que atacasen a Montmartre, cada cual defendía su propiedad con igual encarnizamiento.

Tranquilizado, el profesor dijo a sus oyentes:

—Señores, conocemos el diámetro, la circunferencia, la superficie y el volumen de Galia; pero esto no es bastante, es preciso averiguar, por medida directa, su masa y su densidad, y saber cuál es la intensidad de la gravedad en su superficie.

—Será difícil —dijo el conde Timascheff.

—Aunque lo sea, quiero y necesito saber lo que pesa mi cometa y lo sabré.

—Como ignoramos de qué substancia está formado el cometa Galia — repuso el teniente Procopio—, el problema no es de fácil solución

—¡Ah! ¿Desconocen ustedes la sustancia de que se compone Galia? — preguntó el profesor.

—Sí señor —dijo el conde Timascheff— y, si pudiera usted ilustrarnos respecto a ese punto...

—Sin eso —repuso Palmirano Roseta— podré resolver mi problema.

—Cuando usted quiera, señor profesor, nos tendrá usted a sus órdenes — dijo el capitán Servadac.

—Necesito aún un mes para hacer observaciones y cálculos —respondió

Palmirano Roseta con su habitual acritud—, y creo que tendrán ustedes la bondad de esperar a que los concluya.

—Indudablemente, señor profesor —dijo el conde Timascheff—, esperaremos todo el tiempo que usted guste.

—Y más todavía —añadió el capitán Servadac, no pudiendo reprimir el deseo que experimentaba de dirigirle esta pulla.

—Entonces, emplazo a ustedes para dentro de un mes —respondió Palmirano Roseta—, o sea, para el día 62 de abril próximo.

El 62 de abril del año galiano era el 31 de julio del terrestre.

CAPÍTULO VI

PALMIRANO ROSETA TIENE RAZÓN PARA CREER INSUFICIENTE EL MATERIAL DE LA COLONIA

Galia continuaba, en tanto, su marcha por los espacios interplanetarios bajo la influencia atractiva del Sol, sin que sus movimientos hubieran sufrido hasta entonces alteración alguna. El planeta Nerina, de que se había apoderado al atravesar la zona de los asteroides, le seguía siendo fiel, y verificaba concienzudamente su pequeña revolución bimensual. Todo debía ir bien durante el año galiano.

La gran preocupación de los habitantes involuntarios de Galia continuaba siendo la misma: ¿Volveremos a la Tierra? ¿No se ha engañado el astrónomo en sus cálculos? ¿Ha determinado con exactitud la nueva órbita del cometa y la duración de su revolución alrededor del Sol?

Palmirano Roseta era tan receloso y huraño que no se le podía indicar que revisara el resultado de sus observaciones; pero Héctor Servadac, el conde Timascheff y Procopio no dejaban de estar alarmados respecto a este punto. Los otros colonos no se cuidaban de tal cosa y era admirable la resignación con que soportaban su suerte y la filosofía práctica que tenían. Los españoles, especialmente que en su país vivían de un modo miserable jamás habían sido tan felices. Negrete y sus compañeros nunca se habían encontrado en semejantes condiciones de bienestar. ¿Qué les importaba la marcha que siguiera Galia? ¿Por qué habían de mecerse en averiguaciones de si el Sol lo mantendría en su círculo de atracción, o si se saldría de este círculo para recorrer otros cielos? Pasaban el tiempo cantando porque para ellos no había mejor medio de distraerse.

Los seres más felices de la colonia eran, sin duda alguna, Pablo y Nina, quienes recorrían juntos las largas galerías de la Colmena y trepaban por las rocas del litoral. Un día patinaban hasta perderse de vista en la extensa superficie helada del mar; otros divertíanse pescando en el pequeño lago que la cascada de fuego conservaba en estado líquido, lo que no entorpecía las lecciones que les daba Héctor Servadac. Ya se entendía bien lo que hablaban en francés, y sobre todo, se comprendía, uno a otro.

¿Por qué aquel joven y aquella niña habían de preocuparse por lo porvenir?

¿Por qué habían de recordar lo pasado?

—¿Tienes padres, Nina? —preguntó un día Pablo a su amiguita.

—No, Pablo —respondió Nina—, no tengo a nadie. ¿Y tú, tienes parientes?

—Yo también estoy solo. Nina. ¿Qué hacías en la Tierra?

—Guardaba cabras, Pablo.

—Yo —respondió el joven— corría siempre delante de los tiros de las diligencias.

—Ahora ya no estamos solos, Pablo.

—No, Nina, ya no estamos solos.

—El gobernador es nuestro padre y el conde y el teniente son nuestros tíos.

—Y Ben-Zuf nuestro compañero —repuso Pablo.

—Todos son muy buenos para nosotros —agregó Nina—. Aquí nos miman mucho, Pablo; pero es necesario que nos portemos bien para que siempre estén contentes de nosotros.

—Tú eres muy buena, Nina, y estando a tu lado, se tiene que ser bueno.

—Soy tu hermana y tú eres mi hermano —dijo Nina con serenidad.

—Es indudable —asintió Pablo.

Todos amaban a aquellos dos seres cuya gracia y gentileza cautivaban los corazones. Tenían siempre ambos chiquillos buenas palabras y caricias para todos, hasta para la cabra Marzy. El capitán Servadac y el conde Timascheff los amaban sincera y paternalmente. En estas circunstancias, ¿cómo habían de echar de menos, Pablo, las ardientes llanuras de Andalucía y Nina las rocas estériles de Cerdeña? Estaban convencidos de que el mundo de Galia había sido siempre el suyo.

Llegó el mes de julio, en cuya época Galia sólo tenía que recorrer en su órbita veintidós millones de leguas, alejándose del Sol ciento setenta y dos millones. Encontrábase, pues, separado del astro de atracción cuatro veces y media más que la Tierra y caminaba con la misma velocidad que ésta. En efecto, el término medio de la celeridad del globo terrestre, al recorrer la eclíptica, es de unos veintiún millones de leguas por mes, o, lo que es lo mismo, veinticinco mil ochocientas leguas por hora. El 62 de abril galiano, el profesor advirtió al capitán Servadac, por medio de un lacónico billete, que aquel mismo día iba a empezar las operaciones para calcular la masa, densidad y la intensidad de la gravedad del cometa.

Héctor Servadac, el conde Timascheff y Procopio acudieron con puntualidad a la cita que se les daba, aunque los experimentos que iban a verificarse no les interesaban tanto como al profesor, y hubieran preferido saber de qué naturaleza era la sustancia que componía la armazón del cometa Galia.

Palmirano Roseta presentóse por la mañana en el salón y ¡avis rara! parecía que no tenía muy mal humor; pero era muy temprano aún.

La intensidad de la gravedad, como todo el mundo sabe, es la fuerza

atractiva que ejerce la Tierra sobre un cuerpo de masa igual a la densidad, y se recordará que esta atracción había disminuido mucho en Galia, por cuya causa habían, naturalmente, aumentado las fuerzas musculares de los galianos. Éstos, sin embargo, desconocían la proporción de este aumento.

La masa está formada por la cantidad de materia que constituye un cuerpo, y representada por el peso mismo del cuerpo; y densidad es la cantidad de materia que contiene un cuerpo en un volumen dado.

La intensidad de la gravedad en la superficie de Galia era, por consiguiente, la primera cuestión que se precisa resolver.

La segunda, la cantidad de materias contenidas en Galia, o lo que es lo mismo, la masa y el peso.

La tercera, la cantidad de materias que, después de conocido el volumen, tenía Galia o, para decirlo de otro modo, la densidad.

—Señores —dijo el profesor—, vamos hoy a terminar el estudio de los diversos elementos que constituyen mi cometa. Cuando nos sean conocidas la intensidad de la gravedad en su superficie, su masa y su densidad por medida directa, sabremos cuanto es posible saber. En suma, vamos a pesar a Galia.

Al oír Ben-Zuf, que acababa de entrar en el salón, las últimas palabras del profesor, se apresuró a salir de nuevo para volver a los pocos instantes diciendo con sonrisa irónica:

—Aunque he registrado todo el almacén general, no he encontrado balanza ninguna, y además no sé yo dónde hemos de colgar el peso.

Y, al decir esto, Ben-Zuf miraba al exterior como si buscara en el cielo.

Una mirada del profesor y un gesto de Héctor Servadac impusieron silencio a Ben-Zuf.

—Señores —dijo Palmirano Roseta—, en primer término, necesitamos averiguar cuánto pesa en Galia un kilogramo terrestre, porque, como a causa de su menor masa su atracción es menor, todo objeto pesa menos en su superficie que en la de la Tierra. ¿Pero qué diferencia hay entre los dos pesos? Esto es lo que se trata de saber.

—Perfectamente —respondió el teniente—; pero las balanzas ordinarias, si las tuviéramos, no sirven para efectuar esa operación, porque, como ambos platillos están del mismo modo sometidos a la atracción de Galia, no podrían darnos la relación que existe entre el peso galiano y el peso terrestre.

—Así es, efectivamente —añadió el conde Timascheff—; el kilogramo, por ejemplo, de que nos servimos, ha perdido de su peso tanto como el objeto que se emplee para pesar y...

—Señores —dijo Palmirano Roseta—, si pretenden ustedes ilustrarme les advierto que pierden el tiempo, y les ruego que me dejen continuar mi

explicación de física.

El profesor creía estar en su cátedra.

—¿Tienen ustedes una romana de muelles y una pesa de un kilogramo? —preguntó—. Con esos elementos es suficiente. En la romana, el peso está indicado por una hoja de acero o por un resorte que obran en razón de su flexibilidad o de su tensión y la atracción no ejerce influencia alguna en el resultado. En efecto, si suspendemos una pesa de un kilogramo terrestre en la romana, la aguja marcará con exactitud lo que pesa este kilogramo en la superficie de Galia y esto me dará a conocer la diferencia que existe entre la atracción de Galia y la atracción de la Tierra. Vuelvo a preguntar: ¿tienen ustedes esa romana?

Los oyentes de Palmirano Roseta se interrogaron mutuamente con la mirada y Héctor Servadac se volvió hacia Ben-Zuf que conocía bien todo el material de la colonia.

—No tenemos romana ni pesa de un kilo —dijo Ben-Zuf.

El profesor exteriorizó su desagrado, golpeando fuertemente el suelo con los pies.—Pero —añadió Ben-Zuf— creo que podremos encontrar, por lo menos, una pesa.

—¿Dónde?

—En la urca del judío.

—¡Y está usted tan tranquilo, imbécil! —replicó el profesor encogiéndose de hombros.

—Hay que ir a buscarla en seguida —agregó el capitán Servadac.

—Voy al momento —dijo Ben-Zuf.

—Voy contigo —añadió Héctor Servadac—, porque el judío quizá ponga alguna dificultad para prestar un objeto, cualquiera que sea.

—Vamos todos a la urca —dijo el conde Timascheff—, y veremos cómo se ha instalado ese judío a bordo de la Hansa.

—Conde Timascheff, ¿no podría uno de sus marineros cortar un pedazo de roca que midiera exactamente un decímetro cúbico?

—Mi mecánico hará eso en un momento —respondió el conde Timascheff—; pero con la condición de que le den un metro para obtener medidas exactas.

—¿Pero tampoco tienen ustedes un metro? —exclamó Palmirano Roseta.

Ben-Zuf viose obligado a confesar que no había ningún metro en el almacén general de la colonia.

—Pero —añadió— quizás encontremos alguno a bordo de la Hansa.

—Vamos, pues —respondió Palmirano Roseta, penetrando con mucha ligereza en la galería.

Tras él siguieron los demás.

A los pocos momentos Héctor Servadac, el conde Timascheff, Procopio y Ben-Zuf desembarcaban en las altas rocas que dominaban el litoral, bajaban hasta la orilla y encaminábanse a la estrecha ensenada en que se encontraban la Dobryna y la Hansa aprisionadas en su corteza de hielo.

La temperatura era muy baja (35° bajo cero); pero, como el capitán Servadac y sus compañeros estaban bien vestidos y bien cubiertos con capuchas y pieles, podían arrostrarla sin grandes inconvenientes. Su barba, cejas y pestañas se cubrieron instantáneamente de pequeños cristales, pero esto debióse a que los vapores de su respiración se congelaron al contacto del aire frío. Sus rostros erizados de agujas blancas, frías y agudas, como cerdas de puercoespín, habrían hecho reír a quien los hubiera visto. La cara del profesor, que, a causa de la pequeña estatura del dueño, parecía la de un oso, era más repulsiva que nunca.

Eran las ocho de la mañana en aquel momento. El Sol marchaba rápidamente hacia el cenit, y su disco, considerablemente reducido por la distancia, tenía el aspecto de la Luna llena. Sus rayos calentaban poco y su luz era muy débil. Las rocas del litoral al pie de la peña volcánica y la peña misma mostraban la blancura inmaculada de las últimas nieves que habían caído antes que los vapores cesaran de saturar la atmósfera Galiana.

En segundo término, hasta la cima del cono aumentado que dominaba aquel territorio, extendíase la inmensa alfombra en la que no había mancha alguna. La cascada de lavas caía en la vertiente septentrional, donde las nieves habían sido sustituidas por torrentes de fuego que serpenteaban siguiendo el capricho de los declives hasta la entrada de la caverna central para ir a parar al mar.

A ciento cincuenta pies más arriba de la caverna abríase una especie de agujero negro sobre el que se bifurcaba la erupción. De este agujero salía el tubo de un anteojo astronómico; era el lugar donde Palmirano Roseta tenía instalado su observatorio.

La playa estaba envuelta por completo en una capa de inmaculada blancura, confundiéndose con el mar helado, sin que los separara ninguna línea de demarcación. Cubría aquella inmensa blancura un cielo azul pálido, y en la playa se conservaban las huellas de los pasos de los colonos que la recorrían diariamente, para recoger hielo y fundirlo para hacer agua dulce, o para ejercitarse en el patinaje. Las curvas de los patines entrecruzábanse en las superficies de la corteza de hielo endurecida, a semejanza de los círculos que los insectos acuáticos trazan en la superficie de las aguas.

También había huellas de pasos desde el litoral a la Hansa. Eran sin duda las últimas que Había dejado Isaac Hakhabut antes de que hubieran llegado las nieves. Aquellas huellas tenían la dureza del bronce, que les había hecho adquirir los fríos excesivos.

Las primeras rocas encontrábanse a medio kilómetro de distancia de la ensenada en que invernan ambos barcos. Al llegar allí el teniente Procopio observó que se había levantado mucho la línea de flotación de la Hansa y de la Dobryna, que dominaban ya la superficie del mar lo menos en veinte pies.

—¡Curioso fenómeno! —exclamó el capitán Servadac.

—Curioso y alarmante —respondió el teniente Procopio—. Evidentemente, bajo el casco de estos buques donde hay poco fondo, está efectuándose un enorme trabajo de congelación. La corteza helada va levantándose poco a poco y condensando cuanto sostiene con fuerza irresistible.

—Pero ese trabajo tendrá término —observó el conde Timascheff.

—Lo ignoro, señor —respondió el teniente Procopio—, porque el frío no ha llegado todavía a su máximo.

—Así lo espero —exclamó el profesor—. No valdría la pena el haberse alejado a doscientos millones de leguas del Sol para encontrar la misma temperatura que en los polos terrestres.

—¡Qué ocurrencia, señor profesor! —respondió el teniente Procopio—. Por fortuna los fríos del espacio no pasan de sesenta a setenta grados bajo cero, que es una temperatura bastante aceptable.

—¡Bah! —dijo Héctor Servadac—. Frío sin viento es frío sin resfriados, y creo que no estornudaremos ni siquiera una vez durante el invierno.

Esto no obstante, el teniente Procopio informó al conde Timascheff de los temores que le inspiraba la goleta que podía ser levantada a gran altura a causa de la superposición de las capas de hielo, y, sí ocurría esto, cuando llegara el deshielo sería de temer alguna catástrofe análoga a las que suelen ocurrir a los buques balleneros que invernan en los mares árticos; ¿pero no había medios de impedirlo?

Llegaron a la Hansa, encerrada en su caparazón de hielo, y subieron a bordo utilizando los escalones que Isaac Hakhabut había hecho para su uso. ¿Qué resolución adoptaría si la urca se levantaba a un centenar de pies de la costa?

Esto sólo interesaba a él.

Un ligero humo azul salía del tubo de cobre que sobresalía de las nieves endurecidas y acumuladas sobre el puente de la urca.

Evidentemente, el avaro hacía poco consumo de combustible, pero no debía tener mucho frío. En efecto, las capas de hielo que envolvían la urca, por ser malos conductores del calor, debían mantener una temperatura soportable en el interior.

—¡Eh, Nabucodonosor! —gritó Ben-Zuf.

CAPÍTULO VII

EL JUDIO ENCUENTRA OCASIÓN DE PRESTAR DINERO A MÁS DE MIL OCHOCIENTOS POR MIL

El oír Isaac la voz de Ben-Zuf, abrió la puerta de la cámara de popa, y sacó la cabeza.

—¡Quién llama! —gritó—. ¿Qué quieren de mí? No estoy en casa; no tengo nada que prestar ni que vender.

Tales fueron las palabras hospitalarias con que fueron recibidos los visitantes.

—¡Calma, calma, maese Hakhabut! —dijo el capitán Servadac con voz imperiosa—. ¿Nos toma acaso por ladrones?

—¡Ah es usted, señor gobernador general! —dijo el judío sin salir de la cámara.

—El mismo —respondió Ben-Zuf, que acababa de subir al puente de la urca—.

Es un gran honor para ti esta visita. Vamos, fuera de ese nicho.

Isaac Hakhabut se había decidido a salir por la puerta de la cámara, que hasta entonces había tenido entornada de manera que pudiera cerrarla en seguida en caso de peligro.

—¿Qué quieren ustedes? —preguntó.

—Hablar un momento con usted, maese Isaac —respondió el capitán—, pero aquí hace mucho frío y espero que no nos negará usted un cuarto de hora de hospitalidad en su cámara.

—¡Cómo! ¿Quieren ustedes entrar? —exclamó el judío, a quien esta visita inspiraba vivos temores.

—Para eso hemos venido —respondió Héctor Servadac que subía ya los escalones de la cámara, precediendo a sus compañeros.

—No tengo nada que ofrecer a ustedes —dijo el judío con voz lastimera—. Soy pobre.

—Ya comenzamos a gemir —dijo Ben-Zuf—. Vamos Elías, deja pasar.

Y Ben-Zuf, agarrando a Hakhabut por el cuello lo apartó bruscamente y abrió después la puerta de la cámara.

Al entrar, dijo el capitán Servadac:

—Oiga usted, Hakhabut, no venimos a apoderarnos de nada contra su

voluntad. Ya se lo he dicho: el día en que el interés común exija que dispongamos del cargamento de la urca, lo haré sin vacilaciones, es decir, le expropiaré por causa de utilidad pública, y las mercancías le serán pagadas a los precios corrientes en Europa.

—¡A los precios corrientes en Europa! —murmuró Isaac Hakhabut entre dientes—. De ningún modo; me las ha de pagar a los precios corrientes en Galia, y esos precios seré yo quien los determine.

Héctor Servadac y sus compañeros, sin hacer caso de las protestas del judío, bajaron a la cámara de la Hansa, que era muy estrecha porque el cargamento ocupaba casi todo el sitio.

En un rincón de aquella cámara, y enfrente de la litera que servía de cama, había una pequeña estufa donde ardían dos pedazos de carbón. Un armario, cuya puerta estaba cerrada con llave, ocupaba el fondo de aquella estancia, en donde había también algunos banquillos, una mesa de pino muy sucia y algunos utensilios de cocina, los absolutamente necesarios. El mueblaje, como se ve, no era muy costoso, pero digno del propietario de la urca.

Lo primero de que se cuidó Ben-Zuf después de haber bajado a la cámara, y tan pronto como el judío volvió a cerrar la puerta, fue de arrojar a la estufa algunos carbones, precaución justificada dada la baja temperatura que reinaba allí. Esto arrancó recriminaciones y gemidos a Isaac Hakhabut, que antes que prodigar el combustible habría quemado sus propios huesos, si hubiera tenido con qué sustituirlos. Pero nadie le hizo caso, y Ben-Zuf se quedó de guardia cerca de la estufa, activando la combustión por medio de una ventilación inteligente. Luego, tomaron asiento los visitantes del mejor modo que les fue posible, y dejaron al capitán Servadac que diera a conocer al judío el objeto de su visita.

Isaac Hakhabut, de pie en un rincón, con las manos cruzadas, parecía un condenado a quien se le lee la sentencia.

—Maese Isaac —dijo entonces el capitán Servadac—, sólo hemos venido para pedirle a usted un favor.

—¿Un favor?

—En interés de todos.

—No tengo interés alguno.

—Oiga usted y no se queje, Hakhabut. No vamos a desollarlo.

—¡Pedirme a mí un favor! ¡A mí! ¡Un pobre hombre! —exclamó el judío en tono plañidero.

—Diré a usted de lo que se trata —añadió Héctor Servadac, fingiendo no haber oído los lamentos del judío.

La solemnidad del preámbulo hizo creer a Isaac Hakhabut que iban a

reclamarle toda su hacienda.

—Necesitamos —dijo el capitán Servadac— una romana. ¿Puede usted prestarnos una romana?

—¡Una romana! —exclamó el judío, como si le hubieran pedido un préstamo de muchos miles de francos—. ¿Dice usted una romana...?

—Sí, una romana para pesar —repitió Palmirano Roseta, a quien tantos preámbulos impacientaban ya extraordinariamente.

—¿No tiene usted una romana? —preguntó el teniente Procopio.

—Sí, tiene una —dijo Ben-Zuf.

—Efectivamente, sí, me parece... —respondió Isaac Hakhabut, que temía aventurarse demasiado.

—En ese caso, maese Isaac, ¿quiere usted tener la bondad de prestárnosla?

—¡Prestar! —exclamó el judío—. Señor gobernador, me pide que preste...

—Por un día solamente —replicó el profesor—, por un día. Después se la devolveremos sin estropearla.

—Una romana es un instrumento muy delicado, buen señor —respondió Isaac Hakhabut—. Puede estallar el resorte con estos grandes fríos.

—¡Qué animal! —exclamó Palmirano Roseta.

—Y, además, ¿se trata de pesar alguna cosa muy voluminosa?

—¿Crees tú, Efraín —dijo Ben-Zuf—, que vamos a pesar una montaña?

—Bastante más que una montaña —respondió Palmirano Roseta—. Vamos a pesar Galia.

—¡Misericordia! —exclamó el judío, que con sus falsas lamentaciones perseguía manifiestamente un fin.

El capitán Servadac volvió a intervenir diciendo:

—Maese Hakhabut, necesitamos una romana para pesar un objeto de un kilogramo a lo sumo.

—¡Un kilogramo, Dios de Israel!

—Y hasta ese objeto pesará sensiblemente menos de un kilogramo a causa de la menor atracción de Galia. Por consiguiente, no tiene usted nada que temer por su romana.

—Seguramente, señor gobernador —respondió el judío—. ¡Pero prestar...!

¡Prestar!

—Si no quiere prestar —dijo el conde Timascheff—, venda.

—¡Vender! —exclamó Isaac Hakhabut—, ¡vender mi romana! Cuando la haya vendido, ¿cómo voy a pesar mis géneros? No tengo balanza, sólo tengo ese pobre instrumento que es muy delicado, muy exacto, y se pretende despojarme de él. Ben-Zuf no comprendía por qué su capitán no retorció el pescuezo a aquel odioso judío que le oponía tanta resistencia; pero Héctor Servadac se divertía

agotando todas las formas posibles de persuadir a Isaac Hakhabut

—Veamos, maese Isaac —dijo sin enfadarse—, ya me doy cuenta de que no está usted dispuesto a prestarnos la romana.

—¡Ah! ¡Me es imposible, señor gobernador!

—Ni a venderla.

—¿Venderla? ¡Oh, jamás!

—Perfectamente, ¿quiere usted alquilarla?

Los ojos de Isaac Hakhabut lanzaron chispas de júbilo.

—¿Me responde usted de todo deterioro? —preguntó con viveza.

—Sí, señor.

—¿Me dará usted una garantía de que me pueda apropiarse en el caso de una desgracia?

—Sí, señor.

—¿Cuánto?

—Cien francos por un instrumento que sólo vale veinte. ¿Es suficiente?

—Escasamente, señor gobernador, escasamente, porque, al fin, es la única romana que existe en nuestro nuevo mundo. ¿Pero esos cien gramos están en oro?—En oro.

—¿Y pretende usted llevarse esa romana, un objeto de tanta necesidad, alquilada por un solo día?

—Por un solo día.

—¿Y cuánto piensa pagar por el alquiler?

—Veinte francos —respondió el conde Timascheff—. ¿Le conviene a usted?

—¡Ah! No soy aquí el más fuerte —murmuró Isaac Hakhabut, cruzando nuevamente las manos sobre el pecho— y no me queda otro recurso que resignarme.

Concluido el trato, evidentemente a satisfacción del judío, en los veinte francos de alquiler y cien francos de garantía todo en oro francés o ruso, el profesor Palmirano Roseta exhaló un suspiro de satisfacción. Seguramente no habría vendido Isaac Hakhabut su derecho de primogenitura por un plato de lentejas, si las lentejas no hubieran sido otras tantas perlas.

El judío, después de mirar recelosamente en torno suyo, salió para ir en busca de la romana.

—¡Qué hombre! —exclamó el conde Timascheff.

—Alemán y judío —respondió Héctor Servadac—. En su género es un tipo acabado.

Isaac Hakhabut no tardó en aparecer, llevando la romana cuidadosamente recogida bajo el brazo.

Era una romana de resorte con un gancho, al que se suspendía el objeto que debía pesarse. Una aguja que giraba sobre un círculo grabado marcaba el peso, y, por lo tanto, como había dicho Palmirano Roseta, los grados indicados por aquel instrumento eran independientes de la gravedad, cualquiera que fuese.

Construida para los pesos terrestres habría marcado en la Tierra un kilogramo para todo objeto que pesara un kilogramo; ¿cuánto pesaría este mismo objeto en Galia? Es lo que se deseaba averiguar.

Entregáronse ciento veinte francos en oro al judío, cuyas manos se cerraron sobre el precioso metal tan herméticamente como si hubieran sido la tapa de un cofre. Se entregó la romana a Ben-Zuf y los visitantes dispusieron a salir de la cámara de la Hansa.

Pero, en aquel momento, el profesor recordó que necesitaba todavía otro objeto indispensable para efectuar sus operaciones. Una romana le era completamente inútil si no podía suspender en ella un trozo de materia Galiana cuyas dimensiones hubieran sido medidas con exactitud y formara, por ejemplo, un decímetro cúbico.

—¡Eh! Falta otra cosa, judío —dijo deteniéndose—. Tiene usted que prestarnos...

Isaac Hakhabut se estremeció al oír esto.

—Tiene usted que prestarnos un metro y una pesa de un kilogramo.

—¡Ah! Mi buen señor —respondió el judío—, me es imposible complacerle y lo siento mucho. Hubiera tenido una inmensa satisfacción en servir a usted...

Esta vez Isaac Hakhabut decía la verdad al afirmar que no tenía a bordo metro ni pesa y que sentía mucho no tenerlos porque habría hecho un excelente negocio.

Palmirano Roseta, muy contrariado, miraba a sus compañeros como si los hiciera responsables de la falta. Y tenía razón en mostrarse descontento porque, si no había manera de medir con exactitud nada, no podía obtener un resultado satisfactorio.

—Sin embargo, es preciso encontrar algún medio para salir de este apuro —murmuró rascándose la cabeza.

Después subió apresuradamente la escalera y sus compañeros lo siguieron hasta el puente; pero, antes de llegar a él, oyóse en la cámara un sonido argentino.

Era Isaac Hakhabut que guardaba su dinero en uno de los cajones del armario.

Al oír este ruido volvióse el profesor, se precipitó escalera abajo y todos lo siguieron con la misma precipitación, aunque sin comprender lo que pretendía.

—¿Tiene usted monedas de plata? —preguntó, agarrando al judío por la manga de su vieja hopalanda.

—¡Yo...! ¡plata! —respondió Isaac Hakhabut, pálido como si tuviera frente a él un ladrón.

—Sí, monedas de plata —dijo el profesor con extremada viveza—, ¿son monedas francesas? ¿Monedas de cinco francos?

—Sí... no —balbució el judío sin saber lo que decía.

El profesor habíase inclinado hacia el cajón, que Isaac Hakhabut pretendía inútilmente cerrar. El capitán Servadac, el Conde Timascheff y el teniente Procopio ignoraban lo que deseaba el profesor, pero estaban decididos a darle la razón y contemplaban la escena sin tomar parte en ella.

—Necesito esas monedas francesas —exclamó Palmirano Roseta.

—¡Jamás! —gritó el judío, como si le hubiesen querido arrancar las entrañas.

—Te digo que las necesito y las tendré.

—¡Primero me matan! —aulló Isaac Hakhabut.

El capitán Servadac, creyendo oportuno intervenir, dijo sonriéndose:

—Mi querido profesor, permítame que arregle este negocio como he arreglado el otro.

—¡Ah, señor gobernador! —exclamó Isaac Hakhabut todo descompuesto—.

¡Protéjame, proteja mi hacienda!

—Silencio, maese Isaac —ordenó autoritariamente el capitán Servadac.

Luego, dirigiéndose a Palmirano Roseta, le preguntó:

—¿Necesita usted cierto número de monedas de cinco francos para efectuar sus operaciones?

—Sí —respondió el profesor—, necesito, en primer término, cuarenta.

—¡Doscientos francos! —murmuró el judío.

—Y, además —agregó el profesor—, diez monedas de dos francos y veinte de cincuenta céntimos.

—¡Treinta francos! —dijo con voz plañidera.

—Doscientos treinta francos en total —dijo Héctor Servadac.

—Sí, doscientos treinta francos —asintió Palmirano Roseta.

—Perfectamente —dijo el capitán Servadac, y, volviéndose al conde Timascheff, le preguntó—: ¿Tiene usted ahí, señor conde, con qué garantizar a ese judío el empréstito obligatorio que voy a imponerle?

—Mi bolsa está a disposición de usted, capitán —respondió el conde Timascheff—, pero aquí sólo tengo billetes de Banco.

—¡No quiero papel, no quiero papel! —se apresuró a replicar Isaac

Hakhabut—; no circula en Galia.

—¿Circula el dinero, por ventura? —respondió fríamente el conde Timascheff.

—Maese Isaac —dijo entonces el capitán Servadac—, las jeremiadas de usted me han cogido hasta ahora de buen humor; pero no abuse por mucho tiempo de mi paciencia, porque se expone a que me disguste y me incaute de toda su hacienda en beneficio público. Ahora mismo, y de buena o de mala gana, va usted a entregarnos esos doscientos treinta francos.

—¡Esto es un robo! —gritó el judío.

Pero le fue imposible proseguir, porque la vigorosa mano de Ben-Zuf le apretó en aquel momento el cuello.

—Déjalo, Ben-Zuf —dijo el capitán Servadac—; déjalo. Va a obedecer en seguida.

—¡Jamás...! ¡Jamás!

—¿Qué interés desea usted, maese Isaac, por el préstamo de esos doscientos treinta francos?

—¡Un préstamo' ¿Sólo se trata de un préstamo? —exclamó Isaac Hakhabut, animándose de alegría sus ojos.

—Sí, de un préstamo solamente. ¿Qué interés exige usted?

—¡Ah señor gobernador general! —contestó humildemente el judío—. El dinero es muy difícil de ganar, y hay muy poco en Galia.

—No quiero oír más observaciones. ¿Qué pide usted? —repuso Héctor Servadac.

—Pues bien, señor gobernador —añadió Isaac Hakhabut—, creo que diez francos de interés...

—¿Por día?

—Naturalmente, por día.

No había concluido de hablar aún el judío cuando el conde Timascheff arrojó sobre la mesa algunos rublos en billetes, que inmediatamente se puso a contar el judío. Aunque sólo era papel, aquella garantía debía satisfacer al más capaz de los hijos de Judá.

Las monedas francesas que necesitaba el profesor le fueron entregadas inmediatamente, y Palmirano Roseta las guardó en uno de sus bolsillos con manifiesta satisfacción.

El judío estaba satisfecho: acababa de colocar sus fondos a más de mil ochocientos por ciento; y, evidentemente, si continuaba prestando al mismo interés, haría fortuna en Galia más pronto que hubiese podido hacerla en la Tierra.

El capitán Servadac y sus compañeros salieron de la urca a los pocos

instantes, y Palmirano Roseta exclamó :

—Señores, no son doscientos treinta francos lo que llevo, sino el material necesario para hacer un kilogramo y un metro exactos.

CAPÍTULO VIII

EL PROFESOR Y SUS DISCÍPULOS JUEGAN CON BILLONES, TRILLONES Y MILES DE MILLONES

Los visitantes de la Hansa estaban reunidos en la sala común un cuarto de hora después, y las palabras pronunciadas por el profesor iban a ser explicadas.

Obedeciendo a Roseta, Ben-Zuf había despejado completamente la mesa, quitando los objetos que sobre ella estaban y, luego, pusieron en ella las monedas de plata tomadas al judío Hakhabut por orden de su valor; primero dos montones de veinte monedas de cinco francos, después de otro de diez monedas de diez francos, y, luego, otro de veinte monedas de cincuenta céntimos.

—Señores —dijo entonces Palmirano Roseta muy satisfecho de sí mismo—, puesto que ustedes no han tenido la previsión, al chocar Galia con la Tierra, de salvar un metro y una pesa de un kilogramo del antiguo material terrestre, he pensado en el mejor medio de remplazar esos dos objetos, que son indispensables para calcular la atracción, la masa y la densidad de mi cometa.

Esta frase de] exordio era algo larga, como acostumbra hacerlas el orador que está seguro de sí mismo y del efecto que va a producir en sus oyentes. Ni el capitán Servadac, ni el conde Timascheff, ni el teniente Procopio respondieron a la singular reconvención que les dirigía Palmirano Roseta. Se habían ya familiarizado con sus intemperancias.

—Señores —añadió el profesor—, me he cerciorado de que estas diversas monedas son casi nuevas, y no han sido usadas ni limadas por el judío. Están, por lo tanto en las condiciones requeridas para asegurar a mi operación toda la exactitud deseada. Primero, voy a emplearlas en obtener la longitud precisa del metro terrestre.

Héctor Servadac y sus compañeros comprendieron el propósito del profesor antes que hubiera acabado de expresarlo.

En cuanto a Ben-Zuf, miraba a Palmirano Roseta como habría mirado a un prestidigitador que se dispusiera a hacer un juego de cubiletes en algún tablado de Montmartre.

El profesor fundaba de este modo su primera operación cuya idea se le había ocurrido de pronto al oír sonar las monedas en el cajón de Isaac Hakhabut.

Como todos saben las monedas francesas son decimales y entre un céntimo y cinco francos existe cuanta moneda se necesita para completar todas las

cantidades, a saber:

1.º Uno, dos, cinco, diez céntimos en monedas de cobre.

2.º Veinte céntimos, cincuenta céntimos, un franco, dos francos, cinco francos, en monedas de plata.

3.º Cinco, diez, veinte cincuenta y cien francos, en monedas de oro

Por lo tanto, existen todos los múltiplos decimales del franco y todas las fracciones decimales del mismo franco, esto es, en sentido ascendente y descendente. El franco es el patrón, la unidad monetaria.

El profesor insistió en la exposición del asunto, agregando que las diversas piezas de moneda tienen un calibre exacto, y su diámetro, rigurosamente determinado por la ley, es también el mismo en las monedas falsificadas.

Para hablar únicamente de las monedas de cinco francos, de dos francos y de cincuenta céntimos de plata, diremos que las primeras tienen un diámetro de treinta y siete milímetros; las segundas, de veintisiete milímetros; y las terceras, de dieciocho milímetros.

Colocando, unas junto a otras, cierto número de estas monedas de valor diferente, ¿no se podría obtener una longitud rigurosamente exacta equivalente a los mil milímetros de que consta el metro terrestre?

Seguramente era posible, el profesor lo sabía y por lo mismo había elegido diez monedas de cinco francos de las veinte que había llevado, otras diez de dos francos y veinte de cincuenta céntimos.

El astrónomo hizo rápidamente el cálculo en un papel y lo presentó a sus oyentes, de esta manera:

10 monedas de 5 francos a $0,037 = 0,370$

10 monedas de 2 francos a $0,027 = 0,270$

20 monedas de 0,50 a $0,018 = 0,360$

Total....., 1,000

—Perfectamente, querido profesor —dijo Héctor Servadac—, sólo falta colocar una junto a otra esas cuarenta monedas, de tal manera que la misma línea recta pase por sus centros y tendremos con toda exactitud la longitud del metro terrestre.

—¡Cascaras! —exclamó Ben-Zuf—. ¡Qué bueno es ser sabio!

—¡A eso llama ser sabio! —replicó Palmirano Roseta encogiéndose de hombros.

Efectivamente, se extendieron diez monedas de cinco francos sobre la mesa, y se colocaron una junto a otra de manera que sus centros estuvieran unidos por la misma línea recta. Luego se pusieron del mismo modo las diez monedas de diez francos y, por último, las veinte de cincuenta céntimos, y se señalaron los dos extremos de la línea así formada.

—Señores —dijo entonces el profesor—, ya tenemos la longitud exacta del metro terrestre.

La operación se había efectuado con suma precisión. Dividióse aquel metro por medio de un compás en diez partes iguales y se obtuvieron los decímetros; y, después de haber cortado una vara de aquella longitud, se le entregó al mecánico de la Dobryna.

Éste, que tenía gran habilidad, se proporcionó un trozo de la materia desconocida de que se componía la roca volcánica, y sólo tuvo que labrarlo, dando un decímetro cuadrado a cada una de sus seis caras, para obtener un cubo perfecto.

Era lo que necesitaba Palmirano Roseta.

Obtenido el metro faltaba obtener también su peso exacto de un kilogramo.

Esto ofrecía menos dificultad.

En efecto, las monedas francesas tienen no sólo un calibre rigurosamente determinado, sino un peso calculado con absoluta exactitud.

Sin tener en cuenta para nada todas las demás, la moneda de cinco francos pesa exactamente veinticinco gramos, esto es, el peso de cinco monedas de un franco, cada una de las cuales pesa cinco gramos.

Agrupando cuarenta piezas de a cinco francos en plata, se obtendría el peso de un kilogramo y, esto lo comprendieron en seguida el capitán Servadac y sus compañeros.

—Vamos, vamos —dijo Ben-Zuf—, ya veo que para eso no es bastante ser sabio; se necesita también...

—¿Qué? —preguntó Héctor Servadac.

—Tener dinero.

La observación de Ben-Zuf hizo reír a todos.

Pocas horas después, había sido labrado con bastante precisión el decímetro cúbico de piedra y el mecánico lo entregaba al profesor.

Teniendo ya Palmirano Roseta un peso de un kilogramo, un trozo de un decímetro cúbico, y una romana para pesarlo, no necesitaba más para calcular la atracción, la masa y la densidad de su cometa.

—Señores, suponiendo que ustedes no lo sepan, o que lo hayan olvidado, debo recordarles la célebre ley de Newton, según la cual la atracción está en razón directa de las masas y en razón inversa del cuadrado de las distancias. No olviden este principio.

El profesor hablaba como si estuviera en cátedra; pero los discípulos eran sumisos y obedientes.

—Aquí tenemos —añadió— cuarenta monedas de a cinco francos reunidas en este saco, que en la Tierra pesaría exactamente un kilogramo; esto es, si

estando en la Tierra las suspendiéramos del gancho de esta romana, la aguja marcaría un kilogramo. ¿Han comprendido?

Mientras hablaba, no apartaba la vista de Ben-Zuf, imitando en esto a Arago, quien durante sus demostraciones miraba siempre al oyente que le parecía más torpe, y cuando éste daba muestras de haber comprendido, se mostraba satisfecho de la claridad de su demostración.

El asistente del capitán Servadac estaba muy lejos de ser torpe, pero era ignorante, y, para el caso, era igual.

Sin embargo, Ben-Zuf pareció convencido, y el profesor prosiguió su demostración en estos términos:

—Ahora voy a colgar este grupo de monedas del gancho de la romana, y como operamos en Galia sabremos lo que pesa en Galia.

Se suspendió del gancho el grupo de monedas, osciló la aguja de la romana, se detuvo y marcó en el círculo graduado ciento treinta y tres gramos.

—Según esto —dijo Palmirano Roseta—, lo que pesa un kilogramo en la Tierra, sólo pesa ciento treinta y tres gramos en Galia, o, lo que es lo mismo, unas siete veces menos. ¿Lo han entendido ustedes?

Ben-Zuf hizo una señal de asentimiento y el profesor prosiguió gravemente su demostración.

—Ahora van a comprender ustedes que los resultados obtenidos con la romana habrían sido nulos con las balanzas ordinarias. En efecto, los dos platillos en que habría puesto en un lado el grupo de monedas, y en el otro el peso de un kilogramo, habrían quedado en equilibrio, porque en ambos el peso se habría disminuido en la misma proporción exactamente. ¿Está entendido?

—Hasta por mí —respondió Ben-Zuf.

—Por consiguiente, si el peso —dijo el profesor— es siete veces menor aquí que en el globo terrestre, debe deducirse que la intensidad de la gravedad en Galia es la séptima parte de lo que es en la superficie de la Tierra.

—Perfectamente —respondió el capitán Servadac—, y respecto a este punto no hay más que hablar. Pasemos ahora a la masa, querido profesor.

—No, a la densidad primero —respondió Palmirano Roseta.

—En efecto —asintió el teniente Procopio—; conociendo ya el volumen de Galia, únicamente nos falta conocer la densidad para deducir naturalmente la masa.

El razonamiento del teniente era lógico y no había que hacer sino proceder al cálculo de la densidad de Galia, y esto fue lo que hizo el profesor. Tomó el trozo de piedra que medía un decímetro cúbico y dijo:

—Señores, este trozo está formado por una materia desconocida que, durante su viaje de circunnavegación, han encontrado siempre en la superficie de

Galia. Parece, efectivamente, que mi cometa no contiene más que esta sustancia; el litoral, el monte volcánico, el territorio al Norte como al Sur, todo parece formado exclusivamente por este mineral, al que su ignorancia en geología no les ha permitido dar un nombre.

—Así es, y deseáramos saber qué sustancia es esta —dijo Héctor Servadac.

—Creo —repuso Palmirano Roseta— tener el derecho de razonar como si Galia estuviera única y exclusivamente compuesta de esta materia, hasta en sus últimas profundidades. Ahora bien, aquí tenemos un decímetro cúbico de esta materia. ¿Qué pesaría en la tierra? Pesaría exactamente lo mismo que en Galia, multiplicado por siete, porque, como hemos dicho, la atracción es siete veces menor en el cometa que en el globo terrestre. ¿Ha comprendido usted, usted que me está mirando con ojos espantados?

Quien así miraba era Ben-Zuf.

—No, señor —respondió Ben-Zuf.

—Pues no perderé el tiempo en hacérselo comprender, porque estos señores lo han entendido y es suficiente.

—¡Qué fiera! —murmuró Ben-Zuf.

—Pesando este trozo de mineral —dijo el profesor—, es como si pesáramos el cometa.

El trozo de mineral fue, en efecto, colgado de la romana y la aguja indicó en el círculo mil trescientos treinta gramos.

—Mil trescientos treinta gramos multiplicados por siete —exclamó Palmirano Roseta— dan aproximadamente diez kilogramos. Siendo, pues, la densidad de la Tierra de unos cinco kilogramos, la de Galia es doble de la Tierra, porque vale diez. Sin esta circunstancia, la gravedad, en vez de ser una séptima parte de la Tierra, sería en mi cometa una decimoquinta parte.

Al decir esto, creía el profesor tener derecho a mostrarse orgulloso. Si la Tierra era superior en volumen a su cometa, éste superaba a la Tierra en densidad, y de ningún modo habría cambiado uno por otra.

Conocíase, pues, en aquel momento el diámetro, la circunferencia, la superficie, el volumen, la densidad de Galia y la intensidad de la gravedad.

Faltaba calcular la masa o, para decirlo de otra manera, el peso.

Este cálculo quedó en seguida hecho. Puesto que un decímetro cúbico de la materia Galiana habría pesado diez kilogramos en la Tierra, Galia pesaba tantas veces diez kilogramos como decímetros cúbicos contenía su volumen, y como se sabía que este volumen era de doscientos once millones cuatrocientos treinta y tres mil cuatrocientos setenta kilómetros cúbicos, contenía, por lo tanto, un número de decímetros representado por veintiuna cifras, esto es, doscientos once trillones cuatrocientos treinta y tres mil cuatrocientos sesenta billones.

Esto era también el número que daba en kilogramos terrestres la masa, o sea, el peso de Galia.

Era, por consiguiente inferior al del globo terrestre en cuatrocientos sesenta y ocho mil quinientos sesenta y tres trillones seiscientos cincuenta y cuatro mil billones.

—¿Pero cuánto pesa la Tierra entonces? —preguntó Ben-Zuf, realmente aturdido y sin saber apreciar la importancia de aquellos millares de millones.

—¿Sabes tú lo que es un millar de millones? —le preguntó el capitán Servadac.

—Vagamente, mi capitán.

—Pues para que lo comprendas, has de saber que desde el nacimiento de Jesucristo hasta ahora no han transcurrido todavía mil millones de minutos, y que si hubieras debido mil millones de francos, y hubieras pagado un franco cada minuto desde entonces acá, todavía no habrías concluido de pagar la deuda.

—¡Un franco por minuto! —exclamó Ben-Zuf—. ¡Oh! Me habría arruinado antes de un cuarto de hora. En fin, ¿cuánto pesa la Tierra?

—Cinco cuatrillones ochocientos setenta y cinco mil trillones de kilogramos

—dijo el teniente Procopio—, esto es, un número que consta de veinticinco cifras.

—¿Y la Luna?

—Setenta y dos mil trillones de kilogramos.

—¿Nada más? —respondió Ben-Zuf—. ¿Y el Sol?

—Dos quintillones, esto es, un número compuesto de treinta y una cifras.

—¡Dos quintillones! —exclamó Ben-Zuf—. Supongo que gramo más o menos.

Palmirano Roseta empezó a mirar a Ben-Zuf aviesamente.

—En conclusión —dijo el capitán Servadac—, todo objeto pesa siete veces menos en la superficie de Galia que en la superficie de la Tierra.

—Eso es —asintió el profesor—, y, por consiguiente, nuestras fuerzas musculares se han septuplicado. Un mozo de cuerda del mercado que carga cien kilogramos de peso en la Tierra, podría cargar setecientos en Galia.

—Ahora comprendo por qué nosotros saltamos siete veces más alto —dijo Ben-Zuf.

—Sin duda —respondió el teniente Procopio—, y si la masa de Galia hubiera sido menor, usted, Ben-Zuf, habría saltado más todavía.

—Hasta por encima del cerro de Montmartre —añadió el profesor guiñando el ojo y sacando de quicio a Ben-Zuf.

—¿Cuál es la intensidad de la gravedad de los demás astros? —preguntó

Héctor Servadac.

—¿Lo ha olvidado usted? —increpó el profesor—. Realmente, no ha sido usted nunca un buen discípulo.

—Lo reconozco, por mi desgracia —respondió el capitán Servadac.

—Pues bien, tomando la Tierra por unidad, la atracción en la Luna es de 0 16; en Júpiter, de 2'45; en Marte, de 0'50; en Mercurio, de 1*15; en Venus, de 0'92, casi la misma de la Tierra, y en el Sol, de 2'45. Allí un kilogramo terrestre pesa 28.

—Entonces —agregó el teniente Procopio—, en el Sol, a un hombre constituido de igual modo que nosotros lo estamos, le sería muy difícil levantarse si se cayera, y una bala de cañón sólo andaría una docena de metros.

—¡Un buen campo de batalla para los cobardes! —dijo Ben-Zuf.

—No hay tal cosa —replicó el capitán Servadac—, porque pesarían mucho y no podrían escapar.

—Siento —dijo Ben-Zuf— que Galia no sea más pequeña de lo que es, porque con eso seríamos más fuertes y saltaríamos más alto. Verdad es que sería difícil reducir las proporciones de Galia.

Esta proposición hirió el amor propio de Palmirano Roseta, propietario del cometa Galia, quien replicó :

—¿Cómo es eso? ¿Acaso este ignorante no tiene ya la cabeza bastante ligera?

Que tenga cuidado de sujetarla, porque el menor sople de viento se la puede llevar el mejor día.

—Ya la sostendré con ambas manos —respondió Ben-Zuf.

Palmirano Roseta, al ver que Ben-Zuf no callaba jamás, iba a retirarse, cuando el capitán Servadac lo detuvo con un ademán.

—Perdone usted, mi querido profesor, que le dirija una pregunta. ¿No sabe de qué sustancia se compone Galia?

—Lo sospecho —respondió Palmirano Roseta—. La naturaleza de esa sustancia, su densidad, que vale diez..., me atrevería a afirmar... ¡Ah! Si es así, confundiré a Ben-Zuf. ¡Qué se atreva a comparar su cerro de Montmartre con mi cometa!

—¿Y qué es lo que se atrevería usted a afirmar? —preguntó el capitán Servadac.

—Que esta sustancia —dijo el profesor, subrayando la frase—, que esta sustancia es nada menos que un telururo...

—¡Puah...! Un telururo —exclamó despectivamente Ben-Zuf.

—Un telururo de oro, cuerpo compuesto que se encuentra con frecuencia en la Tierra; y en éste, si hay setenta por ciento de telururo, calculo que habrá

treinta por ciento de oro.

—¡Treinta por ciento! —exclamó Héctor Servadac.

—Lo cual, sumando la gravedad específica de estos dos cuerpos, da un total de diez, o sea la cifra precisa que representa la densidad de Galia.

—¡Un cometa de oro! —repetía el capitán Servadac.

—El célebre Maupertuis opinaba que esto era muy posible, y Galia lo confirma

—Pero, entonces —dijo el conde Timascheff—, si Galia vuelve a caer en el globo terráqueo, cambiará todas las condiciones monetarias; en la actualidad sólo hay veintinueve mil cuatrocientos millones de oro en circulación.

—Efectivamente —respondió Palmirano Roseta—, y puesto que el trozo de telururo de oro en que nos encontramos pesa en la Tierra doscientos once trillones cuatrocientos treinta y tres mil cuatrocientos sesenta billones de kilogramos, serán unos setenta y un trillones de oro lo que tendrá la Tierra, que, a tres mil quinientos francos el kilogramo, importaría en números redondos doscientos cuarenta y seis mil trillones de francos, esto es, un número compuesto de veinticuatro cifras.

—Cuando eso suceda —respondió Héctor Servadac—, el oro no valdrá nada y, entonces, merecerá con justicia la calificación de vil metal.

El profesor, que ya habla salido majestuosamente para subir a su observatorio, no oyó esta observación.

—Pero —preguntó entonces Ben-Zuf—, ¿para qué sirven todos esos cálculos que ese sabio regañón ha hecho, como si se tratara de un juego de cubiletes?

—Para nada —respondió el capitán Servadac—, y eso es precisamente lo que les da mayor interés.

CAPÍTULO IX

DONDE SOLO SE TRATA DE JÚPITER, LLAMADO POR OTRO NOMBRE EL GRAN PERTURBADOR DE COMETAS

En realidad de verdad, Palmirano Roseta sólo había trabajado por amor a la ciencia. Conocía las efemérides del cometa, su marcha a través de los espacios interplanetarios y el tiempo que tardaba en efectuar su revolución alrededor del Sol. Lo demás, masa, densidad, atracción y hasta el valor metálico de Galia, únicamente le interesaba a él y no a sus compañeros, cuyo deseo más vehemente era volver a encontrar la Tierra en el punto de su órbita y en la fecha mencionada.

Dejaron, pues, al profesor entregado a sus tareas puramente científicas.

Al día siguiente, 1.º de agosto, o, hablando en el lenguaje de Palmirano Roseta, 63 de abril galiano, el cometa, que iba a recorrer dieciséis millones quinientas mil leguas, debía encontrarse a ciento noventa y siete millones de leguas del Sol, pero tenía aún que recorrer ochenta y un millones de leguas más, para llegar a su afelio el 15 de enero. A partir de entonces, iría acercándose al Sol cada vez más.

A la sazón, Galia avanzaba hacia un mundo maravilloso, que ninguna vista humana había podido contemplar hasta entonces desde tan cerca.

El profesor tenía motivos para no abandonar un solo momento su observatorio. Jamás un astrónomo (y un astrónomo es algo más que un hombre, porque vive fuera del mundo terrestre), había podido contemplar tan grandioso espectáculo ¡Qué hermosas eran las noches galianos, en las que ni una ráfaga de viento, ni un vapor turbaba la serenidad de la atmósfera! El libro del firmamento estaba allí completamente abierto y podía ser leído con perfecta claridad.

E! mundo maravilloso hacia donde marchaba Galia, era el mundo de Júpiter, el más importante de los astros que el Sol tiene sometidos a su poder atractivo. Desde que la Tierra y Galia se habían encontrado, habían transcurrido siete meses, y el cometa había marchado con gran celeridad hacia el soberbio planeta, que se adelantaba a recibirlo. En aquella fecha del 1.º de agosto, no separaba a los dos astros más que una distancia de sesenta y un millones de leguas, y hasta el 1.º de noviembre continuarían acercándose progresivamente uno al otro.

¿Ofrecía esto peligro alguno? No arriesgaba demasiado Galia, circulando

tan cerca de Júpiter? El poder atractivo del planeta, cuya masa era tan considerable en comparación con la de Galia, ¿no ejercería sobre el cometa una atracción fatal?.

Realmente, al calcular la duración de la revolución de Galia, había tenido en cuenta Palmirano Roseta las perturbaciones que debía sufrir el cometa, no sólo a causa de su aproximación a Júpiter, sino también por acercarse demasiado a Saturno y a Marte. Pero ¿no se habría equivocado acerca del valor de estas perturbaciones, y el cometa experimentaría en su curso retrasos más importantes de los que el astrónomo había calculado? ¿No podría el terrible Júpiter, eterno seductor de cometas...?

En fin, según la explicación que dio el teniente Procopio, si los cálculos del astrónomo no eran exactos, amenazaban a Galia cuatro grandes peligros.

1.º Que Galia, irresistiblemente atraída por Júpiter, cayera en su superficie y se aniquilara.

2.º Que quedara aprisionada y pasara al estado de satélite, o quizá de sub satélite.

3.º Que desviada de su trayectoria, siguiera una nueva órbita para no acercarse jamás a la Tierra.

4.º Y que, retrasada en su movimiento, por poco que fuera, a causa de la influencia de Júpiter, llegara demasiado tarde a la eclíptica para chocar con la Tierra en el punto en que antes había chocado.

En el caso de que se produjera alguno de estos cuatro sucesos, Palmirano Roseta sólo temía dos. Que Galia pasara al estado de luna o de sub luna del mundo joviano, no convenía al astrónomo aventurero, aunque le agradaba mucho le perspectiva de no llegar a encontrar la Tierra de continuar gravitando alrededor del Sol y hasta de correr por los espacios siderales a través de esa nebulosa llamada Vía Láctea, de la que parecen formar parte todas las estrellas visibles. Comprendíase que sus compañeros tuvieran vivísimos deseos de volver al globo terrestre donde habían dejado familias y amigos; pero Palmirano Roseta, que no tenía familia ni tampoco amigos, porque le había faltado tiempo para contraer amistades y que, si lo hubiera tenido, es probable que por su carácter tampoco lo hubiera conseguido, prefería no salir del cometa jamás, ya que la fortuna le había deparado la ocasión de viajar por los espacios interplanetarios.

Entre los temores de los galianos y las esperanzas de Palmirano Roseta transcurrió un mes. El 1.º de setiembre Galia sólo distaba de Júpiter treinta y ocho millones de leguas, precisamente la distancia que separa a la Tierra del Sol; y el 15 esta distancia había quedado reducida a dieciséis millones de leguas.

El planeta veíase en el firmamento cada vez de tamaño más extraordinario,

y el cometa era atraído hacia él como si su curso elíptico se hubiera convertido en caída rectilínea bajo la influencia de Júpiter.

Era realmente un gran planeta el que a la sazón comenzaba a alterar la órbita de Galia. ¡Peligroso tropezón el que podía dar el cometa! Desde la época de Newton se sabe que la atracción entre dos cuerpos se ejerce en razón directa de sus masas, y en razón inversa del cuadrado de las distancias. La masa de Júpiter era enorme y la distancia a que iba a pasar Galia del planeta era relativamente muy corta.

Efectivamente el diámetro de aquel gigante es de treinta y cinco mil setecientos noventa leguas, o, lo que es lo mismo, once veces el diámetro terrestre, y su circunferencia es de ciento doce mil cuatrocientas cuarenta leguas. Su volumen equivale a mil cuatrocientas catorce veces el de la Tierra, y, por consiguiente, serían necesarias mil cuatrocientas Tierras para igualar su tamaño. Su masa es de trescientas treinta y ocho veces mayor que la del esferoide terrestre, o, para decirlo de otro modo, pesa ciento treinta y ocho veces más, aproximadamente dos mil cuatrillones de kilogramos, número compuesto de veintiocho cifras. Aunque su densidad media, deducida de la masa y de su volumen, sólo equivale a la cuarta parte de la densidad de la Tierra, y únicamente excede en una tercera parte a la densidad del agua (lo que ha originado la hipótesis de que el enorme planeta es quizás líquido, a lo menos en su superficie), no por eso dejaba de perturbar grandemente a Galia.

Agreguemos, para terminar la descripción física de Júpiter que tarda en efectuar su revolución alrededor del Sol once años, diez meses, diecisiete días, ocho horas y cuarenta y dos minutos terrestres: que marcha con una celeridad de trece kilómetros por segundo, describiendo una órbita de mil doscientos catorce millones de leguas; que su rotación sobre su eje se realiza en nueve horas y cincuenta y cinco minutos, lo que reduce mucho la duración de sus días; que, por consiguiente, cada uno de los puntos de su Ecuador se mueve con una rapidez veintisiete veces mayor que la de cualquiera de los puntos ecuatoriales de la Tierra, lo que imprime a sus polos una depresión de novecientos noventa y cinco leguas; que el eje del planeta es casi perpendicular al plano de su órbita, de donde procede que sus días y noches sean iguales y la variación de estaciones poco sensible, porque el Sol está casi invariablemente en el plano de su ecuador; y, por último, que la intensidad de la luz y del calor que recibe el planeta, únicamente son la vigesimoquinta parte de la intensidad que se experimenta en la superficie de la Tierra, porque Júpiter sigue una trayectoria elíptica que lo lleva a ciento ochenta y ocho millones de leguas del Sol, por lo menos, y a doscientos siete millones, a lo sumo.

Réstanos hablar de las cuatro lunas que, ya reunidas sobre el mismo

horizonte, ya separadas, alumbran espléndidamente las noches de Júpiter.

De estos cuatro satélites, uno gira alrededor de Júpiter a una distancia casi igual a la que separa a la Luna de la Tierra; otro es algo más pequeño que nuestra Luna; pero todos efectúan su revolución con una celeridad mucho mayor que ésta, empleando el primero un día, dieciocho horas y veintiocho minutos; el segundo, tres días, trece horas y catorce minutos; el tercero, siete días, tres horas y cuarenta y tres minutos, y el cuarto, dieciséis días, dieciséis horas y treinta y dos minutos. El que está más lejos circula a cuatrocientas sesenta y cinco mil ciento treinta leguas de distancia de la superficie del planeta.

Ya se sabe que, merced a la observación de estos satélites, cuyos movimientos son conocidos con absoluta precisión, se ha determinado por primera vez la celeridad de la luz, lo que ha servido también para calcular las longitudes terrestres.

—Se puede representar a Júpiter —dijo un día el teniente Procopio— como un enorme reloj cuyas agujas las forman los satélites, que miden el tiempo con perfecta exactitud.

—Algo grande es ese reloj para llevarlo en el bolsillo —respondió Ben-Zuf.

—Agregaré —dijo el teniente— que si nuestros relojes tienen a lo sumo tres agujas, éste tiene cuatro.

—¡Quizá tenga pronto cinco! —replicó el capitán Servadac, temiendo que se convirtiera Galia en satélite del sistema joviano.

Como es de suponer, aquel mundo cuyo tamaño iba cada día en aumento a la vista de los colonos, constituía casi excesivamente el motivo de las conversaciones del capitán Servadac y de sus compañeros, que no podían dejar de contemplarlo ni de hablar de otra cosa.

Un día se habló de la edad que los diversos planetas que circulan alrededor del Sol debían tener, y el teniente Procopio respondió, leyendo este pasaje de las Narraciones del Infinito, de Flammarion, del que tenía una traducción rusa:

Los astros más lejanos son los más venerables y más adelantados en la vía del progreso. Neptuno, que se encuentra a 1.100 millones de leguas del Sol, fue el primero que salió de la nebulosa solar, hace miles de millones de siglos.

Urano, que gravita a 700 millones de leguas del centro común de las órbitas planetarias, tiene muchos centenares de millones de siglos. Júpiter coloso que se cierne a 190 millones de leguas, tiene 70 millones de siglos. Marte tiene mil millones de años de existencia y se encuentra a 56 millones de leguas del Sol. La Tierra, que está a 37 millones de

leguas del Sol, hace unos cien mil años que salió de su seno ardiente. Quizá no haga más que 50 millones que salió Venus del Sol, gravitando ahora a 26 millones de leguas de distancia. Mercurio, que gravita a 14 millones de distancia del astro que le dio origen, sólo tiene 10 millones de años, mientras que la Luna nació de la Tierra.

Tal era la teoría nueva, que motivó esta reflexión del capitán Servadac:

—De todos modos, sería preferible que el cometa Galia fuera aprisionado por Mercurio antes que por Júpiter, porque serviría a un amo más joven y, probablemente, más fácil de contentar.

Durante la última quincena del mes de setiembre Galia y Júpiter siguieron aproximándose uno a otro.

El primero de dicho mes el cometa había cruzado la órbita del planeta y el primero del mes siguiente era el día en que los astros debían encontrarse más cerca. No había que temer un choque directo, porque no coincidían los planos de las órbitas de Júpiter y de Galia; pero estaban un poco inclinados uno a otro.

Efectivamente, el plano en que se mueve Júpiter sólo forma un ángulo de un grado diecinueve minutos con la eclíptica de la Tierra y no se había olvidado que la eclíptica y la órbita del cometa, desde que se encontraron, estaban proyectadas en el mismo plano.

Durante aquellos quince días, un observador que no hubiera sido galiano, habría contemplado a Júpiter con mayor admiración. Su disco iluminado por los rayos solares, los reverberaba intensamente sobre Galia, cuyos objetos, más iluminados en la superficie de este planeta, adquirirían nuevos matices. Hasta Nerina, cuando estaba en oposición con Júpiter y, por consiguiente, con el Sol, veíase menos por las noches. Palmirano Roseta, siempre instalado en su observatorio y con el antejo asestado al astro maravilloso, parecía querer descubrir los misterios del mundo joviano.

Este planeta, que ningún astrónomo terrestre ha podido ver jamás a menos de ciento cincuenta millones de leguas, iba a aproximarse a trece millones de leguas del entusiasta profesor.

En cuanto al Sol, desde la distancia a que Galia se encontraba a la sazón, no se presentaba sino bajo la forma de un disco de cinco minutos cuarenta y seis segundos de diámetro.

Pocos días antes que Júpiter y Galia estuvieran lo más cerca uno de otro, los satélites del planeta distinguíanse ya a simple vista, pues sabido es que sin antejo no se pueden ver desde la Tierra las lunas del mundo joviano, a pesar de que algunos privilegiados, dotados de una vista especial, los han distinguido sin

auxilio de ningún instrumento; entre otros. Moestlin, el profesor de Kepler, un cazador de Siberia, según dice Wrangel, y un maestro sastre de Breslau, según refiere Bogulaswki, director del observatorio de aquella ciudad. Admitiendo esta excepcional penetración de vista de que Dios había dotado a esos mortales si se hubieran encontrado en aquella época en Tierra Caliente y en los alvéolos de la Colmena de Nina, habrían tenido muchos n vales, porque desde allí los satélites eran visibles para todos y hasta se distinguía que el primero era de color blanco más o menos vivo, el segundo ligeramente azulado, el tercero de inmaculada blancura y e;cuarto de color unas veces anaranjado y otras rojizo. Agreguemos también que Júpiter, a aquella distancia, parecía completamente desprovisto de centelleo.

Si Palmirano Roseta continuaba observando a Júpiter como astrónomo desinteresado, sus compañeros temían cada vez más el retraso, o quizás una atracción que se convirtiera en caída. El tiempo transcurría, sin embargo, sin justificar estos últimos temores. El astro perturbador, ¿no iba a ocasionar otras alteraciones que las indicadas por el cálculo? Si no era de temer una caída directa, a causa del impulso inicial dado al cometa, ¿bastaba este impulso para mantenerlo en los límites de aquellas perturbaciones que, después de todo, debían permitirle efectuar en dos años su revolución alrededor del Sol?

Este era, sin duda, el objeto de las observaciones de Palmirano Roseta; pero habría sido una tontería pretender que revelara el secreto de sus observaciones.

A veces, Héctor Servadac y sus compañeros hablaban de este asunto.

—¡Bah! —dijo el capitán Servadac—. Si la duración de la revolución Galiana se modifica y Galia tiene retrasos imprevistos, mi ex profesor se mostrará muy satisfecho. Querrá burlarse de nosotros y, sin interrogarle de una manera directa, hemos de saber a qué atenernos.

—Dios quiera —dijo el conde— que no haya incurrido en algún error al hacer sus primeros cálculos.

—¡Él! ¡Palmirano Roseta cometer un error! —replicó Héctor Servadac—. Eso no es de temer. Indudablemente es un observador de gran mérito. Creo en la exactitud de sus primeros cálculos respecto a la revolución de Galia, como creeré también en la exactitud de los segundos si afirma que no hemos de volver más a la Tierra.

—Pues bien mi capitán —dijo entonces Ben-Zuf—, ¿quiere usted que le diga lo que me inquieta?

—Dilo, Ben-Zuf.

—Ese sabio pasa todo el tiempo en el observatorio, ¿no es cierto? —preguntó Ben-Zuf, en tono de un hombre que ha reflexionado mucho.

—Es evidente —respondió Héctor Servadac.

—Y día y noche —dijo Ben-Zuf— está mirando con su infernal anteojo a ese señor Júpiter, que desea que nos trague.

—En efecto, ¿y qué?

—¿Tiene usted seguridad, mi capitán, de que su antiguo profesor no va atrayendo poco a poco al señor Júpiter con su maldito anteojo?

—En cuanto a eso, tengo seguridad absoluta —respondió riéndose, el capitán Servadac.

—Basta, mi capitán, basta —dijo Ben-Zuf, moviendo la cabeza con aire de duda—. Yo no tengo tanta seguridad como usted, y por cierto que me cuesta mucho contenerme para no...

—¿Para no qué? —preguntó Héctor Servadac.

—Para no hacerle añicos ese instrumento de maldición.

—¿Te atreverías a romperle el anteojo, Ben-Zuf?

—En mil pedazos.

—Pues bien, si hicieras semejante cosa, te mandaría ahorcar.

—¡Oh, ahorcar!

—¿No soy gobernador general de Galia?

—Sí, mi capitán —respondió el honrado Ben-Zuf.

Y, realmente, si hubiera sido condenado, él mismo se habría echado la cuerda al cuello antes que negar el derecho de vida o muerte a S. E. el gobernador general.

La distancia que separaba a Júpiter de Galia el 1.º de octubre era de dieciocho millones de leguas. El planeta estaba, por consiguiente, alejado del cometa ciento ochenta veces más que la Luna lo está de la Tierra en su mayor distancia. Si Júpiter estuviera a la distancia que separa a la Luna de la esfera terrestre, su disco tendría un diámetro treinta y cuatro veces mayor que el de la Luna, esto es, mil doscientas veces el disco lunar. A la sazón, y a la vista de los observadores situados en Galia, mostraba un disco de inmensa superficie.

Distinguíanse bien las zonas de colores variados que lo surcan paralelamente al ecuador, bandas grises al Norte y al Sur, alternativamente oscuras c luminosas en los polos, con una luz muy intensa en los bordes del astro. Algunas manchas alteraban visiblemente acá y allá la pureza de las zonas transversales, variando a cada momento de forma y de tamaño. Aquellas bandas y aquellas manchas, ¿eran producidas por las alteraciones atmosféricas de Júpiter? Su presencia, su naturaleza y su movimiento, ¿se explicaban por la acumulación de vapores, por la formación de nubes impulsadas por corrientes aéreas, que, semejantes a los vientos alisios, se propagaban en sentido inverso a la rotación del planeta sobre su eje? Palmirano Roseta no lo sabía, como no lo saben tampoco sus colegas de los observatorios terrestres. Si volvía a la Tierra

no podría consolarse con el recuerdo de haber sorprendido uno de los más interesantes secretos del mundo joviano.

Durante la segunda semana de octubre, los temores de los galianos subieron de punto. El cometa llegaba con gran celeridad al punto peligroso. El conde Timascheff y el capitán Servadac, de ordinario algo reservados, si no fríos, uno respecto de otro, inclinábanse a estrechar más su amistad frente al peligro común. Hablaban de él con frecuencia, y cuando daban la partida por perdida, y creían imposible el regreso a la Tierra, trataban de escudriñar los secretos que lo porvenir les reservaba en su viaje por el mundo solar, y quizá por el mundo sideral. Resignábanse anticipadamente a su suerte; se veían transportados a una humanidad nueva y se inspiraban en aquella amplia filosofía que, rechazando la mezquina idea de un mundo creado únicamente para el hombre, abraza toda la extensión de un universo habitado.

En realidad de verdad, cuando comprendían que no debían perder toda esperanza, que no podían renunciar a volver a la Tierra algún día, mientras ésta se presentara sobre el horizonte de Galia entre los millares de estrellas del firmamento. Además, si se libraban de los peligros a que los exponía la vecindad de Júpiter, el teniente Procopio les había afirmado muchas veces que Galia no tenía ya nada que temer, ni de Saturno, demasiado lejano, ni de Marte, cuya órbita cortaría de nuevo al volver hacía el Sol. Como Guillermo Tell, estaban decididos a atravesar el funesto paso.

El 15 de octubre encontrábanse los dos astros a la distancia más corta que debía separar a uno de otro, y que era de trece millones de leguas. En aquel momento, si no había nuevas perturbaciones, o la influencia atractiva de Júpiter vencería, o Galia continuaría su órbita sin sufrir más retraso que los calculados.

Galia pasó

Esto se comprendió claramente a la mañana siguiente, cuando Palmirano Roseta, no pudiendo dominarse, exteriorizó su mal humor. Había triunfado como calculador, pero había sido vencido como aventurero. El que habría debido mostrarse el más satisfecho de los astrónomos, era el más descontento de los galianos.

Galia, siguiendo su inmutable trayectoria, continuaba girando alrededor del Sol, y, por consiguiente, con dirección a la Tierra.

CAPÍTULO X

DONDE SE DEMUESTRA CON TODA CLARIDAD QUE VALE MAS TRAFICAR EN LA TIERRA QUE EN GALIA

Gracias a Dios, creo que nos hemos librado de buena! —exclamó el capitán Servadac, cuando Palmirano Roseta manifestó, con su mal humor, que había pasado todo peligro.

Luego, dirigiéndose a sus compañeros, no menos satisfechos que él, añadió: —Todo ha quedado reducido a un simple viaje por el mundo solar, viaje que durará dos años; pero en la Tierra se hacen viajes de más duración. No tenemos, por consiguiente, por qué quejarnos, y, si todo marcha bien como hasta ahora, antes de quince meses habremos vuelto a nuestro esferoide natal.

—Y a Montmartre —añadió Ben-Zuf.

Evidentemente, era una circunstancia feliz que los galianos hubieran evitado el abordaje, como habría dicho un marino, porque, aun admitiendo que bajo la influencia de Júpiter no hubiese sufrido el cometa más que un retraso de una hora, la Tierra habría estado a cerca de cien mil leguas del punto preciso en que el cometa debía encontrarla ¿y cuánto tardaría en presentarse de nuevo una probabilidad de contacto? Quizá pasaran siglos y hasta millares de siglos antes que se verificara este acontecimiento. Además, si Júpiter hubiera perturbado a Galia, haciéndole cambiar el plano o la forma de su órbita, el cometa habría continuado eternamente gravitando por el mundo solar o por los espacios siderales.

El 1.º de noviembre Júpiter distaba de Galia diecisiete millones de leguas.

Dos meses y medio después, Galia debía pasar por su afelio, esto es, por su mayor distancia al Sol, y desde aquel punto debería tender a aproximarse a él.

Las propiedades luminosas y caloríficas del Sol, estaban, a la sazón, aparentemente muy debilitadas. Una media luz iluminaba los objetos en la superficie del cometa y la claridad y el calor eran una vigésima quinta parte de las que el Sol envía de ordinario a la Tierra; pero, esto no obstante, el astro luminoso continuaba ejerciendo su influencia, y Galia no dejaba de estar sometida a su poder. Pronto empezaría a aproximarse al Sol y en breve renacería la vida en su superficie. Esta perspectiva próxima habría reanimado a los galianos, moral y físicamente, si ellos hubieran sido hombres capaces de desmayar.

¿Qué había sido de Isaac Hakhabut? ¿Había tenido aquel judío egoísta los temores que el capitán Servadac y sus compañeros habían experimentado durante los últimos dos meses?

De ninguna manera. Isaac Hakhabut no había salido de la Hansa desde que había hecho un empréstito ventajoso. Al día siguiente de aquél en que quedaron terminadas las operaciones del profesor, Ben-Zuf habíase apresurado a devolverle las monedas de plata y la romana. El precio del alquiler y el interés se le había entregado ya, y él devolvió los billetes de Banco ruso, que le garantizaban el préstamo, quedando con esto terminadas sus relaciones con los habitantes de la Colmena de Nina.

Ben-Zuf le había informado de que el suelo de Galia estaba compuesto de oro, sin ningún valor, en verdad, y que, dada su abundancia, no lo tendría mayor cuando cayera sobre la Tierra; pero el judío creyó, naturalmente, que el ordenanza se mofaba de él, y no dio crédito a sus palabras, pensando en la manera de atraer a su gaveta toda la sustancia monetaria de la colonia Galiana.

La Colmena de Nina no había sido, pues, honrada una sola vez con la visita del judío.

—Es admirable —decía Ben-Zuf— la facilidad con que se acostumbra uno a no verle jamás.

Esto no obstante, en aquella época Isaac Hakhabut pensó en renovar sus relaciones con los galianos. Su interés lo demandaba, pues, por una parte, comenzaban a averiarse algunas de sus mercancías, y, por otra, le convenía cambiarlas por dinero antes que el cometa volviera a chocar con la Tierra. Las mercancías, cuando se volviera al globo terrestre, sólo tendrían su valor ordinario, mientras que en el mercado galiano debían alcanzar altos precios, dadas la escasez y la necesidad de dirigirse a él en que todos habían de verse.

Precisamente entonces empezaban a escasear mucho en el almacén general varios artículos de primera necesidad, entre ellos el aceite, el café, el azúcar, el tabaco y otros. Ben-Zuf informó de ello a su capitán, el cual, fiel a la regla de conducta que se había impuesto respecto a Hakhabut, resolvió hacer una requisa de las mercancías de la Hansa, pero pagándolas.

Esta conformidad de ideas entre el vendedor y los compradores, debía llevar al judío a reanudar sus relaciones con los habitantes de Tierra Caliente, esperando que por medio del comercio y de las ventas que necesariamente habían de hacerse en alza, llegaría a apoderarse de todo el oro y de toda la plata de la colonia, que era su sueño dorado.

—Pero —decía, meditando en su estrecha cámara—, pero el valor de mi cargamento es superior al de la plata que tiene esta gente, y cuando todo su dinero esté encerrado en mi cofre, ¿no podrán comprarme el resto de las

mercancías?

Esta eventualidad preocupaba grandemente al honrado judío; pero entonces recordó que no era sólo comerciante sino también prestamista o, por mejor decir, usurero. ¿No podía continuar en Galia el lucrativo oficio que tanta ganancia le reportaba en la Tierra? La última operación que había efectuado era un gran cebo para él, y, como hombre lógico, hizo el razonamiento siguiente:

A ellos se les concluirá el dinero antes que a mí las mercancías, porque las venderé siempre a precios altos, y, cuando llegue este caso, nada me impedirá prestar a los que tengan cierto crédito. Los pagarés, porque estén firmados en Galia, no dejarán de tener valor en la Tierra, y, si no se pagan a su vencimiento, los haré protestar y la justicia se encargará de rembolsarme. El Eterno no prohíbe a los hombres aprovecharse de sus bienes, sino todo lo contrario, y, el capitán Servadac, y sobre todo el conde Timascheff, me parecen hombres que han de hacer honor a su firma y que no regatearán el interés. ¡Dios de Israel!

No es mala operación la de prestar algún dinero rembolsable en el verdadero mundo.»

Sin saberlo, Isaac Hakhabut pretendía imitar el procedimiento que los antiguos galos empleaban en otro tiempo, haciendo préstamos sobre billetes pagaderos en la otra vida, sin más diferencia que la de que para ellos la otra vida era la eternidad, y para el judío era la vida terrestre, a la que antes de quince meses, afortunadamente para él y desgraciadamente para sus acreedores, iba, según todas las probabilidades, a volver.

A consecuencia de lo que acabamos de decir, de igual modo que la Tierra y Galia marchaban irresistiblemente una hacia la otra, Isaac Hakhabut iba a dirigirse al capitán Servadac cuando éste se dirigía al propietario de la urca.

El encuentro tuvo lugar el 15 de noviembre en la cámara de la Hansa. El prudente judío habíase abstenido de hacer ofertas en vista de que se trataba de pedirle.

—Maese Isaac —dijo el capitán Servadac, entrando en seguida en materia—, necesitamos café, tabaco, aceite y otros artículos que tiene usted en la Hansa, y mañana Ben-Zuf y yo vendremos a comprar todo eso.

—¡Misericordia! —exclamó el judío, que comenzaba siempre por esta exclamación, con razón o sin ella.

—He dicho —repuso el capitán Servadac— que vendremos a comprar; ¿lo ha entendido usted? Comprar quiere decir, en mi opinión, tomar una mercancía a

cambio del precio convenido. Por consiguiente, puede guardar sus jeremiadas para otra ocasión, porque ahora no están justificadas.

—¡Ah, señor gobernador! —respondió el judío, cuya voz temblaba como la de un pordiosero—. Ya lo entiendo, y sé que no permitirá usted que se despoje a un desdichado comerciante, cuya hacienda está toda comprometida.

—No veo el compromiso, Isaac, y le repito que no tomaremos nada sin pagarlo.

—¿Al contado?

—Al contado

—Usted comprende, señor gobernador —dijo Isaac Hakhabut—, que no puedo dar nada a crédito.

El capitán Servadac, como acostumbraba, y para estudiar aquel tipo en todos sus aspectos, le dejaba hablar. El judío continuó de este modo:

—Creo..., sí..., seguramente., que hay en Tierra Caliente personas muy distinguidas.. , quiero decir, muy dignas de crédito..., como el señor conde Timascheff..., como el señor gobernador.

A Héctor Servadac se le ocurrió dar un puntapié al judío; pero se contuvo.

—Usted comprende —añadió Isaac, con voz melosa— que, si prestara a crédito a uno, me vería obligado a prestar a otros. Esto provocaría escenas desagradables... y he resuelto no prestar a nadie.

—Así opino yo también —respondió Servadac.

—¡Ah! —dijo el judío—. Celebro infinito que el señor gobernador sea de mi opinión. Eso es entender el comercio como debe entenderse. ¿Puedo preguntarle en qué moneda se harán los pagos?

—En oro, en plata, en cobre; y, cuando se haya agotado esta moneda, en billetes de Banco...

—¡En papel! —exclamó Isaac Hakhabut—. Eso es lo que temía.

—¿No le inspiraban confianza los Bancos de Francia, de Inglaterra y de Rusia?

—¡Ah, señor gobernador...! Lo único que tiene valor son el oro y la plata; todo lo demás no vale nada.

—Por eso —respondió el capitán Servadac, mostrándose cada vez más complaciente—, por eso he dicho a usted, señor Isaac, que será pagado en oro y en plata, moneda corriente en la Tierra.

—¡En oro, en oro! —exclamó vivamente el judío—. Esa es la moneda por excelencia.

—Sí, en oro sobre todo, maese Isaac, porque precisamente el oro es el metal que más abunda en Galia; en oro ruso, en oro inglés y en oro francés.

—¡Oh, buenos oros! —murmuró el judío, a quien su codicia impulsaba a

pluralizar este sustantivo tan apreciado en todos los mundos.

Ya se disponía Héctor Servadac a retirarse, cuando Isaac Hakhabut se acercó a él, diciendo:

—¿Me permitirá el señor gobernador que le haga otra pregunta?

—Pregunte cuanto quiera.

—¿Podré fijar a mis mercancías... el precio que me convenga?

—Maese Hakhabut —respondió tranquilamente el capitán Servadac—, tengo perfecto derecho a poner tasa a sus artículos; pero, como me repugnan estos procedimientos revolucionarios, señalará usted a sus mercancías el precio corriente en los mercados europeos.

—¡Misericordia, señor gobernador! —exclamó el judío, afectado en su cuerda sensible—. Eso es privarme de un beneficio legítimo... eso es contrario a todas las reglas comerciales... tengo derecho a imponer la ley en el mercado, porque poseo todas las reglas comerciales... porque poseo todas las mercancías. En justicia, no puede usted oponerse a ello, señor gobernador; sería un verdadero despojo.

—Los precios de Europa —respondió sencillamente el capitán Servadac.

—¡Dios de Israel! ¡Cómo! Estoy en una situación admirable para explotar...

—Eso es precisamente lo que no quiero que haga.

—Jamás volverá a presentármese una ocasión tan favorable como ésta...

—Para desollar vivos a sus semejantes, maese Isaac. Lo siento por usted; pero no olvide que en interés común tengo derecho a disponer de todas las mercancías de la Hansa.

—¡Disponer de lo que me pertenece legítimamente a los ojos del Eterno!

—Sí, maese Isaac —respondió el capitán—; pero perdería el tiempo si pretendiera hacerle comprender esta verdad tan sencilla. Adopte, por consiguiente, el partido de obedecer y dése por satisfecho con vender a cualquier precio sus mercancías, cuando podemos obligarle a darlas gratis.

Isaac Hakhabut iba a reanudar nuevamente sus lamentaciones, pero el capitán Servadac puso término a la entrevista, diciendo:

—Los precios de Europa, maese Isaac, los precios de Europa.

El judío pasó el resto del día echando sapos y culebras por la boca contra el gobernador y contra la colonia Galiana, que pretendía poner tasa a sus mercancías, como en los malos tiempos de las revoluciones; pero se consoló al fin, tras haber hecho esta reflexión, a la que daba, sin duda, un sentido particular.

—¡Andad, gente de mala raza! Venderé a los precios de Europa; pero ganaré más de lo que podéis suponer.

Al día siguiente, 16 de noviembre, presentáronse el capitán Servadac, que quería vigilar el cumplimiento de sus órdenes, Ben-Zuf y dos marineros rusos,

en la urca al amanecer.

—¿Qué tal, Eleazar? —preguntó Ben-Zuf—. ¿Cómo va, viejo tunante?

—Es usted muy amable, señor Ben-Zuf —respondió el judío.

—Venimos a hacer contigo un trato amistosamente.

—Sí... muy amistoso... pero pagando...

—A los precios de Europa —añadió el capitán Servadac.

—Bueno, bueno —repuso Ben-Zuf—. No esperarás mucho tiempo el pago.

—¿Qué necesitan ustedes? —preguntó Isaac Hakhabut.

—Por ahora —respondió Ben-Zuf— necesitamos café, tabaco y azúcar, diez kilos de cada uno de estos artículos; pero que todo sea de buena calidad, porque, en caso contrario, lo va a pagar tus huesos. Ya sabes que entiendo de esas cosas, y mucho más ahora que soy cabo furriel.

—Creía que era usted edecán del gobernador general —dijo el judío

—Sí, Caifás, lo soy en las grandes ceremonias; pero, tratándose de compras, soy cabo furriel. Vamos, no perdamos tiempo.

—¿Ha dicho usted, señor Ben-Zuf, diez kilos de café, otros diez de azúcar y otros tantos de tabaco...?

Isaac Hakhabut salió de la cámara, bajó a la bodega de la Hansa y al poco rato volvió con diez paquetes de tabaco de los que se vendían en Francia, perfectamente embalados y con el sello del Estado. Cada uno de estos paquetes pesaba un kilogramo.

—Aquí están diez kilogramos de tabaco —dijo—; a doce francos el kilogramo, importan ciento veinte francos.

Disponíase Ben-Zuf a pagarlos, cuando el capitán Servadac lo detuvo diciendo:

—Espera, Ben-Zuf. Es preciso ver si los paquetes tienen el peso exacto.

—Tiene usted razón, mi capitán.

—¿Para qué? —respondió Isaac Hakhabut—. Ya ve que la envoltura de estos paquetes está intacta, y que en ella está indicado el peso.

—No importa, maese Isaac —respondió el capitán Servadac de un modo que no admitía réplica.

—Vamos, vejete, trae tu romana —dijo Ben-Zuf.

El judío fue a buscar la romana y suspendió del gancho un paquete de tabaco de un kilogramo.

—¡Dios de Israel! —exclamó de pronto.

Y realmente tenía motivos para exclamarse, porque, disminuida la gravedad en la superficie de Galia, la aguja de la romana sólo marcaba ciento treinta gramos, para lo que en la Tierra pesaba un kilogramo.

—Maese Isaac —dijo el capitán, que conservaba imperturbablemente su

serenidad—, ya ve que he tenido razón para obligarle a pesar ese paquete.

—Pero, señor gobernador...

—Vamos, obedece —dijo Ben-Zuf.

—Pero, señor Ben-Zuf...

Y el desdichado judío no cesaba de pronunciar las mismas palabras. Había comprendido el fenómeno de la menor atracción, y temía que todos aquellos descreídos se indemnizaran, por la disminución del peso, del alto precio a que les obligaba a pagar sus géneros. ¡Ah! Si hubiera tenido balanzas ordinarias, no habría ocurrido aquello, como lo hemos explicado ya; pero no las tenía.

Pretendió reclamar y aun enternecer al capitán Servadac, pero éste mostrábase inflexible. No eran él y sus compañeros responsables de lo que sucedía, y, de todos modos, era preciso que la aguja de la romana indicara un kilogramo, cuando se iba a pagar el precio de un kilogramo.

Isaac Hakhabut tuvo al fin que someterse a las exigencias, aparentemente justas, de los compradores, no sin grandes gemidos y sin grandes risotadas de Ben-Zuf y de los marineros rusos, que no le perdonaron las chanzonetas y los epítetos. Por un kilogramo de tabaco viose obligado a dar siete, y lo mismo le sucedió con el azúcar y el café.

—¡Vamos, pues, Poncio Pilatos! —le repetía Ben-Zuf, que tenía en su mano la romana—. ¿Prefieres que nos llevemos los géneros sin pagar?

La operación quedó terminada. Isaac Hakhabut había dado setenta kilogramos de tabaco y otros tantos de café y azúcar, y había recibido por cada artículo el precio de diez kilogramos.

—Después de todo —dijo Ben-Zuf—, la culpa de lo que ocurre la tiene Galia.

¿Por qué ha venido ese judío a traficar a Galia?

Pero el capitán Servadac, que sólo había pretendido divertirse a costa del judío, impulsado por un sentimiento de justicia, hizo restablecer la equivalencia entre los precios y los pesos, e Isaac Hakhabut recibió exactamente el precio de setenta kilogramos.

Sin embargo, la situación del capitán Servadac y de sus compañeros habría disculpado aquella manera algo fantástica de hacer una operación comercial.

Como en otras circunstancias, Héctor Servadac creyó comprender que el judío pretendía ser más desgraciado de lo que en realidad era, pues sus gemidos y sus recriminaciones tenían algo de irónico, que se notaba desde luego.

Al fin, salieron todos de la Hansa e Isaac Hakhabut pudo oír a lo lejos la voz de Ben-Zuf que iba cantando alegremente una canción militar.

CAPÍTULO XI

LOS SABIOS DE GALIA SE LANZAN MENTALMENTE A LOS INFINITOS DEL ESPACIO

Transcurrió otro mes.

Galia continuaba gravitando por los espacio interplanetarios, llevando consigo a sus habitantes a través del mundo solar. La sociedad Galiana era poco numerosa; pero también poco accesible a la influencia de las pasiones humanas.

La codicia y el egoísmo no anidaban sino en el alma de aquel judío, triste muestra de la raza humana, único punto negro que había en aquel microcosmos separado de la humanidad. Al fin y al cabo, algunos galianos sólo se consideraban como pasajeros que hacían un viaje de circunnavegación por el mundo solar, y por esta causa se habían instalado a bordo tan cómodamente 180 como les había sido posible; pero, interinamente. Terminado el viaje al cabo de dos años de existencia, el buque que los conducía tocaría en la costa del antiguo esferoide y, si los cálculos del profesor eran absolutamente exactos, abandonarían el cometa para volver a poner el pie en los continentes terrestres.

Cierto que la arribada del buque Galia a la Tierra debía ir acompañada de dificultades extremas y de peligros verdaderamente terribles; pero ésta era una cuestión que se trataría cuando se aproximara el momento del desembarco.

El conde Timascheff, el capitán Servadac y el teniente Procopio tenían, por consiguiente, casi la seguridad de ver de nuevo a sus semejantes en un plazo relativamente corto, y por esta causa no necesitaban cuidarse de amontonar reservas para lo porvenir, ni de utilizar durante la estación calurosa la parte fértil de la isla Gurbí, ni de conservar las varias especies de animales cuadrúpedos y volátiles que al principio habían destinado a la reproducción.

Pero, ¿cuántas veces hablaron de los proyectos que habrían hecho para dar condiciones de habitabilidad a su asteroide, si les hubiera sido imposible salir de él algún día? ¿Cuántas obras debían llevarse a cabo para asegurar la existencia de aquel pequeño grupo de seres humanos, tan precaria durante un invierno de más de veinte meses de duración!

El 15 de enero próximo el cometa debía llegar al extremo de su eje mayor, o, lo que es lo mismo, a su afelio; y, pasado aquel punto, su trayectoria lo iría acercando al Sol con creciente celeridad. Tenían que transcurrir, por consiguiente, diez meses todavía antes que el calor solar devolviese la libertad al

mar y la fecundidad a la tierra. Cuando esto ocurriese, sería llegada la época de que la Dobryna y la Hansa trasladasen hombres y animales a la isla Gurbí; las tierras serían cultivadas inmediatamente; el suelo, sembrado en tiempo oportuno, produciría en pocos meses el forraje y los cereales necesarios para la alimentación de hombres y animales; se cogería la cosecha antes que volviese el invierno; se pasaría en la isla la vida amplia y sana de los cazadores y de los agricultores, y después, cuando el frío llegase de nuevo, se continuaría aquella existencia de trogloditas en los alvéolos del monte ignívoro. Las abejas habían preparado la Colmena de Nina para habitarla durante la penosa y larga estación fría. Cuando los colonos volviesen a su cálida morada, ¿no harían alguna lejana exploración para descubrir alguna mina de combustible, algún yacimiento de carbón fácilmente explotable? ¿No intentarían construir en la misma isla Gurbí una habitación más cómoda y más apropiada a las necesidades de la colonia y a las condiciones climáticas de Galia? Seguramente lo harían así, y procurarían conseguirlo para librarse de aquel largo secuestro en las cavernas de Tierra Caliente, secuestro más sensible aún desde el punto de vista físico, porque era necesario ser un Palmirano Roseta, un ser original absorto en sus investigaciones científicas, para no sentir los graves inconvenientes de aquella situación y para desear permanecer en Galia toda la vida en condiciones tan desventajosas.

Además, los habitantes de Tierra Caliente estaban amenazados de una eventualidad terrible. ¿Podría afirmarse que no se presentaría en lo porvenir?

¿Podría asegurarse que no habría de producirse antes que el Sol hubiera restituido al cometa el calor que exigía su habitabilidad? La cuestión era grave y fue con frecuencia tratada desde el punto de vista de lo presente y no desde el de un porvenir que los galianos esperaban evitar con su vuelta a la Tierra.

En efecto, podía ocurrir que el volcán que caldeaba toda la Tierra Caliente se extinguiera. Los fuegos interiores de Galia, ¿eran inagotables?

En caso contrario, ¿qué sería de los habitantes de la Colmena de Nina, cuando concluyese la erupción? ¿Se verían obligados a refugiarse en las entrañas del cometa para buscar una temperatura más soportable? Y aun allí mismo, ¿podrían soportar los fríos del espacio?

Sin duda alguna, en un porvenir tan lejano como quiera suponérsele, Galia debía correr la misma suerte que todos los mundos del universo: la extinción de sus fuegos interiores. Se convertiría en un astro muerto, como es hoy la Luna, y como llegará a serlo la Tierra; pero este porvenir no alarmaba a los galianos, porque abrigaban la convicción de salir de Galia mucho antes que se hiciera inhabitable.

Sin embargo, la erupción podía cesar en el momento menos pensado, como sucede a los volcanes terrestres, y aun antes de que el cometa se hubiera

acercado suficientemente al Sol. En este caso, ¿dónde encontrar aquella lava que distribuía tan útilmente el calor hasta en las profundidades de la Colmena?

¿Qué combustible produciría el calor suficiente para devolver a aquellas habitaciones la temperatura media que permitiera a aquel puñado de hombres pasar impunemente fríos de sesenta grados bajo cero?

Afortunadamente, la erupción de las materias volcánicas no había sufrido ninguna modificación hasta entonces. El volcán continuaba funcionando con regularidad y, como hemos dicho, con calma de buen agüero. Así, pues, desde este punto de vista no había motivo de temor ni para lo presente ni para lo porvenir. Así, por lo menos, opinaba el capitán Servadac, que confiaba siempre en su buena suerte.

El 15 de diciembre encontrábase Galia a doscientos dieciséis millones de leguas del Sol, casi al extremo del eje mayor de su órbita. La celeridad mensual era ya únicamente de once a doce millones de leguas. Un mundo nuevo mostrábase, a la sazón, a las miradas de los galianos y más particularmente a las de Palmirano Roseta, quien, después de haber observado a Júpiter de más cerca que ningún hombre antes que él, contemplaba con gran atención a Saturno.

Sin embargo, la proximidad no era la misma: trece millones de leguas solamente habían separado al cometa del mundo joviano, mientras que del curioso planeta lo separaban sesenta y tres millones. No había, por consiguiente, que temer otros retrasos que los calculados, ni ninguna otra circunstancia grave.

De todos modos, Palmirano Roseta iba a poder observar a Saturno como si, encontrándose él en la Tierra, el planeta se hubiera acercado en medio diámetro de su órbita.

Era inútil pedirle detalles acerca de Saturno; el profesor no tenía ya deseos de hablar ex cátedra. No era fácil hacerle salir de su observatorio y parecía que tenía atornillado sobre sus ojos el ocular de su telescopio.

Por fortuna, en la biblioteca de la Dobryna había algunos libros de cosmografía elemental y, gracias al teniente Procopio, los galianos, a quienes interesaban estas cuestiones astronómicas, pudieron saber qué era el mundo de Saturno.

En primer lugar, Ben-Zuf quedó satisfecho cuando se le dijo que si Galia se hubiera alejado del Sol a la distancia en que gravitaba Saturno, no habría podido divisar la Tierra a simple vista; y el ordenanza tenía vivísimo interés en que el globo terrestre continuara siempre visible a sus ojos.

—Mientras veamos la Tierra, no hay nada que temer —repetía.

Y, efectivamente, a la distancia que separaba a Saturno del Sol, la Tierra hubiera sido invisible hasta para los ojos más perspicaces.

Saturno flotaba a ¡a sazón en el espacio a ciento setenta y cinco millones de

leguas de Galia, y, por consiguiente, a trescientos sesenta y cuatro millones trescientas cincuenta mil leguas del Sol. A esta distancia sólo recibía la centésima parte de la luz y del calor que el astro radiante enviaba a la Tierra.

El libro enseñó a los habitantes de Galia que Saturno tarda en efectuar su revolución alrededor del Sol veintinueve años y ciento sesenta y siete días terrestres, recorriendo, con una celeridad de ocho mil ochocientos cincuenta y ocho leguas por hora, una órbita de dos mil doscientos ochenta y siete millones quinientas mil leguas, «siempre despreciando las fracciones», como decía Ben-Zuf. La circunferencia de este planeta mide en su ecuador noventa mil trescientas ochenta leguas; su superficie es de cuarenta mil millones de kilómetros cuadrados, y su volumen de seiscientos sesenta mil millones de kilómetros cúbicos. En suma, Saturno es setecientas treinta y cinco veces mayor que la Tierra, y, por consiguiente, más pequeño que Júpiter. Por otra parte, la masa del planeta es únicamente cien veces mayor que la de] globo terrestre, lo que le asigna una densidad menos fuerte que la del agua. Gira sobre su eje en diez horas y veintinueve minutos, lo cual da a su año veinticuatro mil seiscientos días, en tanto que sus estaciones, merced a la inclinación considerable del eje sobre el plano de su órbita, duran siete años terrestres cada una.

Pero lo que debe dar a los habitantes de Saturno, si Saturno tiene habitantes, noches espléndidas son las ocho lunas que escoltan su planeta y que tienen los nombres mitológicos de Midas, Encelades, Tetis, Dione, Rea, Titán, Hiperión y Japet. La revolución de Midas sólo dura veintidós horas y media, pero la de Japet es de setenta y nueve días; y si Japet gravita a novecientas diez mil leguas de Saturno, Midas circula a treinta y cuatro mil leguas solamente, casi tres veces más cerca que gira la Luna alrededor de la Tierra. Deben ser, por lo tanto, sumamente espléndidas aquellas noches, aunque la intensidad de la luz emanada del Sol es relativamente pequeña.

Lo que hace hermosas las noches de ese planeta, es indudablemente el triple anillo que lo rodea. Saturno parece que se encuentra encajado como un diamante en una resplandeciente montura; y un observador situado precisamente bajo el anillo que pasa por su cenit a cinco mil ciento sesenta y cinco leguas de su cabeza, sólo ve una estrecha banda cuya anchura ha calculado Herschel en cien leguas, presentándose, por consiguiente, como un hilo luminoso tendido sobre el espacio. Pero si el observador se separa a una parte o a otra, entonces puede ver tres anillos concéntricos, que se destacan poco a poco unos de otros: el más próximo, oscuro y diáfano, de tres mil ciento veintisiete leguas de anchura; el intermedio de siete mil trescientas ochenta y ocho leguas, y más brillante aún que el mismo planeta, y, en fin, el anillo exterior de tres mil setecientas setenta y ocho leguas y que a la vista parece de color gris.

Tal es el apéndice anular que se mueve en su propio plano en diez horas y treinta y dos minutos. ¿De qué materia se compone ese apéndice y cómo resiste a la disgregación? Se ignora; pero, dejándolo subsistir, parece que el Creador ha querido mostrar a los hombres de qué manera se han ido formando poco a poco los cuerpos celestes. En efecto, ese apéndice es el resto de la nebulosa que, después de haberse concentrado por grados, ha formado el planeta Saturno. Por razones desconocidas, este apéndice se ha solidificado quizá por sí mismo, y se romperá o caerá en trozos sobre Saturno, o estos trozos se convertirán en otros tantos satélites del planeta.

De todos modos, para los habitantes de Saturno que se encuentren entre los cuarenta y cinco grados de latitud y el ecuador de su esferoide, este triple anillo debe producir fenómenos sumamente curiosos. Unas veces, aparece sobre el horizonte un arco inmenso, roto en la clave de su bóveda por la sombra que Saturno proyecta en el espacio, otras veces muéstrase en su integridad como una media aureola, y con frecuencia eclipsa al Sol, que aparece y reaparece en tiempos matemáticos, con gran júbilo sin duda de los astrónomos saturninos. Si a eso se agrega la salida y la puesta de las ocho lunas, unas llenas, otras en cuadratura, presentando discos argentados, el aspecto del cielo de Saturno durante la noche debe ser espectáculo incomparablemente hermoso.

Los galianos no podían contemplar todas las magnificencias de este mundo, porque se encontraban muy lejos de él; los astrónomos terrestres, armados de sus telescopios, aproxímanse mil veces más que lo que estaba Galia, y los libros de la Dobryna enseñaron al capitán Servadac y a sus compañeros mucho más que sus propios ojos. No se quejaban, sin embargo, porque la vecindad de aquellos grandes astros entrañaba peligros sumamente graves para su ínfimo cometa.

No podían penetrar más en el mundo apartado de Urano; pero ya hemos dicho que el planeta principal de este mundo, ochenta y dos veces mayor que la Tierra, desde la que sólo es visible como una estrella de sexta magnitud, en su más corta distancia, parecía entonces muy distintamente a simple vista. Sin embargo, no se distinguía ninguno de los ocho satélites que lleva consigo por su órbita elíptica, en cuyo trayecto emplea ochenta y cuatro años terrestres, y que se aleja por término medio a setecientos veintinueve millones de leguas del Sol. El último planeta del sistema solar —el último, hasta que cualquier astrónomo del porvenir descubra otro más lejano todavía— no podía ser visto por los galianos. Palmirano Roseta lo distinguió sin duda en el campo de su telescopio, pero no dispensó a nadie los honores de su observatorio y los galianos viéronse reducidos a observar a Neptuno en los libros de cosmografía.

La distancia de éste al Sol es de unos mil ciento cuarenta millones de leguas, y tardando en efectuar su revolución ciento sesenta y cinco años

terrestres.

Neptuno recorre, por lo tanto, su inmensa órbita de siete mil ciento setenta millones de leguas, con una celeridad de veinte mil kilómetros por hora, bajo la forma de un esferoide, ciento cincuenta veces mayor que la Tierra, y alrededor del cual circula un satélite a cien mil leguas de distancia.

Esta distancia, de cerca de mil doscientos millones de leguas, en que se encuentra la órbita de Neptuno, parece que es el límite del sistema solar; pero por grande que sea el diámetro de este sistema, todavía es insignificante, comparado con el del grupo sideral a que pertenece el astro del día.

Efectivamente, el Sol parece formar parte de esa grande nebulosa de la Vía Láctea, en medio de la cual brilla como una modesta estrella de cuarta magnitud. ¿Adonde, pues, habría ido Galia si el Sol no hubiera ejercido atracción sobre él? ¿A qué nuevo centro se habría agregado al recorrer el espacio sideral? Probablemente, al más próximo de las estrellas de la Vía Láctea.

Ahora bien, esta estrella es la Alfa, de la constelación del Centauro, y su luz, que recorre setenta y siete mil leguas por segundo, tarda tres años y medio en llegar a la Tierra. ¿Cuál es, pues, esta distancia al Sol? Es de tal naturaleza que, para ponerla en números, los astrónomos han tenido que tomar el millón como unidad, y dicen que Alfa se encuentra a una distancia de ocho millones de millones de leguas, o sea a ocho billones de leguas.

¿Se conoce gran número de estas distancias estelares? Ocho, a lo menos, han sido medidas, y entre las principales estrellas a que ha podido aplicarse esta medida se cita a Vega, situada a cincuenta mil millones de millones; a Sirio, que está a cincuenta y dos mil doscientos millones de millones; la Polar, a ciento diecisiete mil seiscientos; la Cabra, a ciento setenta mil cuatrocientos millones de millones de leguas... Este último número consta ya de quince cifras.

Para dar idea de estas distancias, tomando por base la celeridad de la luz, se puede hacer el siguiente razonamiento:

Supongamos que existe una persona a quien Dios haya dotado de un poder de vista infinito y coloquémosla en la Cabra. Si mira a la Tierra presenciará los sucesos ocurridos hace setenta y dos años. Si se traslada a una estrella diez veces más lejana, verá los acontecimientos que sucedieron hace setecientos veinte años; más lejos todavía, a una distancia que la emplee en recorrerla mil ochocientos años, presenciará la muerte de Cristo; y más lejos todavía, a una distancia que el rayo luminoso no recorra sino en seis mil años, contemplará las desolaciones del Diluvio Universal.

Más lejos aún, puesto que el espacio es infinito, vería, según la tradición bíblica, a Dios creando los mundos. Efectivamente, todos los hechos están, por decirlo de algún modo, estereotipados en el espacio, y nada puede tomarse de lo

que una vez ha ocurrido en el universo celeste.

Quizás estaba en lo cierto el aventurero Palmirano Roseta al desear vivir en el mundo sideral, donde tantas maravillas hubieran deleitado su vista. Si un cometa hubiera entrado sucesivamente al servicio de una estrella y después al de otra, ¡cuántos sistemas estelares diferentes hubiera podido observar! Galia se habría movido al compás de aquellas estrellas cuya fijeza es sólo aparente, pero que se mueven, como Arturo, con una celeridad de veintidós leguas por segundo. El Sol mismo marcha a razón de setenta y dos millones de leguas anualmente con dirección a la constelación de Hércules; pero tan enorme es la distancia entre unas y otras estrellas, que sus posiciones respectivas, a pesar de este rápido movimiento no han sufrido hasta el presente modificación alguna a la vista de los observadores terrestres.

Sin embargo, estos movimientos seculares deben necesariamente alterar en el transcurso del tiempo la forma de las constelaciones, porque cada estrella marcha, o parece marchar, con celeridad distinta que sus compañeras. Los astrónomos han indicado las posiciones nuevas que los astros tomarán, unos respecto de otros, al cabo de gran número de años, y las figuras que formarán ciertas constelaciones dentro de cincuenta mil años, han sido reproducidas gráficamente y ofrecen a la vista, por ejemplo, en lugar del cuadrilátero irregular de la Osa Mayor, una larga luz proyectada sobre el cielo, y en lugar del pentágono de la constelación de Orión, un simple cuadrilátero; pero ni los habitantes de Galia, ni los del globo terrestre, podrán comprobar por sí mismos la verdad de estas dislocaciones sucesivas.

No era éste el fenómeno que Palmirano Roseta buscaba en el mundo sideral.

Si alguna circunstancia hubiera llevado al cometa fuera de su centro atractivo, para someterlo a la atracción de los otros astros, sus miradas se habrían deleitado contemplando maravillas de las que el sistema solar no puede dar ni siquiera la menor idea.

A lo lejos, en efecto, los grupos planetarios no son gobernados siempre por un sol único. El sistema monárquico parece desterrado de ciertos puntos del cielo. Un sol, dos soles, seis soles, dependientes unos de otros, gravitan bajo sus influencias recíprocas, y son astros de diversos colores: rojos, amarillos, verdes, anaranjados o azules. ¡Cuan admirables deben ser estos contrastes de luz, proyectados sobre la superficie de sus planetas! ¡Quién sabe si Galia habría podido ver sobre su horizonte días iluminados sucesivamente por todos los colores del arco iris!

Pero no podía gravitar bajo el poder de un nuevo centro, ni mezclarse entre las estrellas que han podido ser contadas por poderosos telescopios, ni perderse

en aquellos centros estelares que no han podido ser examinados todavía, ni, en fin, entre las compactas nebulosas que resisten a los más poderosos telescopios, y de las que cuentan los astrónomos más de cinco mil, diseminadas por el espacio.

No; Galia no estaba destinado a abandonar el mundo solar, ni a perder de vista a la Tierra. Después de haber descrito una órbita de seiscientos treinta millones de leguas, no había hecho sino un insignificante viaje por el universo, cuya inmensidad es ilimitada.

CAPITULO XII

LOS HABITANTES DE GALIA CELEBRAN EL PRIMERO DE ENERO, QUE TERMINÓ DE UNA MANERA INESPERADA

Cuanto más iba alejándose del Sol el cometa Galia mayor iba siendo el frío, habiendo descendido ya la temperatura a más de cuarenta y dos grados bajo cero. En estas condiciones, los termómetros de mercurio no eran utilizables, porque el mercurio se solidifica a los cuarenta y dos grados. Púsose en acción, por consiguiente, el termómetro de alcohol de la Dobryna, y su columna descendió a cincuenta y tres grados bajo cero.

El efecto previsto por el teniente Procopio, habíase manifestado en la ensenada en que invernan los dos buques. Las capas se habían ido espesando lenta, pero incesantemente, bajo las quillas de la Hansa y de la Dobryna, que, levantadas en su pedestal congelado, cerca del promontorio de rocas que les servía de abrigo, llegaba ya a un nivel de cincuenta pies sobre el mar de Galia.

Ninguna fuerza humana habría podido impedir aquel movimiento ascendente que la condensación del hielo producía.

Al teniente Procopio le preocupaba mucho la suerte que esperaba a la goleta que, por ser más ligera que la urca, dominaba a ésta un poco. Sacáronse de ella todos los objetos que contenía, dejándole sólo el casco, la arboladura y la máquina. Pero aquel casco, en ciertos casos, ¿no estaba destinado a dar refugio a la pequeña colonia? Si en la época del deshielo se rompía, en una caída imposible de evitar, y si los galianos se veían obligados a salir de Tierra Caliente, ¿qué otra embarcación podría remplazarla?

No sería la urca, que estaba tan amenazada como la Dobryna, y destinada a sufrir la misma suerte. La Hansa, mal soldada en su casco, inclinábase ya bajo un ángulo alarmante, hasta el punto de ser peligrosa la permanencia en ella, a pesar de lo cual el judío no pensaba en abandonar su cargamento que quería vigilar noche y día. Conocía que su vida estaba comprometida; pero su hacienda lo estaba más y no cesaba de renegar y de lanzar maldiciones.

En estas circunstancias, el capitán Servadac adoptó una resolución a la que el judío no tuvo más remedio que someterse.

Si la vida de Isaac Hakhabut interesaba poco a los diversos miembros de la colonia galiana, el cargamento de su arca tenía un precio que no podía desconocerse y era preciso salvarlo del desastre inminente que lo amenazaba. El

capitán Servadac intentó al principio inspirar a Isaac Hakhabut los temores de que él mismo participaba; pero no pudo conseguirlo, y el judío se negó a salir del buque.

—Puede usted quedarse —respondió Héctor Servadac—; pero el cargamento de la Hansa será trasladado a los almacenes de Tierra Caliente.

Las lamentaciones de Isaac Hakhabut no conmovieron a nadie y el traslado de las mercancías empezó el día 20 de diciembre.

El judío podía instalarse en la Colmena de Nina, vigilar lo mismo que antes sus géneros, vender y traficar bajo el precio convenido. Ningún perjuicio se le habría causado y, en realidad de verdad, si Ben-Zuf se había permitido censurar a su capitán, lo había hecho por guardar ciertas consideraciones a aquel miserable hijo de Israel.

En el fondo, a Isaac Hakhabut le beneficiaba grandemente la resolución adoptada por el gobernador general, porque ella salvaba sus intereses, poniendo su hacienda en lugar seguro, sin que él tuviera que pagar por la descarga de su urca, porque se hacía «contra su voluntad».

Esta tarea tuvo empleados a rusos y españoles durante muchos días. Bien vestidos y echados sus capuchones sobre la cabeza, pudieron arrostrar impunemente aquella baja temperatura, evitando tocar con las manos desnudas los objetos de metal que trasladaban de la urca a la Colmena, k» que les habría hecho perder la piel de los dedos, como si aquellos objetos hubieran estado enrojecidos al fuego, porque el efecto producido por el hielo en este caso es absolutamente idéntico al de una quemadura.

La tarea terminó, pues, sin accidente, y el cargamento de la Hansa quedó almacenado en una de las amplias galerías de la Colmena de Nina.

Hasta que la tarea no estuvo completamente terminada, no quedó tranquilo el teniente Procopio; y, entonces, Isaac Hakhabut, no teniendo ya razón ninguna para permanecer en su urca, pasó a habitar la misma galería reservada a sus mercancías.

Es preciso convenir que no incomodaba a nadie; apenas se le veía; dormía cerca de su hacienda y se alimentaba con ella; una lámpara de alcohol le servía para cocinar los alimentos, y los habitantes de la Colmena de Nina no sostenían con él más relaciones que las absolutamente indispensables para adquirir alguno de los géneros que Isaac Hakhabut les vendía.

Lo cierto es que poco a poco todo el oro y toda la plata de la pequeña colonia iba siendo guardado en un armario de triple secreto, cuya llave no se separaba jamás de Isaac Hakhabut.

Acercábase ya el 1.º de enero del calendario terrestre, y dentro de pocos días habría transcurrido un año desde el encuentro del globo terrestre con el

cometa, o, lo que es lo mismo, desde aquel choque que había separado de sus semejantes a treinta y seis seres humanos. Todos vivían aún, por fortuna, y en las nuevas condiciones climatológicas en que se encontraban, su salud no se había alterado. Un temperatura progresivamente decreciente, pero sin cambios bruscos, sin alternativas, y hasta puede agregarse sin corrientes de aire, había impedido hasta el menor resfriado. Nada, por consiguiente, más sano que el clima del cometa, y todo inducía a creer que, si los cálculos del profesor eran exactos y Galia volvía a la Tierra, los galianos llegarían todos.

Aunque aquel primer día del año no era día de la renovación del año galiano, porque comenzaba el cometa la segunda mitad de su revolución solar, el capitán Servadac quiso que se festejara con gran solemnidad.

—Es preciso —dijo al conde Timascheff y al teniente Procopio— que nuestros compañeros se interesen en las cosas de la Tierra, adonde tenemos que volver un día, y aunque esta vuelta no se efectuara nunca, sería útil conservar los lazos que nos unen con el antiguo mundo a lo menos por medio del recuerdo. Allí festejarán la renovación del año; festejémosla nosotros también en el cometa.

Esta simultaneidad de sentimientos es buena y no hay que olvidar que seguramente se acuerdan de nosotros en la Tierra. Desde diversos puntos del globo se ve a Galia gravitar por el espacio, si no a simple vista, dadas su pequeñez y su distancia, a lo menos con el auxilio de anteojos y telescopios.

Galia continúa formando parte del mundo solar y está unido al globo terrestre por un vínculo científico.

—Apruebo la resolución de usted, capitán— respondió el conde Timascheff —.

Es absolutamente cierto que los observadores deben seguir con interés la marcha del nuevo cometa, y desde París, Petersburgo, Greenwich, Cambridge, el Cabo y Melbourne, nos estarán observando todas las noches con poderosos telescopios.

—Galia debe estar de moda por allá —dijo el capitán Servadac—, y me admiraría mucho que las revistas científicas y los periódicos diarios no tuvieran al público al corriente de todos los hechos y gestos de nuestro cometa. Pensemos, por lo tanto, en los que piensan en nosotros, y durante este 1.º de enero terrestre pongámonos en comunicación de sentimientos con ellos.

—¿Creen ustedes —dijo entonces el teniente Procopio— que en la Tierra se cuidan del cometa que ha chocado con ella? Pues bien, el interés científico o el sentimiento de curiosidad entran por menos que otras consideraciones en la atención con que nos miran. Las observaciones de nuestro astrónomo habrán sido hechas también en la Tierra, y con no menor precisión. Desde largo tiempo

se han determinado las efemérides de Galia, son conocidos los elementos del nuevo cometa; se sabe cuál es la trayectoria que recorre en el espacio y se ha averiguado dónde y cómo debe encontrarse con la Tierra; en qué punto preciso de la eclíptica; en qué segundo de tiempo, y hasta en qué sitio debe volver a chocar con el globo terrestre. Es, pues, la certidumbre de este choque lo que debe tener preocupados los ánimos. Casi me atrevo a afirmar que en la Tierra se han adoptado precauciones para atenuar los desastrosos efectos de un nuevo choque, si por ventura se puede tomar alguna que sea eficaz.

El teniente Procopio debía estar en lo cierto, porque lo que decía era lógico.

La vuelta de Galia, perfectamente calculada, era lo que debía preocupar a los observadores terrestres, quienes debían pensar en el nuevo cometa más para temer que para desear su proximidad. Es verdad que los galianos, aunque deseaban el nuevo choque, no dejaban de temer las consecuencias que pudiera tener. Si en la Tierra, como creía el teniente Procopio, se habían adoptado medidas para atenuar los desastres, ¿no convendría hacer lo mismo en Galia?

Esto es lo que debía meditarse detenidamente y resolverlo en tiempo oportuno.

De todos modos, decidióse celebrar la fiesta del primero de enero. Los rusos lo festejarían también, como los franceses y españoles, aunque su calendario no fijaba en esta fecha la renovación del año terrestre.

Llegó Navidad; el aniversario del nacimiento de Cristo fue solemnizado religiosamente por todos, menos por el judío, que pareció ocultarse aquel día con más obstinación que nunca en su tenebroso rincón. Durante la última semana del año, Ben-Zuf tuvo que cavilar mucho para combinar el programa de la fiesta, que en Galia no podía, naturalmente, ofrecer muchas variaciones. Se decidió, pues, que el gran día comenzara por un almuerzo monstruo y acabara por un gran paseo por el hielo hacia la isla Gurbí.

Después regresarían todos con antorchas, es decir, cuando llegara la noche, al resplandor de las que se fabricaran por medio de ingredientes procedentes del cargamento de la Hansa, que se compraría al judío.

—Sí, el almuerzo será notablemente bueno —dijo Ben-Zuf— y el paseo notablemente alegre, que es todo lo que necesitamos.

La formación de la lista de los manjares fue un negocio grave que motivó frecuentes consultas entre el ordenanza del capitán Servadac y el cocinero de la Dobryna, hasta que al fin se consiguió una fusión inteligente de los métodos de la cocina rusa con los de la cocina francesa.

La noche del 31 de diciembre quedó todo dispuesto. Los manjares fríos, conservas de carne, pasteles de caza, galantinas y otros, comprados a buen precio al judío Hakhabut, figuraban ya sobre la mesa de la amplia sala. Los

platos calientes debían prepararse a la mañana siguiente en los hornillos de lava.

Aquella noche se discutió la conveniencia de invitar o no al profesor Palmirano Roseta a tomar parte en el solemne banquete. Como era natural, se convino en invitarle, pero nadie esperó que la invitación fuese aceptada.

El capitán Servadac pretendió subir personalmente al observatorio; pero Palmirano Roseta recibía tan mal a los importunos, que se prefirió enviarle una esquila de invitación.

El joven Pablo, encargado de llevar la carta, volvió pronto con la respuesta, redactada en los siguientes términos:

«Palmirano Roseta no tiene que dar otra contestación que la siguiente: Como hoy es el día 125 de junio, mañana será el 1.º de julio, porque en Galia se debe contar con arreglo al calendario galiano.»

Era una negativa fundada en motivos científicos, pero negativa al fin.

El 1.º de enero, cuando apenas hacía una hora que había salido el Sol, franceses, rusos, españoles y la pequeña Nina, que representaba a Italia, encontrábanse ya sentados en torno de una mesa, sobre la que había un almuerzo tan copioso y succulento como jamás se había visto en la superficie de Galia. En lo referente a la parte sólida, Ben-Zuf y el cocinero de la Dobryna habíanse excedido a sí mismos; cierto plato de perdices con coles, en el que las coles habían sido remplazadas por un cari capaz de disolver las papilas de la lengua y las mucosas del estómago fue el plato triunfante. Los vinos, procedentes de las reservas de la Dobryna, eran excelentes. Vinos de Francia y vinos de España fueron bebidos en honor de sus respectivos países, y Rusia no se vio olvidada, merced a varios frascos de kummel.

El almuerzo fue, como había anunciado Ben-Zuf, muy bueno y muy alegre.

A los postres se brindó por la patria común, el antiguo esferoide, y por el pronto y feliz regreso a la Tierra, brindis que fue acogido con tales vivas que debieron llegar a oídos de Palmirano Roseta en las alturas de su observatorio.

Cuando terminó el almuerzo faltaban aún tres horas para que terminase el día. El Sol pasaba entonces por el cenit, un Sol que no hubiera podido madurar los vinos de Burdeos o de Borgoña, que se habían bebido, porque su disco iluminaba vagamente el espacio sin calentarlo.

Los comensales se pusieron vestidos de abrigo, envolviéndose de pies a cabeza en pieles, para hacer una excursión que debía durar hasta la noche, durante la cual tenían que arrostrar una terrible temperatura, a pesar de lo tranquilo de la atmósfera.

Salieron, pues, todos de la Colmena de Nina, unos hablando y otros cantando, y en la playa helada cada cual se calzó sus patines y dirigióse adonde le pareció conveniente, unos solos y otros por grupos.

El conde Timascheff, el capitán Servadac y el teniente Procopio iban juntos.

Negrete y los españoles vagaban a capricho por la inmensa llanura, lanzándose con incomparable celeridad hasta los últimos límites del horizonte. Se habían adiestrado mucho en el patinaje y desplegaban, además de gran ardor, la gracia que les era peculiar.

Los marineros de la Dobryna, como acostumbra hacerse en los países del Norte, se habían puesto todos en fila, manteniéndolos en línea recta una larga vara, fijada bajo el brazo derecho de cada uno, y así corrían hasta perderse de vista, como un tren al que los carriles sólo permiten describir curvas de gran radio.

Pablo y Nina iban asidos del brazo, gritando alegremente como los pajarillos a quienes se les pone en libertad, patinando con una gracia indecible, volviendo hacia el grupo del capitán Servadac y alejándose nuevamente. Aquellos dos niños resumían en sí toda la alegría y quizá también toda la esperanza de la tierra galiana.

Ben-Zuf, que iba incesantemente de uno a otro grupo con inagotable buen humor, entregábase a la alegría presente sin cuidarse de lo porvenir.

Los patinadores, llevados por el primer impulso sobre aquella superficie helada, anduvieron mucho y pasaron de la línea circular sobre la que se cerraba el horizonte de Tierra Caliente. Pronto desaparecieron detrás de ellos las primeras rocas, después la cresta blanca de las peñas y, al fin, la cima del volcán con su penacho de vapores fuliginosos. A veces, deteníanse para tomar aliento, pero sólo durante un momento, porque temían enfriarse; y luego, volvían a partir hacia la orilla del Gurbí, pero sin pretender llegar a ella porque, al caer la noche, tenían que estar de regreso en la Colmena de Nina.

El Sol se inclinaba ya hacia el Este, o, mejor dicho, caía rápidamente, efecto a que los galianos estaban ya acostumbrados. La puesta del Sol verificábase en condiciones particulares en aquel limitado horizonte. Los admirables matices que dan a la Tierra los últimos rayos solares no se veían allí. La vista misma, al través de aquella mar congelada, no percibía el último rayo de luz verde que se levanta al través de la superficie líquida. El Sol, aumentado de tamaño aparentemente, bajo el influjo de la refracción, presentaba un disco de circunferencia muy marcada, y desaparecía bruscamente, como si de pronto se abriera una trampa en el campo de hielo. Inmediatamente se extendía la oscuridad por todas partes.

Antes de desaparecer el Sol por completo, el capitán Servadac reunió a toda su gente para recomendarles que se agruparan en torno suyo, porque aunque se había hecho la expedición en guerrillas, convenía volver en columna cerrada para no extraviarse en las tinieblas, y entrar juntos en Tierra Caliente.

La oscuridad era profunda, porque la Luna, en conjunción con el Sol, perdíase en la vaga irradiación solar. Anocheció, al fin. Las estrellas no esparcían sobre el suelo galiano más que esa pálida claridad de que habla Corneille. Encendiéronse las antorchas, y mientras los que las llevaban se deslizaban con rapidez sobre sus patines, las llamas, como gallardetes desplegados por la brisa, se inclinaban hacia atrás, avivadas por la celeridad de los conductores.

Una hora después, el alto litoral de Tierra Caliente mostróse confusamente en el horizonte, como una enorme nube negra. No era posible engañarse: el volcán lo dominaba desde lo alto, proyectando en la sombra un resplandor intenso. La reverberación de las lavas incandescentes sobre el espejo del mar helado, iluminaba el grupo de los patinadores, dejando tras de sí sombras desmesuradas.

En esta forma caminaron durante media hora, acercándose todos rápidamente al litoral; pero al cabo de este tiempo se oyó un grito.

Era Ben-Zuf quien lo había lanzado. Todos se detuvieron, haciendo que los patines mordieran el hielo.

Entonces, al resplandor de las antorchas, que estaban ya próximas a extinguirse, se vio que Ben-Zuf extendía los brazos hacia el litoral.

Al grito de Ben-Zuf respondieron al instante todas las bocas.

El volcán acababa de apagarse de pronto. Las lavas que hasta entonces habían salido del cono superior, cesaron súbitamente, como si un viento poderoso hubiera pasado por el cráter, extinguiéndolo.

Todos comprendieron que la fuente del fuego había cesado de manar.

¿Faltaba la materia eruptiva? ¿Iba a faltar el calor para siempre en Tierra Caliente, sin medios de combatir los rigores del invierno galiano? ¿Les esperaba la muerte por el frío?

—¡Adelante! —gritó el capitán Servadac con voz atronadora.

Las antorchas habíanse apagado. Todos se lanzaron en medio de la profunda oscuridad, llegaron rápidamente al litoral, treparon trabajosamente por las rocas heladas y se precipitaron en la galería abierta. Pocos instantes después, se encontraban reunidos en el salón...

Las tinieblas eran muy densas y la temperatura había descendido ya mucho.

La sábana de fuego no cerraba la gran entrada, y el teniente Procopio, inclinándose hacia fuera, vio que el lago, que se había mantenido líquido hasta entonces bajo la catarata de lavas, estaba ya solidificado por el frío.

Así terminó Galia aquel primer día del año terrestre, que había empezado con tanta alegría.

CAPÍTULO XIII

EL CAPITÁN SERVADAC Y SUS COMPAÑEROS HACEN LO ÚNICO QUE HABÍA QUE HACER

Abrumados por una angustia horrible, pasaron los galianos el resto de la noche, es decir, las pocas horas que precedían al día. Palmirano Roseta, expulsado de su observatorio por el frío, habíase visto obligado a refugiarse en las galerías de la Colmena de Nina. Era quizá la ocasión más oportuna para preguntarle si perseveraba todavía en su deseo de correr por el mundo solar en su envidiable cometa; pero, sin duda alguna, habría respondido afirmativamente. El profesor estaba furioso e indignado.

Héctor Servadac y sus compañeros habían tenido también necesidad de buscar asilo en las galerías más profundas de la roca. El salón, tan abierto al aire libre, había perdido ya por completo sus condiciones de habitabilidad. La humedad de las paredes convertíase en cristales; y aunque se hubiera logrado tapar la ancha abertura que en otro tiempo estaba cerrada por la cortina de lavas, no se habría podido soportar la helada temperatura de aquel recinto.

En el fondo de las negras galerías se conservaba todavía un poco de calor, porque no se había establecido aún el equilibrio entre el interior y el exterior; pero no podía tardar en establecerse, y los colonos advertían que el calor se iba retirando poco a poco. El monte era como un cadáver, cuyos extremos se enfrían mientras el corazón continúa resistiendo el frío de la muerte.

—Pues bien —exclamó el capitán Servadac—, trasladaremos la residencia a las misteriosas entrañas de la roca.

Al día siguiente congregó a sus compañeros, a quienes habló en estos términos:

—Amigos míos, el frío nos amenaza con sus rigores; pero, por fortuna, éste es el único enemigo a quien tenemos que combatir, porque tenemos víveres, que durarán más que nuestra existencia en Galia, y las conservas son tan abundantes, que podemos prescindir de combustibles. Para pasar bien los pocos meses que nos quedan de invierno, sólo necesitamos algo de ese calor que la naturaleza nos daba gratis. Pues bien, según todas las probabilidades, ese calor debe existir todavía en las entrañas de Galia, y allí iremos a buscarlo.

Estas palabras de esperanza reanimaron a los valientes colonos, que estaban ya a punto de desesperarse. El conde Timascheff, el teniente Procopio y Ben-Zuf estrecharon la mano que les tendía el capitán, mostrándose dispuestos a no

dejarse abatir.

—Nina —dijo Héctor Servadac, mirando a la niña—, ¿no tendrás miedo de bajar al volcán?

—No, mi capitán —respondió resueltamente Nina—, sobre todo si Pablo baja también.

—Pablo nos acompañará. Es un valiente y no teme nada ni a nadie. ¿No es verdad, Pablo?

—Le seguiré a usted a todas partes, señor gobernador —respondió el joven. Dicho esto, todos emprendieron la marcha.

No había que pensar en penetrar hasta el volcán, siguiendo el cráter superior, porque, con el frío que hacía, las laderas de la montaña estaban impracticables. El pie no hubiera encontrado el más insignificante punto de apoyo en aquellos declives resbaladizos, y fue necesario, por consiguiente, llegar a la chimenea central a través de la roca misma, y esto lo más pronto posible, porque un frío terrible comenzaba a invadir los rincones más apartados de la Colmena de Nina.

El teniente Procopio, después de examinar detenidamente la disposición de las galerías interiores y su orientación en el seno de la roca, advirtió que uno de los estrechos corredores desembocaba cerca de la chimenea central, donde, cuando las lavas se levantaban al impulso de los vapores, se sentía transpirar el calor a través de las paredes.

Sin duda alguna, la sustancia mineral, el telururo de que estaba compuesto el monte, era un excelente conductor del calor. Así, pues, perforando esta galería en una longitud que no debía exceder de siete a ocho metros, debía encontrarse el camino antiguo de las lavas y quizá no fuera difícil bajar por él.

Todos empezaron en seguida a trabajar, trabajo en que los marineros rusos, bajo la dirección de su teniente, mostraron mucha habilidad. El pico y el azadón no fueron suficientes para deshacer aquella dura sustancia, por lo que se abrieron agujeros de mina, y por medio de la pólvora se hizo saltar la roca. Sin embargo, la obra se realizó con tal rapidez, que a los dos días quedó terminada.

Durante este tiempo, los colonos sufrieron cruelmente a causa del frío.

—Si no podemos descender a las profundidades de la roca — dijo el conde Timascheff—, ninguno de nosotros soportará esta temperatura, y éste será el fin de la colonia galiana.

—Conde Timascheff —respondió el capitán Servadac—, ¿tiene usted confianza en Dios Todopoderoso?

—Sí, capitán, pero, puede querer hoy lo que no quería ayer. No nos corresponde a nosotros juzgar sus decretos. Su mano se había abierto..., ahora parece que se cierra.

—Nada más que a medias —dijo el capitán Servadac—; no es más que una prueba a la que somete nuestro valor. Tengo el presentimiento de que no se han extinguido por completo los fuegos interiores de Galia, y no es verosímil que la erupción del volcán haya cesado por esa causa. Esta detención debe ser momentánea.

El teniente Procopio opinó lo mismo que el capitán Servadac. Quizá se había abierto un nuevo cráter a algún otro punto del cometa, y probablemente la lava había seguido aquella nueva vía. Múltiples eran las causas que podían haber modificado las circunstancias a que se debía aquella erupción sin que las sustancias minerales hubieran cesado de combinarse químicamente con el oxígeno en las entrañas de Galia; pero era imposible saber si podría llegarse a un sitio donde la temperatura permitiera arrostrar los fríos del espacio.

Durante aquellos dos días, Palmirano Roseta se abstuvo de intervenir en las discusiones y en los trabajos que se practicaban, limitándose a ir y venir como alma en pena, y alma poco resignada. A pesar de las observaciones que se le hicieron en contrario, había instalado su antejo en el salón, donde de día y de noche observaba el cielo, hasta que se quedaba casi yerto de frío. Cuando llegaba al límite de su resistencia, se reunía con sus compañeros, murmurando y maldiciendo la Tierra Caliente, y repitiendo que su roca de Formentera le habría ofrecido más recursos.

El 4 de enero descargóse el último golpe de pico y se oyeron rodar las piedras por el interior de la chimenea central; pero éstas no caían perpendicularmente, sino que parecían resbalar por las paredes, chocando con las puntas de la boca, según observó el teniente Procopio. La chimenea central estaba, por consiguiente, inclinada y el descenso practicable.

La observación era exacta.

Cuando la abertura fue lo suficientemente ancha para dar paso a un hombre, el teniente Procopio y el capitán Servadac, precedidos por Ben-Zuf, que llevaba una antorcha, entraron en la chimenea central. Esta seguía una dirección oblicua con inclinación de cuarenta y cinco grados a lo sumo; se podía, pues, bajar por ella sin riesgo de caer. Además, las paredes tenían muchas erosiones, grietas y rebordes de roca, y, bajo la ceniza que las alfombraba, el pie encontraba un sólido punto de apoyo. La erupción era reciente, como lo demostraba el aspecto de los lugares, y, en efecto, no había podido producirse sino cuando Galia había chocado con la Tierra, llevándose parte de la atmósfera terrestre. Las paredes no habían sido aún deterioradas por las lavas.

—Bueno —dijo Ben-Zuf—, ya tenemos escalera. Prescindan ustedes de cortesías y bajen sin remilgos.

El capitán Servadac y sus compañeros comenzaron a bajar con prudencia, y

como, según Ben-Zuf, faltaban muchos escalones a la escalera, emplearon cerca de media hora para llegar a una profundidad de quinientos pies, descendiendo en dirección meridional. En las paredes de la chimenea central abríanse acá y allá anchas excavaciones, ninguna de las cuales llegaba a formar galería.

Ben-Zuf, agitando su antorcha, las inundaba de viva claridad, con lo que se descubría por completo el interior de aquellas excavaciones, pero en ellas no había ninguna ramificación como la que existía en el piso superior de la Colmena de Nina.

De todos modos, como no tenían donde elegir, los galianos aceptaron los medios de salvación que la Naturaleza les ofrecía.

Las esperanzas del capitán Servadac iban realizándose. A medida que los colonos penetraban más en las profundidades de la roca, la temperatura iba aumentando. No era aquélla una simple elevación de grados, como ocurre en las minas terrestres. Una causa local hacía aquella elevación más rápida; la fuente de calor estaba, sin duda alguna, en las profundidades del suelo; no era una mina de carbón; era un verdadero volcán el objeto de la exploración, volcán en cuyo fondo, no apagado, como habría podido temerse, continuaba hirviendo la lava. Si por causas desconocidas no ascendían hasta el cráter para derramarse al exterior, por lo menos transmitían su calor a todas las partes interiores de la roca. Un termómetro de mercurio que llevaba el teniente Procopio y un barómetro aneroide de que iba provisto el capitán Servadac, indicaban, a la vez, la profundidad a que se encontraban las capas galeanas bajo el nivel del mar y el aumento progresivo de la temperatura. La columna mercurial marcaba seis grados bajo cero a seiscientos pies bajo la superficie del suelo.

—Seis grados —dijo el capitán Servadac— no son suficientes para personas que tienen que estar secuestradas durante varios meses de invierno. Bajemos más, porque tenemos aire en cantidad necesaria.

Efectivamente, por el vasto cráter de la montaña y por la gran abertura de sus laderas, penetraba el aire exterior a torrentes, como atraído a aquellas profundidades, donde se encontraba en mejores condiciones para el acto respiratorio. Podía, por lo tanto, descenderse impunemente hasta que se encontrara una temperatura conveniente.

Bajaron, pues, los colonos otros cuatrocientos pies más bajo el nivel de la Colmena de Nina, lo que daba una profundidad de doscientos cincuenta metros con relación a la superficie del mar galiano. En aquel paraje el termómetro marcó doce grados centígrados, temperatura que era suficiente para la vida, siempre que no se modificara.

Sin duda alguna, los tres exploradores hubieran podido descender más por aquel camino oblicuo de las lavas. Pero, ¿para qué? Prestando atención,

percibíanse ya ciertos ronquidos sordos, lo que demostraba que no estaban lejos del foco central.

—Quedémonos aquí —dijo Ben-Zuf—. Los frioleros de la colonia pueden bajar más, si quieren; pero yo, por vida de un cabileño, tengo ya demasiado calor.

La cuestión quedaba ahora reducida a averiguar si se podrían instalar, bien o mal, en aquella parte de la roca. Héctor Servadac y sus compañeros habían tomado asiento sobre una piedra saliente y, desde allí, a la luz de la antorcha, que fue reanimada, examinaron el sitio en que se encontraban.

La verdad obliga a decir que el sitio carecía de toda clase de comodidades.

La chimenea central, al ensancharse, formaba una especie de excavación bastante profunda en aquella parte, excavación que podía albergar a toda la colonia galiana; pero era difícil amueblarla de un modo conveniente. Por encima y por debajo había anfractuosidades más pequeñas, que bastarían para el almacenaje de las provisiones; pero no había que contar con departamentos distintos para el capitán Servadac y el conde Timascheff. Sin embargo, se encontró un pequeño recinto para Nina; los demás tendrían que hacer vida común, y la excavación principal tenía que servir a la vez de comedor, de salón y de dormitorio.

Los colonos, después de haber vivido como conejos en sus cuevas, iban a sepultarse bajo tierra como topos y vivir como ellos durante todo el invierno.

Sería fácil alumbrar aquella oscura excavación por medio de lámparas y fanales, porque en el almacén general había todavía varios barriles, y una importante cantidad de alcohol, que podría servir para cocer algunos alimentos.

En cuanto al secuestro durante todo el invierno galiano, no sería absoluto, porque los colonos, con trajes de mucho abrigo, podrían hacer frecuentes excursiones, ya a la Colmena de Nina ya a las rocas del litoral. Además, era necesario proveerse de hielo para que, fundiéndolo, diera el agua bastante para todas las necesidades de la vida. Cada uno de los colonos se encargaría por turno de este servicio penoso, porque se trataba de subir a una altura de novecientos pies y volver a descender a igual profundidad, cargado con un gran peso.

Al fin, después de una minuciosa inspección, se decidió que la pequeña colonia se trasladara a aquella sombría cueva, instalándose en ella lo menos mal que fuera posible. Aquella excavación serviría de domicilio a todos; pero, en suma, el capitán Servadac y sus compañeros no habían de pasarlo peor que los que invernan en las regiones árticas.

Allí, en efecto, a bordo de los buques balleneros, o en las factorías de América del Norte, no se multiplican las cámaras ni los camarotes, sino que se dispone, sencillamente, una vasta sala, donde penetra la humedad menos

fácilmente; se tapan los rincones, que son otros tantos nidos en que se condensan los vapores, y, en fin, una habitación ancha y alta es más fácil de ventilar y de caldear y, por consiguiente, más sana. En los fuertes se prepara de esta manera todo un piso; en los buques todo el entrepuente.

Esto es lo que el teniente Procopio familiarizado con los usos de los mares polares, explicó en pocas palabras a sus compañeros, que se resignaron a los procedimientos de los invernadores, puesto que se veían obligados a invernar.

Los exploradores subieron de nuevo a la Colmena de Nina e informaron a los demás colonos de las resoluciones que habían adoptado, que fueron aprobadas unánimemente.

Comenzóse por desembarazar la excavación de las cenizas aún calientes que cubrían las paredes, e inmediatamente se procedió a efectuar la mudanza del material.

Era preciso apresurarse, porque los colonos se helaban materialmente hasta en las más profundas galerías de la antigua habitación. El celo de los trabajadores tuvo, por consiguiente, este estímulo más y nunca se había hecho más pronto una mudanza tan completa, en la que se comprendieron algunos muebles indispensables: lechos, utensilios diversos, reservas procedentes de la goleta y mercancías de la urca. Como sólo se trataba de bajar, el menor peso de los bultos los hacía más fácilmente transportables.

Palmirano Roseta, aunque de mala gana, tuvo que refugiarse también en las profundidades de Galia; pero no permitió que bajaran su telescopio, que no estaba hecho para aquel oscuro abismo, y fue instalado sobre un trípode en el salón de la Colmena de Nina.

Isaac Hakhabut, como siempre, prorrumpió en interminables lamentaciones, sin dejar de proferir una sola palabra de su fraseología acostumbrada. No existía en todo el universo negociante más desgraciado que él; pero en medio de los sarcasmos que se le dirigían sin cesar, vigiló cuidadosamente el transporte de sus mercancías. El capitán Servadac ordenó que todo lo que le pertenecía fuera almacenado aparte y en la excavación misma que el judío debiera habitar, a fin de que pudiera vigilar su hacienda y continuar su comercio.

La nueva habitación quedó completamente terminada en pocos días.

Algunos faroles iluminaban de trecho en trecho la oblicua chimenea que subía hacia la Colmena de Nina, lo que no dejaba de presentar un aspecto pintoresco, que habría sido delicioso en un cuento de las Mil y una noches. La gran excavación que servía de alojamiento a todos estaba iluminada por los faroles de la Dobryna, y el 10 de enero cada uno de los colonos encontrábase instalado en aquel subsuelo y bien abrigado, a lo menos contra la temperatura exterior, de unos setenta grados bajo cero.

—¡Va bene!, como dice nuestra pequeña Nina —exclamó Ben-Zuf, siempre satisfecho—. En vez de vivir en el piso principal, viviremos en la planta baja, y a eso queda todo reducido.

Sin embargo, el conde Timascheff, el capitán Servadac y el teniente Procopio, aunque no expresaban sus temores, no dejaban de tenerlos respecto al porvenir. Si el calor volcánico llegaba a faltar un día, si una perturbación inesperada retardaba a Galia en su revolución solar, si era preciso pasar otros inviernos en tales condiciones, ¿encontrarían en el núcleo del cometa el combustible que hasta entonces les había faltado? La hulla, residuo de antiguos bosques sepultados en las épocas geológicas y mineralizados bajo la acción del tiempo, no existía en las entrañas de Galia. ¿Se verían los colonos reducidos a utilizar aquellas materias eruptivas que debían ocultarse en las profundidades del volcán, cuando éste se extinguiese por completo?

—Amigos míos —dijo el capitán Servadac—, esperaremos, esperaremos.

Tenemos largos meses todavía para reflexionar, para hablar y para discutir, y, mientras tanto, a uno o a otro se nos ocurrirá alguna idea salvadora.

—Sí —respondió el conde Timascheff— el cerebro se sobrexcita con las dificultades y ya encontraremos forma de poner remedio a todo. Además, no es probable que nos falte este calor interior antes que vuelva el estío galiano.

—Así lo creo —respondió el teniente Procopio—. Continuamos oyendo con claridad el ruido del hervidero interior; esta inflamación de las sustancias volcánicas es probablemente moderna, porque cuando el cometa circulaba por el espacio antes de chocar con la Tierra, no poseía atmósfera, y, por consecuencia, es posible que el oxígeno no se haya introducido en sus profundidades, sino después de la colisión. De aquí una combinación química, cuyo resultado ha sido la erupción, por lo que parece seguro que el trabajo plutoniano está en su principio en el interior de Galia.

—Opino exactamente lo mismo, Procopio —dijo el conde Timascheff—, tanto más, cuanto que, lejos de temer una extinción del calor central, temo otra eventualidad más terrible aún para nosotros.

—¿Cuál? —preguntó el capitán Servadac.

—Que la erupción se produzca de nuevo repentinamente, y nos sorprenda acampados en el camino de las lavas.

—¡Rayos y centellas! —exclamó el capitán Servadac—. Eso podría ocurrir, efectivamente.

—Vigilaremos —respondió el teniente Procopio— y no nos dejaremos sorprender.

Cinco días después, el 15 de enero, Galia pasaba por su afelio al extremo del eje mayor de su órbita, gravitando a doscientos veinte millones de leguas del

Sol.

CAPÍTULO XIV

DONDE SE DEMUESTRA QUE LOS SERES HUMANOS NO ESTÁN CONSTITUIDOS PARA GRAVITAR A DOSCIENTOS VEINTE MILLONES DE LEGUAS DEL SOL

Galia, por lo tanto, desde aquel día iba a subir poco a poco por su curva G elíptica con una celeridad creciente. Todos los seres que vivían en su superficie estaban sepultados en las profundidades del volcán, exceptuando a los trece ingleses de Gibraltar.

¿Cómo habían soportado éstos la primera mitad del invierno galiano en el islote en que se habían obstinado en permanecer? Mejor, seguramente, que los habitantes de Tierra Caliente; a lo menos tal era la opinión de éstos. En efecto, no habían tenido necesidad de tomar de un volcán el calor de sus lavas para adoptarlo a las necesidades de la vida. Su reserva de carbón y de víveres era abundantísima, y ni el alimento ni el combustible les faltaba. El cuerpo de guardia que ocupaban, sólidamente acasamatado, con sus espesas paredes de piedra, les había protegido, sin duda alguna, contra los más grandes descensos de la temperatura. Bien abrigados, no habían tenido frío; bien alimentados, no habían podido tener hambre, e indudablemente sus trajes habían llegado a ser estrechos para las carnes que habían debido adquirir. El brigadier Murphy y el mayor Oliphant habían debido dirigirse mutuamente los golpes más estratégicos en el palenque de su tablero de ajedrez. Nadie dudaba que todo hubiera pasado conveniente y cómodamente en Gibraltar, y en todo caso Inglaterra no tendría sino elogios para los dos oficiales y los once soldados que habían permanecido fielmente en su puesto.

Si el capitán Servadac y sus compañeros hubieran estado amenazados de morir de frío, habrían podido refugiarse en el islote de Gibraltar. Ocurrióseles hacerlo, y sin duda hubieran sido recibidos hospitalariamente en aquel islote, aunque la primera acogida que se les dispensó había dejado mucho que desear.

Los ingleses no eran hombres capaces de abandonar a sus semejantes, ni negarles auxilio, y, en caso de necesidad absoluta, los colonos de Tierra Caliente no hubieran vacilado en emigrar a Gibraltar; pero habrían tenido que hacer un largo viaje por el inmenso campo de hielo, sin abrigo y sin fuego, y no todos los que lo hubieran emprendido habrían quizá llegado a su término. Por

consiguiente, este proyecto no podía ser puesto en práctica sino en un caso desesperado, y se resolvió no abandonar Tierra Caliente mientras el volcán produjera suficiente calor.

Ya hemos dicho que todo ser viviente de la colonia galiana se había refugiado en las excavaciones de la chimenea central, y así fue en efecto, aunque costó sumo trabajo bajar a aquella profundidad a los dos caballos del capitán Servadac y de Ben-Zuf; pero el capitán Servadac y su asistente tenían empeño especial en conservar a Céfiro y Galeta y llevarlos vivos a la Tierra. Estimaban mucho a aquellos pobres animales, poco acostumbrados a vivir en tan nuevas condiciones climatológicas. Destinóseles una espaciosa cueva, que quedó convertida en caballeriza, y se les alimentó con forraje, del que había gran provisión.

Sin embargo, hubo necesidad de sacrificar gran número de los demás animales domésticos, porque alojarlos en las profundidades del volcán era tarea imposible, y abandonarlos en las galerías superiores hubiera sido condenarlos a una muerte cruel. Se les dio muerte y como la carne podía conservarse indefinidamente en el antiguo almacén, que estaba sometido a un frío riguroso, aumentó la reserva alimenticia de los colonos.

Entre los seres vivientes que buscaron refugio en el interior del volcán, deben citarse las aves, cuyo alimento se componía únicamente de los restos de comida que se les arrojaba diariamente. El frío les obligó a abandonar las alturas de la Colmena de Nina y guarecerse en las oscuras cavidades del monte; pero su número era todavía tan grande y su presencia tan importuna, que fue preciso destruir gran parte.

Todas estas operaciones ocuparon a los colonos hasta fin del mes de enero, hasta cuya fecha no quedó completamente terminada la instalación. Entonces comenzó una existencia de extremada monotonía para los individuos de la colonia galiana. ¿Podían resistir al entorpecimiento moral que resultaba de su entorpecimiento físico? Sus jefes procuraron distraerlos por medio de una comunidad más estrecha de la vida cotidiana, con conversaciones, en las que todos eran invitados a tomar parte, y con lecturas de los libros de viajes y de ciencia de la biblioteca, hechas en alta voz. Todos, sentados en torno de la gran mesa, rusos o españoles, escuchaban y se instruían, y, cuando volvieran a la Tierra, volverían menos ignorantes que lo habrían sido si hubieran permanecido siempre en sus respectivos países.

¿Qué hacía Isaac Hakhabut mientras tanto? ¿Le interesaban aquellas conversaciones y lecturas? De ninguna manera; ¿qué beneficio podían reportarle? Pasaba largas horas haciendo cálculos, y contando y volviendo a contar el dinero que fluía a sus manos. Lo que había ganado, junto con lo que

ya tenía, ascendía a la cantidad de ciento cincuenta mil francos, por lo menos, la mitad de lo cual estaba en buen oro de Europa. Pensaba hacer valer en la Tierra aquel metal contante y sonante, y si calculaba el número de días que habían transcurrido desde su estancia en Galia y que podían transcurrir todavía hasta que volviese a la Tierra, era desde el punto de vista de los intereses perdidos. No había todavía tenido ocasión, aunque la esperaba con ansia, de prestar sobre buenos pagarés y con buena garantía.

De todos los colonos, fue Palmirano Roseta el que se creó más pronto una ocupación absorbente. Pudiendo hacer cálculos, nunca se consideraba solo, y, por consiguiente, pidió al cálculo el medio de pasar más distraído los largos días del invierno.

Conocía todo lo que podía saberse acerca de Galia; pero no le ocurría lo mismo respecto a Nerina, su satélite. Ahora bien, como los derechos de propiedad que reclamaba sobre el cometa se extendían hasta la luna, lo menos que podía hacer era determinar sus nuevos elementos, desde que había sido arrebatada de la zona de los planetas telescópicos.

Resolvió, por lo tanto, hacer este cálculo, para lo que necesitó determinar alguna posición de Nerina en diferentes puntos de su órbita. Hecho esto, puesto que conocía la masa de Galia, obtenida por medida exacta, o, lo que es lo mismo, por medio de la romana, podría también pesar a Nerina, desde el fondo de su oscuro observatorio.

Pero no tenía observatorio, al que daba pomposamente el nombre de gabinete porque, en realidad de verdad, no podía llamar observatorio a la cueva que ocupaba. Por esto, desde los primeros días de febrero, no cesaba de hablar del asunto con Servadac.

—¿Necesita usted un gabinete, querido profesor? —preguntóle el oficial francés.

—Sí, capitán; un gabinete donde pueda trabajar sin temor de ser importunado.

—Lo buscaremos —respondió Héctor Servadac—; pero si no es tan cómodo como yo quisiera, será, seguramente, aislado y tranquilo.

—No deseo más.

—Convenido.

Luego, el capitán, al ver a Palmirano Roseta de regular humor, se atrevió a hacerle una pregunta, relativa a sus cálculos anteriores, pregunta a cuya solución daba suma importancia.

—Querido profesor —le dijo en el momento en que Palmirano Roseta se retiraba—, tengo que preguntar a usted una cosa.

—¿Qué desea saber?

—Los cálculos que le han permitido determinar la duración de la revolución de Galia alrededor del Sol son evidentemente exactos —dijo el capitán Servadac—; pero como, si no estoy equivocado, medio minuto de retraso o de adelanto en la marcha del cometa, daría por resultado que Galia no encontrase a la Tierra en la eclíptica...

—Y, ¿qué? —interrumpió el profesor, que comenzaba a impacientarse.

—¿No haría usted bien en comprobar de nuevo la exactitud de esos cálculos...?

—Es innecesario.

—El teniente Procopio podría ayudar a usted a efectuar esta importante operación.

—No necesito a nadie —respondió Palmirano Roseta, herido en su cuerda sensible.

—Sin embargo...

—No me equivoco jamás, capitán Servadac, y su insistencia es tan enojosa como impertinente.

—Diablo, querido profesor —respondió Héctor Servadac—, no es usted amable con sus compañeros, y...

Pero no se atrevió a proseguir, porque Palmirano Roseta era un hombre necesario y merecía, por sus muchos conocimientos científicos, toda clase de consideraciones.

—Capitán Servadac —repuso con acritud el profesor—; no necesito hacer de nuevo mis cálculos, porque son absolutamente exactos; pero diré a usted que lo que he hecho respecto de Galia lo haré también respecto de Nerina, su satélite.

—No puede darse mayor oportunidad —repitió seriamente el capitán Servadac—. Sin embargo, yo creía que Nerina, como planeta telescópico, era conocido íntegramente por los astrónomos terrestres.

El profesor miró al capitán Servadac, como si pretendiera asesinarlo con la vista, creyendo que le había negado la utilidad de su trabajo, y luego, animándose, añadió:

—Capitán Servadac, aunque los astrónomos terrestres hubieran observado a Nerina, y conocieran ya su movimiento medio diurno, la duración de su revolución sideral, su distancia media al Sol, su excentricidad, la longitud de su perihelio, la longitud media de la época, la longitud del nudo ascendente, la inclinación de su órbita, hoy lo desconocen todo y es preciso volver a empezar todos esos estudios, porque Nerina ha dejado de ser planeta de la zona telescópica para convertirse en satélite de Galia. Por lo tanto, siendo luna quiero estudiarla como luna, y no comprendo por qué los galianos no han de saber de su luna lo mismo que los terrestres saben de la luna terrestre.

Se necesitaba oír a Palmirano Roseta pronunciar la palabra terrestres, para apreciar en toda su extensión el desprecio con que hablaba ya de las cosas de la Tierra.

—Capitán Servadac —dijo por último—, pongo término a esta conversación en la misma forma que la he empezado, rogando a usted que me haga disponer un gabinete...

—Vamos a buscarlo, querido profesor.

—No tengo prisa —respondió Palmirano Roseta—, y con tal que esté preparado dentro de una hora

No bastó una hora, pero al cabo de tres, Palmirano Roseta pudo instalarse en una especie de excavación donde pudieron ser colocados su sillón y su mesa.

Después, durante los días siguientes y a pesar del gran frío, subió a la antigua sala para determinar varias posiciones de Nerina, y hecho esto, se confinó en su gabinete y no se le volvió a ver en algún tiempo.

Realmente, los galianos, sepultados a ochocientos pies bajo el nivel del suelo, necesitaban una gran energía moral para resistir aquella situación, cuya monotonía no era interrumpida por nada. Muchos días pasaban sin que ninguno de ellos subiera a la superficie del suelo y, a no haber sido por la necesidad de proporcionarse agua dulce, llevando cargas de hielo al interior, habrían concluido por no salir jamás de las profundidades del volcán.

Sin embargo, se visitó de vez en cuando la parte baja de la chimenea central. El capitán Servadac, el conde Timascheff, Procopio y Ben-Zuf sondaron hasta donde fue posible aquel abismo abierto en el núcleo de Galia.

Aquella exploración de un monte compuesto de treinta por ciento de oro no les interesaba desde el punto de vista de este metal, que carecía de valor en Galia, y no lo tendría muy grande si el cometa caía sobre la Tierra; pero les importaba saber si el fuego central conservaba su actividad, y convencidos de esto, dedujeron que, si la erupción no salía ya por el antiguo volcán, debíase sin duda a la apertura de otras bocas ignívoras en la superficie de Galia.

Transcurrieron los meses de febrero, marzo, abril y mayo en una especie de entorpecimiento moral que los secuestrados no acertaban a explicarse. La mayor parte de ellos vegetaban bajo el imperio de una especie de somnolencia que llegó a ser alarmante. Las lecturas, escuchadas al principio con interés, no interesaban ya a nadie; las conversaciones se limitaban a dos o tres personas y se sostenían en voz baja; especialmente los españoles estaban abrumados y apenas abandonaban el lecho para tomar algún alimento; los rusos resistían algo más y ejecutaban sus tareas con más ardor; la falta de ejercicio, sin duda, ponía a los galianos en grave peligro.

El capitán Servadac, el conde Timascheff y Procopio advertían los

progresos del mal pero su voluntad era impotente para conjurarlo. Las exhortaciones no bastaban, y ellos mismos se sentían invadidos por aquella postración particular, que no siempre podían resistir. Ya se manifestaba por una prolongación inusitada del sueño, ya por una repugnancia invencible a todo alimento, cualquiera que fuese. Habría podido creer que aquellos prisioneros sepultados en el suelo, como las tortugas durante el invierno, iban a dormir y a ayunar como ellas hasta que volviera el verano.

La persona más animosa y más resistente de toda la colonia fue la pequeña Nina, que iba, venía, prodigaba consuelos a Pablo, a quien la postración general había invadido también, hablaba a uno o a otro y su voz fresca alegraba aquellas lúgubres profundidades, como el canto de un pajarillo. Obligaba a unos a comer, a otros a beber, y era el alma de aquella pequeña sociedad, a la que animaba con sus movimientos. Ya cantaba alegres canciones de Italia, cuando en la lúgubre estancia reinaba un silencio abrumador; ya zumbaba como una mosca, pero más útil y bienhechora que la mosca del fabulista. Había tanta vida en aquel pequeño ser que se comunicaba, en cierto modo, a todos. Quizás aquel fenómeno de reacción se efectuó sin advertirlo los que experimentaban su influencia; pero no fue menos verdadero. La presencia de Nina fue evidentemente saludable a los galianos, medio dormidos en aquella tumba.

El tiempo proseguía su marcha sin que el capitán Servadac y sus compañeros se dieran cuenta de ello.

Hacia principios de junio pareció que los galianos se reanimaban un poco.

¿Era la influencia del astro radiante al que se iba acercando el cometa? Quizá; pero el Sol se encontraba todavía muy lejos. El teniente Procopio, durante la primera mitad de la revolución galiana, había anotado minuciosamente las posiciones y las cifras que le indicaba el profesor y podido obtener gráficamente efemérides, siguiendo en una órbita dibujada por él, con mayor o menor precisión, la marcha del cometa.

Pasado el punto del afelio, le fue fácil marcar las posiciones sucesivas de la vuelta de Galia hacia el Sol, e informar a sus compañeros sin consultar a Palmirano Roseta.

Observó, pues, que a principio de junio, Galia, después de haber sorteado nuevamente la órbita de Júpiter, estaba todavía a una distancia enorme del Sol, del que lo separaban ciento noventa y siete millones de leguas; pero su celeridad iba a aumentarse grandemente, en virtud de una de las leyes de Kepler, y cuatro meses después entraría en la zona de los planetas telescópicos, pues se encontraría a ciento veinticinco millones de leguas solamente.

En aquella época, segunda quincena de junio, el capitán Servadac y sus compañeros habían recobrado ya casi por completo sus facultades físicas y

morales. Ben-Zuf, como una persona que ha dormido demasiado, no cesaba de extender sus brazos, antes entumecidos.

Las visitas a las salas desiertas de la Colmena de Nina se hicieron más frecuentes. El capitán Servadac, el conde Timascheff y Procopio bajaron hasta la playa, donde todavía reinaba un frío excesivo; pero la atmósfera no había perdido nada de su aspecto normal. No había una nube en el horizonte ni en el cenit; ni un soplo de aire turbaba aquella tranquilidad. Las últimas huellas de los pasos, que habían quedado impresas en la playa, veíanse tan claras como en el primer día.

Sin embargo, el promontorio de rocas que cubría la ensenada había variado de aspecto. En aquel paraje había continuado el movimiento de ascensión de las capas de hielo, que se levantaba entonces a más de ciento cincuenta pies, a cuya altura aparecían la goleta y la urca completamente inaccesibles. Su caída en la época del deshielo era cierta, y su destrozo inevitable, sin que hubiera medio alguno de salvarlas.

Afortunadamente para él, Isaac Hakhabut, que no abandonaba jamás su tienda de las profundidades del monte, no acompañaba al capitán Servadac en su paseo por la playa.

—Si hubiera estado allí —dijo Ben-Zuf—, ¡qué gritos de pavo real no hubiera dado ese viejo tunante! Pero lanzar gritos de pavo real y faltarle la cola es una desgracia sin compensación.

Transcurrieron otros dos meses, julio y agosto, que acercaron a Galia a ciento sesenta y cuatro millones de leguas del Sol. Durante las noches, el frío era todavía extraordinariamente vivo; pero durante el día, el Sol, recorriendo el ecuador de Galia, que atravesaba la Tierra Caliente, emitía bastante calor, y hacía elevar la temperatura a unos veinte grados. Los galianos acudían diariamente a reponerse a los rayos vivificadores del astro, en lo que no hacían más que imitar a las aves que habían quedado y que jugueteaban en el aire para no regresar hasta la puesta del Sol.

Aquella especie de primavera, si nos es permitido emplear este nombre, ejerció influencia muy beneficiosa en los habitantes de Galia, que empezaron a recobrar esperanza y ánimo. Durante el día, el disco del Sol se mostraba mayor en el horizonte, y por la noche la Tierra parecía también aumentar de tamaño en medio de las estrellas fijas. Veíase ya el fin del viaje; estaba todavía muy lejos, pero se le veía, aunque sólo era un punto en el espacio.

Ben-Zuf hizo un día la siguiente reflexión en presencia del capitán Servadac y del conde Timascheff:

—Aunque me lo juren frailes descalzos, no creeré jamás que el cerro de Montmartre quepa ahí dentro.

—Pues, a pesar de eso, cabe —respondió el capitán Servadac—. y espero que lo veremos pronto.

—Y yo también, mi capitán. Pero dígame usted, sin que esto sea mandarle nada: si el cometa del señor Palmirano Roseta no quisiera volver a la Tierra, ¿no habría medio alguno de obligarle a ello?

—No, amigo mío —respondió el conde Timascheff—. Ningún poder humano puede alterar la disposición geométrica del universo. ¡Qué desorden, si cualquiera pudiera modificar la marcha de un planeta! Dios no lo ha querido, y Dios hace perfectas todas sus obras. ¡Bendigamos su infinita sabiduría!

CAPÍTULO XV

PRIMERAS Y ÚLTIMAS RELACIONES QUE SOSTIENEN PALMIRANO ROSETA E ISAAC HAKHABUT

A pesar de haber llegado ya el mes de setiembre, no se podía abandonar las oscuras, pero cálidas, profundidades del subsuelo galiano para instalarse nuevamente en el domicilio de la Colmena de Nina, porque las abejas se habrían helado en sus antiguos alvéolos.

No podríamos decir si afortunada o desgraciadamente, el volcán no amenazaba con recobrar su actividad.

Afortunadamente, porque una erupción súbita habría sorprendido quizás a los galianos en la chimenea central, único conducto reservado al paso de las lavas.

Desgraciadamente, porque, conjurado este peligro, se habría podido reanudar en seguida y con satisfacción general, la existencia relativamente fácil y cómoda en las alturas de la Colmena de Nina.

—Siete meses malditos hemos pasado aquí, mi capitán —dijo un día Ben-Zuf—. ¿Ha observado usted a nuestra Nina durante este tiempo?

—Sí. Ben-Zuf —respondió el capitán Servadac—. Es una criatura sumamente excepcional. Parecía que toda la vida de Galia estaba concentrada en su corazón.

—Muy bien, mi capitán, pero ¿y después?

—¿Cómo después?

—Sí, cuando volvamos a la Tierra, ¿hemos de abandonar a esa querida niña?

—De ningún modo, Ben-Zuf, no la abandonaremos, la adoptaremos.

—¡Bravo mi capitán! Usted será su padre y, con permiso de usted, yo seré su madre.

—Entonces, ¿estamos casados, Ben-Zuf?

—Sí, mi capitán —respondió el valiente soldado—, ya hace mucho tiempo que lo estamos.

Al llegar el mes de octubre, los fríos se hicieron más soportables, pues ni aun durante la noche había alteración atmosférica. La distancia de Galia al Sol era entonces del triple de la que separa a la Tierra de su centro atractivo. La temperatura media era de unos treinta grados bajo cero. Ya se hacían ascensiones

más frecuentes a la Colmena de Nina y hasta a la playa. Se volvió a patinar por aquella admirable superficie helada que ofrecía el mar a los colonos, quienes salían con júbilo de su prisión, y cada día el conde Timascheff, Servadac y Procopio iban a reconocer el estado de las cosas y a discutir el gran problema del regreso a la Tierra. No bastaba tocar el globo terrestre; eran necesario adoptar todas las medidas posibles para evitar las consecuencias del choque.

Uno de los más asiduos visitantes del antiguo domicilio de la Colmena de Nina era Palmirano Roseta, que había hecho subir su anteojo al observatorio y allí se abismaba en sus observaciones astronómicas.

Nadie le preguntó cuál era el resultado de sus nuevos cálculos, porque todos estaban ciertos de que se habría negado a responder; pero al cabo de algunos días, sus compañeros observaron que parecía estar poco satisfecho. Subía, bajaba, volvía a subir, volvía a bajar incesantemente por el oblicuo túnel de la chimenea central. Murmuraba, maldecía y estaba más furioso que nunca. Una o dos veces Ben-Zuf, que era valiente, satisfecho en el fondo de aquellos síntomas de mal humor, acercóse al terrible profesor, que lo recibió de un modo imposible de describir.

—¡Parece —pensó Ben-Zuf— que allá arriba no salen las cosas a medida de su deseo; pero por vida de un beduino, con tal que no perturbe la mecánica celeste, y no nos perturbe a nosotros con ella...!

El capitán Servadac, el conde Timascheff y el teniente Procopio preguntábanse, y con razón, qué era lo que enojaba tanto a Palmirano Roseta.

¿Había el profesor revisado sus cálculos y los había encontrado en desacuerdo con las nuevas observaciones? En suma, ¿el cometa no ocupaba en su órbita el sitio que le asignaban las efemérides anteriormente establecidas y, por consiguiente, no iba a encontrar a la Tierra en el punto y el momento indicados?

Este temor los tenía sumamente preocupados y, como todas sus esperanzas se basaban en la afirmación de Palmirano Roseta, se inquietaban al verlo enojado.

Y, efectivamente, parecía que el profesor se consideraba el más desgraciado de los astrónomos. Sin duda alguna, sus cálculos no debían estar de acuerdo con sus observaciones y un hombre como él no podía tener mayor disgusto. En suma, siempre que bajaba a su gabinete casi helado a consecuencia de una estancia demasiado prolongada junto al anteojo, sufría un grave acceso de furor.

Si en aquel momento le hubiera sido permitido a cualquiera aproximarse a él, le habría oído repetirse a sí mismo:

—¡Maldición! ¿Qué significa esto? ¿Qué hace ahí? ¿No está en el sitio que le señalaban mis cálculos? ¡Miserable! Se retrasa. O Newton es un loco o Nerina

ha perdido el juicio. Esto contraría las leyes de la gravitación universal. No he podido engañarme. Mis observaciones son precisas, mis cálculos son exactísimos. ¡Por vida de...!

Palmirano Roseta cogíase la cabeza entre las manos y se arrancaba los pocos cabellos que le quedaban en el occipucio, sin conseguir otro resultado que un desacuerdo constante e inexplicable entre el cálculo y la observación.

—Veamos —se decía a sí mismo—, ¿está trastornada la mecánica celeste? No; eso no es posible; soy yo quien se equivoca y, sin embargo..., sin embargo...

Palmirano Roseta habría enflaquecido pensando en esto, si le hubiera sido posible enflaquecer.

Él estaba triste y furioso, y cuantos le rodeaban estaban alarmados; pero esto le importaba a él poco.

Sin embargo, semejante estado de cosas no podía prolongarse.

Un día, el 12 de octubre, Ben-Zuf, que estaba en el salón de la Colmena de Nina, donde el profesor se encontraba a la sazón, le oyó dar un grito atronador, y se apresuró a preguntarle:

—¿Se ha hecho usted daño?

Esta pregunta fue hecha en el mismo tono que si le hubiera dicho: ¿Cómo está usted?

—¡Eureka! ¡Eureka! —respondió Palmirano Roseta, saltando de júbilo.

Pero parecía que sus transportes de alegría no estaban exentos de cólera.

—¡Eureka! —repitió Ben-Zuf.

—Sí, Eureka. ¿Sabes tú qué significa esta palabra?

—No, señor.

—Pues vete al diablo.

—Por fortuna —pensó el ordenanza—, cuando este hombre no quiere responder, lo hace con tanta cortesía...

Y fue en busca de Héctor Servadac.

—Mi capitán —dijo—, tenemos novedades.

—¿Qué hay?

—El sabio; el profesor ha encontrado...

—¡Ha encontrado! —exclamó el capitán Servadac—. Pero, ¿qué ha encontrado?

—Lo ignoro.

—Pues eso es, precisamente, lo que nos interesa averiguar.

Y el capitán Servadac quedóse más pensativo y alarmado que nunca.

Mientras tanto, Palmirano Roseta bajaba a su gabinete de trabajo, diciéndose a sí mismo:

—Sí, eso es... No puede ser otra cosa... ¡Ah, miserable! ¡Si así es, me las

pagarás caras...! Pero no confesaré, porque tendría que devolver... Pues bien, apelaremos a la astucia..., y veremos.

Esto no lo entendió nadie, pero lo que fue claro para todo el mundo es que desde aquel momento Palmirano Roseta empezó a tratar con mucha amabilidad al judío Isaac Hakhabut, con quien hasta entonces había evitado hablar y, cuando se había visto obligado a hacerlo, no había cesado de dirigirle reproches.

El más asombrado de esta conducta fue Isaac Hakhabut, que no acostumbraba a ser tratado con amabilidad por nadie. Veía con frecuencia al profesor bajar a su oscura tienda, interesarse por él, por su persona y sus negocios.

Palmirano Roseta le preguntaba si había vendido bien o mal sus mercancías; qué beneficio le habían reportado; si había podido aprovechar una ocasión que no volvería a presentarse nunca, etc., y todo esto con la intención, que le costaba mucho disimular, de estrangularle.

Isaac Hakhabut, desconfiado como viejo zorro, respondía siempre de una manera evasiva. Aquella modificación súbita de las maneras del profesor para con él le admiraba, y se preguntaba si Palmirano Roseta trataría de pedirle prestado dinero.

Sabido es que Isaac Hakhabut, en principio, no se negaba a hacer préstamos, con tal que fuera a un interés perfectamente usurario, y hasta contaba con este género de operaciones para acrecentar su hacienda; pero no quería prestar sino bajo firmas respetables, y preciso es confesar que en Galia sólo el conde Timascheff, rico señor ruso, le inspiraba la confianza necesaria para arriesgar su dinero. El capitán Servadac debía ser pobre como un gascón, y en cuanto al profesor, ¿a quién se le habría ocurrido la idea de prestar dinero a un profesor? Por todas estas razones, mostrábase maese Isaac muy reservado.

Además, iba a verse obligado a hacer de su dinero un uso lo más restringido posible, pero con esto no había contado.

En efecto, en aquella época había vendido ya a los galianos casi todos los géneros alimenticios que componían su cargamento, y no había tenido precaución de reservar algunos productos para su consumo particular. Entre otras cosas le faltaba café, y el café, por poco que se use, cuando se carece de él, no puede tomarse, como habría dicho Ben-Zuf.

Al verse maese Isaac privado de una bebida, de la que no podía prescindir, viose obligado a recurrir para obtenerla a las reservas del almacén general.

Así, después de largas vacilaciones, reflexionó que, como la reserva era común para todos los galianos sin distinción, él tenía los mismos derechos a ella que cualquier otro. Hecha esta reflexión, buscó a Ben-Zuf, y le dijo lo más amablemente que pudo:

—Señor Ben-Zuf, tengo que hacerle una petición.

—Habla Josué —respondió Ben-Zuf.

—Necesitaría tomar del almacén general una libra de café para mi uso personal.

—¡Una libra de café! —respondió Ben-Zuf—. ¡Cómo! ¿Pides una libra de café?

—Sí, señor Ben-Zuf.

—¡Oh, oh! ¡Eso es grave!

—¿Se ha acabado el café?

—Tenemos todavía un centenar de kilogramos.

—¿Entonces...?

—Pues bien, anciano —respondió Ben-Zuf, moviendo la cabeza de una manera alarmante—, no sé si puedo darte lo que pides.

—Démelo usted, señor Ben-Zuf —dijo Isaac Hakhabut—. y se regocijará mi corazón.

—El regocijo de tu corazón me es completamente indiferente.

—Sin embargo, no negaría usted café a otro.

—¡Claro que no! Pero tú no eres otro.

—Pues, ¿qué hacemos, señor Ben-Zuf?

—Voy a consultar el caso con Su Excelencia el gobernador general.

—¡Oh!, señor Ben-Zuf, confío en que el señor gobernador general hará justicia...

—Desde luego, anciano, y su justicia es la que me hace temer que no acceda a tus deseos.

Y, después de hacer esta revelación nada consoladora, Ben-Zuf volvió la espalda a Isaac Hakhabut, alejándose de él.

Palmirano Roseta, que estaba siempre en acecho del judío, oyó esta conversación, y pareciéndole oportuna la ocasión para poner en práctica el plan que venía meditando, se acercó a él, entrando inmediatamente en materia.

—Hola, maese Isaac —dijo—. ¿Necesita usted café?

—Sí, señor profesor —respondió Isaac Hakhabut.

—¿Lo ha vendido usted todo?

—¡Ah! Cometí esa imprudencia.

—¡Diablo! El café le era a usted muy necesario; sí, sí, porque calienta la sangre.

—Sin duda, y en este agujero en que estamos, no puedo prescindir de él.

—Pues no se apure, le proporcionaré todo el que necesite para su consumo.

—Así debe ser, señor profesor, porque, aunque he vendido el café, tengo derecho, como cualquier otro, a tomar la parte que necesite para mi uso.

—Sin duda, maese Isaac, sin duda. ¿Necesita usted mucho?

—Una libra solamente. Soy tan económico que me durará largo tiempo.

—¿Y cómo hemos de pesar ese café? —preguntó Palmirano Roseta, que, a pesar suyo, acentuó algo la frase.

—Con mi romana —murmuró el judío.

Palmirano Roseta creyó sorprender una especie de suspiro que se escapaba del pecho del judío.

—Sí —replicó—, con la romana; ¿no hay aquí otra balanza?

—No —respondió el judío, lamentando haber suspirado.

—¡Eh, eh! Eso será muy ventajoso para usted, porque, por una libra de café, le darán a usted siete.

—Sí..., siete, eso es.

El profesor miraba al judío como si pretendiera comérsele. Deseaba dirigirle una pregunta y no se atrevía, temiendo, con razón, que el judío no le dijera la verdad, aquella verdad que a toda costa quería averiguar.

No pudiendo reprimir su impaciencia durante más tiempo, se disponía a hablar cuando volvió Ben-Zuf.

—¿Qué me dice usted? —se apresuró a preguntar Isaac Hakhabut.

—Digo que el gobernador no quiere... —respondió Ben-Zuf.

—¿No quiere que me den café? —exclamó el judío.

—No, pero accede a que te lo venda.

—¡Venderme café, Dios de Israel!

—Sí, y eso es justo, puesto que has recogido todo el dinero de la colonia.

Vamos a ver el color de tu dinero.

—Obligarme a comprar café cuando a otro...

—Te repito que tú no eres otro. ¿Compras o no?

—¡Misericordia!

—¿Respondes, o cierro el comercio?

El judío estaba convencido de que no podían gastarse chanzas con Ben-Zuf.

—Bueno, compraré —dijo.

—Está bien.

—¿Pero a qué precio?

—Al precio que lo has vendido tú. No te desollaremos, porque tu piel no vale la pena.

Isaac Hakhabut habíase metido la mano en el bolsillo, donde sonaban algunas monedas de plata.

El profesor espiaba con suma atención las palabras del judío

—¿Cuánto quiere usted por una libra de café?

—Diez francos —respondió Ben-Zuf—. Es el precio corriente en Tierra

Caliente. ¿Pero qué te importa, si cuando volvamos a la Tierra el oro no valdrá nada?

—El oro no valdrá nada —respondió el judío—. ¿Pero es posible que eso llegue a ocurrir, señor Ben-Zuf?

—Ya lo verás.

—¡Que el Eterno me proteja! ¡Diez francos por una libra de café!

—Diez francos: precio fijo.

Isaac Hakhabut sacó una moneda de oro, la miró a la luz del farol y la besó.

—¿Va usted a pesar con romana? —preguntó en tono tan plañidero, que se hizo sospechoso.

—¿Y con qué quieres que pese? —respondió Ben-Zuf.

Luego, cogiendo la romana, suspendió un plato del gancho y en él puso el café necesario para que la aguja marcara una libra.

—Una libra justa —dijo Ben-Zuf.

—¿Está bien la aguja en el punto? —preguntó el judío, inclinándose sobre el círculo graduado en el instrumento.

—Está bien, viejo Jonás.

—Dele un poco con el dedo, señor Ben-Zuf.

—¿Por qué?

—Porque... porque —murmuró Isaac Hakhabut—, porque mi romana quizá no está... completamente equilibrada.

No había concluido aún de pronunciar estas palabras, cuando Palmirano Roseta lo agarró por el cuello, sacudiéndole como si quisiera estrangularlo.

—¡Canalla! —gritaba el profesor.

—¡Socorro! ¡Socorro! —exclamaba Isaac Hakhabut.

Como Ben-Zuf, lejos de intervenir en la lucha, excitaba a los combatientes, riéndose a carcajadas, la escena no acababa nunca. Para el ordenanza tanto valía el uno como el otro; pero, al ruido del combate, acudieron a ver lo que pasaba el capitán Servadac, el conde Timascheff y el teniente Procopio, quienes separaron al judío y al profesor.

—Pero, ¿qué sucede? —preguntó Héctor Servadac.

—Sucede —respondió Palmirano Roseta— que este bribón nos ha dado una romana falsa, una romana que señala un peso mayor que el verdadero.

—¿Es cierto eso, Isaac?

—Señor gobernador... Sí... no... —balbució el judío.

—Sucede que este ladrón vendía con pesas falsas —repuso el profesor, cada vez más enfurecido—, y que, cuando he pesado mi cometa con su instrumento, he obtenido un peso superior al que tiene en realidad.

—¿Es eso cierto?

—No sé..., no sé... —murmuraba Isaac Hakhabut.

—Sucede, en fin, que he tomado esa falsa masa por base de mis nuevos cálculos, que éstos no están de acuerdo con mis observaciones y que he debido creer que el astro no se encontraba ya en su sitio.

—¿Pero cuál? ¿Galia?

—¡Eh! No, Nerina, diablo, nuestra luna.

—Pero, ¿y Galia?

—Galia está donde debe estar —respondió Palmirano Roseta—. Va en línea recta a la Tierra y nosotros con ella... y hasta ese maldito judío, a quien Dios confunda.

CAPÍTULO XVI

EL CAPITÁN SERVADAC Y BEN-ZUF HACEN UN VIAJE Y VUELVEN COMO HABÍAN IDO

Efectivamente, desde que había emprendido su honrado comercio de cabotaje, Isaac Hakhabut vendía con pesas falsas, cosa que, dada su miserable condición, no admirará a nadie. Pero cuando el vendedor se había convertido en comprador, su falta de probidad se había vuelto contra él, como ocurre al que, por escupir el cielo, se echa encima la saliva. El principal instrumento de su fortuna era aquella romana que señalaba una cuarta parte más del peso que debía señalar, según se reconoció; pero esta averiguación permitió al profesor rehacer sus cálculos, restableciéndolos sobre una base justa.

Cuando en la Tierra, aquella romana marcaba el peso de un kilogramo, el objeto no pesaba más que setecientos cincuenta gramos, y, por lo tanto, al peso que había indicado para Galia, era preciso restar una cuarta parte.

Se comprende, pues, que los cálculos del profesor, basados en la masa del cometa, una cuarta parte mayor que la que tenía realmente, no estuvieran de acuerdo con las posiciones verdaderas de Nerina, porque era la masa de Galia la que influía en este astro.

Palmirano Roseta, satisfecho de haber dado una buena tunda a Isaac Hakhabut, reanudó su trabajo para concluir sus cálculos relativos a Nerina.

Ya se comprenderá cuánto se reirían los galianos de Isaac Hakhabut después de esta escena. Ben-Zuf no cesaba de repetirle que sería procesado por defraudador, que se le formaría causa y que sería juzgado por el tribunal de policía correccional.

—¿Pero dónde y cuándo? —preguntaba el judío.

—En la Tierra, cuando volvamos a ella, viejo tunante —respondió gravemente Ben-Zuf.

El judío viose obligado a ocultarse en su oscuro recinto, de donde no salía sino cuando le era absolutamente indispensable.

Dos meses y medio faltaban aún para que llegase el día en que los galianos esperaban chocar con la Tierra. Desde el 7 de octubre, el cometa había vuelto a entrar en la zona de los planetas, telescópicos, en aquella misma zona en que se había apoderado de Nerina.

El 1.º de noviembre había atravesado ya felizmente la mitad de aquella zona, en la que gravitan los asteroides, cuyo origen se debe, según todas las

probabilidades, al rompimiento de algún planeta que girase entre Marte y Júpiter. Durante aquel mes, Galia tenía que recorrer un arco de cuarenta millones de leguas sobre su órbita, aproximándose a setenta y ocho millones de leguas del Sol.

La temperatura era ya más soportable, porque el termómetro marcaba unos diez a doce grados bajo cero. Sin embargo, la superficie del mar permanecía inmutablemente congelada y los dos buques levantados sobre su pedestal de témpanos, continuaban suspendidos sobre el abismo.

Entonces volvió a discutirse la cuestión de los ingleses relegados en el islote de Gibraltar, y de quienes no se dudaba que hubieran combatido con éxito los excesivos fríos del invierno galiano.

El capitán Servadac trató la cuestión desde un punto de vista que hacía honor a su generosidad. Dijo que, a pesar de la mala acogida que les habían dispensado cuando los visitaron con la Dobryna, convenía ponerse en comunicación nuevamente con ellos para informarles de todo lo que ignoraban sin duda. La vuelta a la Tierra, que no podía ser sino el resultado de una nueva colisión, era muy peligrosa y precisaba prevenir a los ingleses e invitarles a reunirse con los demás colonos para arrostrar todos juntos aquellos peligros.

El conde Timascheff y el teniente Procopio opinaron lo mismo que el capitán Servadac. Tratábase de una cuestión de humanidad que los galianos no podían mirar con indiferencia. Pero, ¿cómo llegar en aquella época hasta el islote de Gibraltar?

Por mar, evidentemente, es decir, aprovechando el apoyo sólido que la superficie helada presentaba todavía.

Era la única manera que tenían de ir de una isla a otra, porque, cuando llegase el deshielo, no sería posible ningún otro género de comunicación, sobre todo si, como se temía, se inutilizaban la goleta y la urca. En cuanto a utilizar para este efecto la chalupa de vapor, habría sido necesario consumir algunas toneladas de carbón, que se habían reservado para el caso en que los colonos tuvieran que volver a la isla Gurbí.

Quedaba el yu-yu, que había sido transformado en trineo de vela, y cuyas condiciones de rapidez y seguridad eran conocidas, por haber hecho el viaje de Tierra Caliente a Formentera.

Sin embargo, se necesitaba viento para moverlo, y entonces no había viento en la superficie de Galia.

Quizá después del deshielo, los vapores que la temperatura estival debía desarrollar, producirían nuevas alteraciones en la atmósfera; pero esto no era de esperar, sino de temer. A la sazón la calma era absoluta y el yu-yu no podía hacer el viaje al islote de Gibraltar.

Quedaba la posibilidad de hacer el camino a pie o, mejor dicho, en patines; pero, tratándose de una distancia de cuatrocientos kilómetros, ¿podía intentarse este viaje en semejantes condiciones?

El capitán Servadac manifestó que estaba dispuesto a realizarlo. Ciento o doscientos kilómetros por día, o sean ocho kilómetros por hora, no eran una gran dificultad para un hombre acostumbrado al ejercicio del patinaje. En ocho días podría ir y volver de Tierra Caliente a Gibraltar, y de Gibraltar a Tierra Caliente. Sólo necesitaba una brújula para dirigirse, cierta cantidad de carne fría y una lámpara de alcohol para hacer café, para realizar esta empresa, un poco atrevida, pero que halagaba a su imaginación aventurera.

El conde Timascheff y el teniente Procopio pretendieron con insistencia ir ellos para acompañar a Servadac, pero éste les dio las gracias, diciendo que, en caso de algún accidente, precisaba que el conde y el teniente estuvieran en Tierra Caliente, porque, sin ellos, ¿qué sería de sus compañeros en el momento de la vuelta a la Tierra?

El conde Timascheff cedió. El capitán Servadac no quiso aceptar más compañero que su fiel Ben-Zuf, a quien le preguntó si le parecía bien el proyecto.

—¿Si me parece bien, mi capitán? ¿No ha de parecerme bien semejante ocasión de estirar las piernas? Y, además, ¿cree usted que lo habría dejado ir solo? Decidióse emprender la marcha el día siguiente, 2 de noviembre. Sin duda, el deseo de ser útil a los ingleses y de cumplir un deber de humanidad era el primer móvil a que obedecía el capitán Servadac; pero quizá le había impulsado también otro pensamiento, que no había comunicado a nadie y que, menos que a nadie, quería comunicar al conde Timascheff.

Ben-Zuf, sin embargo, comprendió que había «gato encerrado» cuando la víspera de la partida le dijo su capitán:

—Ben-Zuf, ¿no hay en el almacén general algo con que hacer una bandera tricolor?

—Sí, mi capitán —respondió Ben-Zuf.

—Pues haz esa bandera sin que nadie te vea, métela en tu saco y llévala contigo

Ben-Zuf no preguntó más y obedeció la orden.

¿Cuál era el proyecto del capitán Servadac y por qué no informaba de él a sus compañeros?

Conviene mencionar aquí cierto fenómeno psicológico, que, aunque no pertenece a la categoría de los fenómenos celestes, no por eso era menos natural, dadas las debilidades del género humano.

Desde que Galia iba aproximándose a la Tierra, quizás el conde Timascheff

y el capitán Servadac, por un movimiento opuesto, tendían a separarse mutuamente. Posiblemente este fenómeno se verificaba sin que lo supieran ellos; pero, de todos modos, el recuerdo de su antigua rivalidad, tan completamente olvidada durante aquellos veintidós meses en una existencia común, iba volviendo poco a poco a su ánimo y de su ánimo a su corazón.

Cuando estuvieran de nuevo en el globo terrestre, ¿volverían los compañeros de aventura a ser los rivales de otra época? Por haber sido galianos no dejaban de ser hombres. Quizá la señora L... estuviera libre todavía... y ponerlo en duda habría sido injuriarla...

En fin, de todo esto, voluntaria o involuntariamente, había resultado cierta frialdad entre el conde y el capitán, entre quienes nunca había habido una intimidad verdadera, sino solamente aquella amistad que las circunstancias en que se encontraban les habían impuesto.

Dicho esto, veamos en qué consistía el proyecto del capitán Servadac, proyecto que quiso mantener secreto por temor de que surgiese entre él y el conde Timascheff una nueva rivalidad.

Preciso es convenir en que tal proyecto sólo podía ocurrírsele a la imaginación fantástica del oficial francés.

Los ingleses, encadenados en su roca, habían continuado ocupando el islote de Gibraltar por cuenta de Inglaterra y habían hecho bien en ello, si aquel punto volvía a la Tierra en buenas condiciones. Nadie podía disputarles el derecho de ocupación.

Pero frente a Gibraltar se levantaba el islote de Ceuta, que, antes del choque, pertenecía a los españoles y dominaba uno de los lados del estrecho, y Ceuta, abandonada, venía a ser la propiedad del primer ocupante. Por consiguiente, dirigirse a la roca de Ceuta, posesionarse de ella en nombre de Francia e izar allí el pabellón francés, fueron cosas que parecieron muy naturales al capitán Servadac.

—¿Quién sabe —se decía a sí mismo— si Ceuta llegará a buen puerto sobre la Tierra y a dominar alguna entrada importante del Mediterráneo? En este caso el pabellón francés plantado sobre esa roca, justificará las pretensiones de Francia.

Por esta razón, sin decir nada, el capitán Servadac y su asistente Ben-Zuf emprendieron su expedición de conquista.

Nadie como Ben-Zuf para comprender a Héctor Servadac. ¡Conquistar un pedazo de roca para Francia! ¡Jugar una mala partida a los ingleses! No podía haber cosa que más le agradara.

Cuando después de emprender la marcha y al pie de las rocas, se terminaron las despedidas y los dos conquistadores se encontraron solos, el capitán notificó

su proyecto a Ben-Zuf.

Ben-Zuf, recordando entonces las coplas que se cantaban en su regimiento, se puso a cantar alegremente.

El capitán Servadac y Ben-Zuf, bien abrigados y cargado el ordenanza con un saco a la espalda, en el que llevaba el pequeño material de viaje, ambos con los patines en los pies, lanzáronse sobre la inmensa superficie blanca, no tardando en perder de vista las alturas de Tierra Caliente.

Durante el viaje no ocurrió incidente alguno digno de mención. Se dividió el tiempo en algunos altos, durante los cuales se tomaron descanso y alimento en común. La temperatura era soportable, aun durante la noche, y tres días después de su partida, el 5 de noviembre, encontrábase los dos héroes a pocos kilómetros del islote de Ceuta.

Ben-Zuf estaba radiante de júbilo. Si hubiera sido necesario dar un asalto, no habría pedido otra cosa más que el permiso para formarse en columna, y en caso necesario para formar el cuadro y rechazar la caballería enemiga.

Era por la mañana. La dirección rectilínea, indicada por la brújula, había sido seguida con toda exactitud por los expedicionarios desde que salieron de Tierra Caliente, la roca de Ceuta aparecía ya a cinco o seis kilómetros de distancia, en medio de la irradiación solar sobre el horizonte Occidental.

Ambos aventureros estaban impacientes por poner el pie en aquella roca.

De pronto, y a una distancia de tres kilómetros, Ben-Zuf se detuvo y dijo:

—Mi capitán, mire usted.

—¿Qué ocurre, Ben-Zuf?

—Que sobre la roca se mueve algo.

—Avancemos —respondió el capitán Servadac.

Recorrieron dos kilómetros en pocos minutos, al cabo de los cuales el capitán Servadac y Ben-Zuf moderaron su celeridad y se detuvieron nuevamente.

—¡Mi capitán!

—¿Qué ocurre, Ben-Zuf?

—Que, efectivamente, hay un hombre en Ceuta, que hace grandes ademanes dirigiéndose a nosotros. Parece como si estirara los brazos, como quien se despierta después de haber dormido demasiado.

—¡Diablo! —exclamó el capitán Servadac—. ¿Llegaremos demasiado tarde?

Los franceses avanzaron más, y pronto Ben-Zuf exclamó :

—¡Ah, mi capitán, es un telégrafo!

Era, efectivamente., un telégrafo semejante a los de los semáforos el que funcionaba en la roca de Ceuta.

—¡Rayos y centellas! —exclamó el capitán—. Si hay allí un telégrafo es porque alguien lo ha instalado.

—A no ser que en Galia se críen telégrafos como en la Tierra los árboles.

—Si gesticula, es porque alguien lo pone en movimiento.

Héctor Servadac, muy disgustado, dirigió la vista hacia el Norte.

Allí, en el límite del horizonte, alzábase la roca de Gibraltar, donde, tanto a Ben-Zuf como a él, parecióles ver que un segundo telégrafo, instalado en la cima del islote, respondía a las preguntas del primero.

—¡Está ocupado Ceuta! —exclamó el capitán Servadac—. Ahora notifican nuestra llegada a Gibraltar.

—¿Qué hacemos, mi capitán?

—¿Qué hemos de hacer, Ben-Zuf? Prescindir de nuestro proyecto de conquista y hacer de tripas corazón.

—Sin embargo, mi capitán, sólo son cinco o seis ingleses los que defienden a Ceuta, y podríamos...

—No, Ben-Zuf —respondió el capitán Servadac—, nos han visto, están prevenidos, y a no ser que mis argumentos los decidan a cedernos el sitio, no hay nada que hacer.

Héctor Servadac y Ben-Zuf llegaron al pie mismo de la roca, en el mismo momento en que se presentaba un centinela, como si hubiera sido empujado por un resorte.

—¡Quién vive!

—¡Amigos! Francia.

—¡Inglaterra!

Tales fueron las palabras que se cruzaron entre los que llegaban y el soldado que vigilaba el islote.

Después aparecieron cuatro hombres en la parte superior del islote.

—¿Qué quieren ustedes? —preguntó uno de aquellos hombres que, sin duda, pertenecía a la guarnición de Gibraltar.

—Deseo hablar al jefe —respondió el capitán Servadac.

—¿Al comandante de Ceuta?

—Al comandante de Ceuta, si es que Ceuta tiene ya comandante.

—Voy a avisarle —respondió el soldado inglés.

Pocos minutos después, el comandante de Ceuta, con uniforme de gala, adelantóse hasta las primeras rocas de su islote. Era el mayor Oliphant en persona.

No era posible dudar. La idea de ocupar Ceuta que se le había ocurrido al capitán Servadac, la habían tenido también los ingleses, pero la habían puesto en práctica antes que él. Ocupada la roca, establecieron en ella un cuerpo de

guardia, que fortificaron sólidamente, y trasladaron a él víveres y combustibles en la canoa del comandante de Gibraltar. Todo esto antes de que el frío hubiese congelado el mar.

Un humo espeso, que salía de la misma roca, demostraba que debían haber encendido un buen fuego durante el invierno galiano, y que la guarnición no había pasado frío.

En efecto, aquellos soldados ingleses estaban gruesos, y el mayor Oliphant, aun a pesar suyo, había también engordado.

Por lo demás, los ingleses de Ceuta no estaban muy aislados, porque sólo los separaban de Gibraltar cuatro leguas, y, ya atravesando el antiguo Estrecho, ya manejando el telégrafo, estaban unos y otros en comunicación constante.

Digamos también que el brigadier Murphy y el mayor Oliphant no habían interrumpido su partida de ajedrez, cuyas jugadas, preparadas después de largas meditaciones, se comunicaban por telégrafo.

En esto, los dos ilustres oficiales no hicieron otra cosa que imitar a las dos sociedades americanas, que en 1840, a pesar de la lluvia y la tempestad, jugaron telegráficamente una famosa partida de ajedrez entre Washington y Baltimore.

La partida que el brigadier Murphy y el mayor Oliphant estaban jugando, era la misma que habían empezado ya cuando el capitán Servadac los visitó en Gibraltar.

El mayor Oliphant esperó en actitud fría que los dos forasteros hablasen.

—¿Es usted el mayor Oliphant? —preguntó Servadac; saludándolo.

—El mayor Oliphant, gobernador de Ceuta —respondió el oficial—. ¿A quién tengo el honor de hablar?

—Al capitán Servadac, gobernador general de Tierra Caliente.

—¡Ah! Perfectamente —respondió el mayor.

—Si usted me permite —dijo Héctor Servadac—, le diré que me sorprende no poco verlo instalado como comandante del resto de una antigua propiedad de España.

—Se lo permito a usted, capitán.

—¿Y puedo preguntarle con qué derecho?

—Con el derecho del primer ocupante.

—Perfectamente, mayor Oliphant. Pero, ¿no teme usted que los españoles, que son colonos de Tierra Caliente, reclamen con razón...?

—No creo que lo hagan, capitán Servadac.

—¿Por qué?

—Porque esos españoles son los que han cedido la propiedad de esta roca a Inglaterra.

—¿Por contrato, mayor Oliphant?

—Por contrato, y en buena y debida forma.

—¡Ah! ¿Es cierto?

—Tan cierto como que han recibido en oro inglés, capitán Servadac, el precio de esta importante cesión.

—Ahora comprendo —dijo Ben-Zuf— por qué Negrete y sus compañeros tenían tanto dinero en los bolsillos.

Las cosas habían ocurrido, efectivamente, como decía el mayor Oliphant.

Los dos oficiales habían visitado secretamente Ceuta cuando los españoles se encontraban allí todavía, y habían obtenido con gran facilidad aquella cesión en provecho de Inglaterra.

Por lo tanto, el argumento con que contaba el capitán Servadac para sus planes caía por su base. Se habían frustrado las esperanzas del conquistador y de su jefe de Estado Mayor, quien se guardó de insistir ni de dejar sospechar sus proyectos.

—¿Puedo saber —preguntó el mayor Oliphant— qué me proporciona el honor de esta visita?

—Mayor Oliphant —respondió el capitán Servadac—, he venido para prestar a ustedes un gran servicio.

—¡Ah! —repuso el mayor con el tono de quien no cree necesitar servicios de nadie.

—¿Es posible, mayor Oliphant, que ignore usted que las rocas de Ceuta y de Gibraltar recorren el mundo solar en la superficie de un cometa?

—¿De un cometa? —repitió el mayor, sonriéndose con incredulidad.

En pocas palabras refirió el capitán Servadac los resultados del encuentro de la Tierra con Galia, resultados que el oficial inglés escuchó con suma atención.

Después añadió que, según todas las probabilidades, el cometa volvería al globo terrestre y que convendría, quizá, que los habitantes de Galia aunaran todos sus esfuerzos para evitar los peligros de la nueva colisión.

—Por consiguiente, mayor Oliphant, si la pequeña guarnición de Ceuta y la de Gibraltar quieren emigrar a Tierra Caliente...

—Agradezco a usted muchísimo su ofrecimiento, capitán Servadac —respondió fríamente el mayor Oliphant—; pero no podemos abandonar nuestro puesto.

—¿Y por qué?

—No hemos recibido orden de nuestro gobierno; y la comunicación que hemos escrito al almirante Fairfax, espera todavía el paso del buque correo.

—Repito a usted que no estamos ya en el globo terrestre y que antes de dos meses el cometa que nos lleva a través del espacio, volverá a chocar con la

Tierra.

—Eso no me admira, capitán Servadac, porque Inglaterra habrá hecho lo posible para atraernos hacia ella.

Evidentemente, el mayor no daba crédito a lo que acababa de decirle el capitán.

—Como usted guste —repuso al fin éste—. ¿Se obstinan ustedes en permanecer en esos dos puestos de Ceuta y Gibraltar?

—Sin duda ninguna, capitán Servadac, porque dominan la entrada del Mediterráneo.

—Pero si ya no hay Mediterráneo, mayor Oliphant.

—Siempre habrá Mediterráneo si conviene a Inglaterra que lo haya... Pero, perdone usted, capitán Servadac; el brigadier Murphy me envía por telégrafo un jaque, y con el permiso de usted, voy...

El capitán Servadac, retorciéndose con furia el bigote, casi hasta arrancárselo, devolvió al mayor Oliphant el saludo que éste acababa de dirigirle; los soldados ingleses entraron en su casamata y los dos conquistadores quedaron solos al pie de la roca.

—¿Qué dices a esto, Ben-Zuf?

—¿Qué he de decir, mi capitán? Con permiso de usted, diré que hemos hecho una gran campaña.

—Vámonos, Ben-Zuf.

—Vámonos, mi capitán —respondió Ben-Zuf, que no cantaba ya como cuando salieron de Tierra Caliente.

Y volvieron como habían ido, sin haber podido desplegar su bandera.

Los expedicionarios llegaron el 9 de noviembre al litoral de Tierra Caliente, en el preciso momento en que Palmirano Roseta se entregaba a un arrebató violentísimo de cólera, que esta vez estaba justificado.

Como el lector recordará, el profesor había vuelto a empezar sus observaciones y sus cálculos respecto a Nerina.

Acababa de terminarlos, después de haber descubierto todos los elementos de su satélite, y Nerina, que habría debido presentarse la víspera, no había vuelto a ser vista en el horizonte de Galia. Aprisionada seguramente por algún asteroide más poderoso, habíase escapado de los lazos de Galia, al atravesar la zona de los planetas telescópicos.

CAPÍTULO XVII

LA ATREVIDA PROPOSICIÓN QUE HIZO EL TENIENTE PROCOPIO

Héctor Servadac informó al conde Timascheff del resultado de su visita a los ingleses, sin ocultarle que Ceuta había sido vendida por los españoles, aunque no tenían ningún derecho para venderla, y no calló nada de cuanto le había ocurrido; pero nada dijo de sus proyectos personales.

No queriendo los ingleses reunirse con los colonos de Tierra Caliente, se decidió prescindir de su concurso. Los galianos habían cumplido su deber previniéndoles y, puesto que, incrédulos o desconfiados, no aceptaban ayuda de nadie, que salieran del paso como mejor pudiesen.

Precisaba tratar la grave cuestión del nuevo encuentro que debía ocurrir entre el cometa y el esferoide terrestre.

En principio, se reconoció que había sido un verdadero milagro que en el primer choque el capitán Servadac, sus compañeros, los animales y, en suma, todos los seres tomados de la Tierra por el cometa, hubieran sobrevivido, lo que se debía sin duda a que el movimiento se había verificado con lentitud, a consecuencia de circunstancias desconocidas. Si la Tierra contaba algunas víctimas, es cosa que se sabría más adelante; pero, de todos modos, era cierto que ninguno de los seres que el cometa se había llevado de la isla Gurbí, de Gibraltar, de Ceuta, de Magdalena y de Formentera, había sufrido personalmente a causa de la colisión.

¿Ocurriría lo mismo cuando volvieran a la Tierra? No era muy probable.

El día 10 de noviembre se puso sobre el tapete esta importante cuestión. El conde Timascheff, el capitán Servadac y el teniente Procopio reuniéronse en la excavación que les servía de sala común, y, como de ordinario, Ben-Zuf fue admitido a la sesión. En cuanto a Palmirano Roseta, aunque se le había convocado, se había negado a asistir, por no interesarle la cuestión de ninguna manera, según declaró él mismo.

Desde que había desaparecido Nerina, estaba inconsolable; y, amenazado de perder su cometa como había perdido su satélite, sólo deseaba que lo dejaran en paz. Y en paz se le dejó.

El capitán Servadac y el conde Timascheff, cada vez más fríos uno respecto de otro, no revelaron en sus semblantes sus pensamientos secretos, pero discutieron la cuestión en interés común.

El capitán Servadac, que fue el primero que hizo uso de la palabra, dijo:

—Señores: estamos a 10 de noviembre y, si los cálculos de mi ex profesor son exactos, y seguramente lo son, dentro de cincuenta y un día volverán a chocar el cometa y la Tierra. ¿Tenemos alguna precaución que adoptar en previsión de este suceso?

—Evidentemente, capitán —respondió el conde Timascheff—, es necesario adoptar alguna determinación; pero falta saber si nos encontramos en situación de adoptarla o estamos absolutamente a merced de la Providencia.

—La Providencia no prohíbe a los hombres que se ayuden a sí mismos, señor conde —dijo el capitán Servadac—, sino que, por el contrario, ordena que así lo hagan.

—¿Tiene usted alguna idea de lo que podemos hacer, capitán Servadac?

—Ninguna; no se me ha ocurrido nada.

—¡Cómo, señores! —dijo entonces Ben-Zuf—. ¿Son ustedes sabios y no son capaces de dirigir este endiablado cometa adonde quieran y como quieran?

—En primer lugar, no somos sabios, Ben-Zuf —respondió el capitán Servadac—; pero, aunque lo fuéramos, no lograríamos nada en ese sentido. Mira tú si Palmirano Roseta, que es un sabio...

—Mal educado —interrumpió Ben-Zuf.

—Sí, pero sabio, que, a pesar de su sabiduría, no puede impedir que Galia vuelva a chocar con la Tierra.

—Entonces, ¿para qué sirve la ciencia?

—En la mayor parte de los casos —dijo el conde Timascheff— sirve para saber que se ignoran muchas cosas.

—Señores —dijo el teniente Procopio—, es cierto que en este nuevo choque tenemos que arrostrar diversos peligros y, si ustedes me lo permiten, voy a enumerarlos, y veremos si es posible combatirlos, o, por lo menos, atenuar sus efectos.

—Habla, Procopio —respondió el conde Timascheff.

Todos hablaban de estas cosas con tanta tranquilidad como si no les interesaran de cerca.

—Señores —dijo el teniente Procopio—, en primer término, es preciso saber de qué modo ha de producirse el nuevo choque entre el cometa y el globo terrestre. Luego, veremos lo que hay que temer y lo que hay que esperar en cada uno de los casos posibles.

—Nada más lógico —dijo el capitán Servadac—; pero no hay que olvidar que los dos astros se dirigen uno hacia otro y que su celeridad en el momento del choque será de noventa mil leguas por hora.

—¡Dos magníficos trenes! —añadió Ben-Zuf.

—Veamos, pues, cómo ha de efectuarse el choque —dijo el teniente Procopio—. Los dos astros se encontrarán oblicua o normalmente. En el primer caso, puede ocurrir que Galia no haga más que rozar a la Tierra como la primera vez, y después de haber arrancado algún otro fragmento, gravite nuevamente por el espacio. En tal caso, su órbita cambiará, seguramente, y tendremos pocas probabilidades, si sobrevivimos, de volver a ver a nuestros semejantes.

—Es lo que conviene al señor Palmirano Roseta, pero no a nosotros —dijo el juicioso Ben-Zuf.

—Prescindamos de esta hipótesis —respondió el conde Timascheff—.

Conocemos ya muy bien sus ventajas y sus inconvenientes. Lleguemos al choque directo, es decir, al caso en que Galia, después de chocar con la Tierra, permanezca adherida a ella.

—Como una verruga a la cara —dijo Ben-Zuf.

—Silencio, Ben-Zuf —repuso Héctor Servadac.

—Está bien, mi capitán.

—Veamos, pues —añadió el teniente Procopio—, las hipótesis que presenta un choque directo. En primer lugar, es preciso admitir que, siendo la masa de la Tierra muy superior a la de Galia, su celeridad no ha de sufrir retraso en este choque y que se llevará consigo el cometa.

—Admitido —respondió el capitán Servadac.

—Pues bien, señores, en la hipótesis de un choque directo, Galia encontrará a la Tierra en la parte de su superficie que ocupamos en el ecuador, en la parte situada en nuestros antípodas, o, por último, en uno u otro de sus polos. En ninguno de estos diversos casos es probable que sobreviva al choque ninguno de los seres vivientes que ahora lleva consigo.

—Explíquese usted, teniente —dijo el capitán Servadac.

—Si en el momento del encuentro nos hallásemos en la parte por donde se verifique el choque, quedaremos aplastados.

—Eso por supuesto —dijo Ben-Zuf.

—Si nos encontramos en los antípodas, además de la certidumbre de ser aplastados, porque la celeridad del cometa quedará de pronto aniquilada, lo que equivale a un choque, pereceremos seguramente asfixiados, porque la atmósfera galiana se mezclará con la atmósfera terrestre, y no habrá aire respirable en la cumbre de la montaña de cien leguas de alta que formará Galia sobre la Tierra.

—Y si Galia choca con uno u otro de los polos de la Tierra, ¿qué ocurriría? —inquirió el conde Timascheff.

—En ese caso —respondió el teniente Procopio— seremos inevitablemente arrojados al espacio y destrozados en una caída espantosa.

—¡Muy bonito! —comentó Ben-Zuf.

—En el caso imposible de que ninguna de estas hipótesis se realizara, pereceríamos infaliblemente abrasados.

—¡Abrasados! —exclamó Héctor Servadac.

—Sí, porque aniquilada la celeridad de Galia, a causa del obstáculo que le opondrá la Tierra, su fuerza de celeridad se transformará en calor, y el cometa será parcial o totalmente incendiado bajo la influencia de una temperatura que se elevará a varios millones de grados.

Lo que decía el teniente Procopio era rigurosamente exacto. Sus oyentes le escuchaban profundamente asombrados con el desarrollo de sus hipótesis.

—Pero, mi teniente —dijo Ben-Zuf—, permítame que haga una pregunta. ¿Y si Galia cayera en el mar?

—Por profundo que sea el Atlántico o el Pacífico —respondió el teniente Procopio— y su profundidad no pasa de algunas leguas, el colchón de agua no amortiguaría el choque y, por lo tanto, se producirían igualmente los efectos que acabo de indicar.

—Y, además, nos ahogaríamos —respondió Ben-Zuf.

—Así, señores —dijo el capitán Servadac—, descuartizados, ahogados, aplastados, asfixiados o asados, lo cierto es que hemos de perecer, cualquiera que sea el modo en que se verifique el choque.

—Sí, capitán Servadac —respondió resueltamente el teniente Procopio.

—Pues bien —dijo Ben-Zuf—, siendo así, no creo que haya más que una medida que adoptar.

—¿Cuál? —preguntó Héctor Servadac.

—Salir de Galia antes de que se efectúe el choque.

—¿Y el medio?

—El medio es muy sencillo —respondió tranquilamente Ben-Zuf—. No hay ninguno.

—Quizás hay uno —dijo el teniente Procopio.

Todas las miradas se concentraron en el teniente, quien, con la cabeza entre las manos, meditaba seguramente algún audaz proyecto.

—Quizá —repetía— haya uno y, por extravagante que parezca a ustedes, va a ser preciso ponerlo en práctica.

—Habla, Procopio —dijo el conde Timascheff.

El teniente quedó, durante algunos instantes, sumergido en sus reflexiones, y después dijo:

—Ben-Zuf ha indicado el único partido que se puede tomar: el de salir de Galia antes de que se efectúe el choque.

—¿Eso es posible? —preguntó el conde Timascheff.

—Sí..., quizá..., sí.

—¿De qué modo?

—Por medio de un globo.

—¡Un globo! —exclamó el capitán Servadac—. Es un recurso muy gastado y ni aun los novelistas se atreven a utilizarlo en sus obras.

—Óiganme ustedes, señores —dijo el teniente Procopio arrugando el entrecejo—. Conociendo previamente le momento preciso en que se va a efectuar el choque, podemos elevarnos una hora antes en la atmósfera de Galia. Esta atmósfera nos llevará necesariamente con la misma celeridad que el cometa; pero, antes del encuentro, quizá se confunda con la atmósfera terrestre, y, posiblemente el globo se deslizará de una a otra, evitando el choque directo y manteniéndose en el aire, mientras se produce la colisión.

—Bien, Procopio —respondió el conde Timascheff—; te hemos comprendido y haremos lo que acabas de decir.

—De cien probabilidades de salvarnos —repuso el teniente Procopio— tenemos noventa y nueve en contra.

—¡Noventa y nueve!

—Por lo menos, porque, seguramente, en el momento en que cese el movimiento de traslación, el globo será quemado.

—¡Él también! —exclamó Ben-Zuf.

—Él, lo mismo que el cometa —respondió Procopio—. A no ser que en esta fusión de las dos atmósferas..., no lo sé; me sería difícil explicarlo; pero, de todos modos, creo preferible que no nos encontremos en el suelo de Galia en el momento en que se produzca el choque.

—Sí, sí —dijo el capitán Servadac—, aunque no tuviéramos más que una probabilidad contra mil, tenemos que ponernos en condiciones de aprovecharla, confiando siempre en la bondad divina.

—Pero nos faltará hidrógeno para hinchar el globo —dijo el conde Timascheff.

—El aire caldeado será suficiente —respondió Procopio—, porque no tenemos que permanecer más de una hora en la atmósfera.

—Bien —dijo el capitán Servadac—, un globo como los que inventó Montgolfier. Es fácil de construir... pero, ¿de qué vamos a hacerlo?

—De las velas del Dobryna, que son de tela ligera y resistente.

—Bien dicho, Procopio —asintió el conde Timascheff—. Tienes respuestas para todo.

—¡Bravo! —exclamó Ben-Zuf, poniendo término a la conferencia.

En realidad de verdad, era un plan atrevido el que acababa de proponer el teniente Procopio; pero, como en cualquier otra hipótesis la pérdida de los colonos era segura, era preciso intentar la aventura. Para ello importaba conocer

con toda exactitud la hora, el minuto, y, si era posible, el segundo, en que debía producirse la colisión.

El capitán Servadac se encargó de preguntarlo a Palmirano Roseta, e inmediatamente, y bajo la dirección del teniente Procopio, empezóse la construcción del globo, que debía ser lo suficientemente grande para llevar a todos los habitantes de Tierra Caliente, menos los ingleses de Gibraltar y de Ceuta, con quienes no se había contado después de su negativa, o sea un total de veintitrés personas.

Además, el teniente Procopio quería aumentar las probabilidades de salvación, haciendo que el globo pudiera sostenerse más tiempo en la atmósfera después del choque, si se tenía la suerte de que lo resistiera. Podía suceder que hubiera necesidad de buscar un sitio conveniente para bajar a la Tierra, y era preciso que no les fallara el vehículo. De aquí la resolución que tomó de llevar cierta cantidad de combustible, hierba o paja seca, para caldear el interior del globo, como lo nacían los primeros aeronautas.

Las velas de la Dobryna, almacenadas en la Colmena de Nina, eran de un tejido muy compacto y fácil de impermeabilizar, barnizándolas. En el cargamento de la urca había todos los ingredientes necesarios, y estaban, por lo tanto, a disposición del teniente. Éste trazó con cuidado el plano de las bandas que había de cortar, trabajo que se efectuó en buenas condiciones, ocupándose todo el mundo en la costura, incluso la pequeña Nina. Los marineros rusos, muy prácticos en este género de obras, mostraron a los españoles lo que debían hacer, y el nuevo taller no descansó un momento.

Hemos dicho que todos pusieron manos a la obra, pero tenemos que exceptuar al judío, cuya ausencia nadie lamentaba, y a Palmirano Roseta, que no quería saber siquiera que se construía un globo.

Había transcurrido ya un mes desde que se había empezado la construcción del globo, y el capitán Servadac no había encontrado todavía ocasión de preguntar al profesor en qué momento preciso debía verificarse el segundo encuentro de los dos astros. Nadie podía acercarse a Palmirano Roseta, y pasaban los días sin que se le viera. Como la temperatura era bastante soportable durante el día, confinábase en su observatorio, del que se había posesionado nuevamente, y no dejaba entrar en él a nadie. Servadac había pretendido una vez preguntarle y le había respondido mal. Cada vez más desesperado por tener que volver a la Tierra, no quería ni pensar en los peligros de la vuelta ni hacer nada por la salvación común.

Sin embargo, era esencial saber con exactitud en qué momento habían de reunirse los dos astros, con una celeridad de veintisiete leguas por minuto.

El capitán Servadac tuvo, pues, que esperar con paciencia y esperó Entre

tanto, Galia continuaba aproximándose progresivamente al Sol. El disco terrestre aumentaba visiblemente a los ojos de los galianos; el cometa, durante el mes de noviembre, había recorrido cincuenta y nueve millones de leguas, y en 1.º de diciembre se encontraba a setenta y ocho millones de leguas del Sol. La temperatura había subido de un modo considerable, produciendo el deshielo.

Era un magnífico espectáculo el de aquel mar que se descoyuntaba y se disolvía. Oyóse «la voz de los hielos», según expresión de los balleneros; serpentearon de modo caprichoso los primeros filetes de agua sobre las pendientes del volcán, y se improvisaron torrentes que se convirtieron en cascadas en pocos días. Las nieves de las alturas se derretían por todas partes.

Al mismo tiempo comenzaron a elevarse sobre el horizonte densos vapores que, poco a poco, se transformaron en nubes, movidas rápidamente por los vientos que habían estado callados durante el largo invierno galiano.

Seguramente iban a producirse alteraciones atmosféricas, pero, en suma, era la vida la que volvía con el calor y la luz a la superficie del cometa.

Entonces ocurrieron dos accidentes ya previstos que ocasionaron la destrucción de la marina galiana.

Al empezar el deshielo, la goleta y la urca estaban levantadas a cien pies sobre el nivel del mar. Su enorme pedestal habíase inclinado ligeramente, y su base, minada por las aguas más cálidas, como sucede en los témpanos de hielo del mar Ártico, amenazaba sepultarse. Era imposible salvar los buques y sólo el globo podía remplazarlos.

La catástrofe sobrevino durante la noche del 12 al 13 de noviembre. A consecuencia del rompimiento del equilibrio, la masa de hielo hundióse de repente y la Hansa y la Dobryna se estrellaron contra los arrecifes del litoral.

A pesar de que los colonos esperaban esta desgracia, y estaban convencidos de que no podían evitarla, les impresionó dolorosamente, como si les faltara algo de la Tierra.

Mencionar todas las lamentaciones que profirió Isaac Hakhabut ante aquella destrucción instantánea de su urca y las maldiciones que lanzó contra la mala raza, sería imposible. Acusó al capitán Servadac y a los suyos, diciendo que si no le hubieran obligado a llevar la Hansa a aquella ensenada de Tierra Caliente y la hubieran dejado en el puerto de la isla Gurbí, no habría ocurrido aquella catástrofe. Todo se había hecho contra su voluntad; los jefes eran responsables y, cuando volvieran a la Tierra, les pediría ante los tribunales que le indemnizaran los daños y perjuicios que le habían ocasionado.

—¡Rayos y centellas! —exclamó el capitán Servadac—. O se calla usted, o mando que lo aten.

Isaac Hakhabut adoptó el partido de guardar silencio, volviéndose a su

oscura habitación.

El 14 de diciembre quedó terminado el globo, que, cuidadosamente cosido y barnizado, ofrecía notable solidez. La red había sido hecha con las cuerdas más pequeñas de la Dobryna, y la navecilla, con los mimbres que formaban los departamentos a bordo de la Hansa. En ella podían instalarse convenientemente veintitrés personas. Además, sólo se trataba de una corta ascensión, que duraría el tiempo necesario para penetrar con la atmósfera de Galia en la atmósfera terrestre, y no había que pensar en comodidades.

Únicamente faltaba averiguar la hora, el minuto y el segundo del choque del cometa con la Tierra, acerca de lo cual el terco y avinagrado Palmirano Roseta no había querido todavía decir una palabra.

En aquella época, Galia volvió a cortar la órbita de Marte, que estaba a una distancia de cincuenta y seis millones de leguas, y nada había que temer por esta parte.

Sin embargo, aquel día, 15 de diciembre, durante la noche, temieron los galianos que hubiera llegado su última hora, porque prodújose una especie de terremoto, y el volcán se agitó como si hubiera sido sacudido por alguna convulsión subterránea.

El capitán Servadac y sus compañeros creyeron que el cometa se deshacía y se apresuraron a salir de las profundidades de la roca.

Al mismo tiempo, oyéronse gritos en el observatorio, y se presentó el desdichado profesor, llevando en la mano un trozo de su antejo.

Nadie lo compadeció; en aquella oscura noche un segundo satélite parecía gravitar alrededor de Galia.

Era un fragmento de este mismo cometa.

A consecuencia de una expansión interior, Galia se había dividido en dos, como en otro tiempo el cometa de Gambart, y un enorme fragmento desprendido del cometa mismo había sido lanzado al espacio, llevándose consigo a los ingleses de Ceuta y a los ingleses de Gibraltar.

CAPÍTULO XVIII

LOS GALIANOS SE PREPARAN PARA CONTEMPLAR DESDE CIERTA ALTURA EL CONJUNTO DE SU ASTEROIDE

Que consecuencia podía acarrear aquel grave acontecimiento a los habitantes de Galia? El capitán Servadac y sus compañeros no se atrevían a responder a esta pregunta.

Apareció nuevamente el Sol sobre el horizonte, con tanta mayor intensidad cuanto que la desmembración de Galia había producido este resultado. Si el cometa no había modificado su rotación y continuaba girando sobre su eje de Oriente a Occidente, la duración de la rotación diurna había quedado reducida a la mitad. El intervalo entre dos salidas del Sol era ya de seis horas en vez de doce. Tres horas después de haber aparecido en el horizonte el astro radiante se ponía en el horizonte opuesto.

—¡Diablos! —exclamó el capitán Servadac—. Nuestro año va a ser ahora de dos mil ochocientos días.

—El almanaque no va a tener santos bastantes para todos los días de este año —dijo Ben-Zuf.

Y, en efecto, si Palmirano Roseta hubiera querido rehacer su calendario con arreglo a la nueva duración de los días, habría tenido que hablar del 238 de junio o del 325 de diciembre.

En cuanto al fragmento de Galia que se había llevado a los ingleses y a Gibraltar, no tardó en verse gravitando alrededor del cometa, y que cada vez se iba alejando más de él. ¿Pero se había llevado consigo una parte cualquiera del mar y de la atmósfera de Galia? ¿Tenía suficientes condiciones de habitabilidad?

¿Y, en fin, volvería alguna vez a la Tierra?

Esto no podía saberse entonces.

¿Qué influencia podía ejercer semejante desmembración en la marcha de Galia? Esto era lo que el conde Timascheff, el capitán Servadac y el teniente Procopio habíanse preguntado desde luego. El primer efecto que habían experimentado era el aumento de sus fuerzas musculares y la nueva disminución de la gravedad. Habiendo disminuido notablemente la masa de Galia, ¿no se modificaría su celeridad, y no podía temerse que se adelantara o retrasara su revolución, evitando con ello el choque con la Tierra?

Ésta habría sido una irreparable desgracia.

¿Había variado la celeridad de Galia? El teniente Procopio no lo creía. Sin embargo, como no tenía conocimientos suficientes en esta materia, no se atrevía a hacer afirmación alguna a este respecto.

Sólo Palmirano Roseta podía responder a esta pregunta, y era preciso a todo trance, por la persuasión o por la violencia, obligarle a hablar y a decir cuál era la hora precisa en que debía ocurrir el choque.

Desde luego, y durante los días siguientes, se advirtió que el profesor estaba de un humor endiablado. ¿Era por haber perdido su famoso telescopio, o porque la división de Galia en dos fragmentos no había alterado su celeridad, y, por consiguiente, iba a encontrar a la Tierra en el momento previsto?

Efectivamente, si a consecuencia de la división del cometa se hubiera adelantado o retrasado en su marcha, hasta el punto de comprometer su vuelta a la Tierra, Palmirano Roseta no habría podido disimular su satisfacción, y, como no manifestaba alegría alguna, era indudable que no tenía motivos para estar alegre, por lo menos desde este punto de vista.

Tales eran las conjeturas que nacían el capitán Servadac y sus compañeros; pero esto no era suficiente, se necesitaba arrancar a aquel erizo su secreto.

Al fin, el capitán Servadac consiguió lo que deseaba, arrancándole el secreto al profesor, lo que acaeció casi por sorpresa.

Era el 18 de diciembre, Palmirano Roseta, exasperado, acababa de discutir agriamente con Ben-Zuf, que había insultado al profesor en su cometa, preguntando qué especie de astro era aquel que se rompía como un juguete de niño, que estallaba como un arpa vieja y que se hendía como una nuez seca. Y tantas y tales cosas llegó a decir de Galia el ordenanza de Héctor Servadac, que si Palmirano Roseta no estalló entonces de cólera, como un triquitraque, debe creerse que lo debió a un milagro de la divina Providencia. Los dos se habían arrojado a la cabeza recíprocamente, el uno Galia, y el otro Montmartre.

La casualidad hizo que el capitán Servadac llegara en el momento en que la discusión era más viva. No sabemos si por inspiración celeste o por otra causa, se le ocurrió que, puesto que la suavidad empleada de nada había servido para obtener la revelación que se esperaba de Palmirano Roseta, acaso la violencia sería más eficaz, y se puso de parte de Ben-Zuf.

Esto aumentó la cólera del profesor que se deshizo en improperios contra su ex discípulo.

El capitán Servadac fingió encolerizarse también.

—Señor profesor —dijo—, tiene usted una libertad de lenguaje que no me conviene, y que estoy resuelto a no tolerar durante más tiempo. Usted no recuerda que habla al gobernador general de Galia.

—Y usted —contestó el irascible astrónomo— olvida que está hablando

con su propietario.

—No importa, señor profesor; los derechos de propiedad de usted son muy dudosos.

—¿Dudosos?

—Y puesto que no podemos ya volver a la Tierra, se someterá usted en lo sucesivo a las leyes que rigen en Galia.

—¡Ah! ¿De veras? —dijo Palmirano Roseta—. ¿Me someteré en lo sucesivo?

—Sí, señor, y especialmente ahora que Galia no ha de volver a la Tierra, y que, por consiguiente, estamos condenados a vivir aquí eternamente —respondió el capitán Servadac.

—¿Y por qué no ha de volver Galia a la Tierra? —preguntó el profesor con acento despectivo.

—Porque, habiéndose dividido en dos pedazos —respondió el capitán Servadac—, su masa ha disminuido, y, por consiguiente, se habrá modificado su celeridad.

—¿Y quién dice tamaño disparate?

—Yo lo digo; y todo el mundo lo dice también.

—Pues bien, capitán Servadac, usted y todos los que dicen eso son unos...

—¡Señor Roseta!

—Son unos ignorantes, unos asnos que desconocen por completo la mecánica celeste.

—¡Cuidado, señor profesor!

—¡Y no saben nada de la física más elemental!

—¡Señor profesor!

—¡Ah, mal discípulo! —exclamó el profesor, completamente exasperado

—. ¡

No he olvidado que en otro tiempo era usted la deshonra de mi clase!

—¡Eso es demasiado!

—¡Que era usted la ignominia del colegio Carlomagno!

—¡Si no calla usted...!

—No, no me callaré, y tendrá usted que oírme, por más capitán que sea.

¡Valientes físicos son ustedes! ¡Porque la masa de Galia ha disminuido, creen que se ha modificado su celeridad tangencial! ¡Como si la celeridad no dependiera únicamente de la primordial combinación con la atracción solar!

¡Como si las perturbaciones no se calcularan, prescindiendo de la masa de los astros perturbados! ¿Acaso es conocida la masa de los cometas? No. ¿Y no se calculan, sin embargo, sus perturbaciones? Sí. ¡Ah! ¡Me inspira usted lástima!

El profesor iba entusiasmándose cada vez más, y Ben-Zuf, tomando por lo

serio la cólera del capitán Servadac, le dijo:.

—¿Quiere usted que le parta en dos, mi capitán, como se ha partido su cometa?

—¡Imbécil! ¡Atrévase usted a tocarme siquiera con el dedo! —exclamó Palmirano Roseta, irguiéndose cuanto permitía su pequeña estatura.

—Señor profesor —dijo vivamente el capitán Servadac—, sabré hacer entrar a usted en razón.

—Y yo le llevaré a usted ante los tribunales competentes por maltratarme de palabra y de hecho.

—¿Los tribunales de Galia?

—No, señor capitán, los tribunales de la Tierra.

—¡Bah! La Tierra está muy lejos —dijo el capitán.

—Por lejos que esté —repuso Palmirano Roseta, excesivamente sofocado—, no dejaremos de cortar su órbita en el nudo ascendente en la noche del 31 de diciembre al 1.º de enero, y llegaremos a ella a las dos horas cuarenta y siete minutos treinta y cinco segundos y seis décimas de segundo de la madrugada...

—Mi querido, respetado y sabio profesor —respondió el capitán Servadac, saludándolo graciosamente—, no deseaba saber más de usted.

Y separóse de Palmirano Roseta, que se quedó estupefacto, y a quien Ben-Zuf creyó también deber saludar no menos graciosamente que su capitán.

Héctor Servadac y sus compañeros sabían al fin lo que tanto les interesaba saber. A las dos horas, cuarenta y siete minutos, treinta y cinco segundos y seis décimas de la madrugada del 1.º de enero el cometa Galia volvería a chocar con la Tierra.

Faltaban por consiguiente, trece días terrestres, o sea veintiséis días galianos del antiguo calendario, o cincuenta y dos del nuevo.

Mientras tanto, hacíanse los preparativos para la partida con sin igual ardor; todos ansiaban que llegara el momento de salir de Galia, y a todos parecía el globo inventado por el teniente Procopio el medio más seguro de evitar el riesgo que les amenazaba. Deslizarse con la atmósfera galiana en la atmósfera terrestre, parecíales cosa facilísima, olvidándose los mil peligros de aquella situación sin precedente en los viajes aerostáticos. Nada era para ellos más natural; y sin embargo, el teniente Procopio repetía, con razón, que el globo, súbitamente detenido en su movimiento de traslación, se quemaría con toda la gente que llevara, si Dios no hacía un milagro. El capitán Servadac mostrábase en presencia de los colonos entusiasmado, y Ben-Zuf, que siempre había ansiado dar un paseo en globo, pensando haber llegado al colmo de sus aspiraciones.

El conde Timascheff, más frío, y el teniente Procopio, más reservado, reflexionaron acerca de los peligros que ofrecía aquella tentativa; pero estaban

dispuestos a todo.

En aquella época el mar, libre de los hielos, había vuelto a ser navegable.

Preparóse la chalupa de vapor, y con el carbón que quedaba se hicieron varios viajes a la isla de Gurbí.

El capitán Servadac, Procopio y algunos marinos rusos fueron los primeros que emprendieron este viaje y encontraron que la isla Gurbí y el cuerpo de guardia habían sido respetados por aquel invierno.

Varios arroyuelos regaban la superficie del suelo; las aves que habían abandonado a Tierra Caliente, habíanse vuelto a instalar en aquel rincón de tierra fértil, donde veían de nuevo el verdor de las praderas y de los árboles. La influencia de aquel calor ecuatorial de los días de tres horas, había hecho crecer nuevas plantas, sobre las que el Sol derramaba sus rayos perpendiculares con extraordinaria intensidad. Era el estío ardiente que sucedía casi de repente al invierno.

En la isla Gurbí se recogieron la hierba y la paja que habían de servir para hinchar el globo. Si este enorme aparato no hubiera tenido un volumen tan grande, quizá lo habrían trasladado por mar a la isla Gurbí, pero se creyó preferible remontarse al espacio desde Tierra Caliente, y llevar a ésta el combustible destinado a enrarecer el aire.

Ya se quemaba para las necesidades diarias la leña procedente de los restos de los dos buques. Cuando se trató de utilizar la de la urca, Isaac Hakhabut pretendió oponerse a ello; pero Ben-Zuf le hizo entender que si se oponía, le harían pagar cincuenta mil francos por su sitio en la navicilla del globo, y entonces el avariento judío suspiró y guardó silencio.

El 25 de diciembre estaban completamente terminados todos los preparativos para la partida, y se festejó el aniversario de la Natividad de Nuestro Señor Jesucristo como se había festejado un año antes, aunque con sentimiento religioso más vivo. En cuanto al primer día del año inmediato, los colonos esperaban celebrarlo en la Tierra, llegando Ben-Zuf a prometer buenos regalos para aquel día al joven Pablo y a la niña.

—Mirad —les dijo—, es como si los tuvierais en la mano.

Por muy extraño que parezca, es lo cierto que, al aproximarse el momento supremo, el capitán Servadac y el conde Timascheff pensaban en cosas muy ajenas a los peligros de la llegada a la Tierra. La frialdad que manifestaba el uno del otro no era fingida; los dos años que acababan de pasar juntos lejos de la Tierra, eran para ambos como un sueño olvidado, e iban a encontrarse en el terreno de la realidad, enfrente uno del otro, porque entre ellos se interponía una imagen hechicera, que les impedía verse como en otro tiempo.

Entonces, ocurriósele al capitán Servadac la idea de concluir el famoso

rondó cuya última copla había quedado sin terminar. Algunos versos más, y aquel delicioso poemita estaría completo. Galia había arrebatado un poeta a la Tierra y lo devolvería.

El capitán pasaba y repasaba mentalmente todas las rimas.

En cuanto a los demás habitantes de la colonia, el conde Timascheff y el teniente Procopio ansiaban vehementemente volver a la Tierra. Los rusos no pensaban más que en seguir a su amo adonde quisiera llevarlos.

Los españoles lo habían pasado tan bien en Galia, que de buena gana habrían permanecido en ella el resto de sus días aunque Negrete y los suyos no dejaban de sentirse atraídos por el deseo de volver a ver las risueñas campiñas de Andalucía.

Pablo y Nina anhelaban también volver a la Tierra con todos sus amigos, pero con la condición de no separarse nunca.

Entre los galianos sólo había un descontento: el malogrado Palmirano Roseta, cuya cólera no cedía.

El iracundo profesor no cesaba de jurar que no se embarcaría en la navecilla; pretendía no abandonar su cometa y continuar en él noche y día haciendo observaciones astronómicas. ¡Ah! ¡Qué falta le hacía su antejo! Galia iba a entrar en la estrecha zona de las estrellas errantes. ¿No había allí fenómenos que observar y descubrimientos que hacer?

El astrónomo, desesperado, empleó entonces el medio heroico de aumentar la pupila de sus ojos a fin de remplazar algo la fuerza óptica de su antejo. A este fin se sometió a la acción de la belladona, que tomó de la botica de la Colmena de Nina, y miró y remiró hasta casi cegar. Pero, aunque había aumentado la intensidad de la luz que se pintaba en su retina, no vio nada ni descubrió nada.

Los últimos días transcurrieron en medio de una sobreexcitación febril, de la que nadie estuvo exento. El teniente Procopio, vigilaba la ejecución de los últimos detalles. Los dos mástiles más pequeños de la goleta fueron plantados en la playa para que sirvieran de sostén al enorme globo, todavía no hinchado, pero envuelto ya en la red. La navecilla, de capacidad suficiente para contener a todos los pasajeros, se encontraba también allí. Algunos odres atados a su quilla debían permitirle sobrenadar durante algún tiempo, en el caso de que el globo cayera en el mar, cerca de un litoral, porque si caía en medio del océano, se iría a pique con todos los que llevaba, a no ser que pasara algún buque a punto para recogerlos.

Transcurrieron los días 26, 27, 28, 29 y 30 de diciembre. No quedaban más que veintisiete horas terrestres que pasar en Galia. Y llegó al fin el 31 de diciembre.

Aún faltaban veinticuatro horas, al cabo de las cuales el globo elevado en la atmósfera por el aire caliente y rarificado, se cernería sobre el suelo de Galia. Es

verdad que aquella atmósfera era menos densa que la de la Tierra, pero, siendo menor la atracción, el aparato sería menos pesado.

Galia encontrábase a la sazón a cuarenta millones de leguas del Sol, distancia algo superior de la que separa al Sol de la Tierra. Avanzaba con excesiva rapidez hacia la órbita terrestre, que iba a cortar en su nudo ascendente, precisamente en el punto de la eclíptica que había de ocupar a su paso el esferoide. La distancia que separaba al cometa de la Tierra era sólo de dos millones de leguas; y marchando ambos astros uno hacia el otro, aquella distancia iba a ser recorrida a razón de ochenta y siete mil leguas por hora, recorriendo Galia cincuenta y siete mil y la Tierra unas veintinueve mil.

En fin, a las dos de la mañana los galianos se dispusieron a emprender la marcha. La colisión debía efectuarse cuarenta y siete minutos y treinta y cinco segundos después.

A causa de la modificación del movimiento de rotación de Galia sobre su eje, era a la sazón de día, y de día también en la parte del globo terrestre con que iba a chocar el cometa.

El globo había sido hinchado una hora antes y la operación había resultado perfecta. El enorme aparato, balanceándose entre los dos mástiles, que lo sujetaban, estaba dispuesto a partir, y la navecilla, unida a la red, no esperaba más que a los pasajeros.

Galia encontrábase ya a setenta y cinco mil leguas de la Tierra.

Isaac Hakhabut se instaló antes que ninguno en la barquilla; pero en aquel momento el capitán Servadac, advirtiéndole que el judío llevaba un enorme cinto, le preguntó:

—¿Qué es eso?

—Esto, señor gobernador —respondió Isaac Hakhabut—, es mi modesto capital, que llevo conmigo.

—Y, ¿cuánto pesa el modesto capital de usted?

—¡Oh! Unos treinta kilos solamente.

—¡Treinta kilos, y nuestro globo no tiene más fuerza ascensorial que la precisa para levantarnos! Maese Isaac, arroje usted ese inútil peso.

—Pero, ¡señor gobernador!

—Es inútil que se lamente, porque no podemos sobrecargar de ese modo la barquilla.

—¡Dios de Israel! —exclamó el judío—. ¡Toda mi hacienda todo mi capital tan penosamente ganado!

—Bien sabe usted, maese Isaac, que su oro no valdrá nada en la Tierra, porque Galia vale doscientos cuarenta y seis trillones.

—Pero, ¡señor gobernador, por piedad!

—¡Vamos, Matatías! —dijo entonces Ben-Zuf—. Líbranos de tu presencia o de tu oro: escoge.

El desdichado judío no tuvo otro remedio que deshacerse de su enorme cinturón, lo que efectuó con lamentaciones y exclamaciones de que no podríamos dar una idea.

Palmirano Roseta motivó otra escena no menos curiosa. El sabio, rabioso, pretendía no abandonar el núcleo de su cometa. Aquello era arrancarlo de su propiedad; por lo demás, aquel globo era un aparato absurdamente imaginado; el paso de una atmósfera a otra no podría efectuarse sin que el globo se quemara como una simple hoja de papel. En su opinión era menos peligroso permanecer en Galia, y en el caso en que Galia no hiciera más que rozar la Tierra, a lo menos, Palmirano Roseta continuaría gravitando con ella. Por último, alegó mil razones acompañadas de imprecaciones furibundas y grotescas, tales como amenazas de imponer un castigo para toda la vida a su rebelde y desaplicado discípulo Servadac.

A pesar de todo, el profesor fue introducido el segundo en la barquilla, atado y sujeto por dos robustos marineros. El capitán Servadac, resuelto a no dejarlo en Galia, lo había embarcado con aquella violencia.

Fue necesario también abandonar los dos caballos y la cabra de Nina, abandono doloroso para el capitán, para Ben-Zuf y para la niña; pero era imposible llevarlos. De todos los animales únicamente la paloma de Nina tuvo un sitio reservado. ¿Quién sabe si aquella paloma no llegaría a servir de mensajero entre los pasajeros de la barquilla y algún punto de la superficie terrestre?

El conde Timascheff y el teniente Procopio se embarcaron a invitación del capitán.

Éste encontrábase todavía sobre el suelo galiano con el fiel Ben-Zuf.

—Vamos, Ben-Zuf, a ti te toca —le dijo.

—Después que usted, mi capitán.

—No; debo quedar el último a bordo, como el comandante que se ve precisado a abandonar su buque.

—Sin embargo...

—¡Embárcate! Te lo mando.

—¡Por obediencia, entonces! —respondió Ben-Zuf.

El asistente entró en la barquilla y después que él se embarcó el capitán Héctor Servadac.

Entonces se cortaron las últimas cuerdas y el globo se levantó majestuosamente en la atmósfera.

CAPÍTULO XIX

DONDE SE ENUMERAN, MINUTO POR MINUTO, LAS SENSACIONES E IMPRESIONES DE LOS PASAJEROS DE LA BARQUILLA

El globo ascendió en seguida a dos mil quinientos metros de altura, y el teniente Procopio resolvió mantenerlo en esta zona.

Una hornilla de alambre, suspendida del apéndice inferior del aparato y cargada de hierba seca, estaba dispuesta para encenderse con facilidad con objeto de conservar el aire interior en el grado de rarefacción necesario para que el globo no descendiera.

Los pasajeros de la navecilla miraban en torno suyo, arriba y abajo del sitio en que estaban.

Debajo extendíase gran parte del mar galiano, que semejaba un estanque cóncavo. Hacia el Norte había un punto aislado, que era la isla Gurbí.

Hubiera sido inútil buscar hacia el Oeste los islotes de Gibraltar y de Ceuta, porque éstos, como se sabe, habían desaparecido.

Al Sur veíase el volcán, que dominaba el litoral y el vasto territorio de Tierra Caliente. Aquella península uníase al continente que servía de cuenca al mar galiano. Por doquier se ofrecía aquel extraño aspecto, aquella contextura laminar, que irisaban los rayos solares; en todas partes aquella materia mineral de telururo de oro que parecía constituir exclusivamente la armazón del cometa, el núcleo duro de Galia.

En torno de la barquilla y sobre el horizonte que parecía haberse extendido con el movimiento ascensional del globo veíase el cielo con extraordinaria pureza; pero hacia el Noroeste, en dirección opuesta al Sol, gravitaba un astro nuevo, menos que un astro, menos que un asteroide, una especie de bólido. Era el fragmento de Galia, arrancado por una fuerza interior, que se alejaba, siguiendo una nueva trayectoria a una distancia de muchos millares de leguas. A la sazón, era poco visible y, al llegar la noche, debía mostrarse como un punto luminoso en el espacio.

Por último, y encima de la barquilla, y algo oblicuamente, aparecía el disco terrestre en todo su esplendor, como si se precipitara sobre Galia, ocultando una parte considerable del cielo.

Aquel disco, espléndidamente iluminado, deslumbraba la vista. La distancia que lo separaba del globo era ya relativamente tan corta que permitía distinguir a

la vez los dos polos. Galia encontrábase a la sazón mucho más cercana a la Tierra que lo está la Luna a su distancia media, distancia que disminuía a cada minuto en una enorme proporción. Diversas manchas brillaban en la superficie del globo terrestre, unas con gran esplendor, que eran los continentes, y otras más oscuras; por lo mismo que absorbían los rayos solares, y que eran los océanos. Encima se movían con lentitud grandes zonas blancas oscurecidas, sin duda, en su faz opuesta, que no eran otra cosa que las nubes esparcidas por la atmósfera terrestre.

Avanzando la Tierra a una velocidad de veintinueve leguas por segundo, el aspecto, un poco vago de su disco, no tardó en dibujarse claramente; se destacaron los grandes cordones litorales, se acentuaron los relieves y dejaron de confundirse las montañas con las llanuras; el mapa se accidentó, y los observadores de la barquilla creyeron contemplar una carta en relieve.

A las dos y veintisiete minutos de la mañana, el cometa encontrábase sólo a treinta mil leguas del esferoide terrestre. Ambos astros volaban el uno hacia el otro, y a las dos y treinta y siete minutos la distancia que los separaba era de quince mil leguas.

Entonces se distinguieron las grandes líneas del disco, y el teniente Procopio, el conde Timascheff y el capitán Servadac gritaron a la vez;

—¡Europa!

—¡Rusia!

—¡Francia!

No se habían equivocado. La Tierra mostraba a Galia la faz en que estaba el continente europeo en pleno mediodía, y se podía distinguir con facilidad la configuración de cada país.

Los pasajeros de la barquilla contemplaban muy emocionados aquella Tierra próxima a absorberlos, pensando en poner en ella el pie sin acordarse de los peligros que iban a correr. Se trataba de volver a entrar en el seno de la humanidad, de la que se habían creído separados para siempre.

Sí, aquella era Europa, que se mostraba visiblemente a sus ojos. Veían sus diversos Estados con la extraña configuración que la Naturaleza o los convenios internacionales le han dado.

Inglaterra en forma de una señora que marcha hacia Oriente, envuelta en una túnica de largos repliegues, con la cabeza adornada de islotes y de islas.

Suecia y Noruega como un león magnífico que desarrolla sus lomos de montañas, precipitándose sobre Europa desde el seno de las comarcas hiperbóreas.

Rusia como un enorme oso polar, con la cabeza vuelta hacia el continente asiático, apoyando la pata izquierda en Turquía, y la derecha en el Cáucaso.

Austria como un gran gato hecho un ovillo, durmiendo con sueño agitado.

España, desplegada como una bandera al extremo de Europa, la bandera gloriosa que sus valientes hijos han paseado en triunfo por los ámbitos del mundo.

Turquía, como un gallo que se levanta después de haber caído, agarrando con una garra el litoral asiático, y con la otra Grecia.

Italia, como una bota elegante y fina, que parece jugar con Sicilia, Cerdeña y Córcega.

Prusia, como una hacha formidable, profundamente empotrada en el imperio alemán, y cuyo filo roza Francia.

Francia, en fin, un torso vigoroso, cuyo corazón es París.

Todo esto se veía y se sentía a la vez; el pecho de todos rebosaba de emoción.

En aquellos momentos solemnes hubo una nota que habría hecho reír a los aeronautas, si no hubieran estado todos profundamente conmovidos.

—¡Montmartre! —exclamó Ben-Zuf.

Nadie se hubiera atrevido a decir al asistente del capitán Servadac que no podía verse desde tan lejos su cerro favorito.

Palmirano Roseta, con la cabeza inclinada fuera de la barquilla, sólo miraba aquella Galia abandonada, que flotaba a dos mil quinientos metros debajo de él, y no quería ver la Tierra que lo llamaba a sí. No contemplaba más que su cometa, vivamente iluminado por la irradiación general del espacio.

El teniente Procopio, con el reloj en la mano, contaba los minutos y los segundos. El fuego que sostenía el globo, reanimado de vez en cuando, lo mantenía en la zona conveniente.

Se hablaba poco en la barquilla. El capitán Servadac y el conde Timascheff observaban con avidez la Tierra. El globo encontrábase algo inclinado a un lado, pero detrás de Galia, de suerte que el cometa debía preceder en su caída al aparato aerostático, circunstancia favorable, porque éste, al introducirse en la atmósfera terrestre, no necesitaría evolucionar por completo.

Pero, ¿dónde caería? ¿Sería en algún continente? Y, si así era, ¿encontrarían los pasajeros medios de vida? ¿Serían fáciles las comunicaciones con alguna parte habitada del globo?

¿Caería en algún océano? Es este infortunado caso, ¿podría confiar en que Dios acudiera, por medio de un buque, a salvar a los náufragos? Sí, los pasajeros que excepción hecha del alemán Isaac Hakhabut, eran todos cristianos, confiaban en la gran misericordia de Dios.

¡Qué de peligros por doquier! Sin duda alguna el conde Timascheff había tenido razón al decir que él y sus compañeros estaban en las manos del

Todopoderoso.

—Las dos y cuarenta y dos minutos —dijo el teniente Procopio, en medio del silencio general.

Faltaban cinco minutos treinta y cinco segundos y seis décimas de segundo, para que los astros chocaran uno con otro... La distancia que los separaba era entonces de menos de ocho mil leguas.

El teniente Procopio observó que a la sazón el cometa seguía una dirección algo oblicua a la Tierra. Los dos astros no corrían en la misma línea; pero se debía creer que habría detención súbita y completa del cometa, y no un simple roce, como había ocurrido dos años antes. Si Galia no chocaba normalmente con el globo terrestre, por lo menos habría una buena rozadura, como dijo Ben-Zuf.

En suma, si ninguno de los pasajeros de la barquilla debía sobrevivir al choque; si el globo, cogido entre dos remolinos atmosféricos cuando se fusionaran las dos atmósferas, se desgarraba y era arrojado al suelo; si ninguno de los galianos había de volver a vivir entre sus semejantes, ¿iba a desaparecer para siempre el recuerdo de su paso por el cometa, de su peregrinación por el mundo solar?

No; al capitán Servadac se le ocurrió una idea. Arrancó una hoja de su cartera, escribió en ella el nombre del cometa, el de las partículas arrebatadas al globo terrestre, y el de sus compañeros, y firmó todo con el suyo.

Luego, pidió a Nina la paloma mensajera que la niña tenía estrechada contra su pecho. La niña, después de besarla tiernamente, la entregó sin vacilar.

El capitán Servadac tomó la paloma, le ató al cuello la hoja de papel y la lanzó al espacio.

La paloma descendió, dando vueltas por la atmósfera galiana y se mantuvo en una zona menos elevada que el globo. Dos minutos después se habían recorrido tres mil doscientas leguas. Los dos astros iban a encontrarse marchando a una celeridad tres veces mayor que la que anima a la Tierra a lo largo de la eclíptica.

No es necesario decir que los pasajeros de la barquilla no advertían aquella espantosa celeridad, y que su aparato parecía completamente inmóvil en medio de la atmósfera que lo llevaba.

—Las dos y cuarenta y seis minutos —dijo el teniente Procopio.

La distancia se había reducido a mil setecientas leguas. La Tierra parecía abrirse como un embudo debajo del cometa y hasta se hubiera podido decir que abría los brazos para recibirlos.

—Las dos y cuarenta y siete minutos —dijo otra vez el teniente Procopio.

Sólo faltaban treinta y cinco segundos y seis décimas para unirse a la Tierra, con una celeridad de doscientas setenta leguas por segundo.

Al fin, sintióse una especie de estremecimiento. Era el aire galiano atraído por la atmósfera de la Tierra, con el que era atraído también el globo, que se alargaba, hasta creer que iba a romperse.

Los pasajeros se agarraron a los bordes de la barquilla, espantados...

Se confundieron entonces las dos atmósferas; formóse una masa compacta de nubes; se acumularon los vapores, y los pasajeros de la barquilla no vieron ya nada, ni encima ni debajo de ellos. Parecióles que habían sido envueltos en una llama inmensa, que faltaba el punto de apoyo bajo sus pies, y sin que supieran cómo, ni jamás acertaron a explicarlo, se encontraron en el suelo terrestre.

Durante un desvanecimiento habían salido de la Tierra y fue durante otro desvanecimiento que volvieron a ella.

No había quedado el menor vestigio del globo.

Galia huía en dirección oblicua por la tangente y, contra toda clase de cálculos y previsiones, después de haber rozado el globo terrestre, desaparecía hacia el Oriente del mundo.

CAPÍTULO XX

CONTRA LO QUE SUELE OCURRIR EN TODAS LAS NOVELAS, ÉSTA NO TERMINA CON EL CASAMIENTO DEL HÉROE

Ah, mi capitán, Argelia!

—¡Y Mostaganem, Ben-Zuf! Tales fueron las exclamaciones que pronunciaron a un mismo tiempo los labios del capitán Servadac y los de su asistente, al recobrar, con los demás compañeros, el conocimiento.

Por un milagro, inexplicable como todos los milagros, se encontraban sanos y salvos.

Mostaganem, Argelia, habían dicho el capitán Servadac y su asistente, y no podían equivocarse, después de haber estado muchos años de guarnición en aquella parte de la provincia.

Volvían, por lo tanto, casi al sitio de donde habían salido, al cabo de un viaje de dos años por el mundo solar.

Una casualidad asombrosa, si podemos llamar casualidad al hecho de que Galia y la Tierra se hubieran encontrado al mismo tiempo sobre el mismo punto de la eclíptica, les había traído precisamente al punto de partida.

Encontrábanse a menos de dos kilómetros de Mostaganem.

Media hora más tarde, el capitán Servadac y todos sus compañeros entraban en la ciudad.

Lo que les sorprendió de un modo extraordinario fue que todo estuviera tranquilo en la superficie de la Tierra. La población argelina hallábase entregada pacíficamente a sus ocupaciones habituales; los animales, nada alarmados, pacían la hierba algo húmeda por el rocío de enero; eran las ocho de la mañana y el sol ascendía sobre su horizonte acostumbrado. No sólo no parecía que hubiera ocurrido nada anormal en el globo terrestre, sino que tampoco había síntomas de que nada anormal hubieran esperado los habitantes.

—¿Qué es esto? —preguntó el capitán Servadac—. ¿No estaban advertidos de la llegada del cometa?

—Así es de creer —respondió Ben-Zuf—. Y yo que esperaba ser recibido triunfalmente.

Evidentemente, el choque del cometa no era esperado, porque, de otro modo, el pánico habría sido extraordinario en todos los puntos del globo y sus habitantes se hubieran creído próximos al fin del mundo, más que lo habían

creído en el año mil.

En la puerta de Mascara, el capitán Servadac encontró precisamente, a sus dos compañeros, el comandante del segundo de tiradores y el capitán del octavo de artillería, en brazos de los cuales se precipitó al verlos.

—¿Es usted, Servadac? —exclamó el comandante.

—Sí, señores, yo soy.

—¿De dónde viene usted, mi pobre amigo, después de esta inexplicable ausencia?

—Se lo diría a usted de buena gana, pero si se lo dijera, no me creería.

—Pero...

—Amigos míos, estrechen la mano de un camarada que no les ha olvidado, y convengamos en que he estado soñando.

Y Héctor Servadac no dijo otra cosa, a pesar de la insistencia con que sus amigos pretendieron hacerle hablar.

Limitóse a preguntar a los dos oficiales:

—¿Y la señora de...?

El comandante de tiradores, que comprendió el motivo de la pregunta, no le dejó concluir.

—Casada, amigo mío, casada nuevamente —le respondió—. ¿Qué quiere usted? Los ausentes no tienen jamás razón.

—En efecto —respondió el capitán Servadac—, no hay razón para recorrer durante dos años el país de las quimeras.

Luego, dirigiéndose al conde Timascheff, le dijo:

—Señor conde, ya lo ha oído usted, y celebro con toda el alma no tener ya motivo para reñir.

—Y a mí, capitán, me regocija mucho el poder estrechar a usted cordialmente la mano sin segunda intención.

—También me alegro yo —murmuró Héctor Servadac— de otra cosa, y es de no verme obligado a terminar mi horrible rondó.

Y los dos rivales, que no tenían ya razón para serlo, sellaron, estrechándose la mano, una amistad que no debía romperse sino con la muerte.

El conde Timascheff, de acuerdo con sus compañeros, no reveló nada de los acontecimientos extraordinarios que habían presenciado, puesto que para ellos mismos era completamente inexplicable su partida y su llegada. Lo que les asombró de un modo extraordinario, fue que todo estuviera en su sitio en el litoral mediterráneo.

Decididamente era preferible callar, puesto que nadie había de creerlos.

Al día siguiente se disgregó la pequeña colonia. Los rusos volvieron a Rusia con el conde Timascheff y el teniente Procopio; los españoles dirigieron

a España, donde la generosidad del conde debía ponerlos para siempre al abrigo de la miseria; y todos se separaron después de prodigarse recíprocamente las muestras de la más sincera amistad.

Isaac Hakhabut, arruinado por la pérdida de la Hansa y por el abandono que se había visto obligado a hacer de su oro y de su plata, desapareció; pero no hubo nadie que preguntara por él.

—Ese viejo tuno —dijo un día Ben-Zuf—, irá a exhibirse en América como persona que ha viajado por el mundo solar.

Palmirano Roseta, a quien no había nada ni nadie que le obligara a callar, habló; pero todos le negaron la existencia del cometa Galia, porque ningún astrónomo lo había visto en el horizonte terrestre, y, por consiguiente, el famoso cometa no fue inscrito en el catálogo. La cólera del irascible profesor llegó entonces a un punto imposible de imaginar, y dos años después de su vuelta a la Tierra publicó una voluminosa memoria que contenía, con los elementos de Galia, la relación de sus propias aventuras.

Los hombres científicos de Europa se dividieron entonces, pues mientras unos, en gran número, se declararon contra el autor, otros, en pequeño número, se mostraron partidarios de él.

Una respuesta a esta memoria, probablemente la mejor que podía darse, redujo el trabajo de Palmirano Roseta a su justo límite, intitulándola: Historia de una hipótesis.

Esta impertinencia acabó de sacar de quicio al profesor, que entonces pretendió haber visto de nuevo gravitando por el espacio no sólo a Galia, sino también al fragmento del cometa en que viajaban los trece ingleses por la infinidad del mundo sideral. Jamás debía consolarse de no ser su compañero de viaje.

En fin, Héctor Servadac y Ben-Zuf, hubieran o no viajado a través del mundo solar, no por eso dejaron de ser el uno capitán y el otro su inseparable asistente.

Un día, paseando por el cerro de Montmartre, y en la seguridad de que nadie les oía, hablaron de sus aventuras.

—¡Quizá no sean ciertas, mi capitán! —dijo Ben-Zuf.

—¡Rayos y centellas! ¿Vas a hacerme creer que he soñado? —repitió, sonriéndose, el capitán Servadac.

Pablo, que fue adoptado por el conde Timascheff, y Nina, adoptada por Héctor Servadac, recibieron esmerada educación bajo la dirección de sus protectores.

Transcurrieron los años, y un día, al advertir el coronel Servadac que sus cabellos empezaron a encanecer, casó al joven español, que era un gallardo

mancebo, con la pequeña italiana, que era una hermosa joven. El conde Timascheff dio a la novia una espléndida dote, cosa que no sorprendió a nadie, dados el amor que profesaba a su hija adoptiva, su proverbial generosidad y su inmensa fortuna.

Pablo y Nina vivieron felices, como deben serlo y lo son sin duda los que, amándose con toda el alma, ven santificado su amor por el matrimonio.